TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

EL GRAN DUQUE DE ALBA

La viuda de Padilla.—La leyenda de fray Luis de Granada
En busca de un político insigne.—Dos lirios
Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra
La diplomacia viril.—Francisco de Vinatea.—Una dama y un ingenio
Algunos tipos tradicionales: Los aficionados
La Payesa de Montseny
Tradiciones familiares: La madrecita; La mejor carrera
Al público y al «Diario de Barcelona»

POR

D. LUCIANO GARCÍA DEL REAL

LUIS TASSO EDITOR
BARCELONA

TALLERES DE LITOGRAFÍA Y RELIEVES

IMPRENTA *

DE

LUIS TASSO

Arco del Teatro, 21 y 23

BARCELONA

ESPECIALIDAD

EN

documentación mercantil

y papel impreso

para liar ó envolver

EXPORTACIÓN

á todos los países

de la América latina

BGCL
A

TRADICIONES Y LEYENDAS
ESPAÑOLAS

V

TRADICIONES Y LEYENDAS

ESPAÑOLAS

EL GRAN

DUQUE DE ALBA

La viuda de Padilla.—La leyenda de fray Luis de Granada
En busca de un político insigne
Dos lirios.—Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra
La diplomacia viril
Francisco de Vinatea.—Una dama y un ingenio
Algunos tipos tradicionales: Los aficionados.—La payesa de Montseny
Tradiciones familiares: La madrecita; La mejor carrera
Al público y al «Diario de Barcelona»

POR

D. LUCIANO GARCÍA DEL REAL

BARCELONA
LUIS TASSO, EDITOR
1899

R. 35254 CATA 43.282
C.B. 1053274

Es propiedad del editor

IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN

de LUIS TASSO

Arco del Teatro, entre los núms. 21 y 23.—BARCELONA

EL GRAN DUQUE DE ALBA

A la Excma. Sra. D.ª María del Rosario Falcó y Osorio de Stuart, duquesa de Alba

Señora: el haber publicado V. un libro tan grato á la Historia como á la Tradición, me impulsa á honrar la presente con el nombre de V., en la seguridad de que su digno esposo apruebe esta dedicatoria.

En **Tradiciones y Leyendas Españolas,** *como digo al final de mi trabajo, debo presentar al Duque de Alba legendario, al que era grande por el genio y por el corazón, sin alterar ni un solo rasgo de su figura histórica, cuidando de librarla de los toques exagerados de la pasión, ya en lo militar, ya en la político, y de que el carácter del hombre tenga igual relieve que la capacidad del general.*

Deseo que así le conozcan todas las clases de la sociedad, hoy que tanto echamos de menos un español de aquella altura; y que el pueblo, al contemplarle tal como fué, con el tributo de su admiración, ofrezca también el de su cariño al gran Duque de Alba.

Acepte V., señora, el homenaje de respeto y consideración de su afmo. S. S., Q. B. S. P.,

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

EL GRAN DUQUE DE ALBA

I

Entre mi padre y yo

Cuando yo era muchacho prefería la lectura del Plutarco, *Vidas de los hombres ilustres*, á la mejor novela: releía y tornaba á leer aquellas páginas esmaltadas de hechos heroicos, de rasgos de grandeza y de sabiduría, y grababa en el alma las figuras de los héroes de Grecia y de Roma, al lado de las de los nuestros.

Mi instruidísimo padre, al ver esa afición, se complacía en evocar otras figuras ó en dar mayor relieve á las mismas, refiriéndome sucesos y tradiciones que ya no olvidaba jamás.

Era histórico todo ello, y la claridad y sencillez de su narración tenían un encanto indecible. Ningún catedrático de Historia me ha cautivado como mi padre.

Muy pocas veces discutíamos, y casi siempre lograba él de mí, sin el menor esfuerzo, un acuerdo completo con la opinión suya.

Un día tratamos del Duque de Alba, surgiendo en seguida la controversia: nunca había sido tan viva ni tan apasionada por mi parte, lo mismo en elogio de las admirables campañas en que descuellan *Muhlberg*, *Jemmingen* y *Alcántara* como los más preciados laureles de aquel gran capitán, que en censura del sistema del terror seguido en Flandes en su época. Evocaba las numerosas ejecuciones que decretó el *Tribunal de los Tumultos*, y recordaba al Conde de Egmont, decapitado por deslealtad á Felipe II, cuando España, sin embargo de eso, le debía valiosos servicios, entre ellos el haber contribuído á la victoria de San Quintín.

Mi padre me escuchó con la mayor calma, y respondió:

—Hijo mío: al Duque de Alba no se le puede juzgar aisladamente, sino como la encarnación de una época, como representante de un tiempo y de un modo de ser que se le imponían. Ahí tienes la biografía que escribió Gil y Zárate: á pesar de sus elogios, resulta en general muy injusto su juicio por su severidad.

En seguida leí lo siguiente:

«Hay hombres que han nacido para ser la viva representación de una época y de un sistema; que, como tales, han dejado impreso en su fisonomía un carácter grandioso que les hace descollar entre sus contemporáneos y ocupar tanto lugar en la Historia que, al llegar á ellos, es fuerza contemplarlos con veneración ó con espanto, pero siempre con asombro.

»A este número pertenece, sin duda, el gran Duque de Alba. Nacido en una época en que España estaba al frente de las naciones europeas, en que su política conmovía todos los Gabinetes, en que sus armas infundían terror á todos los pueblos, y en que, por fin, se mostró tan acérrima defensora de la religión establecida como enemiga irreconciliable de la Reforma, el Duque de Alba fué la personificación del carácter guerrero, político, intolerante y severo de su nación,

reuniendo en sí todas las virtudes y todos los vicios que la engrandecían ó afeaban.

»Así es que los historiadores, al hablar de este célebre personaje, no lo han podido hacer nunca con indiferencia, porque en ellos ha influído necesariamente el espíritu de partido; y su nombre, ensalzado por los unos, execrado por los otros, ha atraído sobre sí todas las alabanzas y todas las maldiciones de que son susceptibles la admiración y el odio.

»Los extranjeros, sobre todo, no lo pronuncian sino para comparar al Duque de Alba con los monstruos más aborrecibles que ha engendrado la especie humana; y, aunque en la pintura que hacen de él hay ciertamente mucha exageración y mucha injusticia, fuerza es confesar que, respetando su alta capacidad y sublime carácter, se presenta en la Historia como una de aquellas figuras aterradoras que no se pueden contemplar sin estremecimiento y que es de desear que no aparezcan con frecuencia en la escena del mundo.»

—Lo más extraño en ese juicio de Gil y Zárate,—continuó mi padre,—es la afirmación de que el espíritu de partido haya influído *necesariamente* en los historiadores al ocuparse del Duque de Alba, y que *no lo han podido hacer nunca con indiferencia*, ó lo que es lo mismo, con imparcialidad. ¡Pues medrado estaría el prestigio de la Historia si los historiadores no pudieran sobreponerse á la pasión, ni juzgar serena é imparcialmente!

Al escribir eso, él mismo no se halló exento del espíritu de partido, el autor de *Carlos II el Hechizado*.

En lo que está oportuno y elocuente es en la expresión de la importancia histórica de su biografiado. Mira, hijo: si quieres conocer al Duque de Alba, cuando vayas á Madrid dirígete al palacio de Liria, que ocupan sus descendientes, y pide que te enseñen el retrato pintado por el Tiziano. Con sólo contemplarle unos momentos comprenderás la grandeza del ánimo y la

altura de la inteligencia de aquel hombre. Lo majestuoso de la presencia, lo reflexivo de la fisonomía, la mirada noble y profunda de sus grandes ojos, la dignidad del continente, protestan contra el hecho de que un escritor español de la reputación de Gil y Zárate no sólo califique de aterradora tal figura, sino que aun cargue la mano al presentarla de ese modo.

II

Severo y generoso

—Al contrario,—prosiguió mi padre,—los rasgos distintivos de aquella gran figura, á la vez que revelan el «carácter sublime» que Gil y Zárate le reconoce, confirman el juicio del ilustre Quintana, que también escribió la biografía del Duque de Alba, y que, tratándole con más justicia, nos habla de su hermoso corazón con igual encomio que de su alta capacidad, y recuerda, entre sus cualidades, «*una liberalidad sin límites para asistir á heridos y á menesterosos*.»

Y esa opinión del cantor de la Imprenta no tiene mayor autoridad sólo por tratarse de escritor tan eminente, sino también porque sus ideas políticas eran más avanzadas que las de Gil y Zárate.

El mismo Quintana aduce pruebas de que el Duque de Alba trató de librar del cadalso á los Condes de Egmont y de Horn; mas tuvo que ceder á las órdenes terminantes de Felipe II, el cual, inflexible en su intolerancia, le obligó igualmente á establecer el *Tribunal de los Tumultos*, que tan terrible memoria dejó en Flandes.

Los escritores protestantes ó hugonotes no consideran eso al maldecir el nombre del gran caudillo; no consideran tampoco que el patriotismo le vedaba dejar el mando de aquellas provincias apartadas cuando en

ellas cundía el fuego de la insurrección, y que un suceso de tamaña gravedad al más benigno de los generales le habría obligado á ser muy severo.

Además, en cuanto á excesos y á crímenes debidos al fanatismo religioso, nada tienen que echarse en cara católicos y protestantes: en la Historia no ofrecen menos páginas sangrientas los unos que los otros: el propio Calvino, que, al surgir modificando la Reforma, parecía el menos violento de sus apóstoles, acabó por ensangrentar la pacífica Suiza. Eso no quieren recordarlo aquellos escritores.

¿Y en la cristianísima Francia? En el período más furibundo de sus guerras religiosas bastarían las atrocidades cometidas por uno solo de los jefes hugonotes, el barón de los Adrets, para hacer de dicho período uno de los más execrables de la Historia.

El Duque de Alba sabía conciliar admirablemente la severidad de la disciplina en el ejército con el cariño con que trataba á sus soldados: miraba por ellos como el padre más solícito por sus hijos; y el mayor timbre de su gloria militar es precisamente la gran desproporción entre las pérdidas sufridas por sus tropas y los resultados asombrosos que obtuvo en algunas campañas.

Esa es, hijo mío, la condición más preciosa en el jefe de un ejército, y no la tuvo Napoleón, quien, calculando fríamente el valor de la sangre de sus soldados, harto barata para él, ¡á cuantos millares de ellos llevó á la muerte, sin ser indispensable para el éxito!

Ya en la primera campaña que dirigió el Duque de Alba dió una prueba muy relevante de tal condición, ahorrando la sangre de los que le obedecían como el avaro el oro.

Tenía entonces unos treinta y cuatro años.

Fué cuando Francisco I acababa de formar tres ejércitos contra nosotros, para atacar á la vez por tres partes el poderío de su rival Carlos I: por Italia, por Flandes y por España.

Este tercer ejército lo puso á las órdenes de su hijo el Delfín, y venía á apoderarse de Perpiñán é invadir á Cataluña, mientras que otras fuerzas francesas amenazaban la frontera de Navarra con el objeto de distraer las nuestras. No eran éstas suficientes para que el duque, su general, pudiese emprender desde luego una ofensiva vigorosa. Lo primero que hizo fué aprovisionar y reforzar convenientemente á Perpiñán: luego desconcertó al enemigo con los movimientos, con su estrategia admirable; no le dejaba nunca reposo ni conocer la escasez de sus fuerzas; le permitió engolosinarse en el sitio de la plaza, valerosamente defendida, y le sorprendió, obligándole á levantarlo cuando más confiado se hallaba.

El príncipe francés emprendió una retirada que degeneró en fuga, constantemente acosado, sufriendo considerables pérdidas; y no paró hasta Montpeller, donde el rey su padre le aguardaba, creyéndole victorioso.

Las pérdidas de los nuestros fueron insignificantes, en proporción, y si se atiende al resultado importantísimo de la campaña, que dió al vencedor muy envidiable reputación.

Era, como te he indicado, la primera que él efectuara como jefe del ejército, bajo su exclusiva dirección y responsabilidad.

Había nacido general, como Lope de Vega y Calderón nacieron poetas, y había tenido por maestro además de su abuelo, á uno de los mejores que se conocían en su mocedad, el Condestable de Castilla D. Iñigo de Velasco. Este quedara tan encantado con la extraordinaria disposición del discípulo, que, apuntándole á éste apenas el bozo, le encargó del mando de la plaza de Fuenterrabía, en ausencia suya.

Por supuesto que, aunque no fué lo que hoy llamamos general en jefe hasta la campaña citada, ya gozaba mucho antes de igual consideración que si lo fuese, y ya lo había sido de hecho en la expedición á Túnez, aunque iba á las órdenes de Carlos I.

La gloria que éste adquirió con tan memorable empresa, al Duque de Alba se la debe; al Duque de Alba, que le acompañaba y tenía entonces veintisiete años; porque se siguió el plan que él propuso, entre el aplauso y la admiración de los jefes encanecidos en los combates; y además contribuyó á realizarlo muy eficazmente con su pericia, su valor y su sangre fría.

Si Carlos I hubiera seguido siempre sus consejos, se hubiera evitado fracasos como el del inútil sitio de Marsella.

—¿En qué ocasión,—pregunté á mi padre,—ocurrió el hecho que dió lugar á la célebre frase del Duque de Alba: «Los soldados deben desear siempre la pelea; los generales cuando convenga?»

—En Flandes, cuando buscaba un sitio á propósito para esguazar el Escalda, y por la otra ribera del río iba el ejército del Príncipe de Orange.

Se le impacientaban los soldados, y hasta no pocos oficiales, en ansia de combatir, teniendo el enemigo tan cerca, y entonces fué cuando les dijo aquellas famosas palabras, sonriendo con la mayor calma.

Eso es otra prueba palmaria de cuanto procuraba ahorrar la sangre de sus soldados. Movíase amagando siempre al adversario, hasta que le aturdía y desconcertaba, y de pronto, «cuando le convenía» por la mayor suma de probabilidades favorables, cuando su mirada de águila entreveía la victoria, daba golpes decisivos, con la rapidez y el efecto del rayo; y á veces contando con fuerzas bien inferiores en número, como obtuvo, entre otros, el asombroso triunfo de Muhlberg.

En corroboración del relato de mi padre transcribiré las siguientes líneas del *estudio biográfico* que publicó D. Luis Vidart:

«Dos campañas dirigió el Duque de Alba contra los protestantes alemanes: la primera, más con la pruden-

cia del político militar que sabe aprovecharse de los errores de sus enemigos, que con el arrojo del soldado que trata de vencerlos en campal batalla; más con la inteligencia que con la fuerza material, consiguió destruir todos los planes de los confederados de Smalkalda, teniendo á sus órdenes un ejército muy inferior en número al que comandaban el Elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse.

»En la segunda campaña, que se verificó en las inmediaciones del río Elba (así como la anterior había tenido las del Danubio por teatro de operaciones), el Duque de Alba, considerando que las circunstancias eran favorables para emplear los medios de la guerra ofensiva, llevó á cabo su propósito con tan singular ardimiento que para señalar la grandeza de su triunfo en la batalla de Muhlberg se recurrió á explicaciones milagrosas, diciendo que Dios había renovado el prodigio de Josué, relatado en la Biblia, deteniendo el movimiento del Sol para que el ejército de los católicos tuviese tiempo de vencer por completo á los herejes.»

III

Calaverada muy conveniente

Nació en Piedrahita, el año 1508, y era el tercero de los duques cuyo nombre inmortalizó.

En la más tierna infancia perdió á su padre, D. García de Toledo, cuya muerte fué para él legado de un ejemplo hermosísimo, pues cayó peleando heroicamente al tomar á los moros la isla de los Gelbes.

D. Fadrique, su abuelo, el segundo duque, uno de los ilustres caudillos que tanto contribuyeron al engrandecimiento de España en tiempo de los Reyes Católicos, miró desde entonces por el huérfano con redoblada solicitud: así que tuvo uso de razón se en-

cargó personalmente de enseñarle los rudimentos del arte militar; dióle por ayo al famoso poeta Boscán, y procuró completar su educación con los conocimientos más provechosos.

El que había de ser tan gran capitán se aplicó preferentemente á la Historia y á la lengua latina para estudiar en los textos originales los «Comentarios de Julio César, las obras de Tito Livio y la famosa de Vegecio acerca del arte militar de los romanos; libro el más excelente para quien tiene aspiraciones al mando, para conocer aquella organización poderosa que los hizo dueños del mundo.

Era casi un niño por la edad, aunque ya un hombre por la resolución, cuando pidió á su abuelo permiso con vivas instancias para ir á la guerra y hacer su aprendizaje en las fronteras de Navarra contra los franceses. Á la sazón el ejército español trataba de recuperar á Fuenterrabía, plaza de que aquéllos se habían apoderado en la campaña anterior.

—Yo también pretendía eso mismo, á los diez y seis años, que ahora tienes,—le respondió el abuelo;—y, aunque mi familia no logró convencerme de que madrugaba demasiado á emprender ejercicio tan áspero, hube de resignarme á aguardar algo más, por evitarles un gran disgusto.

Y, creyendo que esta observación bastaría para contenerle, el venerable veterano quedóse tranquilo, no imaginando que á sus espaldas conspirase el nieto contra un propósito tan prudente.

En efecto: días después, á escondidas del abuelo y seguido de algunos servidores, emprendió á largas jornadas el camino del teatro de la guerra, y se presentó bizarramente á los sitiadores de Fuenterrabía.

En este punto debo transcribir algo de la relación de Quintana, que dice:

«Mandaba allí las armas españolas el Condestable D. Iñigo de Velasco, tenido entonces por el mayor hombre de guerra que había en Castilla. Recibió al

joven voluntario con el honor y agasajo que debía á su familia y á sus buenos deseos; dió aviso al instante al cuidadoso abuelo del paradero de su nieto; hizo que le perdonase la travesura, y le tuvo en su compañía con el afecto de padre y la estimación de amigo.

»Deseaba D. Fernando señalarse, y, ansioso de reputación, se exponía en todas las ocasiones como el último de los soldados. El condestable, atento á que no se desgraciase, y no queriendo que el azar privase al viejo duque de aquel consuelo de su vejez, le prohibió rigurosamente que saliese á pelear sin orden suya, y le mandó estar siempre cerca de su persona.

»Privado de pelear, no podían estorbarle á lo menos el anhelo de aprender. Dióse, pues, á estudiar todo el mecanismo del servicio y las reglas y secretos de la disciplina militar con el mismo ardor que si se tratase de combatir.

»Y cierto que no podía hacer este aprendizaje en mejor ocasión ni con mejor guía, puesto que el condestable era un insigne maestro de milicia. Seguíale á todas partes; meditaba todas sus órdenes y disposiciones; estudiaba todas sus palabras.

»Era entonces invierno y asperísimo de nieves y frios. Los soldados, fatigados con el trabajo y yertos con el rigor de la estación, se manifestaban á veces tardos y torpes en las fatigas que exigían las tareas del sitio; ayudaba á su desaliento la tierra, que, endurecida por el hielo, no se dejaba romper ni manejar. El condestable. entonces, solía coger el azadón y empezaba á herir el suelo y hacer el oficio de gastador; imitábale en ese trabajo D. Fernando, y el general solía decir, viendo á los perezosos, que si no se avergonzaban de poder menos que un viejo y un muchacho; con lo que, estimulados, volvían al trabajo con nuevo ardor y más firme constancia.

Añadíanse á estas prendas de aplicación y de valor la facilidad festiva de su trato, con que se hacía querer de oficiales y soldados; la modestia de su porte, en su

persona y en sus equipajes; una liberalidad sin límites para asistir á heridos y á menesterosos, y por último, la más laudable y franca sinceridad en aplaudir toda acción valiente y virtuosa.»

IV

Corazón

Pero ni Quintana ni ningún otro biógrafo contó un episodio en alto grado interesante, que se refiere á esa época juvenil y que demuestra el hermoso corazón de aquel guerrero calificado tan duramente por ciertos historiadores.

Llegó á mi noticia por genuina tradición popular, por referencias de una familia catalana, descendiente del soldado Galcerán que en dicho episodio figura.

Estaba ese soldado entre los sitiadores de Fuenterrabía, cuando de improviso se encontró con su padre, el cual, movido por un rumor falso que corriera, y suponiéndole muerto ó muy gravemente herido, acudía á salir de dudas con el testimonio de sus ojos.

Al verle vivo y bueno, su impresión fué tan fuerte que cayó redondo al suelo. El accidente le originó una enfermedad, y poco después era el pobre viejo quien se hallaba muy grave.

El hijo era digno del cariño del padre. Con esto dicho está cuán grande sería su aflicción, que todavía hubo de aumentarse por la imposibilidad de asistirle, á causa de la guerra: únicamente podía acompañarle algunas horas durante la noche, pero sacrificando el sueño, tan necesario para él como el alimento en aquellos días, por el penoso trabajo de aproches.

D. Fernando, que conocía y apreciaba mucho á los soldados que por su valor se distinguían, como Gal-

cerán, apenas se enteró del caso, dirigióse en su busca, en ocasión de hallarse aquél de centinela.

—Puedes cuidar á tu padre y descansar,—le dijo,—que bien lo necesitas; yo ocuparé tu puesto durante las noches y alguna hora del día.

—¡Oh señor! ¡Gracias! ¡No podré consentirlo... no faltará algún camarada que...

—Todos tenéis mucho que hacer, y á mí no me cansa lo poco que me toca.

—¿Poco? ¡Y os encontráis en todas partes!... ¡Y siempre tenéis una mano para ayuda del que la ha menester!

—No exageres, Galcerán, que el condestable cada vez me deja trabajar menos.

—D. Fernando: permitid que os diga que el general hace perfectamente en reteneros cuanto puede...

—¿Apruebas el que me separe de vosotros?

—¡Voto al diablo! Si siempre queréis tomarnos la delantera frente al peligro, ¿cómo hemos de aprobar tanto arrojo? Pase el que no os quedéis á retaguardia, pues, con esa afición á la guerra, á vuestra edad es imposible contener del todo los ímpetus de la sangre; pero considerad que vos habéis nacido para general.

—No me subas tanto...

—Es voz de todo el ejército: la misma fe tenemos en que habéis de serlo, y de los más renombrados, que en que Fuenterrabía será nuestra.

—Te agradezco tu buen deseo, Galcerán; pero no he venido á que me lisonjees, sino á ocupar tu puesto para que vayas á cuidar á tu padre.

—¡Sí, aunque yo consintiera, no os lo permitiría el condestable!

—No me lo impedirá las horas del día; y, en cuanto á la noche, como me la deja libre, no tiene que saber que te la dedico. Además, cuando no estés de servicio ¿me privará de que cuidemos los dos á tu padre?

—¡Ea! Siquiera por no desairar una oferta que

sale de ese corazonazo que tenéis, aceptaré, D. Fernando, pero solamente una que otra vez... y...

El soldado se interrumpió, no pudiendo añadir otra palabra. Harto decían las lágrimas de la gratitud que de sus ojos brotaban.

—Vamos, cuantas veces yo quiera, —replicó el futuro vencedor de Muhlberg. —¿No aseguras que seré general? Pues principio por hacerme obedecer. Dame tu arcabuz y vete al lado de tu padre.

Y, obligado por la mirada de aquel adolescente, que subyugaba cual la de un hombre lleno de prestigios, y por su acento, en que el imperio militar coincidía con el tono más afectuoso, dejó Galcerán el arma entre sus manos y se fué enjugando las lágrimas.

Cumplió religiosamente D. Fernando cuanto le ofreciera al soldado Galcerán, no sin verse obligado con frecuencia á imponerle su voluntad, á fin de que le dejase completar obra de beneficencia tan bella.

Le sustituyó no pocos días en el penoso trabajo de aproches; hizo por él guardias nocturnas al sereno, en el invierno, y, además de visitar al enfermo, le socorrió hasta verle restablecido, y pagó su viaje de regreso al hogar.

Durante una de aquellas noches de guardia hubo una alarma en el campamento; el condestable salió muy diligente á recorrer los puestos, hasta cerciorarse de que el enemigo amagaba y no daba, y en uno de ellos se encontró á D. Fernando Álvarez de Toledo con el arcabuz de Galcerán y perfectamente preparado.

La sorpresa del general fué tanto mayor cuanto que le había visto trabajar con el azadón algunas horas aquel mismo día. Al pronto mostróse enojado, y principió á reprenderle; pero acabó por tenderle los brazos y estrecharle entre ellos paternalmente, diciendo:

—Mucha gloria te aguarda, muchacho; pues además de aprender en la práctica este arte tan difícil de la guerra, sabes hacerte adorar de los soldados.

V

Del palacio de Liria á Piedrahita

Seguí el consejo de mi padre, y, obedeciendo al vivísimo deseo de conocer al gran Duque de Alba de la Historia y de la Tradición, de verle tal como era en el apogeo de su gloria, apenas hube llegado á Madrid, cual si temiese que el tiempo me faltara, como si no tuviera el propósito de vivir allí, como viví, muchos años, fuí al encuentro de una persona que me franquease la entrada al palacio de Liria.

Y le ví, y experimenté lo mismo que mi padre.

El elogio más frecuente de un retrato notable es decir que habla; mas esta expresión suele aplicarse al parecido físico.

Habla, indudablemente, aquella obra maestra del Tiziano; pero habla al alma: porque el artista acertó á mostrar la del modelo en sus ojos y en toda su fisonomía tan cumplidamente que cede á su influjo quien la contempla y departe con él, penetrando en su pensamiento.

De manera, que apenas me fijé ni en la soberbia armadura que viste, ni en el Toisón que pende sobre su pecho, ni en el cetro que empuña, de virrey.

Yo no veía más que aquella cabeza, ornada de negra cabellera; la alta frente, en donde los surcos, que traza una concepción soberana, parecen ahondados por la tenacidad y la energía; el rostro enjuto, moreno y como acariciado por el Sol de la victoria; la expresión grave y noble, que acusará eternamente

á sus detractores, y aquel aire, aquel sello de grandeza que sólo imprimen los hechos grandes.

No estuve en Piedrahita; pero trasladaré al lector allá, recogiendo las impresiones de un buen escritor poco conocido, que nació en el mismo pueblo en 1781 y residió muchos años junto á la mansión solariega de los Alba: D. José Somoza.

Floreció entre una sociedad en que descollaba la inolvidable Duquesa de Alba, inmortalizada por el pincel de Goya, reina por la hermosura, el ingenio y las prendas del carácter, y rodeada de una corte en que figuraban los hombres más preclaros de España.

Como el Sr. Somoza nos habla de ella en sus *Memorias de Piedrahita*, después de haber evocado al gran Duque de Alba y á sus antecesores en medio de las ruinas del palacio destruído por las hordas napoleónicas, creo que el lector agradecerá que le transcriba á continuación algún trozo de dicho opúsculo, impreso en 1837:

«Me hizo recordar el tiempo en que yo solía ir á aquellos túmulos tan antiguos y tan prolijamente labrados, en particular las almohadas en que reposan los bultos de los primeros Alba, con sus armaduras y ropas del siglo XIII. Quise, pues, ver lo que había quedado de aquellas esculturas, después de tantos años de acontecimientos.

»Los arcos de las bóvedas del templo, que era espacioso y alto, se conservan. Atravesé por ellos entre escombros, y me acerqué á los sepulcros. El menos deteriorado es el de D. García Álvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, anterior al primer duque. Con él está allí enterrada D.ª Constanza Sarmiento, su esposa; y la escultura que la representa se halla casi íntegra. ¡Qué orgullo manifiestan su semblante y su traje!

. . . . . .

»¡Qué sosiego, qué paz y qué silencio guardan hoy estos héroes de mármol, cuyas largas y toscas espadas hicieron temblar á los reyes!

»Recorría en mi mente nuestra historia, desde el primer señor de Piedrahita D. Alonso de la Cerda, el desheredado por el rey, su primo, que extinguió los templarios y que murió emplazado por los Carvajales.

»Veía luego pasar el señorío á poder de Fernando Álvarez de Toledo, entregando al rey Enrique la ciudad que tenía por D. Pedro. Su nieto era elevado á Conde de Alba y condenado luego á vivir en prisiones; mientras su hijo D. García se hacía fuerte en este castillo, declarando guerra al rey y á D. Álvaro de Luna. En fin, su descendiente D. Fadrique, sucesor del primer duque, sobreviviendo á su hijo, muerto en Gelves por los moros, educaba á su famoso nieto, D. Fernando.

»Porque el gran Duque de Alba aquí nació. Á este templo, en que ahora estoy, vendría él, hace trescientos años. Aquí vería estas mismas imágenes de sus ascendientes, guerreros todos. Desde esta ventana gótica, cuyos dos medios arcos puntiagudos sostiene una columna salomónica, vería el extenso valle de Corneja, donde es fama se ganó la batalla de tres días por el conde Fernán González contra el Hagib Almanzor, casi nueve siglos hace.

»Si volvía la vista á mediodía, vería el monte de la Jura, donde los caballeros pobladores de Ávila hicieron el solemne juramento de no restituirse á sus hogares hasta haber arrojado á los moros de toda Castilla.

»Más acá, y dominando sobre el valle, la población de Piedrahita, con sus antiguas murallas y almenas, coronadas de oscura yedra; su parroquia, palacio que fué, cedido por la reina Berenguela; sus calles, por cada una de las cuales corre un abundante arroyo para regar los llamados verjeles, jardines interiores de las casas. Las casas espaciosas, aunque de piedra tosca, de los Pecellines, de los Vélez, de los Castros, de los Iván-Grandes y otros nobles pobladores de esta villa, cuando lanzaron de ella á los árabes.

»Todo esto pudo mirar desde su ventana el joven duque que aquí se criaba y que había de ser tan famoso.»

VI

Recuerdos imperecederos

Luego el Sr. Somoza pasa á la siguiente relación, de un colorido notable, y tan curiosa como interesante:

«Llegué á casa de noche, y entrando en mi cuarto oí la voz de una vecina nuestra, que estaba de visita con mi hermana en el cuarto inmediato. Esa señora, de mucha edad, que estimó mucho á mis padres y abuelos, existe de lo pasado, hablando continuamente de sus tiempos.

»—¿Quién había de creer,—decía,—que durase tan poco este palacio, que el duque viejo construyó en nuestros días? ¿Usted no alcanzó al duque viejo? ¡Qué genio tan maldito dicen que tenía! Y vea usted: se viene aquí cuando cayó de la gracia de Carlos III; hace esa obra suntuosa para pasar el resto de su vida, y, apenas le permite el rey volver á la corte, se marcha, y deja palacio, jardines y bosques de caza; y creo que no volvió más. Oí contar á mi suegro (que Dios haya) que el padre del Sr. D. Juan Vinagre, cuando fué procurador general, defendió al pueblo contra las terquedades de S. E. ¡Y cuidado, que Vinagre tenía el genio como el nombre! Y dicen que le daba en la cabeza al duque, si los vecinos le hubieran ayudado; pero sí, fíese usted de los pueblos: sucedió lo que siempre... La nieta, la duquesita, era otra cosa. ¡Esa sí que podía llamarse una señora! Aquí se crió desde niña; ¡pero qué corazón! ¡Cuánto bien hizo á este pueblo! Bien que en todos sus Esta-

dos hacía lo mismo. Oí decir mil veces á su administrador Luna: «Si cualquier labrador le pone un memorial pidiéndole una res, preciso es decirle en el informe que no es muy necesitado, para que no le dé una yunta entera». —¡Y qué bonita moza la conocí yo! —continuó mi vecina. —¡Qué viveza! ¡Qué alegría! Sobre todo, ¡qué pelo tan hermoso! El año después de haberme yo casado fuí un día á visitarla, y se estaba vistiendo... No es ponderación, señora: ¡á los pies le llegaba! Y como era tan afable y de tan buen humor, me acuerdo que me dijo: «—Amiguita de mi alma, si escrupuliza usted de verme medio desnuda, con el pelo me tapo». Para sus pueblos no pudo ser mejor.

»La charla de esta vieja iba siendo para mí sumamente interesante; pero la interrumpió de repente, diciendo á mi hermana:

»—Usted, D.ª María Antonia, se enternece demasiado hablando de la duquesita. ¡Cuánto la quería á usted!... Pero hablemos de otra cosa: me parece que he sentido á su hermano de usted en su cuarto. Don José: venga usted á hacernos compañía.

»Fuí, en efecto; pero no fué posible volver á meterla en la conversación. Comenzó á hablar de sus males; y que ella no había sido de provecho desde el año de ocho; desde el día en que entró el *Empecinado* con los primeros franceses presos; y luego cuando el saqueo de los dragones, y cuando ahorcaron al fraile; y cuando Soult puso aquí su cuartel general; y cuando llevaron en rehenes al que esté en gloria.

»Yo la interrumpí diciendo:

»—Está usted muy buena; y si pasó malos ratos, también los habrá pasado buenos. Si usted no bailó con franceses, alemanes, italianos, ingleses y polacos, sería porque usted no quiso. Puede usted alabarse de haber visto pasar bajo su balcón tres revoluciones íntegras. Todos hemos padecido; pero aun gracias que podemos contárselo á los nietos. La revolución nos

ha ahorrado el viajar por países extraños para instruirnos, puesto que en pocas leguas de circunferencia hemos visto reunidos á los principales personajes de Europa: Napoleón, José, Murat, Wellington, Ney, Massena, y, por último, al Duque de Angulema.

»—Ya, ya.

»—Mire usted: una vecina nuestra tiene hoy á su ventana un tiesto de luisa, que nació cuando la república francesa. Y cayó la república; pero la luisa fresca. Mandó Napoleón, y fresca la luisa. Se coronó emperador, apaleó al Universo, perdió la corona, la volvió á agarrar, volvieron á quitársela, y murió en un encierro; y el tiesto con la luisa permanente.

»El famoso Alejandro de Rusia triunfó de Napoleón; pero hace días que se le llevó Dios: y el tiesto, con su luisa siempre en pie. Falleció Luis XVIII, y Carlos X ha perdido su trono; pero el tiesto de la luisa con más raíces que nunca. En fin, señora: estoy viendo que el tiesto de luisa de nuestra vecina dura más que la gloria de nuestros héroes y los imperios del mundo en el día.

«Entonces dijo mi hermana, volviéndose hacia mí:

—Pues te sucede lo que al tiesto de la luisa: en tantos años de revolución no has mudado de sitio, y vives en el tiesto en que te criaste. Además, esta casa, en que naciste y vives, es la misma en que padres y abuelos vivieron; y la mesa en que comes, la misma en que comieron: te sirves del mismo cubierto que ellos se sirvieron.

—Eso,—le respondí,—es muy consolador, hermana mía, y además prueba nuestra poca afición á las modas.

«Á poco rato se despidió la señora, y yo me quedé pensando en su conversación y en la hermosa y benéfica Duquesa de Alba, que, á juicio de la vieja, valía más que sus antepasados, y á quien yo había cono-

cido, cuando venía tantas veces á este su palacio, saqueado y destruído desde el tiempo de la guerra de la Independencia.

»Me acuerdo que en el día 22 de noviembre de 1811 entré en sus jardines por la puerta de hierro, que ya no existía. Por el puente elíptico llamado de las Azucenas bajé á la calle de los grandes chopos.

»Las fuentes ya no corrían; el grande estanque estaba encenagado, y había cesado el murmullo de la cascada.

»Subí las gradas, que no eran ya sino un montón de sillares desencajados, y me estremecí al hallarme en el salón del palacio. Allí, donde habían sido los conciertos, las risas, la concurrencia de los mejores ingenios y talentos de España, ya sólo se escuchaba el roer de los insectos que carcomían los techos, y el bramido de los vientos, que, entrando en los subterráneos, hacía retumbar bajo mis pies el pavimento.

»Este ruido se aumentaba con el de las aguas que de las cañerías reventadas corrían estrepitosamente á precipitarse al río por la ancha alcantarilla del dique. Al resplandor de la Luna recorrí las demás habitaciones, todas desamuebladas.

»En una de ellas el busto del duque, derrocado de su pedestal, tenía la frente en el polvo. ¡Qué reflexiones excitaba este mármol desfigurado!

. . . . . .

»Buscando la salida, atravesé la pieza del baño, y allí una idea más dulce sucedió á las anteriores. ¡Amable duquesa! ¡Jamás tu semblante inspiró sino placer! Tus manos se emplearon siempre en distribuir beneficios. ¡Belleza! ¡Beneficencia! ¡Qué mejores títulos! Y, sin embargo, no gozas el sobrenombre de grande, como algunos de tus progenitores.»

Á los recuerdos del salón añade el Sr. Somoza esta nota:

«Aquí estuvieron Meléndez, Bails, Condado, Iglesias y muchos más, en vida de la duquesa, y después

de su muerte; pero antes de la destrucción del palacio estuvieron también Goya y Quintana, y aquí compusieron ó imaginaron algunas de sus obras.»

VII

Preso y solicitado por Felipe II

—Una de las cosas que la tradición transmite con mayor relieve,—decía mi padre,—es la integridad del carácter del gran Duque de Alba y la rectitud é independencia de su criterio. Para demostrarlo te citaré algunos hechos de diversa naturaleza. Uno de ellos se refiere al matrimonio de su hijo D. Fadrique. Al parecer, había dado palabra de casamiento á una dama de palacio: esto, al menos, corría por la corte; pero también se decía que eran voces propaladas, sin gran fundamento, por la familia de ella, que estaba muy enamorada del mozo. Maldita la prisa que demostraba él por casarse; y como no era caballero que dejase de cumplir una palabra, y además el honor de la dama no aparecía comprometido, puede afirmarse que en el asunto no había realmente compromiso: todo se reducía á un galanteo sin consecuencias. Al rey, sin embargo, no hubo de parecerle así, cuando la interesada familia acudió á él en demanda de apoyo á su pretensión: llamó á D. Fadrique y le recomendó la conveniencia de casarse pronto con aquella dama, para evitar la murmuración. Hay quien asegura que Felipe II hizo algo más que recomendarle, por ser la dama amiga de la reina; pero, aun sin eso, la recomendación resultaba un mandato, tratándose de un rey como aquél; y bien demostrado quedó luego. Don Fadrique se dió prisa entonces á casarse, pero con otra, con su hermosa prima D.ª María de Toledo, que era quien verdaderamente contaba con su palabra y

con su amor. El mismo Duque de Alba, tan obediente siempre á Felipe II en lo que debía serlo, alentó aquella desobediencia de su hijo. Y como no se recató de manifestarlo, por tratarse de cosa exclusiva de su autoridad paternal, el monarca se enojó en términos de hacer lo que parece increíble, si no supiéramos que el suceso es rigurosamente histórico.

—¿Qué hizo?

—Enviar al Duque de Alba la orden de presentarse en calidad de preso en el castillo de Uceda. Y no falta quien le disculpa, acusando al invicto general, aun más que por el desaire á la voluntad de Felipe II, por no haber pedido el permiso real para el matrimonio con la prima. ¡Como si en tales circunstancias había de solicitar lo que seguramente le hubieran negado! La injusticia del castigo resultó mayor por la dignidad con que el duque lo soportaba, sin protestas, sin quejas, erguida siempre su frente olímpica. Precisamente cuando se hallaba en el castillo de Uceda sucedió un hecho que nos muestra otra fase de aquel gran carácter. El rey D. Sebastián de Portugal, que había de hacerse tan tristemente famoso por la desventura, preparaba entonces su expedición al África; y, ansioso por conocer la opinión del primer general de aquellos tiempos, envió un mensaje al Duque de Alba solicitando una entrevista con él: estaba dispuesto á ir á verle al castillo. Pero él respondió excusándose de recibirle, aunque hubiera podido hacerlo perfectamente, pues en su reclusión gozaba de cierta libertad, saliendo del castillo cuando quería, y sufriendo en realidad pena de destierro más bien que de prisión.

—¿Por qué se excusó?

—La historia conserva la respuesta que dió á quien le hizo á él esa misma pregunta: «Porque juzgo imposible lograr que D. Sebastián renuncie á su aventurado propósito; y *no quiero que nadie achaque á mis consejos la pérdida que preveo de un rey y de un reino.*»

Este presagio, terriblemente confirmado, ¡cuánto acredita la clarividencia de aquel hombre!

—Probablemente preveía también que la pérdida de D. Sebastián le daría lugar á su última y maravillosa campaña.

—Es posible, por dos circunstancias: que el Duque de Alba conocía las miras de Felipe II á completar la unidad de la Península, y conocía igualmente la tenacidad y la resolución del príncipe D. Antonio, prior de Crato, el único pretendiente con derecho á disputarle la corona de Portugal. ¡Quién le hubiera dicho al altivo hijo de Carlos I que tendría que recurrir al ilustre anciano á quien había relegado á Uceda, pensando que ya no necesitaba de sus servicios! El emisario real que se presentó en el castillo á ofrecerle el mando del ejército destinado á invadir á Portugal le preguntó si estaba dispuesto á ello. Y el Duque de Alba le respondió: «Decid á S. M. que siempre me hallo dispuesto á cumplir mi deber». Y con un ejército que no llegaba á 26,000 hombres, incluyendo la caballería y la artillería, efectuó la conquista de Portugal, aquella rapidísima y gloriosa campaña que terminó con la batalla de Alcántara. Otro general, aun contando con dobles fuerzas, no hubiera logrado triunfo tan completo en tan pocos días. Era preciso poseer el genio militar de aquel hombre, hacerse adorar de los soldados, que en él tenían una fe ciega; sacar partido como él hasta de circunstancias adversas, y elevar como él la estrategia á una altura que asombra. ¡Cuánta sangre supo él evitar con su golpe de vista certero y con sus habilísimos movimientos! ¡Y frisaba entonces la edad del Duque de Alba en los setenta y dos! Por cierto que en esa misma campaña de Portugal sucedió otro hecho de los que mejor demuestran la integridad de su carácter. Andaban tan escasos los mantenimientos de aquel ejército victorioso, que muchos días se reducían á pan. No perdían los soldados su buen humor por eso, y murmuraban en estos términos:

«Hemos ganado un reino como se gana el de los cielos: *ayunando á pan y agua*». Enterado Felipe II de esas murmuraciones, escribió al Duque de Alba para que fuesen reprimidas. Pero el general respondió: «Por tan leve motivo no he de castigar á estos soldados admirables, que harta paciencia tienen sufriendo una situación próxima á la miseria, después de haber realizado una empresa que tanto engrandece á su patria y aumenta su riqueza.»

—¡Cómo se pondría Felipe II!

—Pero supo reprimir su enojo ante la elocuencia y la justicia de aquella observación. Al recibir la respuesta se limitó á decir estas palabras, que conserva también la Historia: «*Hay que tolerar al Duque de Alba su altivez, en atención á sus grandes servicios*».

VIII

En Lisboa

—El duque de Alba no servía para la vida cortesana, y aborrecía á los aduladores. Carácter forjado para las batallas, no se encontraba muy á gusto en la corte; y cuando no era necesaria su presencia en los campamentos prefería la vida de familia.

—Nunca hizo buenas migas con Felipe II.

—Aunque no congeniaban, y hubo entre ellos más de un disgusto, ningún hombre conocía al duque de Alba y apreciaba sus extraordinarias cualidades como Felipe II.

—Pues no se ve que apreciase las que tenía como político. Está cumplidamente demostrado que el duque le aconsejaba en contra del sistema del terror que le obligó á seguir en Flandes, sin que por ello dejase de castigar severamente á los más culpables. ¿No fué su

parecer contrario asimismo al del rey en el importantísimo asunto de los moriscos de Granada? Felipe II propuso, ó, mejor dicho, impuso á su Consejo medidas muy rigurosas para ahogar los gérmenes de rebelión que entre ellos se advertían, y el *terrible* duque de Alba propuso la benignidad y la consideración como el mejor sistema para contenerlos y evitar que renegasen de su patria, y que, en vez de ser un elemento de gran prosperidad, se convirtieran en perturbadores muy peligrosos. Y no se limitó á exponerle esa opinión, proponiendo las medidas que hubieran evitado el conflicto, sino que le presagió las proporciones graves que, en caso de no adoptarlas, adquiriría la rebelión. Harto atestigua la Historia cuán cierto resultó aquel presagio y cuánta sangre y cuánta desolación costó el sofocarla!

— Hay otro caso que evidencia todavía más lo profundamente que sondeaba el porvenir la mirada de aquel hombre. Efectuada su conquista de Portugal, en 29 de junio de 1581 fué proclamado rey Felipe II, y con la fusión de ambos reinos quedó hecha la unión ibérica. Entonces el Duque de Alba le dijo:

—Esta es la ocasión de que V. M. asegure por luengos siglos el imperio que rige.

—Y ¿qué se ha de hacer para eso, duque?

—Dar solidez inquebrantable al dominio de la Península.

—Ya pienso en armonizar las leyes portuguesas con las españolas.

—Pero me parece que V. M. no ha pensado en otra cosa mucho más fácil que eso y de eficacia mucho mayor para tan importante objeto.

—¿Cuál?

—Trasladar á Lisboa la capital de la Monarquía Ibérica.

Quedóse el rey sorprendido y meditabundo.

—En verdad,—respondió,—que eso merece pensarse...

—Señor, no hay que dilatar lo que es de evidente conveniencia: dicho y hecho.

—En todo sois ejecutivo como en vuestras campañas.

—Creo que en la guerra, como en el gobierno de los pueblos, lo que se puede hacer hoy no debe dejarse para mañana. De seguro que á los ojos de V. M. se ofrecen varios motivos, á cual más atendible, para la inmediata traslación de la corte á la capital del nuevo reino, á un puerto magnífico donde pueden fondear varias escuadras y donde V. M. se hallaría en más rápida y frecuente comunicación con los dominios de allende los mares. Hoy, reciente la conquista, se van aquietando en Portugal los naturales que no se avienen con nosotros; pero no hay que olvidar que sufren á la fuerza el poder castellano, y que, si en este reinado no podrán sacudir el yugo, andando el tiempo no será enteramente imposible.

—No hay que ser pesimista sin motivo, que ya procuraré la unión efectiva del nuevo Estado con las demás regiones de la Península.

—Si V. M., en atención á mis canas, me permitiera una observación...

—Hablad, duque.

—Precisamente la unión se facilitaría mucho con lo que propongo. El amor propio de los portugueses, que tienen también gloriosa historia, se sentiría muy halagado viendo á su Lisboa capital de tan vasto imperio, y así, amansada la fiereza de los intransigentes, no sería ya este partido un peligro para el porvenir.

—Bien; pero Barcelona y Sevilla pretenden también la capitalidad fundándose en las ventajas de su situación.

—Barcelona y Sevilla son, como quien dice, de la familia, y cederán por patriotismo en esas pretensiones, muy fundadas al tratarse de la Monarquía Española, pero no cuando se trata de la Ibérica.

Concluyó el Duque de Alba de exponer las ventajas

grandísimas de la traslación á Lisboa, y Felipe II, aun asintiendo á sus razones, no se resolvió á efectuarla: muy ocupado á la sazón con las obras del Escorial, que dirigía personalmente con Herrera, no pensaba en alejarse del monumento donde está su sepulcro y que tanta analogía ofrece con su carácter.

—Era imposible sacarle de aquellos sitios,—continuó mi padre.—¡Ah, si hubiera seguido el consejo del duque de Alba! ¡Cómo se habría consolidado la unión de España y Portugal! ¡Cuán otros fueran los destinos de nuestra nación!

—Felipe II subordinaba siempre la política á la idea religiosa.

—Sí, pero lo singular es que la primera guerra que sostuvo un rey tan católico fué contra el papa, que lo era Paulo IV. Éste, deseando echarnos de Italia, se unió con el rey de Francia, Enrique II, que, al cebo de tan valiosa alianza, rompió una tregua que había pactado con Carlos I.

Allá fué el Duque de Alba, y, al encontrarse con que las fuerzas aliadas eran en conjunto mucho más considerables que las suyas, procuró dividirlas, y lo logró muy pronto engañándolas con sus movimientos. En seguida, separadamente, dió golpes tan certeros y consiguió ventajas tan considerables que franceses é italianos, viéndose destrozados en unas partes y acorralados en otras, se apresuraron á pedir la paz. Celebróse el tratado de Château-Cambresis, uno de los más ventajosos para nosotros, y en él intervino como representante de Felipe II el mismo Duque de Alba, uniendo así á la gloria militar la del diplomático. Pudo apoderarse de Roma y no lo hizo, por respeto al Vicario de Jesucristo.

—¿No fué Enrique II quien le preguntó al Duque de Alba si era cierto que el Sol había detenido su curso el día de la batalla de Muhlberg?

—Más probable es que fuera Francisco I. La respuesta del duque fué tan oportuna como graciosa:

«Señor: aquel día estaba tan ocupado con lo que pasaba en la Tierra que no tuve tiempo para mirar lo que sucedía en el Cielo.»

No podían faltar dolencias y enfermedades que minasen una vida militar tan larga, activa y gloriosa, tanto más cuanto que el Duque de Alba, dando ejemplo en todo á sus soldados, participaba de sus privaciones, y llegó á una sobriedad extremada en los frecuentes días de gran escasez de mantenimientos.

Murió en Lisboa el 12 de enero de 1582.

Y le lloraron sus veteranos casi tanto como su familia.

En su última hora tuvo la suerte de que le prestase los auxilios de la Religión otro hombre eminente: Fray Luis de Granada.

Biografías del duque de Alba y estudios sobre sus campañas se han publicado varios. Quintana, Gil y Zárate, el general D. Evaristo San Miguel, D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: basta citar sus nombres para mostrar á todo el mundo la importancia de la figura en que se ocuparon.

En la época actual se honraron también dedicándole sus plumas los escritores militares D. Francisco Martín Arrúe, D. Luis Vidart y D. Julián Suárez Inclán. Casi todos refieren su vida y ponen de manifiesto la trascendencia de los hechos: alguno se concreta á sus campañas.

El que esto escribe ha tenido que hacer un trabajo diferente.

En Tradiciones y Leyendas Españolas debo presentar al Duque de Alba legendario, al que era grande por el genio y por el corazón; sin alterar ni un solo rasgo de su figura histórica, cuidando de librarla de los toques exagerados de la pasión, ya en lo militar,

ya en lo político, y de que el carácter del hombre tenga igual relieve que la capacidad del general.

Deseo que así le conozcan todas las clases de la sociedad, hoy que tanto echamos de menos un español de aquella altura, y que el pueblo, al contemplarle tal como fué, con el tributo de su admiración ofrezca también el de su cariño al gran Duque de Alba.

LA VIUDA DE PADILLA

LA VIUDA DE PADILLA

I

Heroína

Corren no pocas leyendas en Toledo acerca de la compañera heroica del caudillo que fué sacrificado en el cadalso.

La imaginación se la representa electrizando á la muchedumbre como la imagen viva de aquella Libertad tan ansiada y tan ofendida.

Intensamente pálida, destrenzada la sedosa cabellera bajo las tocas de la viudez, conduce de la mano á un niño, al hijo de Padilla, y en sus ojos magnéticos lleva el fuego de la venganza.

Ese fuego funesto ha secado todas las lágrimas que brotaron de su corazón al saber la terrible muerte de su esposo, y, sofocado el dolor, únicamente el odio la agita y la trastorna.

No necesita hablar: le basta la mirada para dominar á la rugiente multitud; anima á los vacilantes, arrebata á los valerosos.

—¡Padilla y comunidad!—gritan los unos.

—¡Libertad y venganza!—truenan los otros.

No es ya entusiasmo, es idolatría lo que inspira á los toledanos aquella mujer joven, de facciones nobles y enérgicas, doblemente embellecidas por la sublimidad de su exaltación.

Es tan espontáneo lo que hace como lo que siente; la majestad de sus movimientos impone como atrae. Parece la protagonista de una tragedia clásica, surgiendo de improvisto en la plaza de Zocodover, y en el siglo décimosexto.

Así aparece la famosa D.ª María Pacheco á quien conozca la Historia y á quien no ignore la Leyenda.

Hay que acudir á la primera para que interese más la segunda.

Elegiré un autor tan autorizado como simpático. D. Francisco Martínez de la Rosa, en su *Boceto histórico de la guerra de las Comunidades*, luego de pintar el desconcierto y el decaimiento que produjeron en los pueblos la jornada de Villalar y la ejecución de los jefes comuneros, dice lo siguiente:

«Sólo la ciudad de Toledo no vaciló un punto en su propósito; y era tan brava y cruel la guerra que en este reino mantenían las gentes del prior de San Juan, encargado de reducirle, y las del obispo de Zamora, empeñado en su defensa, que cada día se aumentaba el encarnizamiento de entrambos partidos.

»Ni la destrucción de varias villas y lugares, ni el incendio de la iglesia de Mora, donde perecieron gran número de personas, ni la ausencia del obispo Acuña (cogido después y preso hasta la venida del emperador, que mandó darle garrote), fueron bastantes á desanimar á Toledo, alentada en su firme resolución por la entrada de los franceses en el reino de Navarra y por las alteraciones de la *Germanía* de Valencia.

»Increíble parece que, en una ciudad tan alborotada como Toledo, una mujer sola, la viuda de Padilla, desamparada de todos y sin más autoridad que la que le

daba su grandeza de ánimo, se granjease tal amor y respeto «que todos la acataban, no como á mujer, mas como á varón heroico.»

»*Tirana de Toledo* la llama un historiador, no hallando otro nombre para expresar el sumo poderío que en aquella ciudad ejerciera, llegando á tal punto que nada se resolvía sin su acuerdo ni se ejecutaba sin su mandato. Con mostrar al hijo del malhadado Padilla y presentarse al pueblo aplacaba su furor en los tumultos, sostenía su constancia en la adversidad, le alentaba en el abatimiento y le conducía al heroísmo.

»A hechicería de su esclava tuvieron que atribuir sus enemigos el predominio que tenía en todos los corazones; y, valiéndose de la credulidad del pueblo, trataron de robarle su amor, persuadiéndole tan torcido concepto: para que no sucediese, ni una sola vez, que dejara la superstición de perseguir con calumnias á los promovedores de la libertad.

»Tan amante de ésta como enardecida con el deseo de vengar á su esposo, la viuda de Padilla, sobreponiéndose á la flaqueza de su sexo, y al quebrantamiento de su salud, cuidaba de la defensa de Toledo, ordenando frecuentes salidas para entrar mantenimientos que escaseaban mucho por haber adelantado los enemigos su real hasta el monasterio de la Sisla, al mediodía de la ciudad, para aquejarla con el hambre y estrechar más su cerco.

»Con varia suerte pelearon durante el asedio combatientes y combatidos, hasta que, como éstos saliesen un día en busca de provisiones, dieron tan de repente sobre el real enemigo que lo entraron por fuerza, desbaratando su gente y poniéndola en fuga. Pero, como poco sujetos á la disciplina de la guerra, se entregaron al robo tan desordenadamente que, advirtiéndolo el prior de San Juan y otros caballeros, reunieron algunos soldados ya recobrados del espanto, y acometieron á los comuneros con tal ímpetu y pres-

BIBLIOTECA

teza que, sin ser parte á defenderse, perecieron muchos y otros corrieron á la ciudad, llevando consigo la confusión y el miedo.

»Grande fué el desmayo en los moradores de Toledo al saber el destrozo de los suyos; y, sin que nada los contuviese, trataron con el prior la entrega de la ciudad y recibir justicia por el rey, con tal de que se concediese perdón á cuantos en Toledo se hallasen y no se exigiesen alcabalas ni otros derechos, hasta que debidamente se examinaran las cédulas de exención que la ciudad tenía.

»Bajo estas condiciones, que prometió el prior traer confirmadas por el rey, se concertó la paz por el mes de septiembre de 1521; mas, aunque parecía la ciudad sosegada y tornaron á ella los que se habían ausentado por temor de las alteraciones, comenzaron á suscitarse rencillas y desavenencias entre éstos y los que se habían quedado, los cuales se gloriaban de que á ellos se debía el recobro de alguna libertad; estando siempre tan inquietos los ánimos y tan ligeros de poner en armas, que por todas partes amenazaban nuevos y peligrosos disturbios.

»En este estado de zozobra permaneció algunos meses Toledo, mediando frecuentes tratos entre un comisionado del prior y la viuda de Padilla, que demandaba algunas cosas justas, pero no estipuladas en los conciertos de paz, que, al fin, vinieron confirmados por el emperador.

»La noche antes de publicarse esta confirmación, con la cual creían «que el pueblo consentiría el yugo», salió por la ciudad un tropel de gente gritando: «¡Padilla y Comunidad!»; á cuyas voces se conmovió Toledo, llegando á punto de pelear uno y otro partido.

»Mas, recobrado el sosiego, no se contentaron el prior y el arzobispo de Bari con pregonar al día siguiente, 3 de febrero de 1522, lo concedido por el emperador, sino que, para buscar pretextos de opri-

mir al pueblo y castigar á los malcontentos, dispusieron sacar á ajusticiar á un infeliz, cogido en el pasado tumulto, con lo cual se volvió á alterar la ciudad, saliendo muchos á libertar por fuerza al reo en el acto de conducirle al suplicio.

»Prevenida y dispuesta ventajosamente la gente del arzobispo, acometió á los amotinados al desembocar por las estrechas calles; y, después de dispersarlos, con algún derramamiento de sangre, cercó por todas partes la casa de la viuda de Padilla, donde ella se defendió con los más esforzados de su bando, hasta entrada la noche, con la singular ventura de lograr salir encubierta y refugiarse en el vecino reino de Portugal.

»Con la ida de esta mujer heroica acabó la guerra de las Comunidades; llevando á tal extremo su encono los que habían triunfado á nombre del rey, que quitaron la vida á algunos de los perdonados, culpándolos de los recientes alborotos; y mandaron derribar las casas de Juan de Padilla, sembrarlas de sal y levantar un padrón de infamia.»

II

Hable la Historia

En prueba de imparcialidad, y para que el lector complete su juicio, conviene transcribir igualmente el del reputado historiador de Toledo D. Antonio Gamero, que la trata con menos benignidad y que, aun reconociendo las virtudes, los talentos y carácter heroico de la viuda de Padilla, extrema en ocasiones la censura.

Hé aquí sus palabras:

«En esta situación azarosa la viuda de Padilla toma el mando. Cuando se hallaba perdida la causa de las comunidades; cuando los varones fuertes doblaban la

cabeza, unos al peso del hacha del verdugo, otros al influjo de la debilidad ó el cansancio, si el desengaño y el verdadero amor de la paz no les rendía, una hembra ocupa su lugar y da la cara al peligro, que más de recio ahora que nunca bate los muros de Toledo.

»Esa hembra había ya pagado justo tributo al dolor desde el momento que, hallándose arrodillada ante un crucifijo en su gabinete, acompañada de sus dueñas y un criado, pidiendo al dios de las batallas por el triunfo del ejército y del caudillo que le regía, recibió inesperadamente la primera noticia de su derrota y su martirio.

»Medio convaleciente de la dolencia que le causó este desastre, enlutada y llorosa, se hizo conducir en andas al alcázar, estrechando en sus brazos al tierno niño que dejó huérfano el rigor de la justicia; y es fama que á su lado iban Dávalos y Acuña, precedidos de un estandarte que representaba el suplicio del valeroso capitán toledano.

»Dispusiera su desolada esposa esta ceremonia, ó hiciérasele entrar en ella para interesar más al pueblo: esto unido al mal aspecto que ofrecían las cosas, debió contribuir mucho á fanatizar su espíritu preocupado y á arrastrarla en la senda de aventuras y de riesgos que corrió desde ese día.»

Sigue luego el Sr. Gamero reseñando los actos de la heroína, pero á veces carga la mano, como si al inculparla no tuviese en cuenta las circunstancias excepcionales que él mismo revela. No es poca, por desgracia, la responsabilidad que la alcanza en los sucesos que refiere el historiador toledano, pero no tanta. Dice así:

«Ensalcen en buen hora sus adeptos la diligencia con que acude á todas las necesidades, y remedia todos los daños y pone en seguridad todas las fortalezas y murallas. Háblennos con particular elogio de sus disposiciones para continuar la guerra, de las salidas

que ordena para batir al prior y sus aliados en el campo cercano á nuestros alcores; de la entereza con que resiste las exigencias del Ayuntamiento y se deshace del obispo de Zamora, obligando al uno á partir de esta ciudad y reduciendo al otro á que cierre sus puertas y deje en sus manos el gobierno absoluto de la república.

»Realcen, por último, el cariño, la casi idolatría que llegaron á profesarle las masas, pendientes siempre de su voz, como si fuera un oráculo, siempre atentas á sus menores caprichos, cual si fuera una reina.

»Tales encomios no harán más que poner de relieve sus talentos, su educación varonil, sus arranques y aquella distinción de maneras que tomó en la cuna, junto con la aureola de gloria que su esposo le legara al morir.

»Pero si en todo esto vemos á la mujer noble, ilustrada y fuerte, que honra á su sexo, fecundo en matronas de altos instintos y aliento poderoso en el siglo á que corresponde, ¡por Dios!, que nos desagrada mirarla, cubierta bajo el manto de la piedad y prodigando lágrimas de dudoso sentido, postrarse de hinojos ante un altar, con dos pajes que llevan sendas hachas encendidas, para tomar el oro del Sagrario de la iglesia y arrancar después con la fuerza al Cabildo seiscientos marcos de plata; porque no repugnamos esta exacción forzosa, que hacen necesaria los apuros del tesoro municipal y el sostén de la gente, sino el repugnante consorcio de la hipocresía y la violencia con que se lleva á efecto.

»Menos podemos aprobar la inhumanidad con que consiente D.ª María que, llamados por ella, sean asesinados á las puertas de su palacio los hermanos Aguirre y arrojados por el muro, tolerando que el populacho se apodere de sus cuerpos y los arrastre hasta la Vega, donde los quema y aventa sus cenizas, cuando la cofradía de la Caridad acudía á darles

sepultura; si bien condenaremos la infame villanía que los Aguirre habían cometido, quedándose con caudales de que eran portadores para Padilla luego que supieron su muerte.

»Y ¿cómo no censurar la cruel venganza que otra vez ejerció en un desgraciado, quien, concibiendo la mala idea de llevarla engañada al campamento del Prior, entregó la vida al punto que se supo su crimen?

»La ira de la Pacheco, por lo visto, estallaba fácilmente, y en su corazón, si tenían entrada escrúpulos mezquinos, no anidaban de asiento la compasión ni el respeto á las formas judiciales.»

Por los hechos anteriores conocerá el lector que el Sr. Gamero extrema demasiado la censura, sobre todo en el último. En un tiempo de revolución, de una revolución dirigida por la viuda de Padilla, quien, justa ó injustamente, obraba en Toledo con facultades dictatoriales, ¿cómo querría el Sr. Gamero que se castigase un atentado contra ella tan criminal como el tratar de entregarla traidoramente á sus enemigos?

Aunque ella intentase perdonar al que lo cometió, lo cual no es increíble, dado su carácter generoso, seguramente los toledanos no hubieran consentido el perdón.

No podían perdonar tampoco un delito de la trascendencia del cometido por los hermanos Aguirre; pero debieron someterle á juicio. Toda conciencia honrada condena enérgicamente el asesinato de esos hombres y los excesos que le acompañaron, y, sin embargo, el hecho de su muerte es disculpable: si los hermanos Aguirre hubieran cumplido su deber llevando á Padilla el dinero que les confiaran las ciudades, Padilla no hubiese perdido en Torrelobatón un tiempo precioso aguardando lo que tanto necesitaba para pagar á sus tropas, que empezaban á desmoralizarse á causa de la falta de recursos. Por esto se desbandó en Villalar gran parte de su infantería, y

por esto fué tan fatal la jornada. ¿Cómo los toledanos podían perdonar á aquellos traidores?

Mas el propio historiador, que así la censura, en otra ocasión acaba por rendir parias cumplidamente á la generosidad y grandeza de la viuda de Padilla.

III

Lance caballeresco.—Grandeza de una mujer

Hé aquí sus palabras:

«En medio de todo es imposible olvidar algunos rasgos de grandeza que se destacan de la figura que delineamos. El joven D. Pedro de Guzmán, hijo del Duque de Medina Sidonia, herido y hecho prisionero en un combate junto al castillo de San Servando, fué traído á la presencia de D.ª María, la cual, como hubiese visto desde el alcázar la bizarría y el denuedo con que había peleado, mandó que se le tratara con regalada esplendidez, y cuando estuvo restablecido le convidó á que se quedase de general de los Comuneros.

»Rechazó él dignamente la proposición, y ella, con no menos nobleza, pagada de su porte, le concedió la libertad, á condición tan sólo de que le enviase en canje de su persona algunos toledanos que estaban en poder del prior; lo que se cumplió religiosamente.

»A este episodio, digno de los mejores tiempos de la andante caballería, como dice Ferrer del Río, pone el sello otro acaso más grande: el marqués de Villena, tío carnal de la Pacheco, y el Duque de Maqueda, á guisa de amigos y parientes, se habían entrado con algunos hombres de armas en Toledo á negociar, como mediadores, la entrega de la ciudad; y tan mal les salió el negocio, que hubieron de salir de aquí más forzados que arrepentidos; pero desde su partida que-

daron los espíritus tan inquietos, que con frecuencia ocurrían conflictos entre el vecindario pacífico y revoltoso.

»Un día, con motivo de escasear los comestibles, cuya introducción estorbaban las fuerzas enemigas, varios grupos fueron á reunirse en Zocodover por tres diferentes sitios, y, gritando: *¡Viva el rey!*, avanzaron hacia el palacio en ademán de conquistadores.

»Los que guarnecían esta fortaleza, respondiendo: *Padilla y Comunidad*, abandonaron sus puestos, y desde la trinchera se arrojaron á la calle, para pelear cuerpo á cuerpo con sus contrarios. La refriega empezó de una manera sangrienta. Cuando más empeñada estaba, D.ª María, llevada en una silla de manos porque sus quebrantos no la permitían sostenerse de pie, púsose en medio de los combatientes. Con acento robusto dijo: *¡Paz, paz!*, y, cual si fuera su voz un mágico conjuro, cesó de repente el fragor de la lid, juntándose con ella los dos bandos y acompañándola todos, *sin quedar ninguno*, hasta el alcázar.

»La que es capaz de producir este efecto bien puede gloriarse de cierta superioridad de alma y contarse en el número de las mujeres distinguidas.

»Empero, ¿qué se proponía nuestra matrona al mantener la ciudad en estado de guerra contra los riesgos que la cercaban interior y exteriormente? Pagar deudas de esposa, cumplir deberes de madre y proteger en su desamparo al pueblo comprometido.

»Pretender clavar en nuestro horizonte la rueda de la Fortuna, favorable al emperador, hubiera sido una locura que no cabía en ningún cálculo razonable. Sacar partido de la desgracia, sobrellevándola con dignidad y entereza y librar del naufragio las prendas más queridas, esto era grande y hacedero: esto fué lo que intentó y consiguió, insistiendo con firme perseverancia en sus propósitos.

»La suerte, sin embargo, se empeñó en perseguirla, é imprudencias y arrebatos injustificados destruye-

ron su obra, salpicándola de sangre y llevándola á ella á morir fugitiva y desterrada en país extranjero.»

Aun el historiador de Toledo nos da otras pruebas para conocer el carácter de la viuda de Padilla.

«Los que pretendan—dice—sondear el corazón de D.ª María y medir la altura de su heroico pensamiento, registren las proposiciones que presenta en Mazarambroz y Ajofrín al prior de San Juan, allanándose á reducir la ciudad á su obediencia.

»En ellas dicta leyes al vencedor y pide la sanción real para todo lo hecho, el perdón para todos los complicados en las comunidades, la confirmación de todos los privilegios y algo que toca á la honra de su esposo y al porvenir de su hijo.

»Si se le niega insiste en desafiar con las armas al jefe imperial y le envía á su campo un ejército que sorprende y desbarata el suyo, poniéndole á pique de perder la vida, aunque él se reponga luego y se cobre con creces de este descalabro.

»Otra vez, con mejor fortuna, después de estos sucesos, anúdanse los tratos en la Sisla, y allí el 25 de octubre de 1523, el arzobispo de Bari, representando al prior, y en nombre de la ciudad Rafael de Vargas, Antonio de Comontes y Clemente Sánchez, diputados por las parroquias de la Magdalena, San Andrés y San Lorenzo, firman una solemne capitulación donde se otorga completamente cuanto se había pedido antes.

»Y porque todo reciba la robustez que sólo del poder supremo puede venir, se apresuran los capituladores á exigir al monarca una cédula en que dé por bien hecho lo acordado, y D. Carlos firma en Vitoria á los tres días siguientes un perdón especial para Toledo, aprobando la capitulación de la Sisla y haciendo otras interesantes declaraciones.

»En este documento, usando el rey de clemencia, remitía las culpas cometidas é indultaba de toda pena civil y criminal á los interesados directa ó indirecta-

mente en los acontecimientos referidos, tanto á los vecinos de la ciudad y su tierra como á los extranjeros que acudieron á ayudarlos, con excepción únicamente de aquellos que la misma ciudad designaba, ó los que se encontrasen en ella y hubiesen sido exceptuados en otras, salvo también el derecho de tercero, á quien debería indemnizarse de los perjuicios y daños causados; se restituía á la población toda su lealtad, reintegrándola en el título de *muy leal*, y confirmándole los privilegios y franquicias que de muy antiguo venía disfrutando, especialmente el de que no se sacasen los delincuentes de su término para ser juzgados.

»Se mandaba hacer información sobre el impuesto de las alcabalas y que se quitasen los derechos de almotacenazgos, corredurías y otros; se ofrecía resolver en justicia el pleito que Toledo sostenía con el conde de Belalcázar, y proveer con acuerdo del Consejo lo que fuere conveniente sobre los capítulos ordenados por la Junta de Tordesillas; se disponía abrir un sumario en averiguación de los ausentes que querían volver á sus casas, para no admitir por el pronto sino á los que no pudieran mover escándalos ni causar extorsiones; finalmente, se prescribía al Corregidor y á la Justicia que, antes de tomar posesión, jurasen guardar lo dicho y no conocer de los excesos pasados.

»Todo esto consiguió para el pueblo la viuda de Padilla. Veamos ahora lo que reclamó y alcanzó para su esposo y su hijo.

»El uno, juzgado fuera de Toledo, había sido privado de la honra y sepultado al pie del rollo en que perdió la vida; el otro quedó inocente en la orfandad, desheredado por una sentencia de confiscación absoluta que así le arrebataba el patrimonio de su padre como le hacía indigno de heredar á sus próximos parientes.

»Y la esposa desolada demandó la honra del difunto, y se la dieron, anulando virtualmente el pro-

ceso para que se le juzgara otra vez por jueces competentes. La madre cariñosa solicitó que se concediesen al vivo los oficios que aquél desempeñaba, que se alzase el embargo de bienes y se declarase al huérfano con habilidad legal para poder heredar cualesquiera otros; y no hubo inconveniente alguno en concedérselo.»

IV

El horóscopo de reina

Ahora vamos á la leyenda.

No dudará el lector de que es histórica si ve que en ella figuran personajes y hechos citados por la Historia.

Hay que trasladarse primeramente á los días más venturosos de D.ª María Pacheco, recién casada con Juan de Padilla.

Le adoraba y era correspondida.

Toledo, la opulenta y altiva Toledo de aquel tiempo, tan diferente de la Toledo de hoy, y de población triple, se contemplaba en el espejo de la felicidad de aquel matrimonio y se enorgullecía con ellos porque eran dignos como gallardos.

Si su unión representaba el triunfo del amor y el maridaje de las almas aun más que el de los cuerpos, el amor propio estaba también completamente satisfecho: no se conocía una pareja tan proporcionada ni en lo esclarecido del linaje, ni en los bienes de la fortuna, ni en el concepto público.

Destinaban una parte de sus rentas al alivio de menesterosos, y no había punto alguno en la ciudad donde no bendijesen sus nombres.

—¿Verdad que no es posible mayor ventura?

Esta pregunta se la dirige D.ª María á su esclava favorita, la mora Alina.

Pasa de la edad florida esa sirvienta, y, conforme va perdiendo los hechizos de su belleza, aumenta su reputación de hechicera,

Quiere muchísimo á su señora porque el día que la compró la esposa de Padilla le dijo:

—Alina: eres libre. En mi casa no ha de haber esclavos. Si prefieres volver á tu país, en vez de servirme...

La mora, que es granadina, no la dejó acabar, arrojándose á sus pies y haciendo otros extremos de agradecimiento.

No solamente no volvió á su país, sino que está resuelta á no abandonar nunca el servicio de señora tan generosa, y lo desempeña en todo con extremada fidelidad.

De modo que, aunque la Historia la nombra esclava por el hecho de haberla comprado como tal, goza Alina de una libertad tan absoluta como la confianza que inspira.

Y, puesto que el lector ya la conoce, atendamos á lo que responde á D.ª María respecto á si cabe mayor ventura que la suya.

—Señora: realmente no te falta nada para que vivas satisfecha, pero sí para que te envidien todas las mujeres.

—Alina, el que envidia aborrece, y yo no quiero que me aborrezcan.

—Yo he sacado tu horóscopo, señora, y sé que, aunque la envidia no te guste, serás mucho más envidiada que ahora.

—No debo hacer caso de tus hechicerías; pero tengo curiosidad por conocer ese horóscopo.

—Que lo creas, que no lo creas, señora, tú serás reina.

—¡Reina!

Y en los ojos oscuros de D.ª María Pacheco surgió un relámpago.

—Tan cierto como que tu esposo te adora.

—No pretendas alucinarme, Alina, porque eso es tan imposible como que yo deje de amarle á él.

—Bien sabes, señora, que he acertado en otros horóscopos: yo no te engaño.

—Te engañará el cariño que me tienes y el afán por halagarme.

—No han de transcurrir muchos años sin que veas que digo la verdad.

—No me hables más de tal cosa, Alina: te lo suplico. Ahora estoy completamente tranquila, y esa idea loca acabaría por inquietarme. Vamos: coge la guzla y distráeme con alguno de los cantos de tu país.

Alina obedeció: era tañedora muy hábil de dicho instrumento, y con esta gracia encantaba á D.ª María. Como había aprendido el castellano, adaptaba á este idioma lo que sabía desde su infancia.

La voz argentina de la mora vibró de sentimiento al expresar la gratitud del mísero esclavo á quien se le da la libertad y se le hace agradable la vida.

Después entonó una endecha dulcísima á la esperanza, y luego, con acento apasionado, arrancando á su guzla sonidos mágicos, expresó la idea que contienen los versos siguientes:

Tienes un trono en mi pecho,
y otro te ofrezco en el mundo.
¡No le desprecies, sultana,
que harás felices á muchos!

D.ª María se estremeció, y, apartando los ojos de la mora, se puso á contemplar un retrato de Isabel la Católica que ornaba la estancia.

Seguía la suya la viva mirada de Alina, radiante de satisfacción, como artista que se goza en su obra.

A D.ª María le pareció que aquel lienzo se animaba, que la gran reina se sonreía inefablemente á idea tan

noble, y, siguiendo en su contemplación, repetía, sin darse cuenta de ello, los últimos versos:

¡No le desprecies, sultana,
que harás felices á muchos!

La expresión de sus ojos magníficos era entonces la de una soberana que se ve objeto de la veneración de su pueblo.

Alina calló, como si el respeto le sellara los labios.

El silencio se hizo más elocuente que sus cantos.

Poco después D.ª María inclinó su frente, cual cediendo á ideas abrumadoras.

Alina, al verla pensativa y triste, se afligió y le dijo:

—¡Perdón, señora! Si hubiese pensado que mis canciones acabarían por apenarte, hubiera enmudecido.

La esposa de Juan de Padilla no respondió.

—¿Quieres que cante las alegrías del amor correspondido?

—Ahora déjame, Alina.

La hechicera obedeció, envolviendo, al retirarse, á su señora en una mirada de cariño y murmurando:

—Al fin, no dudará del horóscopo.

V

La última carta

Transcurrió algún tiempo sin que la astuta mora volviese á decirle una palabra acerca de aquel pronóstico tan lisonjero.

Había observado las nubes de tristeza que solían aparecer en la frente de D.ª María desde que lo supo, y ya lamentaba habérselo dicho.

Ocurrió el levantamiento de las Comunidades, y

Juan de Padilla fué aclamado jefe de los comuneros. La voz de su digna compañera, identificada con él en ideas como en sentimientos, fué la primera en felicitarle; y cuando ambos se presentaban en público el pueblo vitoreaba á D.ª María con igual entusiasmo que á él.

Empezó la guerra; á las victorias efímeras sucedió la derrota tremenda y el espectáculo del cadalso en donde rodaron las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado.

Es imposible sustraerse á la emoción que produce la escena de la esposa que recibe en su oratorio al fatal mensajero de Villalar, precisamente cuando rogaba á Dios por el triunfo y la salvación de su marido.

El mensajero no se atreve á pasar de la puerta; pero ella, advertida por Alina, se levanta y va resueltamente al encuentro de él. Todavía no sabe la terrible nueva; pero el aspecto de aquel hombre ya le revela una gran desgracia.

Observa su angustia y su vacilación y que lleva temblorosamente la mano á su escarcela, y exclama:

—¿Qué me traes?

—Señora, una carta.

—¿Por qué no me la entregas al momento?

—Porque... ¡es la última, señora!—responde sollozando el fiel sirviente.

Resistió la heroína la tremenda impresión, arrebató la carta de manos del mensajero, la leyó, y sólo después de haberla leído cayó desfallecida en brazos de Alina.

El lector habrá visto dicha carta en el tomo anterior, en la tradición JUAN DE PADILLA.

La salud de D.ª María pasó una crisis muy grave; pero al cabo salió triunfante de ella, imponiéndose al cuerpo el vigor extraordinario de su espíritu, y cobró fuerzas suficientes para la lucha asombrosa que atestigua la Historia.

Ya se ha asistido á esa lucha en sus fases principa-

les, pues consta en los relatos de Martínez de la Rosa y de Gamero.

La leyenda vuelve á surgir luego que la ciudad de Toledo, sus autoridades, el pueblo, todas las clases de la sociedad se pusieron bajo la dirección de la viuda de Padilla, hasta el punto de que *todos la acataban no como á mujer, mas como á varón heroico*, cual dice el primero de dichos historiadores. *Nada se resolvía sin su acuerdo, ni se ejecutaba sin su mandato.*

La mora no le había hablado más del horóscopo; pero el día que la vió en el salón de recepciones de su palacio, sentada sobre alto sitial, á manera de trono, y rodeada por toda aquella gente principal, tan voluntaria y completamente sometida á su voluntad, aguardó con ansia á que estuviera sola unos momentos, y le dijo:

—Y bien, señora: ¿he acertado?

—¿En qué, Alina?

—En el horóscopo.

—¡Ah! ¿Aun quieres que piense en tu sueño?

—No es sueño, señora. ¿No eres reina ya?

—No me adules.

—Reina de Toledo. No será más venerada por su pueblo ni mejor obedecida que tú la que haya nacido en el trono. Tu voluntad es la ley. Dan guarda á tu palacio, no gente asalariada, sino los hijos de las principales familias de la ciudad, y tienes un ejército á tu disposición.

—¡Ay, Alina! Aunque admitiese tu idea lisonjera, ¡qué triste reinado el que se funda en mi horrible desgracia!

Pero puedes consolarte, señora, haciendo mucho bien á los tuyos y mucho mal á los enemigos.

—¡Sí, sí!... En mi corazón no cabía más que el amor; pero me ha caído sobre él la sangre de mi esposo, vertida en el cadalso, y esta sangre me pide venganza; y, por más que le ruego á Dios que me libre de este sentimiento odioso, como ni siquiera por un

instante dejo de tener ante mis ojos aquel atroz espectáculo, ¡ay!, no puedo pensar sino en el exterminio de mis implacables enemigos. ¡Todavía la leona de Toledo ha de hacerles pagar muy cara la sangre de su compañero!

Y, así diciendo, la viuda de Padilla se irguió con fiereza majestuosa.

—¿Y tu hijo?—preguntó la mora.

—¡También él, ese inocente, me pide venganza! Han tratado de deshonrar á su padre sepultándole al pie del cadalso, y á él no solamente le desheredan y le despojan de los bienes paternos, sino de los que pudieran dejarle sus próximos parientes; es decir, que imponen á mi hijo la deshonra y la miseria. Dime: ¿puede caber en mi corazón más que el odio?

—Yo siento lo mismo que tú, señora; pero te ruego que te calmes, no sea que caigas enferma otra vez. Y, puesto que eres reina de Toledo...

—¡Sí: usaré del poder que me conceden, para el bien y para el mal!... ¡Tanto me haré temer de los enemigos que por la fuerza les impondré el respeto á mi desgracia!

VI

Historia y leyenda

Aquí es oportuno presentar más datos de completa fidelidad histórica.

El severo historiador que, en ocasiones, trata con dureza á nuestra heroína, después de elogiar vivamente las ventajosas condiciones que había logrado imponer á los imperiales, prorrumpe en estas palabras:

«¿Qué se reservó para sí misma esta mujer privilegiada? Un recuerdo de cariño, un objeto de dolor que

por el vínculo santo de las oraciones la reconciliase con el Cielo y la pintase en la Tierra como una persona sensible á los afectos más puros.

»A su instancia se dispuso que los restos inanimados del que fué su dulce compañero en los días de ventura, se sacasen del lugar donde yacían, se llevasen al monasterio de la Mejorada, cerca de Olmedo, y, pasados ocho meses, se trasladaran á esta ciudad.

»La dicha, que así se buscaba, no debía saborearla al cabo. D.ª María, fiel cumplidora de lo pactado, desocupó el alcázar, bien que se quedara con alguna artillería y gente que la resguardase; ocupó el prior las fortalezas y sitios bien defendidos; comenzaron á venir á la deshilada los ausentes, y, como se tenía previsto, no tardaron en estallar entre éstos y los demás vecinos los antiguos resentimientos.

»La elevación al pontificado del cardenal Adriano, que se celebró en Toledo con desusada alegría y una mascarada nocturna á fines de enero de 1524, contribuyó á romper del todo la aparente armonía que reinaba entre las gentes de uno y otro bando.

»Un muchacho forastero, de baja condición, acertó á gritar: *¡Viva Padilla!* cuando todos vitoreaban al nuevo papa. Cogiéronle los que le escuchaban y le azotaron bárbaramente. Su padre quiso tomar venganza del agravio, y se enredó con los agresores.

»Bien caro le costó al infeliz su arrojo, porque al otro día, sin que le valieran los ruegos de la Pacheco, espiró en un cadalso.

»Pero su muerte fué ocasión de que los comuneros, no confiando ya en las promesas y estipulaciones del prior, apelaran á la guerra y libraran un combate con los imperiales en las inmediaciones de la casa de Padilla, que terminó por la mediación de D. Gutierre, hermano de éste, el cual iba de una á otra parte, esforzando su influencia para que dejasen las armas y salieran de la ciudad con seguro de la vida los que no

quisiesen permanecer más en ella. Su voz fué escuchada, y el 3 de febrero del indicado año todo quedó concluído.

»Aquel día el D. Gutierre ocultó á su cuñada en el convento de Santo Domingo, que se comunicaba con su palacio, y pocos después, á favor de un disfraz de aldeana, facilitó su fuga al reino de Portugal, en donde acabó su trabajosa vida, con el dolor de que la imprudencia de algunos había rasgado el convenio celebrado en la Sisla, y, sin lograr nada, había ensangrentado los patíbulos, llenado las cárceles y aumentado las listas de proscripción y de muerte.

»¡Esa misma imprudencia hizo que, arrasadas las casas patrimoniales de los Padillas, se sembrasen de sal para que ni la hierba naciese en su terreno!»

Véase, pues, que la heroína de esta tradición no había tenido la menor culpa en que se malograse el fruto de su heroísmo, de su constancia y de su previsión. y que cuidó mucho más del bien de los toledanos que de satisfacer su propia venganza.

El notable historiador de Toledo añade lo siguiente, que se presta á profunda reflexión:

«Todo concluyó con la salida de los comuneros y la fuga de D.ª María. Podíamos haber dicho, para expresarnos con más propiedad, todo acabó en la nación cuando nuestra ciudad fué reducida al silencio y sobre ella pasó la mano de hierro del arzobispo de Bari D. Esteban Gabriel Merino, que empuñó las riendas del gobierno, y del doctor Zumel, alcalde de corte, que tomó á su cargo la instrucción de las causas de incidencia.

»El último grito lanzado en Toledo y la postrera sangre derramada en sus plazas sofocaron la rebelión allí donde todavía asomaba la cabeza; las libertades y franquicias de los pueblos perdieron la autoridad y el vigor que tenían; la representación nacional, vano simulacro del poder de los concejos y clases influyentes, se hizo instrumento de la tiranía ó de las exigen-

cias de los príncipes, y la monarquía, desde entonces, sin crisis violentas, descendió á un período de decadencia y de marasmo.»

La tradición dice que la viuda de Padilla, la soberana de Toledo, para lograr refugiarse en Portugal, no sólo tuvo que separarse de su hijo, sino también de su fiel Alina.

La acompañó en su fuga únicamente un viejo escudero, disfrazado como ella de labrador.

El desventurado huérfano quedó al amparo de su tío D. Gutierre.

Pero algún tiempo después de la fuga consiguió Alina reunirse con su señora en Lisboa.

Es opinión general que la viuda de Padilla murió allí de tristeza y que cerró sus ojos la mujer que le había predicho un trono.

Pueden servir de complemento á esta tradición, lo mismo que á la de JUAN DE PADILLA, publicada en el tomo anterior, las dos notas siguientes de la Historia de Toledo:

«Si la exhumación que se verificó de los restos de los tres decapitados en Villalar, por orden del gobernador militar de Zamora D. Juan Martín *el Empecinado* el día 13 de abril de 1821, es una verdad indudable, no debió llegar el caso de que se llevaran los de Padilla al monasterio de la Mejorada.

»También se nos ocurre que, si la fosa en que encontró la comisión exhumadora en 1821 un solo cuerpo *con algunos huesos, aunque bastante fracturados, que pertenecían al cráneo*, era la de nuestro compatricio, no se acredita la noticia que trae un autor del siglo XVIII, relativa á hallarse en aquella época la

cabeza de Padilla dentro de una caja de piedra, sobre una columna, en el puente de San Martín de esta ciudad.»

«Un año justo después de otorgado el perdón especial para Toledo, Carlos V, en Valladolid, firmó aquel otro famoso, general para todo el reino, en que se exceptuaban especialmente de la indulgencia real hasta diez y nueve toledanos, que fueron, según el orden con que se los menciona, D. Pedro Laso de la Vega, Juan de Padilla *(ajusticiado)*, D.ª María Pacheco, D. Pedro de Ayala, Hernando Dávalos, Gonzalo y Juan Gaitán, Juan Carrillo, Francisco de Rojas, Fernando de Rojas, Fernando de Ayala, el jurado Pedro Ortega, el jurado Montoya *(ajusticiado)*, el doctor Martínez, Pedro de Ulloa, el bachiller García de León, el doctor D. Francisco Álvarez y Zapata, maestrescuela, Rodrigo de Acebedo, canónigo y el licenciado Úbeda.

»La desgracia de todos éstos se hubiera evitado con un poco de juicio y resignación por parte de los comuneros, y algo de prudencia y de menos rigor por la de los imperiales.»

Mas si el rencor de Carlos I á la memoria de Juan de Padilla y de su digna compañera llegó más allá del sepulcro, ese sentimiento tan indigno de un rey no influyó en el juicio de la posteridad: al contrario, ha servido para aumentar la simpatía, el respeto y la admiración que inspiran ambas figuras.

LEYENDA DE FRAY LUIS DE GRANADA

LEYENDA

DE FRAY LUIS DE GRANADA

I

Encuentro venturoso

Los hechos principales de ésta ocurren en los jardines de la Alhambra, de 1518 á 1520, y gobierna á Granada el conde de Tendilla.

Este ilustre veterano reside en el mismo alcázar de los reyes árabes, el cual se hallaba entonces tan entero y maravilloso como cuando él concurriera á conquistarlo en su mocedad.

Es activo y madrugador, igual que en aquel tiempo, y todos los días sale á caballo al amanecer, aunque sea en invierno, á hacer su ronda por la magnífica ciudad y sus cercanías.

No le mueve solamente para eso su celo en el cumplimiento del deber, que á la vez disfruta muchísimo en la contemplación de los panoramas que entonces se ofrecen á su vista.

Los días despejados goza del más bello de los espec-

táculos de la Naturaleza, la salida del Sol por detrás de las cumbres de Sierra Nevada, el reflejo de sus rayos en la pura nieve, las mil perspectivas prodigiosas que surgen durante el simulado incendio del Muley-Hacén, cuando la aurora se une con el día y esparcen la vida por el campo y por la ciudad.

Si el tiempo es propicio va á contemplar todo eso desde el palacio de verano del Generalife, á propósito para ello por su elevada posición; después, cruzando el poético bosque en el cual cantan millares de avecillas, baja á la ciudad por la cuesta de los *Gomeres*, seguido de algunos jinetes que le escoltan.

En este camino, alguna vez, de vuelta de su ronda, le ha llamado la atención un niño de nueve á diez años, tan pobremente vestido que le hubiera tomado por un mendigo, á no reparar en que no pide limosna y en que, á pesar de su humildad y de su ropa remendada, el rostro inteligente y melancólico, revela una dignidad nativa, y en su aire de resignación hay como una protesta suave contra los rigores de la suerte.

Este niño suele llevar al hombro un saquito, y anda con desembarazo, como quien se encamina al cumplimiento de una obligación.

Cada vez que encuentra al conde de Tendilla se aparta, se quita respetuosamente la gorra y le dice:

—Dios guarde al señor conde.

Una mañana iba el ilustre veterano más despacio que de costumbre, embelesado con los ruiseñores que gorjeaban entre arrayanes y laureles, y vió que el niño subía lloroso por la cuesta.

—¿Por qué lloras?—le preguntó.

—Por dos cosas, señor: porque mi abuelo está muy enfermo, y por la pena que daré á mi madre al decírselo.

—¿Dónde está tu madre?

—En el alcázar, trabajando para la servidumbre de vuestra señoría.

—¿Qué hace?

—Es lavandera, señor, y ahora le llevo el almuerzo, más tarde que de costumbre; pero no tengo la culpa: hoy era preciso cuidar mucho al abuelito.

—Dime dónde vivís, é iré á visitarle.

—¡Gracias, señor, por tanta bondad! Vuestra señoría va á molestarse mucho, porque vivimos en el Albaicín.

Y en seguida añadió las señas que se le pedían.

El gobernador de Granada dió una orden á su escolta, y el muchacho, lleno de reconocimiento, se enjugó las lágrimas, continuando su camino hacia el alcázar.

El Albaicín era el barrio apartado y pobre de Granada, y aun hoy conserva su fisonomía original y un dédalo de callejuelas, pero mucho más miserables que en aquel tiempo.

Habitábanle principalmente los moriscos, y sabido es que entre ellos fermentaba ya el descontento que años después produjo una insurrección formidable.

Algún trabajo les costó al conde y á su escolta atravesar el laberinto de empinadas callejuelas hasta que dieron con el casucho que buscaban.

Aunque pequeño y mezquino, aparecía limpio; tiene su entrada por un airoso arco de herradura, y desde un patinejo empedrado con menudos guijarros, que dibujan flores y pájaros, y en torno al cual hay también algunas macetas, se llega á una reducida habitación donde está el enfermo.

Es un cuadro de miseria que resulta más penoso á causa del contraste con aquella linda entrada.

No me detendré á bosquejarlo. Allí se adivina en seguida la solicitud y la mano de una mujer buena y laboriosa; pero se ve que todos sus afanes no han bastado á evitar la miseria.

El anciano enfermo, que se halla solo, es su padre, y su mal agota las escasas ganancias de la infeliz.

El conde dispuso que le asistieran á todas horas, y socorrió á aquella familia espléndidamente. Su com-

placencia por esta obra de caridad hubo de aumentarse al saber que la madre del niño era viuda de un valiente soldado. No consintió que continuara trabajando mientras duraba la enfermedad de su padre.

II

Plan de secuestro

El conde de Tendilla ignoraba que entre los elementos levantiscos del Albaicín habían hallado asilo algunos criminales.

Hizo la segunda visita al enfermo acompañado únicamente de su mayordomo, y, al despedirse de la excelente familia, el chico los acompañó largo rato.

El conde hablaba con él en alta voz, y le preguntó:

—Luis: ¿no has ido nunca á la escuela?

—Muy poco, señor, y bien que lo siento. ¡Dejé de ir cuando murió mi padre!

Había tal pesar en el acento y en la expresión del muchacho, que el generoso prócer, conociendo que tenía vocación para el estudio, se apresuró á añadir:

—Pues ahora podrás hacerlo. Desde mañana mismo volverás á la escuela, y cuidaré de tu educación.

La alegría del chico fué tan viva como su agradecimiento; reía y lloraba á la vez, y se apoderó de una mano de su protector, el cual, conmoviéndose profundamente al sentirla mojada por sus lágrimas, continuó:

—Vamos: mañana te despedirás de tu madre, porque vendremos á buscarte con el maestro.

—¿Tengo que dejar á mi madre, señor?—prorrumpió él, dolorosamente sorprendido.

—De ninguna manera: ingresarás en un colegio,

pero tu madre podrá ir á verte cuando quiera, y tú también saldrás á verla los días de fiesta.

—¡Así, así!...

—Por supuesto que para eso será necesario trasladar á otra parte vuestra vivienda. En este barrio no estáis bien, y en cuanto mejore un poco tu abuelo, que ahora se halla demasiado grave, le daré habitación en el alcázar.

—¡Oh! Un ángel no podrá ser más bueno que vuestra señoría.

Despidiéronse protector y protegido.

Al día siguiente, muy temprano, sorprendió extraordinariamente al conde, que se preparaba para salir, el aviso de que Luis pretendía verle con gran empeño.

En el acto le hizo pasar á su cámara.

El niño venía agitado, pero se calmó al verle.

—¿Hay alguna novedad, hijo mío?

—¡Sí, señor! Pero, á Dios gracias, ya no importa.

—Explícate...

—Hay unos hombres que pretenden apoderarse de la persona de vuestra señoría.

—¿Tú los conoces?

—Los he visto y los he oído, y alguno de ellos nos habrá oído ayer á nosotros. ¿No reparó vuestra señoría...?

—Deja el señoría.

—Sea, señor. ¿No reparasteis ayer en un hombre que cruzó dos veces el camino delante de nosotros?

—¿Uno que llevaba un balandrán roto?

—Sí, señor.

—Me pareció un mendigo. Una de las veces pasó alargándome su diestra.

—Debió hacerlo por astucia, señor, para observaros á vos y á vuestro mayordomo. Es el jefe de aquellos hombres.

—Y ¿cómo no intentaron ayer mismo el sorprenderme?

—Porque, cuando él nos vió, ya os faltaba poco

para salir del Albaicín; y como ibais tan bien armados...

—Cuenta, pues, lo que te ocurrió.

—Aquel hombre fué siguiéndome, pero no muy cerca. Yo le conozco de vista, de haberle encontrado por aquí, en sitios diferentes; y como tiene en la cara dos cicatrices en forma de cruz que le afean mucho, cualquiera repara en él. Lo que más me llama la atención es la variedad de sus vestidos, que deben ser disfraces. Lo menos le habré visto cuatro ó cinco veces, y siempre iba de diversa manera. Ayer, de balandrán obscuro; otro día, de jaique blanco; otro, de zamarra, como un cabrero. En fin, señor, que por esto solo y lo mal encarado que es me causó ayer zozobra el encontrarle, y más cuando observé su inteligencia con otros.

—Yo le vi solo...

—Así lo parecía, porque los otros, que eran dos, andaban muy apartados de él; pero bien noté que se hacían señas, sobre todo al despedirme de vos.

—¿Te siguieron los tres?

—No, señor: él únicamente, el *Renegado*, como oí que le llamaban un día.

—Su traza pregona que lo es. Sigue...

—Hice el disimulado cuanto pude, como si no conociese que venía detrás; y aun entré en casa resistiendo al deseo de volver la cabeza.

—Y ¿por qué?

—Porque si él hubiese advertido que me fijaba en su espionaje, acaso le ocurriera alguna maldad contra nosotros, y en aquel barrio, señor, los pobres no tenemos otra defensa que nuestra pobreza.

Al oir esto, el ilustre veterano acarició al muchacho, encantado de su despejo, y mandó que le sirvieran un suculento almuerzo.

En seguida le dijo:

—Veo que tenías razón en desconfiar de aquellos hombres. No falta sino saber cómo averiguaste que intentan apoderarse de mí.

—Por una casualidad. Salí á buscar un medicamento para mi abuelo. La tienda está en una esquina, y mientras me lo preparaban sentí un cuchicheo á la parte exterior; me acerqué á la ventanilla, y no solamente descubrí al *Renegado*, que estaba parado en la esquina con otros cinco, sin que ellos me viesen, sino que escuché su conversación.

—Por lo visto, ¿la cuadrilla entera?

—Sí, señor. Pronto supe, aunque hablaban muy bajo, que se habían enterado de que hoy volveríais vos á nuestra casa, y quedaron en sorprenderos...

—¿Antes de llegar?

—Poco después de la salida, junto á las ruinas de la mezquita; y que, después de apoderarse de vos, os llevarían á las cuevas de la montaña.

—Hasta que cobrasen mi rescate, ¿verdad?

—Eso es.

—¡Ja, ja! El plan no fué mal ideado, sino que, gracias á Dios y á ti, hijo mío, los sorprendidos serán ellos.

III

Doble sorpresa

Tomó, al efecto, el conde de Tendilla sus disposiciones. Encargó á algunos de sus guardias que se disfrazasen de moriscos y se dirigieran allá separadamente, sin llamar la atención, para reunirse luego y caer, en el momento oportuno, sobre los que pensaban sorprenderle.

No quiso valerse de los cuadrilleros de la Santa Hermandad porque eran muy conocidos.

A Luis le recomendó que volviera inmediatamente á su casa. Él iría después con su mayordomo y con el maestro.

El chico suplicaba á su protector que no fuese, y, ya que en ello se empeñaba, que saliera rodeado de una buena escolta; pero el ilustre veterano le advirtió que eso hubiera sido espantar la caza, y era preciso que tales bandidos cayesen en sus propias redes, para librar de ellos á Granada.

Diez eran los guardias á quienes encomendó tal servicio; gente que á su resolución unía el conocimiento del Albaicín. Perfectamente disfrazados, y algunos de vendedores ambulantes, á la hora designada de la tarde, fueron aproximándose á las inmediaciones de la mezquita ruinosa.

El conde salió con su mayordomo de la casa de Luis, y no permitió que los acompañase, como el día anterior, á fin de evitarle el peligro de una probable resistencia de los bandidos. También dispuso que el maestro se quedara con él.

Valeroso el niño, sentía muchísimo el permanecer encerrado en casa cuando su protector corría el peligro de que á él le libraba. El conde le dijo:

—No tengas cuidado, hijo mío. Dios mediante, sucederá todo como espero, y cuando los hayamos cogido volveremos á buscarte y á despedirnos de tu abuelo y tu madre.

Apenas salieron del casucho el gobernador de Granada y su acompañante, vieron que los seguían. Uno solo al principio; otro más allá; éste por un lado; aquél por otro. Cuando se acercaban á las ruinas de la mezquita, sitio por donde entonces no pasaba un alma, los seis bandidos los rodearon, esgrimiendo aceradas gumías.

En aquellos momentos no aparecía señal de auxilio por ninguna parte.

Nadie hubiera sospechado la presencia próxima de los guardias.

El conde de Tendilla, fingiendo viva sorpresa, hizo ademán de no oponer resistencia al que le amenazaba más de cerca, que era el *Renegado*, mientras dos de

sus satélites se echaban sobre el mayordomo tratando de atarle.

Pero al instante, como llovidos del Cielo, surgieron en torno los supuestos moriscos.

Con rapidez pasmosa, el conde sacó su espada y cortó la mano que le amenazaba, al mismo tiempo que el mayordomo derribaba á otro de un empellón. La sorpresa y el estupor paralizaron la acción de los criminales.

Pocos momentos más bastaron para que los guardias se apoderasen de todos. En seguida los condujeron á la cárcel.

Volvían ya el conde y su compañero en busca del niño, cuando se lo encontraron con su madre y con el maestro. Estos habían cedido al ansia del muchacho por enterarse de lo ocurrido.

Fué tal la complacencia de Luis por un éxito tan venturoso y completo, que, conociendo el conde que el respeto le impedía abrazarle, se apresuró él á tenderle los brazos.

La pobre lavandera lloraba de alegría.

La madre de Luis era el tipo de la honrada mujer del pueblo, que, todavía joven, parece próxima á la vejez á causa del exceso del trabajo. Prematuras arrugas surcaban su frente, y su cuerpo, que había sido gallardo, principiaba á encorvarse.

—Mira,—le dijo el conde de Tendilla;—el servicio que me ha prestado Luis merece un premio que alcance á todos los suyos. Por de pronto nos lo llevamos el maestro y yo.

—¿Adónde, señor?

—A hacerle un hombre de mérito.

—¡Ese es mi sueño desde que vi que Dios no hubiera podido darme otro mejor!

—Un hombre que os sirva de apoyo y que os enorgullezca por haberle llevado en vuestro seno.

Fué tal la emoción de la venturosa madre, que ahogaba cuantas palabras le ocurrían. Por fin, juntando

sus manos temblorosas, dijo, aun más con los ojos que con los labios:

—¡Dios os bendiga, señor!

Para evidenciar que se cumplieron los propósitos del conde de Tendilla y que se vió cumplidamente realizado el hermoso sueño maternal, no se necesita sino exponer un nombre.

Aquel niño llegó á ser el célebre *Fray Luis de Granada*, una de nuestras primeras figuras del siglo XVI: gran orador y gran escritor. Su libro LA RETÓRICA ECLESIÁSTICA sirve y servirá de modelo á todos los buenos predicadores.

Y la tradición se complace en recordar que su madre, repuesta la salud, gracias al generoso proceder del gobernador de Granada, tuvo la dicha incomparable de ver á su hijo en el apogeo de su gloria.

EN BUSCA DE UN POLÍTICO INSIGNE

Sr. D. Basilio Paraíso, Presidente de la Asamblea de las Cámaras de Comercio.

Muy señor mío, de la más distinguida consideración: por lo que V. representa, y por aludir algunas veces en este trabajo al patriotismo y al criterio elevado del cuerpo que V. tan dignamente preside, quiero que sus páginas sean honradas con su nombre.

Disponga V. de su afmo. A. S. S., Q. B. S. M.,

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

EN BUSCA
DE UN POLÍTICO INSIGNE

I

Preliminar

¿Qué asunto habrá que nos llegue más á lo vivo en las circunstancias presentes?

Nos han arrebatado nuestras colonias; nos han despojado de ellas ignominiosamente.

Y ¿cómo pudo suceder eso? ¿Cómo pudo llegar un caso tan increíble? ¿Fué por falta de valor, por carencia de recursos?

¡No! Pródigamente dió España los tesoros de su sangre y llenó las arcas del Estado para que sus gobiernos lo evitaran con la debida previsión, y, si no podían evitarlo, para afrontar la lucha en condiciones menos desiguales y salir del empeño, siquiera con gloria.

El ánimo español no se sentiría tan inconsolable y humillado, á tratarse únicamente de la pérdida de millares de vidas preciosas, con ser irreparable esta pérdida, y de la enorme de millones arrojados al mar.

Hay otra pérdida todavía más irreparable que ésas: la de nuestra leyenda nacional; la del respeto y consideración que habíamos inspirado al extranjero en otras desgracias y hasta en nuestras luchas civiles; la pérdida del prestigio más preciado que ofrece la Historia, el del heroísmo español y de la constancia española.

¿Es que ha variado el carácter nacional? ¡No! Es que nos ha faltado un hombre, un político de verdad. Es que España, á consecuencia del abandono, la imprevisión y la ineptitud de los que sufre en el poder hace un cuarto de siglo (con raras excepciones que no han podido cambiar las circunstancias), se vió como atada de pies y de manos para rechazar la agresión de los *yankees*.

Es que... ¡bien elocuentemente lo declaró la Asamblea de las Cámaras de Comercio reunidas en Zaragoza! Volveré á trascribir aquí lo más significativo de su mensaje, el mismo párrafo que inserté en el tomo anterior, en la tradición *El honor castellano*:

«Las Cámaras de Comercio no se han entregado ni se entregarán nunca al sombrío pesimismo de aquellos que, en excusa de los propios yerros, ofenden al país, suponiéndole en irreparable decadencia, y desconfían de sus energías, de sus alientos y de sus virtudes. Es el Estado, no es la Nación, quien acaba de dar tan triste muestra de ineptitud y de flaqueza. Tenemos fe en la Patria.»

En lo que no podemos tener fe es en que venga el remedio de donde debe de venir, al menos hasta el presente. Escribo esta página á mediados de enero de 1899, más de seis meses después de los desastres que nos han llenado de bochorno y de desolación, y continúa en el poder el propio Sagasta que aguantábamos en aquellos días aciagos. Parece insustituible el tal piloto para la nave del Estado, y, sin embargo, ni la dirige, ni es capaz de dirigirla.

Aun siendo proverbiales la apatía y la inercia de ese personaje, producen tanta extrañeza en estas circuns-

cias que ni sus propios amigos aciertan á disculparle, como en otro tiempo, dando lugar á las preocupaciones y calendarios del público. Cada cual busca y pretende hallar una explicación, y, no dando con ninguna racional, se acude á lo quimérico, á lo imposible y á comparaciones que debemos rechazar; por ejemplo, ésta:

—Hay nave que no puede bogar porque de pronto se ve metida entre cieno.

Sí que las hay; pero ¡Dios nos libre de que la del Estado español se vea en ese caso!

Lo que maravilla en Sagasta es su arte de trampolín para sostenerse en el gobierno sin que gobierne nada. No cabe imaginar un político de menos autoridad y de menos aprensión. Y como se ha propagado la idea falsa y depresiva de que cada pueblo tiene el gobierno que merece, preciso es protestar enérgicamente de que sea aplicada al nuestro.

Por amargas que aparezcan estas impresiones, necesito consignarlas, como contraste de las que elevan el ánimo al evocar á alguno de los políticos dignos de nuestra gran Nación. ¡Grande, sí, grande siempre, grande hoy mismo, despojada de sus colonias; grande por la resignación y la entereza con que soporta su tremendo infortunio!

Desde Jiménez de Cisneros hasta Jovellanos, cuantos allá de la región de la inmortalidad contemplan nuestra situación, ¿qué habrán dicho al ver un ministro de Ultramar D. Segismundo Moret y Prendergast, que un mes antes de estallar la guerra, como la autoridad superior de Filipinas le consultase, inquieta por los preparativos de los yanquis en Hong-Kong y por los rumores insistentes acerca del conflicto, le respondió, tranquilizándole, que no estallaría, que no temiese «tal contingencia»? (1).

---

(1) Por inverosímil que esto parezca, lo atestigua un documento histórico, el despacho que leyó en el Senado el Capitán General de Filipinas Primo de Rivera, entre el estupor de cuantos lo oyeron. Además, lo publicó la Prensa

¡Ah, famoso D. Segismundo, alhaja de similor! ¡Cuántos te habían confundido con el oro de ley! ¡Tú pasarás á la Historia como insuperable calamidad nacional! Extranjeros invadieron á España que no le fueron tan funestos como tu ineptitud de gobernante y como tu talento oratorio para pintar blanco lo negro.

No se te puede negar esa gracia prodigiosa: ha seducido á muchos tu pico; pero el triunfo incomparable, el que más debe envanecerte, es el de haber engañado al mismísimo Sagasta, con toda su trastienda y todas sus solapas. Aun continuarías de ministro; aun serías su profeta, si de aquellos remotos tiempos en que él se las echaba de liberal no le hubiese quedado una *miaja* de respeto á la Opinión Pública, aunque solamente á ratos lo demuestra, y, sin pretexto alguno, todavía nos tiene sin garantías constitucionales.

No me engañaste á mí, Moret, que hace muchos años predije que nos darías disgustos gordos, ¡muy gordos! Y, como conviene demostrarlo, el lector me permitirá que intercale luego ese recuerdo, dispensando lo que tenga de personal, hoy que vuelve á ponerse de moda el escribir memorias. Poco á poco se va lejos; y en tradiciones que deben enlazarse con lo actual, yendo en busca de un político insigne, no ha de holgar algún episodio que haga menos fatigoso el camino.

II

Entre Moret y Dickens

Si yo no antepusiese á todo el amor á la Patria; si este sentimiento no fuese en mí comparable sólo al que experimento por la memoria de mis padres y de la mujer que me hizo dichoso hasta que Dios me la llevó, me acordaría de Moret únicamente como del más se-

ductor, aunque no el mejor de los catedráticos que tuve. Prescindiendo de su ingerencia funesta en la política, prescindiendo de su afición excesiva al libre cambio, que le impulsa al radicalismo en materia en que es preciso transigir con la realidad; si olvidamos su empeño en no considerar que, en España, aunque tengamos numerosas industrias que compiten en calidad con las estranjeras, no basta esto para equilibrar la competencia por varias causas, como el ser los transportes aquí más costosos y el carecer de instituciones de crédito que faciliten y abaraten lo que más necesita el productor, de modo que no desapareciendo esas trabas resulta una lucha tan desigual como la de quien se bate á pecho descubierto con un adversario que lo tiene bien resguardado; no atendiendo á esas circunstancias ni al exceso de su amor propio (defecto éste inculpable á la mayoría de los actuales políticos), la figura de Moret tendría un relieve extraordinario, por su elocuencia, por su cultura, por sus vastos conocimientos.

No hay en el hombre de talento nada más legítimo que la ambición; pero bien pudo haber satisfecho ese hombre la más noble, obteniendo la admiración de sus conciudadanos y el respeto que hoy le falta, si no se desconociese á sí propio y se hubiera contentado con brillar en la Universidad, en la Academia y en el Ateneo.

Y vamos al recuerdo personal.

Mi distinguido compañero Saturnino Esteban Collantes: puedo invocar el testimonio de usted, que fuimos condiscípulos cuando Moret nos explicaba Hacienda, antes de la Revolución de Septiembre, y usted en las Cortes y en la Prensa ha demostrado que tiene tan feliz la memoria como claro el entendimiento.

Eramos tantos, que en el aula, espaciosísima, no había hueco para ninguno más. Y, más ó menos, todos sentíamos el encanto de aquella palabra fluida, melodiosa, emitida siempre sin el menor tropiezo,

como corriente que brota de una cascada inagotable.

Bordaba de flores hasta lo más árido y pesado de la asignatura, como la historia y el análisis de los impuestos; y cuando, al fin, se abría la puerta y asomaba el bedel la cabeza, nos parecía imposible que hubiese transcurrido ya la hora y media reglamentaria.

Y aun aumentaba el atractivo de sus explicaciones tratando de otras materias que no tienen gran cosa que ver con la Hacienda; por ejemplo, la libertad de enseñanza. ¿Se acuerda usted?

Él nos había excitado á controvertir sus opiniones, como deseoso de que nos ejercitásemos en la discusión y cual si no le gustara que se dijese amén á cuanto afirmaba.

Echó unas cuentas tan extremadamente galanas acerca de la libertad de enseñanza, como suele echarlas en todo, que yo, que no tengo nada de reaccionario y lo pruebo en las páginas de esta misma obra, principalmente en JUAN DE PADILLA, LA VIUDA DE PADILLA y MARIANA PINEDA, sentí un deseo irresistible de exponerle alguna observación.

No debiendo interrumpirle, aguardé al final, y mientras los compañeros iban saliendo subí los escalones que de él nos separaban y le rogué que me lo permitiera.

—Cuando usted guste, —me respondió.

No lo hice sin cierta emoción, como usted puede atestiguar, durante la lección siguiente. Él, sin duda por estimularme, habló de mi discursito como seguramente no merecía, y luego, cuando salimos, en la escena de expansión y de plácemes que debí al compañerismo, dije lo que ha resultado una predicción harto cierta. Dió oportunidad para ello el que, si siempre gusta á los estudiantes discutir los catedráticos con preferencia á sus lecciones, ninguno tan discutido como lo fué aquel día Moret.

Ayudaré á la buena memoria de usted, amigo Esteban Collantes, con algún detalle. Usted y yo, hasta

entonces, ni nos conocíamos ni nos habíamos hablado nunca una palabra. Tuvo usted, sin embargo, la atención de felicitarme también, y, en el momento de acercarse á ofrecerme un habano, que no acepté porque no fumo, pudo usted oir que le decía á otro compañero:

—Es muy seductor Moret; pero, si se mete en la política, será muy fatal.

¡Quién hubiera pensado, en aquella época en que para él todo era aplausos y simpatías, cuánto había de aborrecerle España!

Se hizo un personaje y creció su fama oratoria; pero yo, aun experimentando su poderosa elocuencia, siempre le tuve por más actor que orador. Momentos después de uno de aquellos discursos en que toca admirablemente las cuerdas más sensibles, le encontráis frío y tranquilo, cual si para producir profundas conmociones nada experimentase la cuerda sensible suya. Los grandes oradores de verdad se conmueven hondamente, y algunos más que su público.

A pesar de su facilidad prodigiosa para expresarse, en lo cual quizás ninguno le haya superado; á pesar de que improvisa á veces con soltura envidiable, y que sabe dar fuego y vida á sus oraciones, todavía le falta á ese artista lo más preciado: la espontaneidad.

Siempre se ve que desempeña un papel trazado de antemano; calcula los efectos con matemática precisión, y los va escalonando gradualmente.

Por raro contraste, es adamado, á la vez que viril, y correcto como arrogante. Por eso la oratoria de Moret me recuerda al hermafrodita, y por eso resulta que él ha aplicado también el hermafroditismo á la política: blandura y debilidad con el extranjero que trata de imponérsenos, atrevimiento y soberbia con los de casa.

Su anglomanía llega á lo irritante; por completo se

olvida del despojo y de la humillación permanente de Gibraltar, y quiere hacernos comulgar con ruedas de molino idealizando las instituciones inglesas.

No parece sino que, en su estancia en Londres, todo lo ha visto de color de rosa, hasta sus densas nieblas, y todo accesible y grato, hasta el fango viscoso de los barrios en que hacen millares de víctimas el alcoholismo y la miseria; bien que á esos sitios probablemente no se acercaría.

Sin embargo, ya no le es tan fácil despacharse á su gusto en sus ideologías, porque no se le cree, porque el número de españoles que conocen á Inglaterra va en aumento: y, además, los que no tengan informes directos, tampoco los necesitan: les basta acudir á Carlos Dickens, el más concienzudo de los literatos ingleses, el gran pintor de aquella sociedad.

Los que no le hayan leído agradecerán, de seguro, que aquí ofrezca una muestra de su pincel. La tomaré de JARUDYCE CONTRA JARUDYCE, historia de un pleito que llevó la desolación á un sinnúmero de familias, durante varias generaciones.

Describe el palacio de Justicia, y, hablando del tribunal, dice: «... Es el que tiene en cada condado paredes arruinadas y haciendas en barbecho, maniáticos en todos los manicomios, muertos en cada cementerio y pleiteadores arruinados, llenos de deudas, y mendigos arrastrando de puerta en puerta los destaconados zapatos; el que da al dinero el poder de aniquilar el derecho con el cansancio y el aburrimiento; el que agota, en fin, el bolsillo, la paciencia, el valor y la esperanza, destruye la inteligencia y mata al corazón, hasta el punto de que no hay un hombre honrado entre los curiales que no os dé este consejo: «Sufrid cuantos »agravios puedan haceros, antes que entrar aquí á »pedir justicia.»

Esto basta y sobra para que no se haga comulgar con ruedas de molino á los que no conocen las instituciones inglesas.

Y Carlos Dickens no mentiría cuando obtuvo el respeto con el aplauso de sus conciudadanos, y fué muy honrosamente favorecido por la reina Victoria.

III

Algo á la Prensa

En las circunstancias actuales ningún español puede permanecer indiferente á la marcha de los negocios públicos.

Este libro y otros de su clase, por muy modesto que sea el puesto que ocupen, si los inspira el patriotismo y los anima un espíritu sincero, pueden servir de avanzadas y de exploradores de la Historia.

El que haya evidenciado ese espíritu en otras ocasiones, el escritor menos comunicativo y el más dado al retraimiento debe ofrecer su concurso á la obra de reparación nacional.

Por mi parte, siempre tuve antipatía á la política, á la política tal como se practica generalmente entre nosotros, porque la empequeñece el personalismo. Cierto que las personas representan á las ideas, y aun algunas ideas fueron encarnadas en hombres extraordinarios; pero el mal está en que nuestros representantes se anteponen á lo que representan, y, con gran daño de la nación, se esterilizan en pugilatos personales valiosísimas fuerzas que deben destinarse á lucha más noble y fecunda.

No estoy afiliado á ningún partido, á ninguna escuela, ni he escrito nunca para diarios políticos: mi colaboración en algunos de ellos fué literaria.

Allá en tiempo de D. Amadeo de Saboya recibí una carta de D. José Luis Albareda invitándome á escribir en El Debate, que acababa de fundar, y á tomar una taza de café en la redacción. Acompañaba á la

carta un número cuya plana primera contenía un artículo sobre economía, artículo que yo le había remitido con destino á La Revista de España, suya también.

Hubiera sido muy honrosa para un veterano, cuanto más para un principiante como era yo entonces, la invitación de alternar en aquella inolvidable casa de la calle de Trajineros con varias de las principales figuras de la Prensa.

Allí, entre otros, tuve la suerte de tratar al delicioso Ramón Correa *(Correíta)*, á Núñez de Arce, á Pérez Galdós y á José Ferreras, el maestro Ferreras, como cariñosamente le llaman todos los periodistas; maestro que con verdadera abnegación, por agradecimiento y por fidelidad, viene malgastando sus talentos en defender lo indefendible, á D. Práxedes Mateo Sagasta.

Un día Albareda, después de leer uno de mis artículos, me dijo:

—Y ¿por qué no escribe usted de política?

—Porque no podría desprenderme de mi sinceridad, —respondí; —y no creo en lo que en tal caso tendría que defender.

Encogióse de hombros José Luis, y repuso:

—Pues, entonces, no será usted nunca *ná*.

Casi todos los que escribían El Debate salieron para brillantes posiciones oficiales; Pérez Galdós salió para la Gloria; yo para la oscuridad y el olvido. No me halagaba lo suficiente la idea de ser uno más entre el montón de excelentísimos señores que debemos á la política.

Ya que esta sinceridad fué un obstáculo para mi medro personal, debe ahora servirme de escudo contra la tendencia á atribuir miras interesadas no sólo á los que adulan á los políticos, sino también á los que preferimos la verdad.

Á la misma Prensa, de donde procedo, he de hablarle con franqueza de veterano. Bien se verá que algo le concierne, al explorar el terreno EN BUSCA DE UN POLÍTICO INSIGNE.

¡Elevada misión la de la Prensa! ¡Poder grande el que representa, hoy mismo incontrastable, á pesar de la suspensión de las garantías constitucionales, porque no hay diques bastante poderosos contra el torrente de la Opinión, que un día ú otro los rompe!

Pero no hay nada completo en el mundo: las más valiosas instituciones son perfectibles, y, por consiguiente, junto á los elogios caben las advertencias amistosas: los amigos claros.

El Estado Mayor de los elementos políticos en España, en su mayoría, proviene de la Prensa. Pero ésta, bien sea por la innata generosidad nacional, bien cediendo á impulsos de benevolencia, cual madre complaciente que disculpa las faltas de sus hijos, ello es que extrema el elogio más que la censura; hay periódico de partido que ha endiosado á algún personaje, y que á veces califica de ilustre á quien no pasa de apreciable.

Los diarios más ó menos independientes, los que pueden vivir del público, y á la índole política juntan la condición de noticieros, en su existencia agitada, en su afán de satisfacer la avidez de ese público, y en la competencia que entablan por lograrlo, adolecen más de lo que llamaré la fiebre de la Prensa.

Aunque tengan excelentes redacciones, aunque publiquen con frecuencia trabajos de primer orden, el lector asiduo no dejará de advertir en sus planas que se resienten de la excesiva rapidez en la composición.

Vaya un ejemplo: lo tomaré de El Imparcial, por ser el periódico que más he leído y, por consiguiente, el que mejor conozco.

Lo que me agradaba en él singularmente era su acentuado españolismo, hasta que un día se me cayó de las manos.

El Imparcial había combatido siempre con la mayor energía el pesimismo de «*aquellos gobernantes que*, como ha dicho muy bien la Asamblea de las Cámaras de Comercio, *en excusa de los propios yerros*,

ofenden al país, suponiéndole en irreparable decadencia, y desconfían de sus energías, de sus alientos y de sus virtudes.»

EL IMPARCIAL había puesto de relieve constantemente esas energías, esos alientos y esas virtudes, y, lo mismo evocando las páginas de la Historia que examinando nuestro estado actual, había hecho siempre la debida justicia al pueblo español al tratarle de sufrido, de inteligente y de heroico: nada más que justicia.

Pues bien: no ha muchos días, al terminar el año 1898, en lugar preferente, en su primera plana, y en un artículo titulado ¡ALERTA, ESPAÑA!, refiriéndose á la guerra con los *yankees*, dice textualmente:

«... nos han pegado de veras, y hora es ya de que aprendamos TODOS *á observar* al enemigo, así en lo que de fuerte tenga como en lo que de vulnerable presente ú oculte, DEJANDO DE UNA VEZ PARA SIEMPRE NUESTRO DESDICHADO MODO DE SER ATURDIDOS, BRAVATEROS Ó BOBALICONES.»

El autor del artículo subrayó las palabras «á observar». Las otras que yo he subrayado, igualmente las subrayarán los demás hijos de España, tan maltratados en esos términos.

«*¡Aturdidos, bravateros ó bobalicones!*»

¿Es posible que el hábil IMPARCIAL no haya advertido que de esa plumada no solamente echaba abajo cuanto sostenía acerca del valor, la sensatez y demás cualidades relevantes de nuestro pueblo, sino que á la vez viene á dar la razón á aquellos gobernantes pesimistas á quienes tanto combatió porque *suponen á nuestro pueblo en irreparable decadencia?*

¡Y el artículo se titula «¡Alerta, España!», siendo el segundo de una serie que publicó bajo el propio lema, y todos con igual firma; y no cabe duda en que acepta su paternidad; pues, de otro modo, EL IMPARCIAL lo hubiera insertado en la sección que reserva para esos casos, la de EL PAÍS PINTADO POR SÍ MISMO.

¿Á qué dar la voz de *¡alerta!* á despreciables bravateros?

¿Cómo han de mantenerse alerta aturdidos y bobalicones?

No me dirijo al autor del artículo, y no cito su nombre para que no le moleste. Si le conociese le diría que le admiro, y hasta le envidio, sí; pues, aunque en los expresados trabajos alardea de «práctico» y «realista», realmente resulta un mozo insuperable en lo soñador. Bastará un botón para muestra de que, si á ratos nos maltrata, al más pesimista le quita el mal humor.

Entre las cosas que le ocurren, para *regenerarnos*, propone lo siguiente en su tercer artículo «¡Alerta, España!»:

«EL QUE PIENSE ROBAR DEBE PROCLAMAR LA BONDAD DEL ROBO; Y SI NO LO HACE ES UN COBARDE.»

Y no fué el día de los Inocentes cuando eso se publicó. Y nos llama bobalicones el autor. ¿Quién es el primer bobalicón?

Se lo advierto á los que no hayan leído EL IMPARCIAL del día 30 de diciembre de 1898, que es donde aparece; por supuesto, en la primera plana.

Pero prescindamos de eso y volvamos á lo otro, á lo que importa, á «*que aprendamos todos, dejando de una vez para siempre nuestro desdichado modo de ser...*»

Tal salida en un periódico de la buena fama del IMPARCIAL no tiene otra explicación que ésta: habrá publicado el artículo sin enterarse de su contenido, á causa de la rapidez febril con que en aquella casa se compone, y en las de algunos otros colegas. Porque ni aun sus enemigos le creerán capaz de burlarse del pueblo español, prodigándole primero tantas alabanzas para luego darle... un chasco como ése.

Y para que se vean mejor los inconvenientes de la composición de prisa y corriendo, y no me salga EL IMPARCIAL con que una golondrina no hace verano,

voy á mostrar siquiera otro caso que, aunque de menos trascendencia por el asunto, sorprende mucho más.

Á la misma dirección del IMPARCIAL le maravillará el descubrimiento que hice en sus columnas en el artículo LOS RESTOS DE ZORRILLA, porque es también muy probable que no lo haya leído. Helo aquí:

«Cuantos escritores modernistas se empeñan en pintarnos ateniéndose exclusivamente al *documento humano* que tienen á la vista, se quedan muy por bajo del que **dejó el retrato de cuerpo entero de cuantos españoles han sido, son y serán en las inmortales figuras de D. Juan Tenorio y D. Pedro de Castilla.**»

(Sr. Regente de la imprenta: caracteres más que regulares para esas palabras, porque también lo que revelan es de marca mayor.)

No me caí de espaldas al leerlo porque afortunadamente no estaba de pie.

Dudando del testimonio de los ojos, releí el artículo, con la esperanza de haberme equivocado.

Pero la cosa no podía ser más evidente: un periódico popular, de los que más procuran conocernos y de los de mayor circulación, asegura formalmente que **todos los españoles,** los nacidos y por nacer, en cuerpo y alma, de pies á cabeza, hemos sido, somos y seguiremos siendo reproducciones exactas de un libertino tan poetizado como cínico, y de un rey al cual tampoco la Poesía podrá ocultarle nunca el cúmulo de atrocidades que cometió.

Estoy seguro de que el mismo redactor que lo escribió lo hubiera suprimido, si hubiese tenido tiempo de releer su artículo.

Entre mis impresiones de hechos cómicoserios, de lo que he leído y de lo que he visto, no recuerdo nada que se aproxime al efecto de eso, sin embargo de que hay en el número de tales impresiones una imborrable, que debo á Vico.

No estaba en escena, sino en un hotel de Barce-

lona. Fuí á verle, y, después de hablar un rato de teatro, le dije:

—Por cierto que anoche he leído en El Noticiero Universal que se casan la Guerrero y Díaz de Mendoza.

Irguióse Antonio, irritado, con la misma fiereza que tanto se le ha aplaudido en el teatro, y dijo:

—¡Eso es una calumnia!

Pasados los primeros momentos de vivísimo asombro por tal respuesta, en vano repliqué lo que á todo el mundo le hubiese ocurrido en aquel caso: que nada tiene de particular el matrimonio de amantes que pueden casarse.

Se enfurruñó todavía más, y varié de conversación.

Muy poco tiempo después se efectuó la boda de Fernando Díaz de Mendoza con María Guerrero.

Y supongo que Vico ya habrá digerido la *calumnia*.

Volviendo á **D. Pedro el Cruel** y á **D. Juan Tenorio** (lo que, según El Imparcial, será volver á nosotros mismos), si se tratase de un diario sin importancia y desconocido en el extranjero, la cosa no valdría la pena. ¡Pero él!... ¿No suele quejarse de que los extranjeros, aun aquellos que debieran conocernos algo, como los franceses, nos tratan con despego y nos juzgan con harta injusticia?

¿Qué se quiere que digan, no ya nuestros burlones vecinos de allende el Pirineo, sino los alemanes y los ingleses, cuando lean afirmaciones como aquéllas, y dichas con la mayor formalidad? Pensarán que aquí sólo abundan los locos y los mentecatos, y, por consiguiente, nada tendrá de particular que murmuren con piedad desdeñosa:

—¡Pobres españoles! ¡Así andan ellos!

Vea, pues, el lector que voy cumpliendo lo ofrecido, aquello de «poco á poco se va lejos», aunque parece que me distraigo en el camino.

Que no le escueza esto al Imparcial: es advertencia afectuosa, pues no olvido que hace años colaboré al-

gunas veces en su hoja literaria. Y, aun prescindiendo de esa circunstancia, él, que se precia de no casarse con nadie, y que, por servir á la opinión pública, acomete á los tirios con igual soltura que á los troyanos, no extrañará que yo, sin la menor hostilidad, sin faltarle un momento á las consideraciones que merece, en las páginas de este libro sirva también á una opinión de cuyo fundamento atestiguan las propias columnas de diario tan conocido. La verdad se le ha de decir al grande en voz más alta que al pequeño.

Imposible parece el evitar contingencias de la gravedad de aquellas, que llevan la confusión y el desencanto al ánimo del lector; pasos en falso que, como he dicho, hay que atribuir á la fiebre de la composición.

Sin embargo, pudiera evitarse si el director de un diario así se ocupara menos en el trabajo de redacción y más en el de revisión de cuanto se publica en él; tarea ésta que, unida á la de inspirar y ordenar los asuntos, es más que suficiente para la dirección, pero que resulta muy abrumadora añadiéndole trabajos de redactor, como generalmente sucede.

En rigor, quien dirige, infundiendo su espíritu á una publicación de dos ediciones diarias, no debería hacer otra cosa que leer y enterarse bien de cuanto da á la imprenta. Todo lo que aparece en sus columnas debe haber pasado bajo una vista penetrante, pero no febril. Conviene que con el talento, por grande que sea, haga buena pareja su memoria; una memoria que, aunque no compita con la de Mitrídates, que se sabía los nombres de todos los soldados de su ejército, retenga, por lo menos, todas las campañas de su periódico. Si á esto se añade un criterio fijo, buen gusto nativo y una mano implacable con los artículos de colaboradores y de redactores que descarríen, ya no será fácil que vuelvan al ánimo de los que lo lean el desencanto y la confusión, y precisamente por los asuntos de mayor interés.

Pero la preferencia que ésos requieren no significa que el director de un diario deje despacharse á su gusto á los revisteros de teatros y de salones, y tolere faltas de discreción que, con muy raras excepciones, son tan frecuentes en ellos como ésta: «Asistieron al estreno de la obra todos los que valen y tienen un nombre en las Letras» (y los que no asistieron no valen).

Un ejemplo bien reciente de esa clase de faltas lo ofrece el propio IMPARCIAL con motivo del estreno de LA WALKYRIA. Lo había dejado desde lo del «¡ALERTA, BRAVATEROS!»; pero un conocido me lo mostró porque viese lo que decía de aquel acontecimiento musical. Es en el número del 20 de enero donde leí lo que sigue:

«*Cuanto de lujoso, de hermoso, de artista, de inteligente cuenta Madrid*, ocupaba las localidades del teatro.»

No le bastan al entusiasta revistero los acabados en oso, y secuestra esa noche en el Real á todas las capacidades artísticas y á toda la inteligencia difundida entre 400,000 almas, después de decir lo que es un desaire tan marcado á las muchas hermosas que no asistieron y que no hubieran cabido en el teatro.

¿Habría podido asistir el desgraciado Casimiro Sainz, el genial pintor que vegetó en Madrid casi siempre en la mayor pobreza, y á cuya memoria, sólo gracias al Círculo de Bellas Artes, se le han tributado los honores que merecía?

Según cálculo que hace Francisco Alcántara en su elocuente artículo acerca de la EXPOSICIÓN CASIMIRO SAINZ (inserto en EL IMPARCIAL) durante el poco tiempo en que ganó algo el preclaro autor de EL NACIMIENTO DEL EBRO, no pasó de 2,000 pesetas al año: el sueldo de un escribiente.

Esas indiscreciones de lenguaje y faltas de consideración; esas patentes exclusivas, no sólo de belleza, elegancia, etc., sino hasta de talento, otorgadas por

ciertos revisteros á determinados elementos, sin otra razón que la de que aparecen disfrutando de bienandanza, á nadie le sientan peor que al IMPARCIAL, que ha blasonado siempre de su origen democrático; porque resultan, en menosprecio de otros elementos no menos dignos de consideración.

En resumen: si el director de un periódico no evita con una inspección detenida lunares del bulto de los que dejo señalados, será el periódico un arma de dos filos que herirá á lo mismo que trata de defender, y ofenderá al que quiere halagar.

Además de ser fácil que se corte los dedos con ella quien la maneja.

IV

EL POLÍTICO INSIGNE

¿Qué condiciones ha de tener el político insigne que en las actuales circunstancias nos convendría? Una voluntad recta y firme al servicio de una vasta capacidad; igual desvelo por la prosperidad de la nación y por aumentar sus fuentes de riqueza que por prevenir las contingencias de una agresión del extranjero, robusteciendo nuestras defensas y, sobre todo, reformando—¡qué digo reformar!—creando la Marina que tanta falta nos hace para ser respetados.

Un hombre que sea todo lo contrario de «*aquellos que*, según la acertada expresión de la Asamblea de las Cámaras de Comercio, *en excusa de los propios yerros, ofenden al país suponiéndole en irreparable decadencia, y desconfían de sus energías, de sus alientos y de sus virtudes.*»

Evocando las figuras de nuestra Historia, para mostrar un ejemplo, no he de buscarle en época muy lejana, á fin de que sea menos difícil armonizarla con la actual.

Basta retroceder al siglo pasado. Entre los varios gobernantes que brillaron durante su transcurso, tuvimos dos eminencias de celebridad europea, D. José Patiño, llamado por los extranjeros el Colbert español, el mejor ministro del largo reinado de Felipe V, y D. Cenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada, hombre extraordinario, de esos que, desgraciadamente, aparecen de tarde en tarde.

Sirvió este genio á la nación en el reinado de Fernando VI, y, extraordinario en todo, hasta su caída, con apariencias de justa, aumenta la grandeza de su recuerdo y el fulgor de la aureola con que nos lo presenta la tradición.

Al considerar la sed de gobierno de la actual sociedad española, no se pueden leer sin emoción las páginas de la Historia que nos revelan las elevadas miras, la instrucción vastísima, el ojo certero y la infatigable laboriosidad de aquel hombre. Rigió á la vez cinco Ministerios, el de Hacienda, el de la Guerra, el de Marina, el de Estado y el de Indias, dominándolos todos, sin muestra ninguna de cansancio.

Y, en comprobación de ello, consta en las memorias de aquel tiempo, y en informes del embajador inglés Keene, que tanto contribuyó á su caída, que el mismo Fernando VI, que le desterró, «se burlaba de algunos de sus sucesores, á quienes el trabajo causaba indisposiciones, diciéndoles que había despedido á un ministro que, sin haberse quejado jamás de un dolor de cabeza, había cumplido con todos sus deberes» (1).

Y hay que advertir que el trabajo que Ensenada llevaba solo se repartió entre cinco.

¡Que se lo cuenten á Sagasta, que nos *gobierna* con la pereza y la indiferencia!

Ahora transcribiré alguna de las citadas páginas. Dice Lafuente:

(1) William Coxe. Reinado de Fernando VI

«No se puede hacer á Ensenada un cargo de lo que constituye una de las principales glorias de este grande hombre de Estado. Hablamos del mérito que á los ojos de todo el mundo ilustrado ganó este célebre ministro, no sólo trayendo á España los hombres sabios de otras naciones para que difundiesen la ciencia y el saber en la nuestra, sino enviando á las cortes extranjeras multitud de jóvenes pensionados, para que aprendieran las ciencias, las artes y la industria que florecían en otros países, y las naturalizaran después en España.

»Así vinieron á nuestro suelo los ingenieros navales Briant, Tournell y Sothuell; así el entendido arquitecto hidráulico y militar Lemaur; así el docto académico Luis Godin; así el sabio orientalista Casiri; así los naturalistas Bowles y Quer: al propio tiempo que los españoles Carmona, Cruzado, López, Cruz y otros de los que eran enviados con pensión á hacer estudios en las Cortes y en las academias de otros reinos, regresaban enriquecidos con los conocimientos que allá adquirían; y, merced á este sistema combinado de comercio intelectual, se establecieron ó fomentaron en España las escuelas de Náutica, de Agricultura, de Física, de Botánica, de Pintura, de Grabado, de Matemáticas, de Cirugía y de otros diferentes ramos del saber.

»Protector Ensenada de las Letras y de los hombres ilustres, franqueaba á D. Miguel Casiri todos los auxilios que necesitara para el examen y la formación del índice de los códigos arábigos de la biblioteca del Escorial. Hacía imprimir á costa del Erario las observaciones astronómicas de D. Jorge Juan, y la relación del viaje de este célebre marino, y bajo su dirección fundaba en Cádiz el Observatorio astronómico de Marina.

»Los eruditos Pérez Bayer, el agustiniano Flórez, el jesuíta Burriel, el marqués de Valdeflores, recorrían por comisión suya la España, recogiendo y copiando

inscripciones, medallas, diplomas y otros documentos históricos esparcidos en varios archivos.

«Los sabios Feijoo, Campomanes y otros doctos españoles hallaban en él protección y amparo. Este ministro propuso y representó al rey la conveniencia de que se formase un Código Fernandino que, simplificando las leyes, abrazara sólo las vigentes y aclarara las complicadas y dudosas.

»No menos fomentador de las artes que de las ciencias, se instituyó y organizó en su ministerio la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.

»Conocedor de las verdaderas fuentes de la riqueza y de la prosperidad pública, hizo extraordinarios esfuerzos para reanimar la agricultura nacional abatida durante una serie de infelices reinados, y para abrir canales de riego y facilitar los medios de comunicación y de transporte.

»Con tan laudables objetos abolió los derechos con que estaba gravada la conducción é introducción de granos de unas á otras provincias; proyectó el canal de Castilla la Vieja, que debía poner un día esta provincia interior en comunicación con el mar, y abrió por entre las sierras de Guadarrama el gran camino que une las dos Castillas.»

Ya ve el lector que esos títulos son más que suficientes para que los españoles evoquemos al Marqués de la Ensenada.

Sin embargo, todavía no he dicho el mayor de sus méritos, el que engrandece más su figura y me indujo á darle preferencia en este trabajo entre las de otros estadistas insignes: el título de restaurador, casi creador de nuestra Marina, como le llama Lafuente. He ahí lo que dice su Historia de España:

«Pero lo que mereció, sobre todo, á este ministro una atención privilegiada, y á lo que consagró con preferencia su celo fué al fomento de la Marina Española, de la cual fué el restaurador y casi pudiera decirse el creador.

»Ya siendo intendente se había debido á él la cédula de formación de las matrículas de mar, la ordenanza general de arsenales, el reglamento de sueldos y gratificaciones, y otras instituciones para el régimen de los cuerpos de la Armada.

»No sólo se aprovechó Ensenada de los arsenales existentes ya, sino que construyó, ó ensanchó, ó enriqueció otros. Á la erección del de Cartagena había sido enviado el célebre D. Antonio Ulloa, y, bajo la dirección del entendido jefe de escuadra D. Cosme Álvarez, se comenzaron las obras del astillero del Ferrol, que se hizo uno de los mejores establecimientos navales del mundo.

»Levantó, pues, Ensenada el poder marítimo de España hasta un grado que nadie creía entonces verosímil ni aun posible.

»Aunque la idea que preocupaba á este ministro y que formaba la base de su política era que nada había que temerse de Francia, y que por aquella parte estaba la España segura, sin embargo, creyó necesario y propuso aumentar el ejército de tierra; y para la defensa de la frontera hizo construir el famoso castillo de San Fernando de Figueras, uno de los más fuertes baluartes de Cataluña, y que llegó á ser una obra maestra de arquitectura militar; pero, á no dudar, su mayor afán y conato le puso en que España rivalizara en poder marítimo con Inglaterra, *que era la nación de que él estaba receloso siempre.*

»Así blasonaba de que no le faltaría nunca una escuadra de veinte navíos cerca del Cabo de San Vicente, otra á la vista de Cádiz y otra en el Mediterráneo, y de poseer España tantos buques de setenta y cuatro cañones como Inglaterra.

»Tal había sido el ministro que acababa de desterrar Fernando VI y que había desempeñado á un tiempo las secretarías del despacho de Guerra, Marina, Indias, Hacienda y Estado.

»Aunque esto solo bastaría para dar la pauta de su

gran capacidad, concluiremos este capítulo con el juicio que acerca del talento é instrucción del célebre D. Cenón de Somodevilla hace un historiador inglés, nada apasionado suyo:

«Su penetración, sus vastos conocimientos, su exac»titud y actividad en la dirección de los negocios no »tenían límites, y rara vez habrán sido excedidos por »nadie» (1).

V

Varios recuerdos y una esperanza

El asombro que causa el testimonio anteriormente expuesto sube de punto al considerar la diferencia entre los elementos que él encontró al encargarse del gobierno y los que se deben á su creación.

Para apreciarlo debe consultarse un documento valiosísimo, la «Representación (como la nombra aquel gran estadista), ó la memoria que dirigió al rey en 1751, proponiendo medios para el adelantamiento de la Monarquía y buen gobierno de ella». Allí revela su previsión de modo concluyente, y dice, entre otras cosas:

«Proponer que V. M. tenga iguales fuerzas de tierra que la Francia, y de mar que la Inglaterra, sería delirio, porque ni la población de España lo permite, ni el Erario puede suplir tan formidables gastos; pero proponer que no se aumente el ejército y que no se haga una decente Marina, sería querer que la España continuase subordinada á Francia por tierra y á Inglaterra por mar.»

Hace una reseña de las fuerzas del ejército nacional,

---

(1) Despachos de Sir Benjamín Keene á Sir Tomás Robinson.—William Coxe.—Reinado de Fernando VI, c. 54.—Historia de la Marina Española.

advirtiendo que las de Francia le exceden en 244 batallones y 167 escuadrones, y añade:

«La armada naval de V. M. sólo tiene presentemente los 18 navíos y 15 embarcaciones menores que menciona la relación número 6, y la Inglaterra los 100 navíos y 188 embarcaciones de la número 7.

»Yo estoy en el firme concepto de que no se podrá hacer valer V. M. de la Francia si no tiene 100 batallones y 100 escuadrones libres para poner en campaña, ni de la Inglaterra si no hay la armada de 60 navíos de línea y 65 fragatas y embarcaciones menores que expresa la relación número 8.»

Y demuestra con razones irrefutables la necesidad y la conveniencia de tal aumento, así como el de los medios de defensa en las costas y en la frontera, atendiendo á la posición respectiva de las tres naciones.

¡Y no era marino aquel incomparable restaurador y creador de Marina, el más excelente de los ministros que hemos tenido en ramo de tan excepcional importancia!

Señor Presidente de la Asamblea de las Cámaras de Comercio; señores representantes todos de la producción y de la vida de España: con la misma insistencia y el mismo tesón con que ustedes piden rumbos muy diferentes de los que el poder público ha seguido hasta aquí y reclaman lo que exige imperiosamente la necesidad para salir de la situación á que nos han traído los malos gobernantes, con igual insistencia y con igual tesón pidan ustedes ¡UN MINISTRO DE MARINA QUE NO SEA MARINO!

El hombre de vigorosas iniciativas que necesitamos para acometer sin traba alguna la restauración de esa fuerza, la creación de una Marina muy diferente de la que nos llevó al desastre bochornoso de Santiago de Cuba, no es preciso que sea técnico: basta que sea resuelto y que conozca los puntos vulnerables del enemigo.

Ese enemigo es la *Administración de la Marina*.

Y esto no va con dignísimos jefes y oficiales del cuerpo, sino con el *sistema* que tolera el abuso en múltiples formas, y que, para su defensa, lo envuelve en tupida red, hasta ahora intangible.

El ministro marino tiene que tropezar no solamente con esa red, ya muy recia, sino con la valla infranqueable del compañerismo.

Por eso, hace muchos años, á todos los que rigieron el ramo perteneciente á la Armada, aun á los que entraron con mayores bríos en el Ministerio, se les ha visto dar vueltas al rededor del abuso, mas sin atreverse á romper por ninguna parte. De ahí proviene la archifamosa ocurrencia de uno de ellos: «¡No me toque usted á la Marina!»

No sé lo que sucederá cuando este libro vea la luz pública; pero me temo que las cosas continúen como al presente, porque no hay trazas de la ansiada variación.

Seguimos con el propio ministro de Santiago de Cuba, es decir, con el del tiempo del desastre.

¡Dios le perdone al IMPARCIAL el haber sido entre los periódicos quien más contribuyó, aunque inocentemente, á la elevación de tal señor!

En sus repetidos y apremiantes artículos en demanda de «¡UN MINISTRO DE MARINA!» pedía EL IMPARCIAL una actividad y una energía que eran urgentísimas después de lo de Cavite, al menos para atenuar sus consecuencias; pero no señalaba precisamente al señor Auñón.

EL IMPARCIAL se olvidó de que se las había con Sagasta, el dispensador de la gracia, á quien no se le puede pedir que acierte en lo que nos conviene á todos, sino en aquello que le conviene á él exclusivamente. La pereza habitual de facultades del presidente del tupé no le había dejado investigar lo que era indispensable para el hallazgo del hombre que se le pedía; pero vió que rondaba el ministerio un individuo que le mareaba con su movilidad ratonil, y, á fin de evitarse ese mareo... ¡ahí tienen ustedes á Periquito hecho

fraile y á Auñón todavía con las manos en la masa!

No pongo en duda su capacidad como capitán de navío; pero, á pesar de lo mucho que se multiplica, el Ministerio le viene demasiado ancho y ningún español podrá olvidar que es quien dirigió aquella malhadada felicitación á la escuadra por haber entrado sigilosamente en Santiago de Cuba, burlando la vigilancia de los *yanquees*. Estos, desorientados y esparcidas sus fuerzas, no tuvieron certeza del hecho hasta que lo vieron confirmado por tan inoportuna felicitación, ¡y harto sabido es como entonces las concentraron en torno del refugio de las nuestras!

Después del Marqués de la Ensenada, el más notable ministro de Marina que tuvimos fué D. José Patiño, ya citado. Él puso nuestra Marina en estado de vencer á la inglesa, como ocurrió en la memorable guerra de 1739 á 1741. ¡Y tampoco era marino!

A los que no conozcan un hecho tan glorioso y que, de nuestras luchas con Inglaterra, nunca sacan á cuento más que Trafalgar, les transcribiré los siguientes párrafos de la Historia:

«Buscando el almirante Vernon alguna manera de reparar el desastre y el descrédito sufridos delante de Cartagena de Indias, con el resto de sus naves y de sus extenuadas tropas y con un cuerpo de mil negros que salió de Jamaica, concibió el pensamiento de apoderarse de la isla de Cuba, y con este designio se dirigió á la Antilla española. Mas no tardó en convencerse, después de algunas tentativas inútiles, de que no alcanzaban sus fuerzas para ello.

»Celebróse consejo de guerra, y Vernon con harta pena suya, tuvo que someterse á la decisión de los oficiales, de retirarse con la pérdida de 1,800 hombres, con lo cual pudieron darse por destruídos aquel ejército y aquella escuadra que cuando salió de los puertos británicos dejó al pueblo inglés gozándose en la esperanza de arrancar á los españoles la dominación de América.

»Al regresar Vernon á Inglaterra no llevaba sino unas pocas naves y algunas tropas desfallecidas. Aumentó con esto el descontento público, y en todas partes se emitían sin rebozo quejas contra el Gobierno.

»Tal fué el resultado de estas guerras marítimas entre Inglaterra y España. Un escritor contemporáneo de aquella nación (1) hizo un cálculo del que resultaba haberse sacrificado, por lo menos, veinte mil hombres en aquella desgraciada empresa, y otro escritor extranjero (2) supone haber sido capturados por los españoles, en todo el tiempo que aquélla duró, hasta cuatrocientos siete bajeles ingleses (3).»

VI

DESGRACIA Y DESAGRAVIO

Duele amargamente la caída del Marqués de la Ensenada en el apogeo de sus asombrosas facultades, y mucho más al considerar que la falta que motivó su caída fué hija de su previsión y de su acendrado patriotismo.

Y la amargura aumenta sabiendo que el causante de su desgracia fué el embajador de la aborrecida potencia que, no satisfecha con el despojo aleve de Gibraltar, intentó en diversas ocasiones otras empresas tan inicuas contra nosotros, y últimamente ha ayudado á los yanquis al más escandaloso atropello del derecho internacional.

Ningún hombre de Estado español conoció, como Ensenada, todo el daño que nos puede venir de Inglaterra, y ninguno, como él, tuvo presente que los

(1) Tildal.—Vol. XX.
(2) Marlés, continuación de la Historia de Inglaterra de Lingard.
(3) Campbell.—Vida de los Almirantes.

ingleses son y serán siempre dignos nietos de los piratas normandos. De manera, que aun hoy su diplomacia lleva debajo del frac el hacha de abordaje.

De ahí el empeño por aumentar nuestras fuerzas navales, sin descuidar las de tierra. Excedió á las esperanzas de Ensenada el resultado de sus desvelos porque lo impulsaba todo personalmente, é, inspirados por su genio, cumplían con creces su deber desde el almirante hasta el marinero, y trabajaba con igual entusiasmo el ingeniero que el último operario.

Había en la corte, sin embargo, quien se inclinaba á la alianza con Inglaterra; y cuando el Duque de Huéscar le habló de ello, Ensenada le respondió:

—Si Inglaterra la quiere, es que esa alianza le conviene mucho más que á nosotros, y tal desproporción nos resultaría lesiva. Estad seguro de que los ingleses jamás solicitarán nuestro concurso, ni nos ofrecerán su apoyo sino en el caso de que ellos lo necesiten; y aun entonces no lo harían sin la certeza de ganar en el cambio de servicios un ciento por ciento.

¡Bien ha demostrado el tiempo cuán proféticas fueron las palabras del insigne estadista!

Concretándonos á la ayuda que parece más generosa, la que Inglaterra nos prestó en la guerra de la Independencia, sin Bailén no la hubiéramos logrado. Antes de aquella memorable jornada, cuando Europa creía inevitable aquí la dominación napoleónica, hizo Inglaterra oídos de mercader á las proposiciones y á los ruegos de España; pero cuando vió rendido un ejército de 21,000 franceses; cuando este triunfo, obtenido por españoles bisoños, y sin ayuda de nadie, reveló á todo el mundo la posibilidad de lo que parecía imposible, que, más tarde ó más pronto, sacudiríamos el yugo del coloso, entonces fué cuando aquel Gobierno, dominado exclusivamente por el cálculo, pensó que no fallaría el de ayudarnos, porque á la vez nosotros habíamos de ayudarle poderosamente á

librarse él del propio y formidable enemigo, el autor del *bloqueo continental*.

La sagaz Inglaterra, conociendo á la vez que, para vencer á aquel nuevo Aníbal, era indispensable formar un Escipión, no podía hallar palenque más á propósito que el suelo de la Península.

Y no sólo aquí se formó el Escipión, sino el ejército que había de darle la victoria: en las batallas que Wellington ganó con nuestro concurso debió presentir indudablemente Waterloo.

¿Qué extraño es que Ensenada hiciese cuanto le fuera dable para quebrantar á Inglaterra?

Transcribiré de Lafuente lo que ocasionó la caída de nuestro héroe. Dice así:

«Resuelto á contrariar el poder y el influjo británico, sin comunicar sus pensamientos á los ministros sus colegas, ni al rey mismo, y valiéndose sólo confidencialmente del embajador de España en París, negoció secretamente un proyecto de alianza indisoluble entre las dos ramas de la familia de Borbón; se procuró un informe de varios gobernadores de las colonias de América, en que se daban quejas y se exponían los agravios recibidos de los ingleses en aquellas posesiones; hizo adelantos considerables de dinero á la Compañía francesa de Indias, á fin de fomentar las hostilidades de Francia contra Inglaterra en el Nuevo Mundo, y, por último, concertó con la corte de Versalles un proyecto de ataque general contra los establecimientos ingleses en el golfo de Méjico.

»Ni estos planes, ni las instrucciones ya dadas al virrey de Méjico para preparar una expedición á Campeche, se pudieron escapar á la activa vigilancia del embajador Keene, que avisó de todo á su Gobierno para que sirviera de base á una queja formal contra la corte de España, y deparó oportuna ocasión al ministro británico para que, en unión con el duque de Huéscar y D. Ricardo Wall, apresurasen el estallido de la mina que ya tenían bien preparada contra En-

senada y el confesor Rábago, y bastante bien dispuestos á la reina y al rey.

»El plan de ataque fué hábilmente combinado y puesto en ejecución. Las órdenes hostiles enviadas á América por el ministro, y la presentación de papeles y documentos comprobantes sirvieron de acta de acusación contra Ensenada, de tal manera combinado todo por Keene que no le dejaba subterfugios con que poder eludir los cargos que le hacían; á los cuales añadió el embajador de la Gran Bretaña todos los datos que tenía, así escritos como confidenciales, que pudieran corroborar la acusación.

. . . . . .

»Había estado el ministro en su despacho hasta las once y media de la noche del sábado 20 de julio (1754) esperando que le llamara el rey. Á aquella hora se retiró á su casa, cenó y se acostó tranquilo.

»Á poco de haberse dormido turbó su sueño y su reposo la voz de un exento de guardias que, acompañado de un oficial, le intimó la orden que llevaba del rey para arrestarle, previniéndole que se preparara á marchar, para lo cual le esperaba un coche á la puerta de su casa, rodeada ya de una compañía de guardias españolas.

»—Vamos á obedecer al rey,—se dijo con aparente serenidad el caído ministro.

»Antes de amanecer, el Marqués de la Ensenada marchaba en compañía del exento, camino de Granada, punto designado para su destierro.

»Á aquella misma hora D. Agustín Pablo de Ordeñana, su secretario, era arrestado en su casa y conducido por un teniente de guardias á Valladolid. Tres días después salió confinado á Burgos el abate don Facundo Mogrovejo, íntimo confidente de ambos, secretario de embajada que había sido del rey de Nápoles, al cual recogieron los papeles y tomaron declaraciones.

»El martes inmediato, 23 de julio de 1754, se

anunció en la *Gaceta* el destierro del marqués de la Ensenada y la exoneración de sus cargos, así como el confinamiento de Ordeñana. Á la mayor parte de sus amigos los jubilaron y pidieron estrecha cuenta de su conducta.»

Luego el historiador, al consignar los rumores calumniosos que acompañaron á la caída, se expresa en estos términos:

«Acusaron á Ensenada sus enemigos de impureza, concusión y malversación, pidiendo, por lo menos, la confiscación de sus bienes. Fundábase esta acusación en su extraordinario lujo, en las inmensas riquezas que se le suponían y en los cuantiosos regalos que se decía haber recibido de las Cortes y hecho él á su vez á la reina y á los embajadores.

»En su consecuencia, se mandó inventariar y tasar sus bienes; pero este inventario no se concluyó porque su amigo Farinelli intercedió con la reina con tanto interés y eficacia en favor suyo que se dió una orden mandando suspenderle.

»La reina misma cooperó también secretamente con sus amigos á inclinar al rey á que le señalase, como lo hizo, una pensión de doce mil escudos para que pudiera mantener la dignidad del Toisón de Oro.»

Farinelli es el célebre cantante italiano, favorito de la familia real española. La Historia le dedica un recuerdo por el noble uso que hacía de la gran influencia que debió á sus talentos.

Fernando VI, cuyo reinado se distingue por la prosperidad y por la justicia, fué harto severo con el gran estadista á quien España y él debían tanto.

Vea el lector el decreto en que le da *limosna*, después de haberle arrinconado para siempre:

«Por mero acto de mi clemencia he venido en conceder al Marqués de la Ensenada, para la manutención y debida decencia del Toisón de Oro que le

tengo concedido, y POR VÍA DE LIMOSNA, doce mil escudos de vellón al año, dejando en su fuerza y vigor mi antecedente real decreto exonerándole de todos sus honores y empleos.

»Buen Retiro, 27 de septiembre de 1754.

»Yo el rey.»

Hay sobrada desproporción entre la falta y su castigo. El golpe que preparaba Ensenada contra la influencia y el poderío de Inglaterra era muy excusable; los informes recibidos de nuestras colonias claramente denunciaban los atrevimientos de los ingleses; exponían los gobernadores la necesidad de tenerlos á raya, y pedían que se evitara el que de vecinos molestos se convirtieran en enemigos peligrosos.

Ni más ni menos que nos sucedió con los yanquis, y que no habría sucedido, á contar nosotros con una escuadra que les hubiese impuesto el respeto.

Faltó Ensenada en no comunicar al rey ni á sus compañeros un proyecto de tal importancia, probablemente por lo mucho que convenía llevarlo con reserva absoluta.

Con su clarividencia al servicio de un patriotismo que nadie pondrá en duda, sabía que la sorpresa y la audacia son las que más desconciertan á un enemigo osado, y además preparaba su golpe con el apoyo de la razón.

No fué culpa suya si el enemigo descubrió su propósito; pero al ánimo español le es muy amargo considerar que en el propio palacio real fué el alma de la intriga para derribarle el representante de tan odiado enemigo.

Y es sensible también que Lafuente, el historiador que penetra más nuestra historia, al consignar que los enemigos del marqués insigne le acusaron de impureza, concusión y malversación, no le defienda de

esos cargos, que no tuvieron otro fundamento que el lujo con que vivía, la esplendidez con que favoreció lo mismo á los artistas que á los hombres de Ciencias y de Letras, y la magnificencia de los regalos.

Podía haber dicho siquiera que la investigación de sus bienes no dejó de efectuarse únicamente por los ruegos de la reina y de Farinelli, sino porque, al intentarla, aquellos enemigos, á quienes impulsaba la envidia, que es peor que el odio, echaron de ver el peligro de aparecer como calumniadores.

Bien se hizo un inventario, en que se demostró que Ensenada poseía en joyas y alhajas más que en dinero. No hay que olvidar que, aparte de los grandes emolumentos que tuvo por desempeñar á la vez cinco ministerios, como fué el primer estadista de su tiempo, le consultaban personajes de toda Europa, y que aquellas consultas de príncipes, magnates y embajadores solían acompañarse de los regalos que se le quieren echar en cara. De modo que, aun siendo espléndido él, importaban dichos regalos mucho más que los suyos.

Respecto á su lujo, en el que predominaba un gusto exquisito, como era imitado por otros que igualmente podían gastarlo, ¡cuánto influyó en el progreso de las Artes y de la Industria y en la prosperidad del comercio!

Bastaría para su gloria, una de las más envidiables, haber sido el ministro de Marina á quien debemos mayor gratitud. Contando con una escuadra poderosa hubiéramos podido ahogar la insurrección de Cuba, causa de nuestros desastres, porque entonces no se hubiesen atrevido á fomentarla los yanquis.

Una Marina cual la que debiéramos tener nos hubiera evitado el calvario de afrentas y de dolores que torturan siempre el corazón de la patria.

Parece increíble que nuestros políticos, entre ellos un hombre del talento de Cánovas, no hubieran visto

(ó no hubieran querido ver) que el camino de las humillaciones, en vez de alejarnos, era precisamente el que más nos acercaba al conflicto con aquellos insolentes cuanto codiciosos vecinos.

La obcecación y la fatalidad debieron impedir que conociesen nuestros gobernantes lo que preveía el pueblo español.

Recuerdo que un sencillo hijo de mi Asturias, un aldeano encanecido en el trabajo de la tierra, y á quien esto no le impedía enterarse de los asuntos públicos, cuando supo, durante la insurrección, que hasta se permitía á los yanquis entrometerse en nuestra administración de justicia (el caso del dentista Ruiz), me dijo lo que era inevitable con expresión tan concisa como exacta:

—Esos buscan camorra porque nos ven desprevenidos.

Y le respondí:

—El Gobierno asegura que, cuando uno no quiere, dos no riñen.

—Si uno fuese insensible y lo aguantase todo, nada más cierto que eso,—replicó el aldeano;—pero apuesto la cabeza á que, si no abandonamos á Cuba, reñiremos con los yanquis.

Señor presidente de la Asamblea de las Cámaras de Comercio, señores representantes de la producción y de la vida del país: si no podemos pedir el milagro de que resucite D. Cenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada, trabajemos todos en remover los obstáculos que se oponen á una política tan previsora y fecunda en bienes como la de aquel hombre insigne, y entonces acaso encontremos otro que se le parezca.

DOS LIRIOS

DOS LIBROS

DOS LIRIOS

I

Atrevimiento prodigioso

Alcalá de Henares, aunque hoy forma parte de la diócesis de Toledo, tuvo silla episcopal independiente en otro tiempo, cuando se había hecho famosa con el nombre de *Complutum*, y no estaba situada en el mismo sitio que ahora.

Convienen la mayor parte de los cronistas en que la ciudad romana se hallaba en el término de San Juan del Viso, en la cuesta llamada de Zulema, desde donde se descubren varios pueblos y las dilatadas y frondosas arboledas que embellecen las márgenes del Henares.

La población se fué corriendo al norte del río, y el año 304, cuando un pretor de terrible memoria, Daciano, estableció en ella su tribunal, *Complutum* ocupaba el espacio en que hoy se encuentran la *Huerta de las Fuentes* y la *Fuente del Juncal*.

Era el tiempo en que el despotismo imperial extremaba la persecución contra los cristianos.

El paganismo se hacía más cruel cuanto más evidente veía su impotencia, y la sangre de los mártires vivificaba la fe cristiana.

Tenían que esconderse y ocultar su culto los que creían en Jesucristo. Era aquella época de prueba en que muchos vivían y morían en las catacumbas.

Creyó Daciano que en *Complutum* lograría impedir el progreso de la aborrecida religión con algunos castigos ejemplares; pero uno de sus satélites le dijo:

—Con las ejecuciones aumentan los *nazarenos*, en vez de disminuir.

—Es que apenas hemos usado el tormento,—respondió Daciano.

Y aumentó la crueldad. Pero entonces no fueron únicamente los hombres los que dieron muestras de su constancia y de su ardimiento por la fe.

Dos niños, Pastor, de nueve años, y Justo, de siete, ofrecen un ejemplo sin igual en la Historia, por el valor y la abnegación. Sus cristianos padres se habían ausentado de la ciudad un día de agosto del año citado. Quedaron los niños al cuidado de una parienta, y ésta los dejaba ir solos á la escuela, que no estaba lejos.

Si allí les enseñaba un maestro pagano, tenían en su familia los preceptores de la doctrina del Salvador.

¡Cuán ajenos se hallaban sus padres amantísimos de la resolución sobrehumana con que aquel día se apartaron del camino de la escuela y emprendieron el del Pretorio!

—¿Qué es lo que queréis, niños?—les pregunta Daciano.

—Declarar que somos cristianos,—contestó Pastor.

—¡Qué atrevimiento!

—Declarar que somos cristianos,—repite Justo.

—¿Os lo han mandado vuestros padres?

—No.

—¿Y no teméis el castigo que os aguarda?

—Nada tememos, porque Dios nos protege.

—La protección de vuestro Dios no lo impedirá. Mirad.

Y, esto diciendo, el cruel pretor señaló con su diestra el horrible espectáculo de un ajusticiado en un campo inmediato.

Estaba clavado en una cruz, y los niños no le habían visto hasta entonces, por hallarse á espaldas del Pretorio.

Pastor se estremeció visiblemente, y la tradición asegura que Justo le dijo en voz baja:

—¡Valor, hermano! ¡Que no te vean temblar!

Daciano añadió:

—Ese hombre, que ha despreciado nuestros dioses, él mismo se ha buscado el suplicio. No dudo que vuestro Redentor le agradezca el sacrificio; pero, ¡ya lo veis!, bien muerto está.

—Nosotros también despreciamos los ídolos, —dijo Justo con voz vibrante.

Tan atónito quedó el pretor al escucharle, que, cual si dudase del testimonio de sus oídos y de sus ojos, le preguntó:

—¿Qué has dicho?

—Que nosotros también despreciamos los ídolos.

—¡Loco está, sin duda, este niño!—prorrumpió el funcionario romano. É interrogaba al otro con la mirada, como esperando que confirmase su idea.

Calcúlese, pues, su estupor al escuchar esto:

—Ni mi hermano ni yo estamos locos. Despreciamos los ídolos porque somos cristianos.

Estas palabras las pronunció Pastor con igual resolución que mostrara Justo.

— ¡Vaya! — exclamó Daciano, iracundo. — Unos cuantos azotes dados por el verdugo os harán entrar en razón.

Y, á una señal suya, se previno el castigo.

Desnudaron á ambos niños de medio cuerpo arriba, los separaron, y, provisto el sayón de un azote formado por correas endurecidas, lo descargó alterna-

tivamente sobre las espaldas del uno y del otro, pero no con gran fuerza. Se veía que atenuaba los golpes aquel hombre, por un sentimiento bien explicable.

Era la primera vez que su oprobioso instrumento caía sobre espaldas infantiles.

Sin embargo, después de algunos golpes brotó la sangre.

Pastor y Justo, inalterables.

Diríase que no los sentían.

Daciano, más cruel que el verdugo, le mandó que apretase, no dudando de que, al fin, pedirían perdón.

Con visible pesar obedeció el verdugo.

Pero no pidieron perdón los heroicos niños.

II

Una madre

Nunca la soberbia del funesto pretor se había visto tan humillada. Nunca había considerado tampoco la suprema inspiración que debía animar á los cristianos como ante el ejemplo que daban aquellos niños, ejemplo que, aun evidente, parecía increíble.

Pero la cólera y el despecho le ofuscaron, y hasta cabe asegurar que perturbaron su razón, porque, de otra manera, no se concibe el extremo de severidad á que llegó con ellos.

Los hizo encerrar en los calabozos del Pretorio, disponiendo que, si no se arrepentían ni solicitaban perdón, fuesen degollados al día siguiente.

No cedió ni un momento el valor de los niños.

Al día siguiente, á la hora que los llevaban al lugar del suplicio, que era el llano hermoso en que hoy se asienta Alcalá, regresaban sus padres á Complutum, ignorando lo que ocurría.

Un vecino corre á su encuentro y se lo refiere.

El padre cae redondo, como herido de un rayo.

La madre vacila unos momentos, y luego corre como loca hacia el Pretorio.

La desesperación le ha prestado fuerzas, y cuando llega allá consigue apartar de su paso al soldado que se lo cierra. Daciano acude al ruido.

—¡Mi vida, por las de mis hijos!—le grita suplicante.

El pretor no se apresura á contestar, y mira con ojos codiciosos á aquella mujer que, en su dolor, le parece más hermosa de lo que es; hermosa como Niobe.

Resuena otra vez el acento de la desesperación maternal.

—¿Eres cristiana?—le pregunta.

—Cristiana.

—Acepto el cambio que propones; pero serás perdonada si haces una promesa.

—¿Cuál?

—La de abjurar de tu religión.

—¡Doy mi vida por la de mis hijos! ¡Que me lleven al lugar del suplicio!

Dicho esto con una exaltación que rayaba en demencia, añadió, dirigiéndose á los funcionarios del Pretorio:

—¡Vamos, no sea que lleguemos tarde para salvarlos!

—Por fin, Daciano dió orden de que se suspendiese la ejecución de los niños.

Ahora, antes de acompañar á la madre, hay que acudir al lugar del suplicio, adonde llegan Pastor y Justo excitando el asombro de sus conductores por la serenidad y la resignación.

Una empalizada en torno del fatal tablado contiene al gentío, ansioso de presenciar el espectáculo nunca visto de ajusticiar á dos niños.

Cuando éstos aparecen, vestidos con sus túnicas de blanco-rosa, se oye un murmullo que producen por igual la piedad y la admiración.

Todas las mujeres lloran, y algunas madres estrechan, temblando, á sus hijos contra sus senos.

Una de esas mujeres, que lleva un niño enfermizo de la mano, y en la otra un ramo de flores, separa dos lirios, se acerca á las víctimas y entrega uno á Pastor y otro á Justo, diciéndoles:

—¡Rogad á Dios por la salud de mi hijo!

Pastor y Justo, que conocen que es cristiana, besan los blancos pétalos de aquellas flores en señal de asentimiento. El mayor de los hermanos le responde:

—¡Despedidnos vos de nuestros padres!

Justo añade:

—¡Y consolad á nuestra pobre madre!

Estas palabras enternecen hasta á los paganos más empedernidos.

La fúnebre comitiva se detiene junto al ara donde los inocentes reos han de ser sacrificados.

Al verlos subir las gradas con planta segura se oyen nuevos murmullos de asombro.

Se apoderan primero del menor, que inclina su angelical cabeza bajo la segur con la mansedumbre de un cordero.

—¡No! ¡No!—prorrumpe el otro.—¡Yo antes, yo, que soy el mayor!

Pero no le hacen caso: la segur fatal ha segado la vida de Justo.

En el momento de coger á Pastor resuena un gran clamoreo, y se advierte una agitación extraordinaria en lo más apartado del gentío.

Imaginando que es algún tumulto promovido por los cristianos, se apresura el acto terrible, y la sangre de Pastor corre igualmente al pie del ídolo.

Estalla entonces un grito que no se puede expresar sino por sus efectos; un grito que hiela la sangre y contiene el aliento de cuantos lo han oído.

Es que aquel grito arrancó del corazón de la madre, que corre frenética hacia el ara, tan irresistible que

todos le abren paso, aun más sobrecogidos de espanto que de pena.

Aunque muertos Pastor y Justo, todavía sus manos se alzan ostentando los blancos lirios, símbolos de la fe inmaculada que los ha llevado al sacrificio.

La infeliz madre hubiera saltado sobre el ara, si los lictores no lo hubiesen impedido.

Había muerto su esposo al saber que iban á matar á sus hijos. Ella, aun más desventurada, había perdido la razón cuando iba á salvarlos.

Esta tradición, si no puede ser más conmovedora, tampoco puede ser más histórica. La Iglesia ha santificado la memoria de Pastor y de Justo.

GENIO Y PUÑOS

ó

NUESTRA TRADICIÓN EN INGLATERRA

GENIO Y PUÑOS

— ó —

NUESTRA TRADICIÓN EN INGLATERRA

Hay quien cree ó aparenta creer que lo invariable puede variar, y que el carácter español, que ha resistido siempre, cual monumento ciclópeo, á los embates de los siglos y de las revoluciones, puede perder en un momento las virtudes que lo afirman y que lo elevan.

Con las recientes catástrofes, lo que hemos perdido es mucho prestigio. Se ha oscurecido la fama del nombre español, pero no se han extinguido las cualidades que le dieron vida.

Ese prestigio desvanecido brotó de fuentes que son inagotables: lo que ha sido circunstancial poco habrá de influir en lo que es perpetuo.

No demos, pues, por muerto ni el nombre ni el carácter español, y vea el lector cómo en Iglaterra los consideran. La carta siguiente es de un amigo que reside en Londres hace larga temporada; resplandece con la verdad, y no es menos interesante lo que deja adivinar que lo que revela.

«Querido amigo: hace días que, cansado de los ingleses y de entenderme con ellos en su desagradable idioma, deseo vivamente parrafear un poco en el nuestro, con aquella franqueza á que debemos la amistad.

»Español, y en Londres, he de corresponder primero á nuestra fama de galantes, y, así, empiezo por las inglesas. No exageran los que las han pintado como tipos admirables de belleza. Creo que, si resucitase la Grecia de Alcibíades con aquellos mismos que sirvieron de modelos á sus grandes artistas y que contemplamos en los museos, no ganarían en perfecciones clásicas á algunas de estas señoritas que montan á caballo si no de la manera hombruna que las amazonas, con tanto brío como ellas, y que en la caza, en lugar de entenderse con liebres ó con garzas, prefieren acosar á las fieras, como afrontan otros muchos peligros, con serenidad é indiferencia no menos clásicas.

»Pero ¡ay, mi España, mi quebradero de cabeza!

. . . . . .

»Por esto no te sorprenderá que, habiendo puesto de mi parte todo lo posible para que alguna de dichas amazonas me conquistase, continúo tan invulnerable cual si no me hubiera movido de ahí.

»Y ahora á los ingleses.

»Desde luego se observa en ellos una circunstancia singular, respecto á nosotros: á pesar del reciente y tremendo desastre, ni se ha alterado sensiblemente el juicio que merecemos á estos insulares, ni nos envuelven en el desprecio con que tratan á nuestros gobernantes.

»Sin embargo, me llega al alma lo que les oigo acerca del fracaso de nuestra Marina, que nadie pudo imaginarse tan completo y tan humillante. ¡Figúrate: ellos, que nunca olvidaban á Trafalgar, ahora acabarán por olvidarlo!

»Individualmente no hay extranjeros á quienes aquí

se trate con mayor consideración que á nosotros, por más que los directores de la política inglesa no pierdan ripio para amenazar y deprimir á España.

»En las relaciones particulares no hemos perdido las simpatías con que contamos siempre. Ayer mismo presencié un caso que lo demuestra: una riña entre un compatriota y un francés, en una cervecería, llena de gente.

»Habían empezado á disputar por cuestiones políticas, mostrándose el francés monárquico, y el nuestro (un desenvuelto piloto malagueño) republicano.

»Bien sabes tú que la gran mayoría de los ingleses tienen la idea monárquica metida hasta en la médula de los huesos. Pues, no obstante eso y que el español no llevaba más razón que el francés, en cuanto al motivo concreto de la riña, ya personalísimo, se atrajo en seguida las simpatías de la concurrencia, en que predominaban comerciantes y artesanos.

»Y cuando los dos llegaron, en su ardimiento, á dirimir la cuestión con los puños, no puedes figurarte el entusiasmo á que igualmente llegaron los espectadores, aplaudiendo la fiereza del nuestro y el menudeo de sus golpes, aunque el francés no era manco, ni tampoco se quedaba corto.

»No sé en qué hubiera parado aquello, sin la llegada de un agente de policía, porque el francés se acordó de que llevaba un revólver en el bolsillo cuando el otro le atenaceaba la garganta.

»Lo que vi es que el *policeman* cedió fácilmente á los ruegos de la opinión pública para no llevarse á entrambos; por supuesto, bajo palabra de que no volviesen á las andadas; que luego los invitaron á olvidar la reyerta apurando unas copas, y que uno y otro lo hicieron de buena gana, al parecer.

»Pero inmediatamente el del revólver retiróse mohino, quizás no tanto por haber llevado en la lucha la peor parte, cuanto por resentirse de la predilección que continuaban mostrando á su adversario.

»Estas simpatías nos siguen aquí por dondequiera, por la sangre española, por el carácter, por nuestro nombre, por nuestras costumbres, por nuestros mismos defectos, y además actualmente por nuestras desdichas.

»Pero cuando se trata de nosotros como cuerpo de nación... ¡qué diferencia!... nos miran por encima del hombro: entonces no tienen más que palabras de una piedad desdeñosa ó de un desprecio irritante, y no hay espectáculo que más les divierta que el que ofrecen nuestros políticos.

»Es admirable este pueblo inglés por sus aptitudes para el trabajo; y, en el fondo, no habría ninguno más justiciero que él, si, con frecuencia, sus impulsos no fueran contenidos por un egoísmo que llega á la crueldad y que está aferrado á su orgullo.

»Vete á hablarles, por ejemplo, de Gibraltar, como días atrás lo hizo un compatriota nuestro delante de una docena de ellos, y en términos corteses, aunque enérgicos. ¡Uno solo le dió la razón, pero disculpando todavía el despojo! De los demás, unos callaron, sonriendo irónicamente; alguno defendió la cosa como *una necesidad para Inglaterra*, y no faltó, por último, quien, sin hacer un gesto, sin despegar los labios, nos volvió la espalda y se alejó, con una flema exclusivamente británica.

»No seguiré con mis observaciones, porque esta carta se convertiría en un capítulo de viajes, y me falta vena para escribirlo, como á ti no debe sobrarte el tiempo para leerlo.»

La precedente carta, á pesar de su brevedad, podría suplir á algunas páginas de la historia contemporánea.

El eclipse de nuestra tradición en Inglaterra tal vez no sea más que pasajero. Aun volverían á respetarnos como nación, si tuviéramos gobiernos firmemente resueltos á inspirarse en el bien y en el prestigio de España.

Entretanto no falta dentro de casa quien se aprovecha de la actual situación para seguridad de la suya, amenazándonos con la intervención inglesa y el desmembramiento de la patria, no sólo para alejar el fantasma de la guerra civil, sino para que continuemos sufriendo la misma administración, el mismo sistema y los propios perros, aunque haya algunos con diferentes collares.

Y no faltará quien diga:

—También á Portugal le protege Inglaterra... ¡y está mejor que nosotros!

LA DIPLOMACIA VIRIL

LA DIPLOMACIA VIRIL

LA DIPLOMACIA VIRIL

I

Investigación

No desconfía España de recobrar sus poderosas fuerzas de otro tiempo, porque su ánimo permanece entero, á pesar de cuanto hacen por abatirle los que dirigen sus destinos.

Cuando escribo estas líneas (á principios de febrero de 1899), aun siguen *gobernando* los más fatales, los que han demostrado que son insuperables en la imprevisión y en el desacierto.

Sin duda se pretende que el español sea el Job de los pueblos, pero no se ha tenido en cuenta que tal pretensión puede resultar muy peligrosa.

Logra el departamento de Marina el privilegio de distinguirse con lo más irritante: no sólo no hay trazas de que se ponga mano en su administración, á fin de evitarnos nuevos desastres bochornosos, sino que se siguen concediendo gracias y ascensos, sin el límite de una amortización razonable; de modo que, contando con media docena de barcos, disponemos de un

personal tan numeroso en jefes y oficiales como si fuésemos realmente gran potencia marítima.

Parece que nuestros *gobernantes* tienen la voluntad todavía más atrofiada que la inteligencia. En el interior rara vez se corrige un abuso, y, en cuanto al extranjero, harto atestigua la falta absoluta de energía esa ingerencia humillante de Inglaterra en nuestra propia casa.

Después de haber ensanchado pérfidamente su dominio en torno á Gibraltar; después de establecer en el ignominioso Peñón nuevas y formidables baterías, algunas apuntando á nuestro territorio, parece que se opone á que nosotros pongamos á Sierra Carbonera en disposición de corresponder á tan previsoras medidas.

Nuestros ministros niegan esa imposición de Inglaterra, imaginando así que Europa no ha de juzgarlos de peor condición que á gobernantes turcos; pero es inútil que traten de engañar á la Nación, cuando ésta ve que se han suspendido las obras de fortificación más convenientes para contestar á la amenaza y á la insolencia del poder británico.

Al observar en los que pretenden dirigirnos tan absoluta falta de energía (y de otra cosa, cuya omisión aquí suplirá el lector), ¡con qué tristeza evoca la mente los grandes caracteres de nuestra Historia!

Naturalmente pensamos primero en los talentos que brillaron por la energía y por la sagacidad, y entre ellos bien merece un lugar en este libro D. Diego Hurtado de Mendoza, que, á la vez que es ilustre autor de obras de tan distinto carácter como EL LAZARILLO DE TORMES y LA GUERRA DE GRANADA, en el arte político dió señaladas pruebas de maestría y fué un diplomático eminente.

De guerrero valeroso y entendido le califica también la Historia, pero han pasado con preferencia á la posteridad sus campañas diplomáticas, sobre todo las de Roma y de Venecia, que admiran por la sagacidad y asombran por la resolución y energía.

Poco más de treinta años tenía cuando Carlos V le hizo embajador, confiándole una misión de gran importancia en dicha República, que, en el apogeo de su poder, era entonces potencia de primer orden.

La hermosa Venecia, tan temida como solicitada, se había mostrado un poco veleidosa en sus amistades, y, recelando el emperador que, á pesar de la liga pactada con el papa y con él, acabara por aliarse con Francisco I, mandó allá á D. Diego Hurtado de Mendoza con el doble objeto de evitarlo y de que se afirmase aquella liga tan necesaria contra el formidable imperio turco.

López de Sedano, en su biografía de Hurtado de Mendoza, le retrata uniendo á rasgos ciertos otros exagerados.

«Fué D. Diego de grande estatura, —dice; —robustos miembros; el color, moreno oscurísimo; muy enjuto de carnes; los ojos, vivos; la barba, larga y aborrascada; el aspecto fiero y de extraordinaria fealdad en el rostro.

»Fué asimismo dotado de grandes fuerzas corporales y de no menos valor y firmeza en las fuerzas del ánimo; como notado también de áspera condición y riguroso genio, que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios del Estado.»

Cualquiera que haya visto el retrato de Hurtado de Mendoza, reproducido por *La Ilustración Española y Americana*, si no le tiene por guapo, tampoco por feo. No es fácil imaginar fisonomía que refleje con mayor fidelidad las cualidades relevantes que le reconoce la Historia.

II

El embajador de España en Venecia

Me le represento en aquella soberbia sala del Gran Consejo, de la cual nos da idea Alarcón en su interesante libro De Madrid á Nápoles, con estas palabras:

«Vastísima sala, verdadero Capitolio de la República Veneciana, cuyos techos y paredes están revestidos de muy famosas pinturas, debidas á Pablo *el Veronés*, Tintoretto, Bassano, Palma *el Joven* y otros célebres artistas.

»Los cuadros de las paredes representan los fastos de la república; las alianzas del Dux y de los Cruzados; las dos conquistas de Constantinopla; la coronación de los Dux más eminentes; la vuelta de guerreros vencedores; la batalla de Lepanto; los tratados con los Pontífices y con los césares de Alemania; las guerras con los vecinos de la altiva Señoría, con los *Este* de Ferrara, con los *Visconti* de Milán, con los *Scala* de Verona; los triunfos del infortunado *Carmagnola;* la presentación de los emisarios venecianos en el campamento sitiador de Pavía, y otros muchos episodios históricos que acreditan lo muy temido y respetado que fué en toda Europa el *León alado de San Marcos*.

»Entre estos lienzos hay uno que pasa por el mayor en tamaño que existe sobre la tierra: su altura es de treinta pies, y su anchura de setenta y cuatro; representa la *Gloria del Paraíso* y está firmado por Tintoretto.

»En el friso de la sala se ven los retratos de *Setenta y seis Dux de Venecia*...

»Mas no de setenta y seis; que en el lugar donde debía hallarse el de *Marino Faliero* hay un cuadro

negro con estas lúgubres palabras: *Hic est locus Marini Falieri, decapitati pro criminibus.*

»El techo de la *Sala del Gran Consejo* no desmerece de los muros. En él se ve primeramente una de las obras capitales de la pintura veneciana: *Venecia en medio de las nubes coronada por la Gloria*, de Pablo *el Veronés*. En otro lado está *Venecia coronada por la Victoria*, de Palma *el Joven*. El resto del techo representa á *Venecia rodeada de las divinidades del Olimpo*, y es obra de Tintoretto.»

Y no añado más detalle de los que anota Alarcón porque bastan á mi objeto los anteriormente transcritos.

¡Qué escenario y qué decoraciones tan apropiadas á los acontecimientos de que fueron testigos y á las grandes cosas que allí se trataron!

¡Qué realce tendría en aquel salón la arrogante y expresiva figura de Hurtado de Mendoza al dirigirse á hombres engreídos con el poder y con la fortuna!

En el tenaz y resuelto embajador verían seguramente una representación genuina del genio español, que se hallaba entonces en toda su pujanza.

Mucho halagaba á aquellos gobernantes el entenderse con un diplomático extranjero que les hablaba en el más puro italiano, cuyo conocimiento debía don Diego al célebre Pedro Mártir de Angleria, establecido en España bajo la protección del conde de Tendilla. Poseía aquel idioma y el árabe con igual perfección que el castellano.

Insinuante como viril, sabía poner siempre Hurtado de Mendoza su vastísima instrucción al servicio de su patria sin el menor alarde, captándose la simpatía de los que le escuchaban, y adelantando así considerablemente por el camino que guiaba á su doble objeto, antes mencionado.

Lo consiguió de manera cumplidísima, con gran satisfacción de Carlos V; y aquel camino, asegurado por nuestro diplomático insigne, condujo á España á Lepanto.

Puede el lector formarse una idea bastante exacta de sus dotes y del caudal de sus conocimientos por el resumen que hace de ellos Lafuente en los términos que siguen:

«D. Diego Hurtado de Mendoza, miembro de una de las familias de España más esclarecidas en linaje, en armas y en letras, biznieto del insigne marqués de Santillana, é hijo del gran conde de Tendilla; poeta lírico, prosista satírico, novelista ingenioso, historiador grave, general entendido, político profundo, diplomático sagaz, embajador activo y consejero leal, franco y severo.»

De gran historiador debió calificarle D. Modesto Lafuente, pues aunque no sea de extensión muy considerable el marco que contiene la GUERRA DE GRANADA, el cuadro es tan asombroso por la verdad, tan palpitante de vida y tan elocuente por las reflexiones y por las enseñanzas, que ningún otro historiador, ni antiguo ni moderno, ha superado á D. Diego Hurtado de Mendoza en lo que es esencial en la Historia.

En la GUERRA DE GRANADA aparece también como político profundo, cuyos juicios, aun los más severos, no carecen nunca de imparcialidad, y son igualmente útiles á los pueblos y á quien los rige.

III

NI ANTE EL PAPA

Volviendo al diplomático, la campaña más admirable de Hurtado de Mendoza fué la de Roma. Nombróle embajador Carlos I en 1547, y para comprender la situación dificilísima que iba á afrontar, transcribiré á continuación algunos apuntes históricos que faciliten el conocimiento.

«La rebelión armada de los protestantes quedaba

vencida con las armas en la Alta y Baja Alemania. Pero no son los triunfos de las armas los que sofocan las revoluciones de las ideas. Faltaba hacer reconocer á los vencidos la doctrina ortodoxa definida en el Concilio de Trento. Esto es lo que intentó Carlos V en la dieta imperial de Augsburgo (1547).

»Pero (¿quién podría pensarlo? Y harto desconsuelo es tener que decirlo) el mismo Santo Padre, el depositario supremo de la fe católica, el mismo Pontífice Paulo III es el que entorpece la obra del Emperador, es quien le impide completar el triunfo del Catolicismo sobre la Reforma.

»Trasladando el Concilio contra la voluntad del emperador desde Trento á Bolonia, ha disuelto aquella asamblea é introducido la escisión entre los mismos prelados católicos, entre los obispos españoles é imperiales.

»El cuerpo germánico pone por condición que el Concilio vuelva á Trento; el emperador y los príncipes y prelados de su partido lo piden también, y el papa lo niega obstinadamente.

»El emperador trata con dureza y reconviene con acrimonía al papa. El papa no cede.

»Amenaza una lamentable ruptura entre el César y el Pontífice, y un deplorable cisma en la Iglesia. Carlos V, conociendo el espíritu del pueblo alemán, y creyendo que debe ceder á la necesidad y á las circunstancias, adopta un término medio, y bajo el nombre de *Interim* (en tanto que se celebra un Concilio general) hace redactar la fórmula de fe que le parece más conciliatoria.

»Engañóse la buena fe de Carlos: el *Interim* descontenta á católicos y á protestantes: á aquéllos porque se conservan en él máximas luteranas; á éstos porque se conservan doctrinas papistas.

»El papa rechaza el *Interim;* el imperio germánico se resiste á obedecerle, y la gran cuestión religiosa vuelve á quedar en pie (1548).

»Muere Paulo III en su invencible resistencia á trasladar el Concilio á Trento (1549). Pensando muy de otra manera su sucesor Julio III, decreta la continuación en aquella ciudad y expide la bula convocatoria, al tiempo que Carlos V convocaba la dieta imperial de Augsburgo para hacer observar el *Interim* (1550).

»El Concilio vuelve á deliberar sobre puntos de fe con admirable sabiduría; aliéntase con esto el emperador, y prohibe el culto reformado y las predicaciones contrarias al dogma católico en las ciudades del imperio.»

Es decir, que los diferentes motivos de desavenencia que había entre el papa y el emperador se agravaron en cuanto aquél mostró su empeño en trasladar la más célebre Asamblea del catolicismo del lugar que le dió su nombre: de Trento. Carlos llegó á temer de Paulo III una interrupción indefinida en la marcha del Concilio, bajo el pretexto de aquella traslación.

Por eso, en cuanto su embajador llegó á Roma, presentó al pontífice un escrito lleno de irrebatibles razones en pro de que el Concilio continuase en Trento y de que se evitara su suspensión.

Pero pronto echó de ver D. Diego Hurtado de Mendoza que la terquedad del carácter de aquel vicario de Cristo era una roca inabordable.

En la octava sesión del Concilio celebrada el 11 de marzo de 1548, decidióse la traslación á Bolonia por cuarenta y cuatro votos contra doce que se opusieron; éstos casi todos de españoles.

Realmente con la traslación no quedaba sólo en suspenso el Concilio sino que perdía gran parte de su autoridad á causa de la escisión así introducida entre los mismos prelados católicos.

Aunque tal decisión no cogió de sorpresa al embajador español, todavía trabajó lo indecible para evitar que se llevase á efecto.

Fueron tales sus argumentos, tan inquebrantable su

firmeza contra aquella medida, que, en una ocasión el mismo Paulo III hubo de protestar de la virilidad de su lenguaje. Este episodio lo refieren unánimemente en el fondo cuantos historiadores se ocupan en los sucesos de aquella época.

—Parad mientes en que estáis en mi casa, y no os excedáis,—le dijo el pontífice.

Y D. Diego le respondió:

—Soy caballero, como lo fué mi padre, y un caballero no se excede contra quien merece respeto. Haré lo que mi rey me manda *al pie de la letra*, sin temor ninguno á Su Santidad, guardando siempre la reverencia que se debe á un vicario de Cristo. Y, como ministro del emperador, es mi casa dondequiera que ponga los pies, y aquí debo estar seguro.

Un nudo gordiano se iba haciendo para Carlos V la cuestión del Concilio de Trento; pero no le fué preciso cortarle con su espada, como Alejandro. La muerte deshizo aquel nudo; la de Paulo III, ocurrida el 10 de noviembre de 1549.

Hurtado de Mendoza, profundo conocedor de los hombres y en particular de los que formaban la corte pontificia, había adivinado cuál sería su sucesor, y por consecuencia cultivaba esmeradamente el trato y la amistad del cardenal Juan María, que fué, en efecto, elegido y que subió al solio pontificio con el nombre de Julio III.

El nuevo papa no era terco y, cediendo á la elocuencia del embajador español, no menos que á lo que importaba al bien de la Iglesia, resolvió que el Concilio volviese á Trento. A la vez otorgó una gran distinción á D. Diego Hurtado de Mendoza, que fué nombrarle confalonier ó general de las tropas de la Santa Sede, con motivo de la guerra contra el duque Horacio Farnesio.

No voy á ocuparme de D. Diego como militar: sabido es que se acreditó de entendido y valiente, y en circunstancias difíciles, sobre todo cuando desempeñó el gobierno de Siena.

IV

Un rasgo de Hurtado de Mendoza y otro de Solimán «el Magnífico»

De la misión que desempeñó D. Diego cerca de Solimán *el Magnífico* nos queda una página de oro en la historia del progreso científico y literario, un recuerdo que en la cultura de Europa representa un paso de gigante.

Dió origen á lo que fué de tal trascendencia un rasgo de hidalguía de los que eran frecuentes en el embajador español.

Un día le dijo Solimán:

—Acabo de saber que entre vuestros cautivos se halla en España uno de mis servidores, á quien tenía por muerto. Hé aquí la nota de su nombre y del punto en que está.

—Hoy mismo enviaré un despacho para que pongan en libertad á ese hombre inmediatamente,—respondió Hurtado de Mendoza, tomando la nota.

—Ya que os anticipáis á mi deseo con tanta eficacia, os advierto que no repararé en el rescate: pedid lo que os parezca.

—Señor: no hay rescate que valga lo que vale la satisfacción de serviros...

—¡Oh! Gracias, Mendoza; pero á una generosidad tan propia de vuestra hidalguía debo corresponder no ocultando el valor que tiene para mí ese cautivo; un valor inmenso, como el de la abnegación y de la lealtad acrisolada. Ese hombre me salvó la vida recibiendo en su pecho el golpe destinado al mío. Era guardia de una de las puertas de la Gran Mezquita, por donde yo pasaba solo dejando atrás el acompañamiento. En aquel lugar me salió un día al paso un asesino

disfrazado de sacerdote. No inspirando recelo, pudo acercárseme, y ya levantaba su gumía cuando mi salvador se interpuso.

Muchos días le tuvo su herida entre la vida y la muerte, y yo rogué á Alá por él como por mis hijos. ¿Cómo queréis, Mendoza, privarme del placer de rescatar con algo á un hombre que vale tanto? ¡Aunque fuese un tesoro!

—Señor: ya cuento con el tesoro de vuestra gratitud. ¡No me habléis de otro precio!

A estas palabras, Solimán, prescindiendo de la etiqueta de su corte, que le vedaba las expansiones de la amistad con un extranjero, estrechó entre sus brazos al embajador español.

Llevó éste su generosidad hasta el punto de no permitir que el soberano turco sufragase los gastos de repatriación del cautivo.

Pero no en vano Solimán llevaba el sobrenombre de *Magnífico*. El día de la llegada de aquél á Constantinopla, al ver tan cumplidamente realizada la oferta de Mendoza, conduciendo á éste por entre las mágicas estancias de su palacio, le dijo:

—Puesto que no queréis ni oro, ni joyas, ni nada que os parezca un precio, voy á poner á vuestra disposición un tesoro que no rechazaréis, D. Diego. ¿Lo adiviná is?

—Difícil es, señor, porque poseéis muchos tesoros que no tienen precio, joyas de arte de la antigüedad, colecciones de armas incomparables...

—Y una princesa circasiana que, á no existir mi Delia, sería la belleza más adorable del Oriente. ¿Queréis verla?

—Siendo tan seductora como decís, lo mejor, aunque no lo más grato, será que no la vea. Los inconvenientes amorosos se parecen á los del juego, y sólo se evitan resistiendo á la tentación de la primera carta.

—Pues me han dicho que en Roma no reparabais tanto en los inconvenientes amorosos.

—Entonces adquirí gran experiencia de ellos, señor. Como tenía algunos años menos que ahora, la prudencia no pesaba tanto en mi juicio.

—Por el mucho que os distingue, no me causa sorpresa el valor con que resistís á las seducciones de una peregrina hermosura que estaba dispuesto á ofreceros como el obsequio más envidiable. La prueba de que no me extraña vuestra prudente resolución es que tengo prevenido otro regalo, pero de tal naturaleza que no sólo no podréis rechazarlo sino que os daréis prisa á tomar posesión de los tesoros que comprende, más por honra de España que por vuestra satisfacción.

Presintiendo ya la magnitud de lo que le ofrecían, el embajador español siguió anhelante los pasos del gran soberano turco, el cual momentos después puso ante sus ojos montones de joyas científicas y literarias, una infinidad de obras maestras del saber humano, manuscritos inapreciables de todas las naciones cultas del mundo antiguo, y muchos de ellos de valor fabuloso por haber permanecido completamente ignorados durante siglos.

Para un sabio como Hurtado de Mendoza, aquello era la realización de un sueño de las *Mil y una noches*. No se hartaba de examinar y contemplar tan incalculables tesoros.

—Todos son vuestros,—le dijo *el Magnífico*.

Entonces el noble español pidióle permiso para abrazarle, y, mientras le estrechaba con emoción indescriptible, exclamó:

—¡Puedo afirmar, señor, que no sólo mi patria, sino Europa entera os abraza conmigo en estos instantes!

Pocos días después aquellos montones de joyas, cuidadosamente ordenadas, casi ocupaban por completo el barco que los condujo á España.

V

Ni ante el rey

Si abundasen los hombres perfectos no habría nada más monótono y menos instructivo que la Historia.

El lunar más visible en D. Diego Hurtado de Mendoza solía ser algún exceso de la energía de su carácter: bien lo demuestra el incidente que puso término á su embajada en Roma.

Fué el caso que un jefe de la policía pontificia se mostró irrespetuoso con el emperador en una conversación. Enterado del hecho el embajador de España, hizo castigar prontamente al jefe deslenguado, sin anuencia de las autoridades romanas.

El pontífice dirigió una queja á Carlos V por aquella usurpación de atribuciones; y como consecuencia de este paso, D. Juan Manrique de Lara fué nombrado para sustituir á Hurtado de Mendoza.

El monarca satisfizo de esa manera la justa susceptibilidad del papa, mas no quiso privarse de los servicios de tan notable diplomático, máxime por un motivo que debía halagar al orgullo imperial. Por eso se le dió el desquite, nombrándole en seguida embajador en Inglaterra.

El lunar de D. Diego Hurtado de Mendoza, lejos de afear, le hacía más simpático.

Su energía era inseparable de su lealtad, y á veces, por consideraciones muy elevadas, no cedía ni ante su propio rey. Cuánta fué la conveniencia de su energía nos lo dice la historia de aquella época tan agitada por cuatro reyes célebres: Carlos I, Solimán *el Magnífico*, Enrique VIII y Francisco I.

«Este y su rival Carlos V—dice Lafuente—se prepararon á nuevas campañas con el odio de irreconciliables enemigos (1542). El francés renovó el escán-

dalo de apoyarse en el auxilio del turco; el español escandalizó también, haciendo alianza con el rey protestante de Inglaterra.

»Los monarcas católicos se confederaban en odio mutuo con los infieles y herejes: el primer ejemplo le había dado el rey cristianísimo Francisco I; y el papa y el emperador traficaban en estados por dinero, y los regateaban como una mercancía.

»Un español enérgico y atrevido deshizo con la fuerza de su palabra aquellos tratos vergonzosos. Este español, debe citarse siempre, fué el ilustre caballero D. Diego Hurtado de Mendoza.»

Será oportuno ahora intercalar una nota del propio historiador, llamando la atención sobre una serie de coincidencias tan curiosas como importantes. Hé aquí la nota.

«Es notable, y no deja de ser una de las más elocuentes lecciones de la Historia de España, que los monarcas españoles que más se distinguieron por su celo religioso, que los más fervorosos defensores y propagadores del catolicismo, que los que más trabajaron por la unidad de la fe y por la extirpación del mahometismo, de la herejía y de la infidelidad en España, en Europa y en el mundo, fuesen al mismo tiempo los que más se señalaron por su entereza en resistir á las pretensiones de la corte romana, á las aspiraciones de usurpación de autoridad de los pontífices, los que en las cuestiones entre la potestad espiritual y temporal trataron ó con más desenfado, ó con más rigor, ó con más aspereza á los jefes de la Iglesia y á los representantes de la Santa Sede.

»Vimos á Isabel la Católica, cuando un pontífice desestimó sus reclamaciones en el negocio de un obispado español, ordenar á sus súbditos que salieran de Roma, y mandar al Nuncio de Su Santidad que evacuara el territorio de España.

»Vimos al católico Fernando mandar al virrey de Nápoles que ahorcara al cursor del papa doquiera que

fuese habido, porque llevaba bulas y despachos que creía injustos é injuriosos á su autoridad.

»Carlos V, el gran campeón de la fe católica y de la autoridad pontificia contra todas las potestades de la tierra, retiene cautivo al pontífice Clemente VII; y el emperador y sus embajadores y generales tratan á los papas Julio III y los Paulos III y IV y á sus legados y nuncios, en despachos y en audiencias, por escrito y de palabra, siempre que les parecía faltar á los deberes pontificios ó atacar á las prerrogativas de su soberanía temporal, con una dureza cuya calificación dejamos á los que hayan leído los hechos y los documentos que en otro lugar hemos dado á conocer.

»Si más adelante vemos á su hijo Felipe II con toda la piedad ó con todo el fanatismo que cada cual le quiera atribuir, conducirse con la misma entereza con los pontífices, sin consentirles ni tolerarles menoscabar un ápice ni atentar siquiera á su autoridad temporal, no hará sino seguir las huellas y el ejemplo de los Reyes Católicos y de Carlos I y obrar en conformidad al espíritu de los monarcas católicos españoles de los siglos XV y XVI.»

VI

Prestigios, sabiduría, grandeza y desgracia

D. Diego Hurtado de Mendoza había estudiado con gran aprovechamiento la Filosofía y las Matemáticas, y, siendo representante del emperador en el Concilio de Trento, demostró que poseía el derecho canónico tan perfectamente como el civil.

Además de poseer varias lenguas vivas, dominaba el griego, el hebreo y el latín, lo mismo que el castellano.

Y poseía igualmente el arte de agradar al bello sexo,

á pesar de la *extraordinaria fealdad en el rostro* que le supone López de Sedano, aunque el retrato le desmiente. Si es que el pintor quiso favorecerle, el hecho demostrará el buen gusto de las mujeres que á un lindo D. Diego prefieren un D. Diego varonil y de tanto ingenio como empuje.

Durante su embajada en Roma adquirió fama de Tenorio. Sismondi afirma que allí suscitó en contra suya tantas enemistades por el éxito de sus aventuras amorosas como las que le causaba su tenacísima defensa de los intereses de su nación y de su soberano frente á los intereses de la corte pontificia.

Siempre se ha visto que el prestigio de unos triunfos influye en la consecución de otros.

Como esto no es una biografía, no me detendré en tratar de sus méritos como poeta. Bien conocidas son sus numerosas composiciones; lo mismo se distingue en los asuntos serios que en los jocosos.

Por un motivo bien fútil le desterró Felipe II de Madrid, sin tener en cuenta sus grandes servicios. Un día se encontraba D. Diego en una dependencia de Palacio cuando otro caballero dijo ciertas expresiones ofensivas; trabáronse de palabras, y en la disputa su contrincante sacó una daga. D. Diego logró desarmarle y arrojó el arma por una ventana que daba á un corredor.

Era lo menos que podía hacer con aquel insolente que se había atrevido á agredirle en la casa real, y harta prudencia demostrara con limitarse á desarmarle.

Pero Felipe II no lo juzgó así, y quiso castigar lo que le parecía grave desacato á su persona: hizo prender á D. Diego y le mandó que saliese desterrado de la corte, sin consideración ni á sus méritos relevantes, ni al respeto que inspiraba su edad de sesenta y cuatro años.

D. Cayetano Rosell en la *Biblioteca de Autores españoles* inserta una carta que escribió D. Diego

Hurtado de Mendoza al cardenal Espinosa, justificando su conducta en dicho lance, y aduciendo ejemplos de mayor gravedad en circunstancias análogas, sin que á sus autores se les hubiese impuesto pena alguna.

Lo más expresivo en la carta revela á un tiempo el recto criterio y el carácter altivo del autor.

Véase:

«Pudiera traer muchos ejemplos de más de estos de hombres que se ha disimulado con ellos, ó han sido restituídos brevemente y no fueron tenidos por locos: sólo D. Diego de Mendoza anda por puertas ajenas, porque de sesenta y cuatro años, tornando por sí, echó un puñal en los corredores de palacio, sin poder excusarlo, ni poder exceder de lo que bastaba.»

Ocho años duró su destierro en Granada.

Á poco tiempo de habérsele levantado, y de su vuelta á Madrid, cayó enfermo, falleciendo á la edad de setenta y dos años, en 1575.

En los últimos de su vida, mantuvo con Santa Teresa de Jesús una correspondencia epistolar del mayor interés. D. Diego, aunque no se quejaba de su destierro ni del olvido en que se le tenía, dejaba adivinar la honda herida que el desengaño le infiriera; y la inmortal escritora vertía en ella el raudal de sus consuelos inefables.

Así un carácter tan enérgico y altivo pudo olvidar sus resentimientos, cediendo al influjo de la dulce resignación cristiana.

Aunque en las páginas presentes sólo he tratado de señalar la elevación de la figura de Hurtado de Mendoza en la ciencia política y en la diplomacia, no pondré término al trabajo sin mencionar una circunstancia que enaltece su nombre singularmente.

Según testimonio de escritores españoles del crédito de Ambrosio de Morales, Mayans y Jerónimo de Zurita, y extranjeros como Bouterwek, William, I. Knapp, Sismondi y Ticknor, Hurtado de Mendoza fué la personalidad que más contribuyó á la cultura de su siglo, gastando sumas considerables en reunir y hacer copiar manuscritos griegos, para lo cual se valía de los más doctos de esa nación, que los buscaban por todas partes.

Uniendo á esos elementos (y á muchos que heredara de su padre el gran Conde de Tendilla) el cuantiosísimo regalo que le hizo Solimán *el Magnífico*, bien se comprende que D. Diego llegó á poseer la más rica biblioteca del mundo; y nadie encontrará jactanciosas las siguientes palabras que se le atribuyen, dirigidas á los sabios y á los poetas que formaban su tertulia:

—Puesto que el Escorial es la más suntuosa fábrica antigua y moderna que conozco, no le falta sino poner en ella *la más rica librería del mundo.*

Y con este objeto puso su biblioteca á disposición de Felipe II, y, una vez instalados en el Escorial tan inapreciables tesoros, tuvo el célebre monumento doble atracción para las gentes cultas.

Desde entonces se acrecentó la cultura de Europa con el conocimiento de muchas obras importantísimas, entre ellas todas las de Arquímedes, las de los Santos Padres de la Iglesia Griega, las de Herón, etcétera.

Si se publicaron las famosas de Josefo, fué merced á un códice de la biblioteca de D. Diego, de donde fueron sacadas. Y casos como éste pueden citarse muchos.

De ahí que Sismondi en su libro De la Littérature du midi de l'Europe afirme que nadie hizo más por el progreso de las Letras, en la época del Renacimeato, que Hurtado de Mendoza.

Dejó inédita la obra capital de que trato anteriormente y á la que puso este título: Guerra de Gra-

NADA, HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES.

No quiso publicarla durante su vida, porque aquel monarca no hubiera tolerado ciertas verdades que expresan sus páginas con tanta severidad como elocuencia.

Hasta el año 1527 no vió la luz pública. La hizo imprimir en Lisboa el licenciado Tribaldos de Toledo, Cronista Mayor de Indias; el cual, explicando en el prólogo esa tardanza, de más de medio siglo, dice:

«Muy antiguo es en el mundo el odio á la verdad, y muy ordinario padecer trabajos los que la dicen. Del conocimiento de este principio nace que todos los historiadores cuerdos comprendan lo sucedido antes de sus tiempos, ó guardan la publicación de los hechos presentes para siglos en que ya no vivan sus protagonistas.»

Y, á pesar de la inmensa diferencia que hay entre esta época liberal y la época en que Tribaldos escribía tan provechosa advertencia, ¡á ver quién se atreve á publicar ahora toda la verdad de los bochornos de nuestra guerra con los yanquis!

FRANCISCO DE VINATEA

FRANCISCO DE VINATEA

Á mi distinguído compañero D. Juan Bautista Perales historiador de Valencia

I

PRELIMINAR.—ANTECEDENTES DE UN HECHO MEMORABLE

Aunque brilla el nombre de Vinatea en la Historia de España y representa una de las tradiciones más interesantes de Valencia, no es tan conocido cual merece serlo. Francisco de Vinatea vivió en el siglo XIII.

Era un magistrado dignísimo, de aquellos que elegía el pueblo y que, bajo la denominación de jurados, se hacían respetar igualmente de los reyes que de los súbditos.

La legislación que entonces regía en Valencia y Aragón, y que se fundaba igualmente en la equidad que en la libertad, tenía en los jurados la garantía más segura de cumplimiento, á causa de la escrupulosidad con que eran elegidos. Si el proceder de alguno de ellos no resultaba á la altura de su misión,

pronto llegaba el remedio, y también el castigo para quien lo mereciese. Á lo menos se le anulaba, ó se le destituía.

Para apreciar el hecho relevante que sirve de asunto á estas páginas, las de la Historia serán el mejor testimonio. Las de la general de España se hallan de acuerdo con la que escribieron de Valencia Escolano y Perales.

Fué en el reinado de D. Alfonso, IV de Aragón y II de Valencia. Perales refiere los antecedentes del suceso de este modo:

«Hablamos ya de la prodigalidad de Jaime II en conceder mercedes á sus hijos los infantes, entre las cuales se cuentan las donaciones de las villas de Denia, Jábea y Gandía á su hijo D. Pedro.

»Como el patrimonio de la Corona se hallase harto mermado con tan repetidas mercedes, y las llamadas villas reales no pudieran ser enajenadas ni cedidas sin contravenir á las leyes del reino, D. Alfonso IV, no bien ciñó la corona, y concertado ya su matrimonio con D.ª Leonor de Castilla, ordenó, hallándose en Daroca á 20 de agosto de 1328, que, á fin de que se conservasen los bienes y rentas de la Corona, no podía hacer donación en el transcurso de diez años, de ninguna ciudad, ni castillo, ni lugar en los reinos de Aragón, Valencia y Cataluña, ni vender, ni empeñar, ni separar de la Corona, feudo, jurisdicción ni derecho alguno, reservándose, empero, la facultad de conceder mercedes á los infantes sus hijos; en cuya cláusula creen ver los historiadores y los críticos la intención de no heredar á los hijos que hubiere de D.ª Leonor; intento que no es creíble, en primer lugar, si se tiene en cuenta el espíritu de sinceridad y de rectitud que revelaba el carácter del rey, y además que, en tal caso, lo hubiera declarado así finalmente para no incurrir en el delito de perjurio.

»Mas habiendo tenido hijos de D.ª Leonor, á quien amaba ciegamente, la reina, ansiosa de dotar con pin-

gües heredamientos al infante D. Fernando, suplicó al pontífice que relevase al rey su esposo de su juramento y provisión decretada en Daroca.

«El papa encomendó este asunto al examen del infante D. Juan, arzobispo de Tarragona y patriarca de Antioquía, el cual, á su vez, debía asesorarse de los obispos de Valencia y de Lérida, y, vista la conformidad de sus dictámenes, relevó de sus juramentos al rey de Aragón.

»Entonces D. Alfonso hizo donación á su hijo, el infante D. Fernando, de la ciudad de Tortosa para él y sus descendientes, acompañando á esta merced la del título de marqués, primero de esta clase que se concedió en el reino de Valencia.

»Resistiéronse enérgicamente los habitantes de aquella ciudad á separarse de la Corona; pero hubieron de someterse ante las amenazas del rey y de sus consejeros el infante D. Juan, D. Ramón Cornel, D. Gonzalo García y D. Bernardo Sarriá, encargado de la persona del infante D. Fernando.

»Mas, á la ambición de la reina, natural y legítima en el corazón de las madres, parecióle poco la ciudad de Tortosa para su primer hijo el infante, y consiguió del rey que le hiciese igualmente donación de la villa de Alicante, de los valles de Elda y de Novelda, de la ciudad de Orihuela y villa de Guardamar, ó sea todo el territorio que poseía la Corona en el reino de Murcia.

»También le hizo donación de la ciudad de Albarracín con sus aldeas y términos, que era como entregar al infante las fronteras de sus reinos.

»Para asegurar á D. Fernando en la posesión de estos Estados, solicitó el rey la aprobación de los ricoshombres y caballeros de sus reinos; los cuales juraron defender al infante y conservarle en la posesión de aquellos bienes, y, como á tal, le prestaron pleito homenaje, excepto D. Oto de Moncada, á quien ni las súplicas ni las amenazas bastaron para

hacerle acatar la real disposición que venía á perjudicar al infante D. Pedro, heredero de la Corona, tan desmembrada ya en sus rentas por las larguezas del rey D. Alfonso y las de su padre D. Jaime II.

»Están conformes todos nuestros historiadores, siguiendo á la letra la crónica de D. Pedro IV, en que el rey se hallaba dominado por la reina, su mujer, y ésta, á su vez, no hacía sino seguir los consejos de una de sus damas llamada D.ª Sancha de Velasco, señora de rara capacidad y muy entendida en el consejo y asuntos de Estado, según dice la referida crónica; si bien en las historias más modernas se la pinta con colores muy subidos para expresar su destreza en la intriga y maquinaciones de Palacio; y de cuyas habilidades parece que dejó hondos recuerdos en la corte de Castilla, su patria.

»Es indudable que la reina ejercía gran dominio sobre el ánimo del rey, no tanto por su carácter altivo y dominante y la postración de D. Alfonso, á causa de la lenta enfermedad que le consumía, cuanto por el amor que profesaba á su mujer. Por cierto que D.ª Leonor, si tenemos en cuenta su comportamiento en los últimos instantes de la vida del rey, no correspondió cual debiera á tanto cariño.

»Cada vez más exigente la reina por los consejos de su dama, y más dócil D. Alfonso, y dispuesto siempre á satisfacer las pretensiones de su mujer, concedió una nueva y pingüe donación al infante don Fernando, haciéndole merced de las villas de Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón de la Plana.

»Pero aquí desbordóse ya la paciencia de los valencianos. Vamos á ver cómo supieron defenderse de aquella determinación, sin faltar al respeto ni á la fidelidad que debían á su rey.

»Envió D. Alfonso sus mensajeros á las citadas villas para que reconociesen al infante como señor de aquellos Estados; pero los vecinos y prohombres

de ellas acudieron á Valencia, pidiendo favor contra aquella injusticia que contravenía á las leyes del país, mermaba las fuerzas del reino, y podría acarrear la perdición de todos.

»Recibido el mensaje por los jurados de la ciudad, ofrecieron satisfacer la justa demanda de las villas, y defenderlas con tenacidad, como partes integrantes del reino.

»El Consejo de la ciudad reunióse en su casa Cofradía de San Jorge, donde celebraba sus sesiones, y después de una deliberación detenida acordó poner en pie de guerra todas las fuerzas de la ciudad; y, armadas y prevenidas las tropas, fueron divididas en grupos de diez, de ciento y de mil hombres.

»Posesionáronse de los principales edificios y de los puntos estratégicos, y preparáronse á la defensa, dispuestos á librar una batalla, si necesario fuese.

»Mientras el Consejo continuaba deliberando y se disponían los jurados á impetrar del monarca la revocación de aquellas donaciones, era imponente y aterrador el aspecto que presentaba la ciudad, por el aparato de aquellas fuerzas armadas para pelear contra su rey, si fuese preciso.

»La terraza del Miguelete estaba ocupada por un cuerpo de guardia que vigilaba atentamente los movimientos que ocurriesen en el palacio real. Se les había dado la consigna de tocar á rebato las campanas de la torre, en caso de que vieran que las gentes del rey ahorcaban á alguno.

»Y se había dispuesto que, de las tropas posesionadas de la Catedral, del Temple, del puente del Real, de las torres de la muralla y de otros puntos de la ciudad, y de los grupos que recorrían las calles con el silencio y gravedad que suelen presidir á las grandes batallas, se destacasen mil hombres y penetraran en el real palacio, apoderándose de los caballeros del Consejo del rey y los degollasen á todos.

»Claro está que á ese extremo sólo se llegaría en

el mencionado caso de que las gentes del rey hubieran dado muerte á alguno del pueblo.

»La sentencia de muerte dada en la consigna comprendía asimismo á todas las personas que se hallasen en el regio alcázar, exceptuando únicamente al rey, á la reina y al infante D. Fernando.

»La efervescencia del pueblo cundía entretanto por los ámbitos de la ciudad, y grupos de carácter hostil y gesto amenazador, excediéndose de la consigna de los jurados, pretendían invadir el real palacio y tomar satisfacción del desafuero por su propia mano.»

II

La despedida

Por los antecedentes que acabo de transcribir puede el lector figurarse cuán propicias eran las circunstancias á la acción de un hombre de tanta rectitud, como valor y energía, á la aparición del carácter más respetado que había entonces en Valencia.

Era preciso poner diques á la vez, al torrente de la indignación popular, á las exigencias de la reina y á la altanería de los consejeros de un rey no malo, pero que entonces, por su debilidad, venía á ser de los peores.

El mismo día del conflicto, á primera hora, Francisco de Vinatea entró en su casa de la calle de San Salvador con tan sereno aspecto cual si no hubiese reparado en los indicios de la próxima tempestad.

Al momento le rodearon su esposa y sus tres hijos.

En el apogeo de la edad viril, su aire resuelto, la cabeza erguida, la mirada tranquila de sus ojos árabes, infundían confianza á su familia en medio de tan azarosas circunstancias.

—¿De dónde vienes?—le preguntó su hermosa y digna compañera.

—Tengo por costumbre no ocultarte nada de lo que hago, mi Juanita, pero hoy me había propuesto engañarte.

—No podrías, Francisco, porque tú no sabes mentir.

—No, no: vengo de la iglesia.

—Y ¿creerías asustarme por decir que has rogado á la Virgen que nos libre á todos de esta revuelta?

—Es verdad. También he confesado y comulgado.

—¡Si hace poco que fuimos!... ¡Ah!

Y, al lanzar esa exclamación con espanto la esposa de Vinatea, un gesto de él la contuvo. Le expresaban sus ojos esta súplica:

—¡No asustes á nuestros hijos!

Luego dijo con acento reposado:

—Siempre conviene estar bien con Dios, mujer, sobre todo cuando se enconan las luchas de los hombres.

En esto se había revestido las insignias de su cargo, entre las que brillaba el escudo de Valencia.

Mirábanle sus hijos con asombro, por ser para ellos una novedad el que tan temprano se engalanase.

Entre ellos había una niña juguetona, el encanto de toda la familia, por sus gracias y su alegría continua.

—¿Hay procesión esta mañana?—preguntó á su padre.

—Sí, pequeñita mía, pero una procesión sin santos; y no podrán verla los niños.

En seguida, apartándose con su esposa del grupo infantil, le dijo:

—Vamos con el Consejo á Palacio.

—¡Á meteros en la boca del lobo!

—Descuida, Juanita, que nos guarda las espaldas el león. Todo Valencia, ricos y pobres se hallan sobre las armas, y al rey no le conviene resistir.

—Pues no sé con qué intenciones han doblado las

guardias y aguardan fuerzas que vendrán sobre la ciudad.

—Eso es por una orden que ha dado la reina, sin anuencia de D. Alfonso; pero no se atreverán á ejecutarla. Además, aunque se atreviesen á venir, no llegarían á tiempo: les tomamos la delantera.

—¡Ay, mi Francisco! Me hace estremecer el riesgo que correrás en el alcázar. La reina y los poderosos que la sirven te odian á ti solo más que á todos sus enemigos.

—No te niego que hay riesgo: por esto me he prevenido como cristiano. Confiemos en Dios y en la justicia de nuestra causa. Si pereciese en la demanda, mi muerte sería la mayor honra de la familia y un ejemplo inolvidable para nuestros hijos.

—¡Eso sí!

—¡Vamos!... ¿La esposa del jurado Vinatea no aprobará que cumpla con su deber?

—¡Sí, sí! Aunque me dejes en zozobra mortal.

—¡Mi Juanita!

Y, después de estrecharla contra su corazón, le dijo, señalando al escudo de Valencia:

—Te prometo que mis compañeros y yo no solamente no empañaremos su brillo, sino que haremos que la jornada de hoy sea memorable para siempre.

Inmediatamente la condujo á su despacho y la mostró el testamento en que aseguraba cuanto podía el porvenir de toda su familia. Lo había hecho el día anterior.

Ya no pudo reprimir sus sollozos la digna compañera de aquel gran ciudadano. Al sentirla acudieron los niños, y hasta la juguetona, la de la alegría perenne, rompió á llorar.

No sin esfuerzo logró desprenderse Vinatea de los brazos que en su hogar le retenían.

Después de alejarse algunos pasos volvió la cabeza

por última vez y vió á la niña en el umbral, delante de los demás.

La preciosa criatura con una mano se enjugaba las lágrimas, y con la otra le tiraba un beso á su padre.

Si la escena la hubiese presenciado un pintor, no hubiera desperdiciado el asunto.

III

Ante el pueblo y ante el rey

Antes de llegar al Ayuntamiento supo el popular jurado la efervescencia que cundía por las inmediaciones de Palacio, y que iba haciéndose muy difícil contener á los grupos de exaltados que pretendían invadirle.

Temiendo un gravísimo conflicto, resolvió ir primeramente al lugar del peligro, y, sin más compañía que las insignias de su cargo, se presenta á la furiosa multitud, que le recibe con grandes aclamaciones.

Ha bastado su presencia para calmar la tempestad.

Les habla poco, pero sus palabras hieren en lo vivo y llegan al corazón.

—Ya veo que me engañaban. Me han dicho que se pretendía aquí un atropello, y vosotros pertenecéis al honrado pueblo valenciano. Vosotros no podéis cometerlo.

Y su mirada serena y penetrante recorría los grupos, causando igual efecto que su voz, tan persuasiva como enérgica.

¡Cuántas cabezas se abatieron y cuántos rostros enrojecieron de vergüenza ante aquella mirada!

—Si la concordia y la firmeza son la mejor salvaguardia de nuestro derecho, también ha de serlo vuestra moderación. No demos motivo para que el

día de hoy, en vez de glorioso para la ciudad, sea un día de luto y de oprobio.

—¡No, no! ¡Viva Vinatea!

—¡Viva Valencia!—respondió él.—Pronto se abrirán ante nosotros las puertas del alcázar.

—¡Entremos, sí!

—Dejadme acabar... Pero sólo se nos abrirán á vuestros representantes; y os juro que, cuando lleguemos á presencia del rey, ó hacemos triunfar nuestro derecho ó lo sellamos con nuestra sangre.

Frenéticas aclamaciones acogieron estas palabras; y el viril magistrado, después de volver á recomendarles calma y moderación, se dirigió presuroso al Ayuntamiento.

Ahora que llega lo más trascendental, cederé la palabra al historiador de Valencia. Perales lo cuenta así:

«En esta situación salieron de la casa de la ciudad los jurados de Valencia, que eran Francisco de Vinatea (llamado erróneamente Guillén por nuestros cronistas), Giner Rabasa, Domingo Claramunt, Berenguer Juan, Ramón de Libia y Juan Escrivá.

»Era Vinatea hombre esforzado y gozaba de gran crédito y prestigio en la ciudad, según las crónicas de aquel tiempo, y ofrecióse á hablar al rey, á más de corresponderle de derecho, por ser cabeza de los jurados.

»Después de arreglar sus disposiciones testamentarias y de haber comulgado y confesado, como refieren otros cronistas, puesto al frente de los jurados, del Consejo y de los prohombres de la ciudad, se dirigió con la numerosa comitiva al real palacio, seguido de respetables fuerzas, que custodiaban á sus magistrados municipales, y que se posesionaron de la avenida, del vestíbulo, de la escalera, y del patio y planta baja del alcázar, así que los jurados penetraron en la cámara real.

»Llegados á presencia del monarca, donde se ha-

llaban la reina, los prelados y ricoshombres del Consejo, usó de la palabra Francisco de Vinatea, para reclamar del rey la satisfacción del agravio inferido á la majestad de las leyes, que era como herir el corazón de la patria, puesto que atacaba la integridad del territorio y la independencia del reino.

»Con la entereza de un carácter enérgico, digno é independiente, y escudado con la autoridad de la razón, Vinatea dirigió un sentido discurso al rey, en el que expresaba el asombro que le causaba la determinación del monarca, maravillándose de que los caballeros de su Consejo se hubiesen permitido aconsejarle y aprobar aquellas donaciones concedidas contra fuero.

»Los primeros efectos de la arbitrariedad real—decía el digno magistrado de Valencia—se han dejado sentir en las villas enajenadas, cuyos jurados y vecinos consentirían antes morir que obedecer aquel mandato: y Valencia estaba allí ante el trono, dispuesta á defender la libertad de las villas comprendidas en la integridad del reino que representaban los jurados de la ciudad, aunque supiesen que había de costarles la cabeza.

»*Pero sabed, señor*,—añadió,—*que, si yo muero, ninguno de los vuestros escapará con vida, que todos perecerán bajo el filo de nuestra espada, respetándoos únicamente á vos, á la reina y al infante D. Fernando.*»

Afectado el rey ante la enérgica resolución de los jurados, dirigióse á la reina para reconvenirla; pero D.ª Leonor, derramando lágrimas de coraje, que daban nuevo realce á su altivez, y creyéndose humillada ante aquellos plebeyos, exclamó:

—Semejante desacato no lo consentiría de estas gentes mi hermano el rey de Castilla: antes los hubiera hecho degollar.

A estas palabras replicó D. Alfonso:

—¡Reina, Reina! Nuestro pueblo es más libre que el de Castilla; nuestros súbditos nos reverencian como

á señor, y nos les tenemos á ellos como vasallos y buenos compañeros.

»Dicho esto, se levantó y revocó todas las donaciones hechas en este reino, y aun quiso castigar á los caballeros que le aconsejaron tomase aquella medida contraria á las leyes del reino.

»Así defendían la libertad nuestros antiguos jurados,—dice Perales,—sin que les arredrase el riesgo que corrían sus cabezas ante las gradas del trono, para dejar oir su robusta voz en todos los ámbitos del reino contra los que parecían irrevocables fallos de los monarcas.

»Así recordaban frecuentemente á los soberanos que su solio estaba asentado sobre el pedestal de los pueblos, á quienes debían protección y justicia, en vez de esquilmarlos con onerosos tributos y vejaciones.

»Así eran queridos y respetados los magistrados municipales, y adquirieron tan grande y legítimo ascendiente sobre los habitantes de la ciudad, que apenas si los decretos y las órdenes del monarca tenían suficiente fuerza de ley como no se hallasen aprobadas por los jurados.»

IV

De aquel tiempo al presente

Por tratarse de un hecho de tanta significación en la Historia, voy á reproducir también la versión de Lafuente respecto á los términos en que Vinatea se expresó delante del rey.

Lafuente pone en boca del famoso jurado lo que sigue:

«Señor: las donaciones de las villas de Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón, que son partes de este reino, han parecido tan exorbitantes y desordenadas (aun para la comodidad de vuestros hijos), que nuestra ciudad y todos los pueblos del reino con profunda admiración se desconsuelan de que vuestra persona real las haya decretado, y se irritan de que vuestros consejeros las hayan permitido ó procurado, como si la república los sustentase, honrase y obedeciese, para que con sus lisonjas ambiciosas ó pusilánimes sean nuestros primeros y más autorizados enemigos, y no para ser nuestros fieles y justos procuradores, ó como si pudiese llamarse servicio vuestro lo que es ruina de los reinos, que os dan el nombre y majestad de rey.

»En estos reinos, por vuestra naturaleza, no sois más que uno de los demás hombres; y por vuestro oficio, que Dios, por la voluntad de ellos, como por instrumento de su providencia, puso en vuestra persona, sois la cabeza, el corazón y el alma de todos: así no podéis querer cosa que sea contra ellos, pues, como hombre, no sois sobre nosotros, y, como rey, sois por nosotros y para nosotros.

»Fundados, pues, en esta manifiesta y santa verdad, os decimos que no permitiremos el exceso de estas mercedes, que son el destrozo y el peligro de este reino, la división de la corona de Aragón y el quebrantamiento de los mejores fueros, por los cuales advertimos á vuestra real benignidad que estamos prontos á morir, y pensaremos en eso serviros á vos y á Dios.

»Mas sepan vuestros consejeros que, si mis compañeros y yo muriésemos ó padeciésemos aquí por esta justa libertad, ninguno de cuantos están en el palacio, menos las personas reales, escaparía de ser hoy degollados á manos de la justa venganza de nuestros ciudadanos.»

Nada oscurece el brillo de tan elocuente página

de la Historia; pero la debilidad del rey Alfonso influyó de modo muy lamentable en las consecuencias de aquella jornada. En vez de disimular, considerando que no había nadie más culpable que él mismo de la humillación de ceder ante las imposiciones del pueblo, pues pudo haberlas evitado obrando justamente, revolvióse airado contra sus consejeros, los deudos de éstos y hasta sus amigos.

Cierto que algunos merecían castigo, como lo merecía la misma reina; pero de eso á la crueldad y al ensañamiento que mostró aquel débil monarca, persiguiendo á justos como á pecadores, va enorme diferencia. Quiso hacer una excepción en favor de su secretario, mas no logró salvarle.

Véase lo que dice la Historia:

«Los principales caballeros de la corte fueron perseguidos como reos de lesa majestad, y, entre ellos, el secretario del rey, Lope de Concut, á quien se le mandó comparecer, como á otros muchos, en Teruel, adonde se había trasladado la familia real.

»Antes de partir D. Alfonso aconsejó á su secretario que no se presentase, y exhortóle á huir, como habían hecho los demás caballeros; pero, fiado Concut en la tranquilidad de su conciencia, que nada tenía por qué acusarle, no quiso huir y se presentó ante la corte en Teruel.

»Allí fué preso y acusado de haber dado maleficios á la reina para que no concibiese, siendo así que tenía ya dos hijos varones. Trasladósele á Valencia; se le dió tormento, aunque estaba prohibida tal prueba, y, sentenciado á muerte como traidor, después de ahorcarle arrastraron su cuerpo por las calles como el de un malhechor.

»De regreso á Valencia la familia real, mandó el rey proceder contra otros muchos caballeros que supieron ponerse en salvo antes de someterse á la singular debilidad del monarca, que tan cruel se mostraba en los últimos años de su reinado.»

Francisco de Vinatea murió aquel mismo año; según unos, por efecto de un gran disgusto; según otros, de una enfermedad que en pocos días acabó con su robusta naturaleza.

Lo primero es muy posible; tal vez ambas cosas concurrieron á destruir aquella vida vigorosa, tan adecuada á la fortaleza de su espíritu.

Consta que advirtió al rey acerca del exceso con que se castigaba y perseguía á tantos caballeros; y acaso el no haber logrado reducirle á la moderación sería la causa de su disgusto y, por consecuencia, la de su muerte.

Alguien supuso que le habían envenenado; pero ningún historiador da crédito á eso, por falta de pruebas.

Entre las numerosas figuras que brillan en la Historia de Valencia, la de Francisco de Vinatea es una de las que evoca más cariñosamente la tradición.

Vive en todas las clases sociales la memoria de aquel gran ciudadano, cual dechado de patriotismo, de abnegación, de energía y de prudencia.

Hoy conviene más que nunca presentar ejemplos como ése, porque España clama por hombres como Vinatea, á fin de que exijan y, si es preciso, que impongan al poder público el gobernar como se debe.

UNA DAMA Y UN INGENIO

UNA DAMA Y UN INGENIO

Al procurar para estos libros variedad de alicientes no olvido que lo cómico puede alternar oportunamente con lo serio.

Entre las tradiciones del amor, de la audacia y del heroísmo; entre los recuerdos de los grandes guerreros y de los estadistas insignes, al lado de páginas en que se agitan las pasiones más avasalladoras, debe haber algunas consagradas á la evocación de un ingenio puramente literario, notable por su festiva agudeza.

El elegido para este lugar es el famoso ESTUDIANTE, uno de los íntimos de Espronceda, y que, como el cantor de EL DIABLO MUNDO, nació en 1808.

La elección se debe á dos motivos: el ser legendaria su aparición en las Letras, como lo es la de Zorrilla, y el que, á pesar de su celebridad, la actual generación no conoce sus obras.

Vea el lector de qué modo empezó á brillar D. Antonio María Segovia, EL ESTUDIANTE.

Era un mozo completamente desconocido de los madrileños, aunque hijo de Madrid; regresaba de Andalucía, donde había pasado algunos años, y, obe-

deciendo á su vocación literaria, presentó su primer artículo á la dirección del SEMANARIO CRÍTICO.

Era la principal revista que á la sazón se publicaba en Madrid. El director recibióle amablemente, pero sin darle la menor esperanza de publicar su trabajo.

Antes de salir del despacho pudo observar Segovia la indiferencia con que aquel hombre arrinconaba su artículo en la mesa.

No confiando siquiera en que lo leyese, dejó transcurrir muchos días sin volver por allá.

Andaba enamorado de una dama de alto copete que daba saraos, y la noche que le presentaron en la casa ya se había olvidado completamente de su artículo.

Como generalmente los grandes ingenios no brillan en un salón, pues suele faltarles locuacidad y deseo de exhibirse, y á veces el verdadero amor convierte en tímidos á los más atrevidos, ni aun la señora de sus pensamientos daba muestras de advertir la presencia de Segovia, obsequiada por pretendientes más llamativos.

Desanimado y melancólico, se apartaba ya del alegre concurso, cuando reparó que se iba formando un grupo muy numeroso en torno de un lector.

Debía ser la lectura muy grata, á juzgar por las risas que suscitaba, los murmullos de aprobación y las exclamaciones de aplauso.

Pronto rodearon al lector todos los concurrentes, distinguiéndose la señora de la casa en las demostraciones de regocijo y sorpresa.

Segovia, más bien por no llamar la atención con su apartamiento, que cediendo á la curiosidad, se acercó igualmente.

Era el SEMANARIO CRÍTICO lo que se leía.

¡Qué emoción la del futuro ESTUDIANTE al advertir que lo que tanto regocijaba y se aplaudía era su artículo!

Entre los vivos comentarios de la concurrencia escuchó los siguientes:

—Y lo firma X.

—¡Capricho del autor!

—Es inútil que trate de ocultarse, porque bien se conoce la mano que ha trazado esa X.

—Fígaro sabe que le adivinan, sin necesidad de dar su nombre.

—Sí: la hechura no es de otro.

—Ese Larra tiene rarezas.

—Y como su carácter es una incógnita, le conviene la X perfectamente.

—Solo él escribe con esa intención.

Estas últimas palabras salieron de los hermosos labios de la señora de sus pensamientos. Reforzando el amor la picadura del amor propio, Segovia ya no pudo contenerse. Aproximóse á ella en el momento de verla separada de los demás, y en tono de reserva le dijo:

—Señora: ese artículo no es de Larra.

Puede asegurarse que hasta entonces no le había mirado aquella mujer.

El encendido de los rostros, á la mutua mirada, en él era el rubor de la modestia á la vez que el calor de su sentimiento amoroso, y en ella la aurora del propio sentimiento.

A una mujer de mundo, acostumbrada á la ostentación, harta de lisonjas y de falsedades, nada la encanta como ver el mérito de un hombre realzado por la sinceridad y la modestia.

No le manifestó Segovia que él fuese el autor del artículo, pero ella no necesitaba su afirmación. Al instante lo había adivinado.

—Voy á anunciar á todos mi descubrimiento,—le dijo, después de felicitarle.

—Suplico á usted que se lo calle.

—Y ¿por qué?

—Porque así ya hay un secreto entre usted y yo.

É insistió él en rogárselo con tanta obstinación, que la dama hubo de ceder, pero suplicándole á su vez que adoptase un seudónimo, ya que no quería poner su nombre en los frutos de su ingenio.

Con tanto mayor gusto cedió á las instancias de su amada cuanto que su propia conveniencia se lo exigía, pues el público dió en atribuir á Larra los pocos artículos que publicó sin firma.

Hay varios testimonios de eso, entre ellos, el de una autoridad irrecusable en la Historia literaria de aquella época: D. Eugenio de Ochoa.

En unos apuntes biográficos, que publicó en París en 1840, afirma Ochoa que D. Antonio María Segovia "adoptó el seudónimo de El Estudiante en 1836, adquiriendo grande y merecida celebridad.»

Creo que, al enterarse el lector de la antecedente tradición, agradecerá mucho que le ofrezca una de las joyas de aquel ingenio.

Se distinguía principalmente pintando tipos y caracteres; y como solía escoger los que más espontáneamente se forman y se crían en nuestro país, no hay cosa más tradicional que lo que ellos representan.

Para transcribirlos aquí elegiré Los Aficionados.

Todos los demás que debemos á la pluma de El Estudiante no les ganan á esos tipos á tradicionales.

En la página siguiente los verá el lector.

ALGUNOS TIPOS TRADICIONALES

ALGUNOS TIPOS TRADICIONALES

LOS AFICIONADOS

I

D. Trifón Acebo de la Sierra

«Todo el día de hoy ando en busca del *Curioso Parlante* (1) y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó más bien hacerle un encargo.

Ustedes, que deben de conocerle (2), pues yo sé que él los conoce á ustedes perfectamente, me harán la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimos oyentes, que ayer, día de miércoles para toda la cristiandad, fué martes para mí solo: quiero decir que fué día aciago, infausto y de

(1) El Sr. Mesonero Romanos.

(2) Este artículo fué leído en el Liceo de Madrid por su autor.

mala ventura, porque salí de casa por la mañana; y así como suele acontecer topar uno tras cada esquina un jorobado, ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el valle de Josafat), ó una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó, en fin, cualquiera otra alimaña molesta y enfadosa, yo fuí tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de *aficionados*, linaje de gentes mucho más perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta; más digna del último suplicio que los malos traductores y los salteadores de caminos; hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás para echarlo á perder todo en este mundo miserable.

Éstos son, sí, señores, éstos son los *aficionados* que nada hacen por principios ni rectamente, y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan.

Estos son los que yo quiero recomendar á la pluma satírica del señor *Curioso*, para que así, á su modo y con aquella agridulce gracia que Dios le dió, me los saque á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean ustedes, y vea todo el mundo que no sin razón me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Salí, como digo, de mi casa para la de un D. Trifón Acebo de la Sierra, á quien desde Jaén me encargaban que visitase para cierto asunto.

Abrió la puerta él mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestida sobre una camisa no muy blanca una levitilla de cúbica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberían ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos que empezaron á despellejarse el mismo día en que murió *por primera vez* el Sr. D. Fernando VII.

Anuncié mi embajada y de parte de quien venía;

lo cual, oído por D. Trifón, con entrambas manos agarró la derecha mía, y, sobándomela y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos más parecían forradas de lija que de cutis ó piel humana.

Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo que quería tratarme con franqueza. Yo me dejé guiar, y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Subíamos un escalón, y subía un grado de Reamur la temperatura: así llegamos á los veintidós escalones, entretanto que él me iba preparando para entrar en *su taller*.

—Porque ha de saber usted,—añadió,—que el haberme hallado así en este traje, y todo lleno de virutas, serrín y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería.

—¿Aficionado?—dije para mí.—¡Dios nos asista!

Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca abajo un cajón viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad, é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusión imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas.

Quise entonces hablar de mi asunto y despachar; pero D. Trifón me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos.

—Vea usted, mi amigo,—me decía;—aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras.

Y me enseñó un gran cajón de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provisión de salvado para las gallinas, una percha y un mango de martillo.

—No es esto solo,—continuó,—aquí tiene usted una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fuí á la oficina, y es para el canario de mi mujer. ¿Qué le parece á usted?

—Perfectamente,—respondí;—y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay

entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado usted la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora.

—¿Qué dice usted?—exclamó, acompañando este grito con una interjección muy de ebanista.—¡Soy un borrico que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula!

—Con todo eso,—le dije yo,—el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.

Dióle consuelo la comparación, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual había puesto un pie de nogal pintado; un comedero de palomas en que había transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo.

Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté dónde ó cómo había aprendido el oficio.

—No le he aprendido,—contestó;—es todo de pura afición.

—Y ¿cuáles maderas prefiere usted por sus calidades, entre las que produce España?

—De eso no estoy enterado,—dijo,—porque no me he dedicado á la Farmacia.

—Y, de los tornos modernos, ¿cuál es el que usted usa?

—El del tornero de la esquina, que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece.

—Y ¿no le fatiga á usted tanto trabajo corporal?

—Yo le diré á usted: lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escoplo se lo dejo á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y que tuvieron que hacerme la amputación; pero lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo y de afición.

Aquí suspendí mis preguntas, escandalizado, y, empeñando á mi D. Trifón en que hablásemos del objeto de mi visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los pies en *su taller*.

II

El cuadro de Juan de Juanes y el dúo en casa de la marquesa

«Meditando por la calle sobre el tal *aficionado*, no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que, enlazándome el brazo con aire satisfecho,

—Ven, *Estudiante*,—me dijo,—ven á mi casa y verás qué ganga he logrado anoche: ya sabes que soy aficionado á la pintura.

—Cero y van dos,—murmuré entre dientes. Y me dejé arrastrar por el nuevo tontiloco.

—¡Ochocientos reales en una prendería del Rastro! —exclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roído de ratones.—¡Mira, mira, qué alhaja! ¡Un retrato de Carlos IV original de Juan de Juanes!

—¿Qué estás diciendo, hombre? ¿No ves que eso es un horroroso anacronismo? ¡Si Juan de Juanes murió muchos años antes de que naciese Carlos IV!

—Ahora me haces caer en ello,—replicó el imperturbable;—pero será de algún discípulo suyo, porque á tiro de cañón se echa de ver que es de escuela flamenca.

—¡Ya escampa!—dije para mi capote.—Este menguado no tiene cura.

En seguida descubrió su caballete, preguntando si, para ser de mano de aficionado, había visto cosa mejor que aquella vista de la Suiza.

—Del arte no entiendo, pero sí creo que el mar no hace muy buen papel en un país de Suiza.

—Es para mayor adorno,—respondió.

—¿Y aquellas cabras,—añadí,—no son un poco grandes, en comparación de los árboles inmediatos?

—No son cabras,—dijo;—es una vacada.

En oyendo esto saqué el reloj y, sin mirar siquiera la hora que apuntaba, dije que era tardísimo para mis quehaceres.

Despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la marquesita de... en fin, de una marquesita.

¡Y luego extrañarán ustedes mis lamentos! ¿Quién me querrá creer que allí también me esperaban no uno, sino ocho ó diez (¡Dios los confunda!) *aficionados?*

Estos lo eran á la música, y tenían cercado el piano y todo inundado de papeles, librotes, cajas, cuadernos, cuerdas é instrumentos.

La marquesa me instó á que me sentase, y, no bien lo había hecho, cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafinó más de treinta; después de lo cual dieron principio á cantar un dúo de bajos de MARINO FALIERO.

Las voces eran broncas y destempladas; el estilo, pésimo; la vocalización, obscura; pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo, y los dos salían por donde podían; los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compás sobre los pedales con los tacones de las botas.

Acabaron con el dúo y con nuestra paciencia, y yo me dí á desearles el trágico fin del veneciano Faliero.

Pues no quedó aquí, sino que todavía me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en ver-

gonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violín que me hicieron recordar los retortijones y calambres con que entra el cólera morbo.

III

Un poeta del «Infierno»

Harto de *aficionados*, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café, por anegar mi mal humor en una buena limonada; y allí, señores, allí... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limón amargo, y la cerveza de Santa Bárbara... allí estaba esperándome, como en acecho, el peor, el más cruel, el más fiero de todos los *aficionados*... ¡Un aficionado á la poesía!

—Amigo mío,—me dijo ciñéndome con sus brazos como un fantasma de Walter Scott,—quiero consultar con usted una composición que pienso leer en el Liceo, si me admiten.

—Pues si se ha de leer en el Liceo,—respondí,—y yo he de oirle, no me prive usted, amigo, del placer de la sorpresa.

—Es que quiero oir el voto de usted...

—Es que usted no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de, cuando me piden tales votos, abstenerme siempre de votar.

—Pero, en fin,—repuso él,—es cosa corta.

Y no hubo arbitrio: desarrolló su cartapacio y comenzó de esta suerte con tono sepulcral:

«EL INFIERNO»

—¡Jesús!—grité.—¡Qué asunto tan horroroso! ¿No podríamos dejar ahora...?

Mas él no oía ya, ni veía, ni entendía; y siguió gritando y diciendo así:

¡Mansión horrorosa, de eterna fatiga,
de eterno martirio, de eterno tormento,
de pena terrible, de atroz sentimiento!
Yo invoco tu nombre, ¡oh horrible mansión!
Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes,
tu pez, tu alcrebite, tus duras cadenas,
tus ayes, tus llantos, tus hórridas penas,
y de hondos aullidos el áspero son.

—¿Qué tal?—me dijo.
—¡Bravo!—respondí.
Y él prosiguió:

En esa caldera de Pedro Botero,
donde en plomo hirviente cien mil seres bañas,
y ves abrasarse sus tripas y entrañas,
de muy buena gana me bañara yo.
Que menos tormento sería á mi alma
que nó el ver ajena la mujer maldita,
la infiel, la traidora, la puerca de Rita,
que antiyer me amaba, y ayer se casó.

—Esto hará efecto,—decía él.
—Y mucho,—respondía yo.
Y él siguió de esta suerte, variando de metro:

Esa Rita
que yo viera
cuando era
colegial;
Y me hablaba
(¡cosa cierta!)
por la puerta
del corral;

Esa Rita
que me amaba,
y juraba
eterna fe,
Se ha casado
sin rebozo
con un mozo
de café.

El mozo, en esto, hubo de creer que le llamaban, y se acercó. Yo le pagué y me escurrí chiticallando, de-

jando absorto en su lectura á mi poeta, quien, al salir yo, comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres:

Que es infierno el padecer,
y el padecer es amar,
y entre amar y aborrecer
mil veces se suele ver
aborrecer y olvidar.

Por eso en el sentimiento
de mi amor horrible y tierno,
prefiero el padecimiento
de un instante de tormento
todo un siglo del infierno.

Por eso el infierno á mí
no me causa asombro, no,
que el que más padece allí
no sufriera estar aquí,
amando como amo yo.

Ahora bien, señores: ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres que nada estudian, que nada saben, que nada profesan y que no pueden, por lo tanto, hacer cosa alguna á derechas?

¿Qué pena merecen estos pícaros de *aficionados*, como ellos se llaman á sí mismos, confundiendo la sencilla y loable afición á las artes, á las letras, á las ciencias con la necia presunción de cultivarlas y poseerlas?

Díganme ustedes qué pena merecen, y que me la impongan á mí luego, luego, por *aficionado*... á escribir artículos de costumbres.»

IV

El Tenorio burlado

Esos tipos, trazados con tanta gracia y acierto por la pluma del Estudiante, siguen reproduciéndose con fidelidad realmente tradicional. Son invariables en el fondo como la naturaleza humana, á la cual sólo afectan superficialmente la variedad de modas y el cambio de costumbres.

Cedida la respetuosa delantera que se debe á aquellos *aficionados*, estoy en el caso de mostrar alguno de mi cosecha, correspondiendo al lema de Tipos tradicionales.

Me limitaré á uno que es resumen de muchos: el Tenorio burlado. Hasta en la política tenemos los españoles modelos excelentes de esa clase de Tenorios.

Usaré del verso por excepción, á causa de lo prosaico del asunto. El tipo es un mozo que figura en mi comedia original é inédita en tres actos, No se puede con ellas.

Se llama Alfredo.

Un par de escenas sacadas del acto segundo bastarán para que él mismo revele al lector todos sus títulos á servir de ejemplo; y se verá la lección que le da una mujer.

ESCENA I

Alfredo y Vicente

Alfredo. Es decir que usted, bellezas
sólo trató á la Rosita...

Vicente. Porque el estudio y la caza
todo el tiempo me absorbían.

Alfredo. ¿Y le quita á usted el sueño
el recuerdo de esa chica?

VICENTE. Eso me ocurría sólo
allá los primeros días;
después que la conocí
ya no era tanta mi estima.

ALFREDO. Que yo, prendado de veinte,
me dé en enfriarme prisa,
no es extraño; pero usted...
¡una sola, y ya la olvida!

VICENTE. Es que yo no tuve suerte:
esa que así me atraía,
al nacer el sentimiento
que con la ilusión se anima,
me lo entibió demostrando,
más que cariño, codicia.

ALFREDO. Vamos... mal disimulaba
esa Rosa las espinas...
Sólo falta á usted experiencia;
conmigo la adquiriría,
emprendiendo por ahí
juntos alguna partida.
La caza de una mujer,
cuando es muy difícil, brinda
al cazador emociones
que por nada cambiaría.
Se halla usted como yo, ¡libre!
¡Hay que gozar de la vida!
Libertad de corazón,
—se entiende.—

VICENTE. No lo creía
de usted... ¿Y Matilde?

ALFREDO. Matilde
es encantadora y rica;
confieso á usted que sus gracias,
más que me atraen, me hechizan,
y que la vida á su lado
dulcemente pasaría;
y, sin embargo, ni ella
ni yo nos damos gran prisa.

VICENTE. Pues si ella le quiere á usted...
ALFREDO. La verdad: no me autoriza
á usar título de novio;
pero, al ver su simpatía,
la sociedad me lo otorga;
me consideran, me envidian;
y como, á más de tan guapa,
lleva dote muy bonita,
me conviene ese papel,
y le exploto... Soy bolsista.
Sabe usted que, en nuestro juego,
á veces mejor cotizan
las esperanzas fundadas
que las realidades mismas.
Y, entretanto, es muy posible
que la Fortuna, mi amiga,
un día ponga á mi alcance
otra dote aun más bonita.
VICENTE. ¡Pero Alfredo!...
ALFREDO. Pero ¿qué?
¿No es la ganancia muy lícita?
Bien pueden armonizarse
la conveniencia y la dicha.
VICENTE. Para usted, con más dinero
mayor será la armonía...
ALFREDO. Nada, Vicente, á mi lema:
«¡hay que gozar de la vida!»
¿Vió usted, en el baile de anoche,
qué muchachas?
VICENTE. Sí, muy lindas;
mas me causó desencanto
la desnudez que lucían.
ALFREDO. Pero, hombre, ¿es usted un trapense
disfrazado con levita?
¡Si el escote es de rigor,
en la sociedad más fina,
y la mejor de Madrid
estaba allí reunida!

VICENTE. Que sea; pero recuerdo
que vi algunas, casi niñas,
cuyos rostros de azucenas
amapolas se volvían...
ALFREDO. Por calor... -
VICENTE. Por las miradas
de los hombres, encendidas
al detenerse en sus senos;
porque el pudor les decía
que el escote es atrevido
para la inocencia tímida.
ALFREDO. Oiga usted, D. Pudoroso:
¿ayer no me prometía
atender á mis consejos
en todo, en su nueva vida?
VICENTE. Verdad; pero mi criterio...
ALFREDO. Resérvele usted, y no diga
á nadie ni una palabra
de lo que así escrupuliza,
pues no haría usted carrera,
y á más se le burlarían.
Al contrario, mi opinión,
la corriente, la admitida
entre nosotros, aplaude
el escote; y no se ría
usted, si sostengo que ellas
no mostraron gran malicia
al inventarlo.
VICENTE. Y ¿por qué?
ALFREDO. Porque no se falsifican
hombros, gargantas y brazos
lo mismo que pantorrillas;
y así con su exhibición
francamente nos avisan
si en su belleza de formas
nos dan verdad ó mentira.
Y volvamos á mi asunto:
¿recuerda usted la rubita

que bailó conmigo un vals
y parecía una ondina?

VICENTE. Sí, que era chica poética...

ALFREDO. Y tiene la poesía
de dos millones y pico...
para el mortal que ella elija.
¿Y aquella amable trigueña,
á quien tantos pretendían?

VICENTE. Muy graciosa.

ALFREDO. Y con la gracia
de que ha heredado unas fincas
muy deseables. ¿Y aquella
que el cotillón dirigía?

VICENTE. Elegante, y nada más...

ALFREDO. ¿Nada más? Una accionista
del Banco, de lo más alto,
viuda de una de las firmas
de más renombre y respeto;
en fin, amigo, ¡guapísima!
En éstas y otras así
detenga usted bien la vista,
y ¡á escoger lo que se pueda,
sin que el escote lo impida!

. . . . . .

Después Alfredo, á pesar de sus artes positivistas, sufre grandes quebrantos, y, buscando puerto de salvación, pretende casarse con Matilde. Lejos de lograrlo, da con la horma de su zapato. Véalo el lector.

. . . . . .

ESCENA XV

Matilde: en seguida Alfredo

ALFREDO. *(Entra en escena y, al ver que le recibe risueña, dice aparte:)*
(Sin duda ya se arrepiente
de sus desaires...)

MATILDE. *(Observándole:)* (Así
no recelará de mí,
y cantará claramente.)

ALFREDO. *(Se sienta cerca de ella: breve pausa.)*
¿Cómo así mis quejas darla?
Sería muy reprobable;
está usted tan adorable
que hay, por fuerza, que adorarla,

MATILDE. ¿«Por fuerza» va usted á ese objeto?
Vocabulario amatorio...
No hay aprendiz de Tenorio
que no le tenga completo.

ALFREDO. Mal juzga usted lo que siento,
no lo exagero jamás;
no hay fuerza que impulse más
que la de este sentimiento.
Va haciendo tanto camino
que, al llegar esta ocasión,
ruego á usted... la solución
que ya con ansia imagino.

MATILDE. *(Muy amable.)* Siga usted, que no habla mal...

ALFREDO. No se trata de hablar hoy:
bien comprende usted que estoy
resuelto á un paso formal.

MATILDE. Desde luego comprendía
que es paso de sensación...
es una declaración
con humos de Vicaría.

ALFREDO. Matilde: si usted accede,
¿á qué ese tono de broma?

MATILDE. Veo que usted se lo toma
todo lo en serio que puede.
Cosa de un año ha pasado...
usted me ronda y requiebra;
mi familia lo celebra,
y yo... no le he rechazado.
Mamá pondera ese amor
y la digo: «No te ofendas:

á Alfredo le sobran prendas,
pero prendas... de exterior...»

ALFREDO. ¡Cuánto favor!

MATILDE. La verdad:
«tiene gracia; es elegante;
un caballista arrogante,
un hombre de sociedad...»

ALFREDO. Vaya...

MATILDE. «Su suerte notable
le ha dado cierta aureola;
tira muy bien la pistola;
no sé si también el sable...»

ALFREDO. ¡Matilde... sobrado es ya
elogio que no busqué!...

MATILDE. ¡Si no se lo digo á usté:
se lo decía á mamá!...
Pero entre tanta atracción,
que le halaga á la mujer,
en usted no pude ver
carácter ni corazón.
No le conmueve á usted nada,
ni la dicha ni el dolor:
se diría que el amor
es para usted una jugada.

ALFREDO. Me trata usted duramente;
lo que usted misma ha inspirado,
por ser de usted, es abonado
á un juicio más indulgente.
¡Cómo! ¿Por tan insensible
me tiene? Pues, en verdad,
que encuentra la Caridad
mi bolsa bien accesible.

MATILDE. No da patentes de buenos
la ostentación, pues quizás
á veces el que da más
es quien se conmueve menos.

ALFREDO. Pero...

MATILDE. Nada de emoción

vi yo asomarse á esos ojos,
estando los míos rojos
por muy profunda aflicción.
Ese sentimiento ansioso
que usted me quiere mostrar
yo no lo he visto vibrar
por lo grande y generoso.
Así, á pesar de ese anhelo
y de pintarme su ardor,
me parece que su amor
trae una capa de hielo.

ALFREDO. Sin duda usted no repara
que hay quien guarda su emoción...

MATILDE. ¡Reniego de un corazón
que nunca asoma á la cara!
Con eso ya me sobró
para helar la simpatía;
pero aun usted cada día
nuevas gracias me mostró.
El cariño, que no entiendo,
prendido con alfileres,
á más de cuatro mujeres
se lo fué usted ofreciendo...

ALFREDO. ¡Calumnias!... Eso no es nada;
deberes de cortesía...
alguna galantería
más ó menos reparada...

MATILDE. Y alguna persecución
en que salió derrotado
usted, que se ha figurado
que se ignora su traición...

ALFREDO. (Se lo habrá dicho....) Está bien
cómo invención de celosa;
de alguna salió tal cosa...
¿Tiene usted celos también?

MATILDE. ¡Celos!... *(Sarcástica.)*
¡Ja, ja!... Sus desvelos
nacen sólo del amor...

¡No pretenda usted ese honor!
¡Usted no es digno de celos!

No dirá el lector que el Tenorio no dió bien á tiempo con la horma de su zapato.

Así es preciso que haga la nación española con los Tenorios de la política.

LA PAYESA DE MONTSENY

Á Ricardo Sepúlveda

Querido Ricardo: el dedicar la tradición presente á un autor de nota como tú, no es sólo en recuerdo de las pruebas de amistad y compañerismo que te debo, sino porque, sin ser catalanes, los dos apreciamos mucho á Cataluña.

Igual que yo sabes cuánto más abundan en este hospitalario país los leales á la patria española que los partidarios de un exclusivismo suicida.

Á ver si te gusta **La Payesa de Montseny,** *como desea*

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

LA PAYESA DE MONTSENY

I

Una mano hermosa y fuerte

A toda prisa va internándose un hombre á caballo por la más sombría ladera del Montseny.

A la escasa luz crepuscular se descubre vagamente el contorno de su figura vigorosa, y al pasar por un claro del bosque se le ve envuelto en un capote militar. Su cabeza ofrece el contraste de la cabellera, rubia y sedosa cual la de una belleza del Norte, los ojos de fuego, y el cutis tostado por el sol y por todas las inclemencias de la vida de campaña.

Es en 1809 y en el mes de noviembre.

Aunque en la edad juvenil, y dotado de la inteligencia y gran sensibilidad que revela su mirada, parece que no repara en el espectáculo de la Naturaleza á aquella hora solemne, cómo cae la tarde tras de la cumbre de la montaña, mientras abajo, en las hondas cañadas y en las estrechas gargantas, arrollan al crepúsculo las primeras sombras de la noche.

Es que otras sombras cubren su rostro luminoso: la preocupación y la tristeza.

Rige un caballo montañés, de menos corpulencia que el árabe puro, y que, sin duda, tiene sangre de la misma raza. No hay planta más segura que la de sus remos de acero, ni ojo más avizor que el suyo centelleante.

Cierra la noche, y el jinete, que va sin rumbo fijo, deja al instinto del caballo que siga el que quiera, en la creencia de que será el que le conviene.

El noble bruto demuestra su alegría, cual agradeciendo tal confianza.

Nada más admirable que el instinto de esos animales montaraces, que no sólo soportan, sino que desean el yugo del hombre, evitándole graves peligros y penosos trabajos.

No hay amigo más solícito que uno de ellos en viaje á través de la montaña. Suple la falta de palabra con la expresión de su mirada, con sus movimientos, con la impaciencia ó la moderación de sus pasos, con las advertencias de su relincho.

Y tanto más precioso es entonces para el joven su concurso, cuanto que negras nubes van difundiéndose por el cielo.

Ya no luce una sola estrella.

Al propio tiempo el viento se calma, lo cual es alarmante, porque allí casi siempre sopla con fuerza. Únicamente se aplaca al acercarse la tempestad.

De las nubes se desprenden gruesas gotas de agua. Brilla un relámpago y se estremecen los troncos seculares al fragor redoblado del trueno.

La tempestad despliega todo su poder, y el rayo troncha un pino á veinte pasos del que parece desafiarla, continuando su ruta desconocida.

No se espanta el caballo: se ve que está acostumbrado á esas explosiones de la Naturaleza, como el buen corcel de guerra al estampido de los cañones.

El jinete le acaricia, diciendo:

—¡Quiera Dios, mi *Fiel*, depararnos un albergue!

El noble animal yergue la cabeza, se para, quedando completamente inmóvil por unos momentos, sacude la crin, tiende las orejas como para recoger los sonidos en la dirección en que mira, y, por fin, resuena su alegría, animando á su dueño.

Es que ha visto una luz y sentido un rumor de no lejana vivienda.

Bien apremiante se hace ya la urgencia de encontrar un abrigo, no sólo por las amenazas del rayo, sino porque los arroyos de la montaña se han convertido en torrentes que, al desbordarse, cubren los pasos accesibles, arrastran piedras y troncos y casi imposibilitan el avance.

Sin embargo, *Fiel* continúa un rato ganando terreno en aquella dirección.

Se han acercado á unos trescientos pasos del faro salvador, viendo el jinete que brilla en una casa de labranza ó masía, como la nombran en el país; pero el diluvio arrecia, en vez de ceder, y además se encuentran detenidos de pronto por un considerable barranco.

Para salvarlo hay que dar un rodeo, y aun esto será sumamente peligroso, porque el agua puede arrastrarlos al precipicio.

Por muy familiarizado que se halle con el peligro y acostumbrado á ver la muerte cara á cara, la idea de perecer allí oscuramente por fuerza ha de impresionar á un joven que aspira á la gloria lleno de vida.

Por consecuencia, resuelve apearse é intentar con tiento la salida de aquel mal paso.

En el momento de sacar un pie del estribo, una piedra muy grande, desprendida de lo alto, da en el pecho del caballo.

El golpe es de muerte, y el pobre *Fiel*, viene á tierra cogiendo debajo á su dueño. Este, creyéndose arrastrado al abismo, murmura:

—¡Madre mía!

Providencialmente no rodaron ni uno ni otro, y, sobreviniendo entonces un corto paréntesis de calma entre el fragor de la tormenta, el caballero grita por dos veces:

—¡Socorro!

Han caído en un paso estrecho en pendiente, y el caballo, como no puede moverse, no le deja la libertad suficiente para que se libre de su opresión; de modo que el caballero se ve allí como encajonado, y á esta circunstancia debe que no le arrastren las aguas.

Con la cabeza y un brazo, únicamente libres, y casi todo el cuerpo magullado, hace los mayores esfuerzos por evitar otro peligro, y de los más inminentes, el de morir ahogado. Sólo á breves intervalos consigue respirar, sacando la cabeza fuera del agua.

El pobre *Fiel* aun le ayuda ó parece intentarlo, retorciéndose en las convulsiones de la agonía. Ello es que así logra el joven sacar el otro brazo, á tiempo que el noble animal expira, fijando en el hombre que tan involuntariamente le ha llevado á la muerte la última cariñosa mirada.

—¡Mi *Fiel* inolvidable!—dice él, recogiéndola enternecido.

Redobla sus esfuerzos, y ya se incorpora, muy próximo á desprenderse del cuerpo que le abruma, cuando el torrente le arrolla.

Le es imposible resistir su impetuoso empuje, porque al levantarse choca su cabeza contra un tronco que arrebata el agua.

Se halla á punto de perder el sentido y, sin duda, le aguarda la muerte.

Aquel tronco queda atravesado en el estrecho paso y le sirve de muro para no caer inmediatamente al abismo.

Esto, sin embargo, poco podrá retardar el fin inevitable.

Pero entonces una mano fuerte y hermosa acude á cerrar el paso á la Muerte.

II

Franco de Satorres

Era una garrida payesa de la montaña.

Había oído desde la masía la angustiosa voz del caminante que pedía socorro, y, afrontando los peligros de tan horrible noche, salió en su busca apresuradamente con su padre y con un criado.

Juguete inútil resultaba el paraguas ante una lluvia torrencial empujada por el huracán; pero ella, en su ardiente caridad, ni sentía el agua ni el frío.

El criado llevaba una linterna sorda, y ella, que conocía perfectamente aquellos lugares peligrosos, salvaba los torrentes saltando como una corza.

Ella descubrió al desgraciado viandante primero que los expertos hombres que la acompañaban, y en el momento en que caía desmayado le sacó del agua cogiéndole afectuosamente por debajo de los brazos.

—¡Alabado sea Dios, que llegamos tan á tiempo!—dijo á la vez contemplando con enajenamiento al inanimado mozo.

—Sí, Layeta (1)—respondió su padre;—muchas gracias tenemos que dar á Dios. Á haber tardado un poco más, perece sin remedio este pobre oficial.

—¡Qué lástima hubiera sido!—añadió ella con la más expansiva satisfacción.—Y ahora cesa la lluvia. ¡Cuánta suerte!

Hablando así, despojó su cabeza del pañuelo empapado en agua, y, mientras su padre procuraba desentumecer los miembros del caído, ella le daba fricciones de aguardiente en las sienes.

Entonces vió algunas gotas de sangre entre la dorada cabellera, y desapareció toda su alegría.

---

(1) Diminutivo de Eulalia.

—¡Padre, está herido!

—No te asustes,—dijo él reconociéndole;—estos golpes en la cabeza no son temibles sino cuando se quedan dentro sin sacar sangre. Lo que puede ser de cuidado es el magullamiento del cuerpo: se conoce que tuvo encima todo el peso del caballo.

—¡Pobre animal!—murmuró ella dirigiéndole una mirada de piedad.—¡Quizás con su muerte ha ayudado á salvar á su amo!

Entretanto, el criado cortaba unas ramas á fin de improvisar parihuelas para conducir al herido.

Luego, al envolverle en dos mantas, advirtieron que se movía: Eulalia aproximó la linterna.

Entonces él abrió los ojos.

—¡Bendita sea la Virgen de Montserrat, que me ha atendido!—prorrumpió ella.

El oficial quedó enajenado por la voz, no menos que por la figura.

Aquel acento tan armonioso comunicaba á su corazón la pureza de sus vibraciones, y le hablaba con la misma dulzura de la mirada de aquella mujer.

Su belleza se le aparecía como incomparable, porque la idealizaba el sentimiento.

Las facciones de aquel rostro, á pesar de su corrección griega, las ricas trenzas negras, las frescas mejillas, que recuerdan el sazonado albérchigo, la gallardía del talle, los mismos ojos que le atraían, todo lo que hacía de ella un tipo inolvidable, no hubiera bastado á enajenarle, no habría sido suficiente á trasportarle á las regiones del ideal, sin el encanto de su sonrisa; ni á inundarle el alma de delicias cuando su cuerpo sufría agudos dolores.

El oficial estaba tan débil que aun no podía hablar, pero no cabía mayor expresión de gratitud que la de su noble mirada.

Al fin, balbuceó:

—¡Gracias!

—¡A Dios y á la Virgen!—dijo su gentil salvado-

ra. Y, poniéndose un dedo sobre los rosados labios, añadió con graciosísimo imperio:

—Ahora ¡silencio!, que el aire que corre no es para abrir la boca.

Los conductores del herido se pusieron en marcha después de abrigarle perfectamente.

Eulalia llevaba la linterna.

Cuando llegaron á la masía observaron que, al parecer, dormía tranquilamente; pero ella se alarmó reparando en su palidez y en su inmovilidad.

Tocó su frente y retiró en seguida la mano, demostrando su zozobra.

—¡Está fría!

—No te apures, muchacha: peor sería que tuviese fiebre. Es que el agua le ha calado hasta los huesos; pero á su edad, y con lo robusto que parece, una mojadura importa poco, si le mudamos en seguida la ropa á la orillita del fuego; como lo haremos inmediatamente Ramón y yo, antes de meterle en la cama.

—Sí, sí. Yo, entretanto, prepararé unas franelas con las hierbas más saludables de la montaña, bien calentitas.

—¡Ajá! Y Ramón y yo le bañaremos todas las magulladuras con este aguardiente manresano; y, si se anima, haremos que le lleguen también algunas gotas al estómago.

—Eso no, padre mío: lo mejor será malvasía de Sitjes.

—Lo mejor, hija mía, será que no tenga alguna costilla rota. ¡A fe de Magín Soler, que lo sentiría, porque su traza es la de un valiente!

Mientras hablaban principiaron á realizar su programa de beneficencia.

Era Magín Soler un payés muy hombre, con sonrisa de niño malicioso. No le envejecían las canas, llevando una viudez apacible, y el gorro catalán parecía formar parte de su cabeza.

Sin embargo, aquel hombre tenía motivos para

odiar: le habían despojado inicuamente de la mayor parte de sus bienes.

Ramón el criado representaba más años que él, teniendo algunos menos, no porque estuviese muy acabado, sino por su seriedad, tan grande como su apego á la familia y á la casa de sus amos.

Pronto los entumecidos miembros del militar fueron recobrando el calor y la vida, gracias á la solicitud de todos.

Eulalia no disimulaba su viva alegría cuando le preguntó:

—¿Está usted mejor?

—Tan aliviado que lo atribuyo á un milagro.

—No los hace Dios si no se merecen, señor oficial.

—Lo ha hecho por intercesión del ángel de estas montañas,—replicó él, contemplándola emocionado.

—La caridad va á todas partes,—replicó la payesa de Montseny bajando los ojos y con tan dulce acento que su modestia resultaba doblemente adorable.

Durante el breve silencio que á aquellas palabras sucedió, hasta Magín Soler contemplaba con embeleso de enamorado la aurora del sentimiento que encendía el rostro de su hija.

Iba á referirles su huésped quién era y lo que le había sucedido, pero el hospitalario montañés le interrumpió:

—¡Ahora á descansar! Ya nos lo contará usted, que lo menos necesita tres días para curarse.

—Pero al menos sepan ustedes...

—Nada todavía, señor oficial: aquí mando yo.

Y el payés sonreía, al decirlo, con placidez patriarcal.

—Padre: puesto que tanto se empeña en que sepamos algo, que nos diga sólo su nombre.

—Franco de Satorres (1).

(1) He cambiado el apellido. Conozco á sus descendientes

Eulalia ahogó un grito, y su padre reprimió un movimiento.

El apacible Magín Soler necesitó de valor heroico para continuar sonriendo y acompañar á su habitación al huésped con iguales muestras de amabilidad con que le sirviera hasta entonces.

III

La pubilla Nones

—¡El hijo del barón de Satorres!

—Cálmese usted, padre.

—¡El heredero de los bienes de que me despojó aquel inicuo!

—Él no tiene culpa...

—Verdad. Únicamente esa consideración me ha contenido: por eso ni aun le he dicho mi nombre, al oir el suyo. No quiero turbar su reposo, porque lo necesita como el aire que respiramos. Es un caminante extraviado y herido: es nuestro huésped. ¡Dios me libre de faltar á tal sagrado y de envolverle en el odio que aun queda en mi corazón para quien me redujo á la pobreza!

—A veces la Providencia dispone las casualidades.

—No te digo que no; pero ésta más fácil es que nos traiga un gran disgusto.

—Aunque su padre haya obrado tan mal, ¿no puede él ser bueno?

—Su bondad no le impediría heredar el despojo. Y, no obstante, debe él saber que lo fundaron en una escritura sin valor, en un documento que no puede invalidar lo que yo heredé de mis abuelos, lo que representa el fruto de sudores de tantos años.

—Vamos, padre. No piense usted en eso, sino en mi idea.

—¿La de figurarte á ese mozo lleno de perfecciones?

—No; que hay casualidades en que interviene la Providencia.

—Lo que pienso es que él te ha flechado.

Eulalia no respondió.

—Es inútil que calles, porque tu cara me lo dice. Te has puesto más colorada que las cerezas. Despues de tu esquivez obstinada con cuantos pretendientes te salen; después de haber rechazado á los mejores partidos de la comarca y á los más guapos, te ocurre ahora interesarte por el único á quien no debieras mirar.

—Me interesa su desgracia.

—¡Ojalá fuera eso únicamente!

—Yo no le conocía.

—Pues ahora que le conoces, prevénte contra una simpatía que no puede llegar á buen término. La hija que me queda, ¡mi consuelo único!...

—¡Padre mío!

—Ni ha de unirse al hijo de quien causó su desgracia, ni ha de pensar que la familia de ese hombre la admitiría.

Nuevo silencio de Eulalia, que bajó tristemente la cabeza.

—¿Te apena eso?... ¡Voto á Judas, que no podría llegar mi advertencia más á tiempo! Nunca se os conoce bastante á las mujeres. Al verte tan fría y tan indiferente con los hombres, creía yo tu cabeza libre de embelecos. Jamás me ocurrió que, en cosa de instantes, hubieras de prendarte de uno que sólo ha cambiado contigo algunas palabras.

—Ocultaré mi inclinación, puesto que no debo mostrársela, y le veré lo menos posible mientras permanezca en casa.

—Sí, hija, sí. Por fortuna, es fácil cortar un fuego cuando principia: si se le dejara tomar incremento sería el caso muy diferente. No esperaba menos de tu

juicio, y, sin duda, tendrás en cuenta la libertad que siempre te dejé. Nunca te he impuesto mi voluntad, sin embargo de lo mucho que me convendrían algunos de los partidos que se te ofrecen. Siento, sobre todo, tu obstinación en desairar á Roca, no porque sea el mayorazgo más rico en seis leguas á la redonda, sino por el inapreciable favor que le debemos. ¡Sabe Dios lo que hubiera pasado, sin el auxilio que él nos prestó el día que los bandidos trataron de asaltar la masía!

—No lo olvido, padre; pero... ¡si es tan bruto como forzudo, y tiene un geniazo!...

—Tú le amansarías.

—No sirvo para tratar con fieras, y de ese tamaño menos. No le llego ni al hombro, siendo más alta que todas mis conocidas.

—¿Y qué?

—Que un hombre así debe ir á casarse á la tierra de los gigantes de que nos habló aquel marino.

—Vaya: te daré una buena noticia, en desquite de haberte contrariado la inclinación.

—¿Se marchan los franceses del país?

—¡Oh! No: esos malditos gabachos no se irán tan fácilmente. Como aquellos simples y traidores del gobierno del rey les franquearon la entrada y les entregaron las plazas fuertes ¡hasta Montjuich!, tenían ya media España por suya antes que se disparase el primer tiro. ¡Figúrate los que habrán venido después! A pesar de que los hemos escarmentado en el Bruch, en Bailén, en Gerona y en Zaragoza, no tienen trazas de dejarnos en paz; pero no importa, porque ahora no gobiernan aquellos ineptos y traidores.

—¿Cree usted que vendrán por estas montañas?

—No sería imposible; pero temen las emboscadas de Manso.

—Pues ¿cuál es la buena noticia?

—Voy allá. Viendo que ya tienes veinte años y no admites á ningún novio de estos términos, me figuro

que, aunque hija de payés, tus gustos son de señorita.

—En ese caso preferiría la ciudad á la montaña, y bien le consta á usted lo contrario.

—Sí, sí; pero á lo que veo me atengo... Tanto te quiero, hija, que no vacilo en sacrificarte mi conveniencia y mi gusto. No necesito encarecerte cuánto quisiera un yerno labrador; pero si tú prefieres un señorito...

—Vaya: por lo visto, la buena noticia es que tiene usted alguno por ahí á la mano.

—No te burles, que, en sabiendo de quién se trata y que has tenido la suerte de llamarle la atención...

—¿Le conozco?

—¡Uno de los más elegantes y más ricos de Barcelona!

Encogióse de hombros Eulalia, haciendo un gesto que revelaba hallarse á cien leguas del interés y del entusiasmo de su padre.

—¿No caes en quién es?

—Sin duda, uno de esos que han venido á refugiarse á la montaña, huyendo de los atropellos que los franceses cometen por allá.

—Precisamente. Y ¿no recuerdas á quién viste el día que estuvimos en la masía de tus primas?

—A dos señoritos de Barcelona.

—¡Pues entonces te habrás fijado en él!

—Sólo reparé que el uno era bastante feo.

—¡Oh! No te hablo de ése.

—Pues el otro le hallé peor, mucho peor.

—¡Qué dices! Tan fino y tan...

—Y tan lindo, cierto; pero parecía de alfeñique, descolorido y flaco.

—¡Ya engordará por aquí!

—Es que además...

—¿Además qué?

—No se enfade usted, padre, que digo la verdad.

—¡Bueno!... ¿Qué es lo de además?

—Que le encontré muy cargante; pagado de sí mismo, engreído de su lindeza y enseñando siempre las manos para que viésemos los anillos... ¡Todo él es un aparador de brillantes!

—¡Ea!... Que te guste ó que no te guste, que le hagas caso ó no, mañana mismo, Dios mediante, te llevo á casa de mi hermana á pasar con tus primas el par de días que pueda permanecer aquí D. Franco de Satorres, á quien no conviene que trates ni poco ni mucho.

Y, dicho esto bruscamente, Magín Soler dió punto á la conversación, contrariado y mohino, dejando á Eulalia llena de sorpresa y de pesar.

IV

El hereu de Roca

Le fué muy dolorosa una separación tan imprevistamente impuesta por su padre.

Apenas hallado el amante con quien soñara, apenas visto el hombre que más se parecía al tipo imaginado por su alma, se le imponía el apartamiento, privándola hasta de verle.

Así el bueno de Magín Soler pensaba cortar el naciente fuego, suponiéndole pequeño; pero ¡qué error! Lo que acababa de brotar en el corazón de su hija era grande y poderoso, y el payés no conocía el axioma popular

«Ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.»

Mientras llega ocasión de que lo conozca, alguna página le corresponde al gigante Roca.

Rudo como atlético, de barba cerril y de mirada dura, cifrando en su esfuerzo un orgullo desmedido como sus miembros, no le faltaba sino vestir pieles de fieras para semejarse á uno de aquellos antiguos almogávares que hacían estremecer el suelo que pisaban y los pechos de los enemigos, á su tremendo «¡Desperta, ferro!»

En el país le llamaban *hereu* (mayorazgo) de Roca, añadiendo el *de* á su apellido en virtud de pruebas repetidas de su fortaleza corporal, verdaderamente berroqueña.

No era malvado, pero rara vez se le había visto sonreir. Tenía un genio sombrío, que en ocasiones mostraba rasgos de ferocidad.

Cualquiera que le encontrase por la montaña, manejando con la facilidad que un junco un enorme garrote guarnecido de puntas de hierro, instintivamente se apartaría para dejarle paso.

A cuatro lobos mató con aquella clava de Hércules una noche de nieve en que el hambre llevara á una manada de tan terribles animales á las puertas de su masía. Algunas dentelladas le alcanzaron, mas sin hacerle apenas mella.

Y no volvieron los lobos por allí.

Así empezó á difundirse la leyenda de que aquel hombre era realmente de roca, si es que no tenía armazón de hierro; leyenda confirmada por lo que ocurrió durante la tentativa de asalto de la morada de Magín Soler, por una banda de ladrones.

Barruntando el gigante que preparaban aquel golpe, en vez de avisar á la autoridad, se limitó á prevenir al amenazado payés, y se escondió algunas noches en las cercanías de la casa.

A la tercera noche, que era muy obscura, aparecen los bandidos. Magín Soler y su criado los reciben á tiros; mas como eran muchos y creían habérselas únicamente con amo y criado, lejos de retroceder, acometieron al pesado portón; y lo hubieran hecho

astillas á hachazos, á no haber aparecido Roca cuando empezaban su tarea.

Astillas les hizo él muchos huesos con su formidable clava. Lo súbito del ataque y lo obscuro de la noche, que no les permitía distinguir á su misterioso y tremendo enemigo, contribuyeron á llenarlos de terror y á que emprendieran la fuga, dejando tres muertos y varios heridos graves.

No fué, sin embargo, tan precipitada que no les diese tiempo á disparar sus armas; y el victorioso recibió dos balazos, poco menos que como roca. Se curó sin necesidad de guardar cama, diciendo que los cobardes nunca saben dar en el corazón.

Desde entonces no volvieron ladrones á la masía de Magín Soler. La fama de la clava del gigante y la leyenda de que no le hacían mella las balas, infundieron el mismo respeto que un destacamento de mozos de escuadra.

Fundado en un servicio de tan excepcional importancia, el *hereu* de Roca se conceptuó con mejor derecho que nadie á la mano de la hija de Soler.

Si en el país la llamaban la *pubilla Nones* por haber dado calabazas á todos sus pretendientes, ya aquello tenía que acabar.

Por consecuencia, se fué derecho á su futuro suegro.

—Usted es viejo, Sr. Soler.

—Es verdad.

—Y yo soy joven.

—También es cierto, Sr. Roca.

—Usted no tardará mucho en morirse.

—Probablemente, aunque nadie se muere hasta que Dios quiere.

—Usted viviría mucho más, si no trabajase demasiado desde que tiene la cabeza cana.

—Que sea lo que Dios quiera: no puedo remediarlo, Sr. Roca. El trabajo es el pan nuestro de cada día.

—Sí que puede usted remediarlo: primero, porque

no necesita trabajar tanto para vivir, y segundo, porque, si usted quiere, hay quien le sustituya trabajando tres veces más y haciendo que prospere la casa en igual proporción.

—Gracias, Sr. Roca: no me duele el trabajo. La ociosidad sí que me haría mal: no sabría estarme poco menos que mano sobre mano, y lo que hay es suficiente para la noya y para mí.

—¡Bueno! Pero si usted se muere y no se ha casado la noya, la gente dirá que no ha mirado usted bastante por ella, como es obligación de un padre.

—Eso ya lo veremos. Hasta ahora, por más que la digo, siempre responde que no tiene prisa. Quizás mañana piense de otra manera.

—Sí, mañana... ¡Siempre mañana!

—¿Qué quiere usted que yo haga, Sr. Roca? Prometí á su madre, cuando Dios me la llevó, no violentar la voluntad de nuestra hija.

—No es preciso la violencia: basta que usted le recomiende lo que debe hacer, y que le recuerde que, sin mí, habrían sido ustedes asesinados.

—¡Y vaya si agradece la noya en todo lo que vale un servicio tan grande! Prueba de ello es que, por pagárselo con algo, está dispuesta á una cosa que...

—Dígala usted Sr. Soler.

—Que, si á usted no le basta su agradecimiento y el mucho aprecio que desde aquel día le tiene, le dará á usted su dote.

—¡Ah! ¡No faltaba más! Yo añadiré otra dote, cuando nos casemos.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Que su dote se la daría á usted sin casarse.

—¡Voto al demonio!

—No se enfade usted, Sr. Roca, que eso bien demuestra la generosidad y el aprecio de mi Layeta.

—Puesto que me aprecia, basta para casarnos. Luego que estemos casados... ya me irá queriendo.

Tornó el payés á poner peros á las esperanzas del *hereu*, y volvió el *hereu* á exponer sus pretensiones y supuestos derechos, blandiendo su clava, sin que hubiese cedido un ápice al suspenderse la discusión.

V

El herrero

Tenía el gigante un solo amigo. Merece contarse la extraña manera con que contrajo esa única amistad, como rasgo característico.

El *hereu* de Roca no viajaba nunca en coche sino á pie generalmente, porque no solía alejarse mucho de su montaña. Solamente se valía del caballo al tratarse de una distancia muy considerable.

En uno de sus viajes, pasando por Ripoll, tuvo necesidad de que le herrasen el caballo. Al efecto, se dirigió á un herrero asturiano, por haberle informado de que en su fragua se fundían toda clase de herrajes con temple excepcional; de modo que herradura salida de manos de aquel herrero duraba también extraordinariamente.

—Dios guarde á usted,—le dijo el de Roca, con su rudeza acostumbrada, al entrar en el establecimiento.

—Y á usted también,—respondió el asturiano con amabilidad, sin apartar la atención de su trabajo, ni reparar siquiera en la catadura hercúlea de quien le saludaba.

Acostumbrado el gigante á que todo el que le veía reparase con asombro en las dimensiones y fortaleza de su persona, sintióse picado en el amor propio por la indiferencia del herrero, experimentando un disgusto parecido al de un monarca que viera que uno de sus vasallos no se inclinaba ante su presencia.

Chocóle el caso tanto más cuanto que aquel individuo no era otro gigante, ni mucho menos: no le llegaba siquiera al hombro; pero mostraba al descubierto un pecho espacioso y prominente, cubierto de espesas matas de vello negro.

—Vengan unas herraduras dobles para mi caballo.

—Las que llaman dobles yo no las tengo ni suelo hacerlas, caballero.

—¿Por qué?

—Porque sirven como dobles las sencillas que salen de mi fragua; su espesor es muy suficiente, y ni se rompen ni se doblan.

—A verlas, pues.

El asturiano le presentó una herradura inmejorable, y para demostrarle su temple la colocó afirmada entre dos yunques, y pegó en medio de ella un tremendo golpe con una maza de hierro, secundado inmediatamente con otro igual.

La herradura ni aun se dobló.

Parecia una pieza fundida en la misma fragua de Vulcano. Sin embargo, el de Roca le dijo desdeñosamente al fundidor:

—Conque ¿usted cree que esta pieza es bastante fuerte?

—A la prueba que acaba usted de ver, sin que ni siquiera se haya doblado, se rompen todas las herraduras que no salgan de mi fragua,—respondió el herrero.

No habia en su tono jactancia, sino la sinceridad del que afirma un hecho exacto, aunque sea sorprendente.

—Pues, para darla yo por buena, falta otra prueba.

Y, esto diciendo, el gigante cogió la herradura y la partió entre sus manos como si fuese de madera.

Ante tal prodigio de fuerza muscular, el herrero no mostró la admiración que, en su lugar, cualquier otro hombre hubiera manifestado. Se limitó á mirar con más atención al autor del prodigio, brillando en su

rostro tiznado una sonrisa de simpatía. En seguida le dijo:

—Si usted quiere aguardarse, fundiré unas herraduras exclusivamente para su caballo, é iguales que las que lleva el mío. No le cobraré á usted la herradura rota.

—Eso no: cóbresela usted desde luego.

El de Roca sacó un duro y se lo entregó.

—No es buena esta moneda,—dijo irónicamente el herrero.

—¿Cómo que no?

—Porque, ya que á usted no le pareció bastante buena mi herradura, tampoco daré por bueno este duro excelente, sin otra prueba como la de usted.

Y, al decir esto, el fundidor partió el duro por el medio entre sus dedos, como si hubiera sido de estaño.

Al nuevo prodigio de fuerza, tendió el gigante la mano á su autor y se dieron un apretón muy afectuoso; pero apretón de dos Hércules.

—Los hombres se encuentran,—murmuró el uno.

—Se encuentran, sí,—repitió el otro.

El asturiano fundió herraduras que no podían romperse ni entre las manos del catalán ni entre las suyas. Quisieron hacer la prueba con una, y necesitaron las fuerzas de ambos para conseguirlo.

Entonces el de Roca hizo notar que la buena amistad ni se dobla ni se rompe.

—Pues, si usted quiere, seamos amigos,—dijo el asturiano.

—Será usted el primero que tengo,—respondió el catalán.

Principiaron las pruebas de amistad, por contarse el uno al otro su vida y por darse mutuos consejos.

Cuando el herrero se enteró de las calabazas dadas por la *pubilla* de Soler al gigante, y de la obstinación de éste en casarse con ella, le preguntó:

—¿Quiere usted que mi consejo tenga toda la sinceridad que se debe entre amigos?

—¡Claro que sí!

—Pues muy claro me parece que ella á usted ni le quiere ni le querrá, y, siendo así, no debe usted ni pensar siquiera en tal boda.

—Pero ¡si tengo á Eulalia metida en el corazón y no puedo sacármela!

—Menos podría usted remediar su desgracia y la de ella, si llegaban á casarse.

No replicó el de Roca, porque aquella observación no tenía réplica.

VI

Magín Soler

Un sueño reparador restableció en gran parte las fuerzas de Franco Satorres.

Era ya muy entrado el día cuando despertó.

Al presentarse Ramón con una gran taza de rica y humeante leche á preguntarle cómo seguía, respondió que iba á levantarse, porque apenas sentía ya dolores.

Sorprendido de tan rápida mejoría, el criado se lo contó á su amo, y Magín Soler se apresuró á felicitar á su huésped, pero añadiendo en seguida afectuosamente:

—Me opongo á que se levante usted. Más prudente fuera quedarse en cama y no abusar de las fuerzas. ¿Qué prisa tiene usted?

—La de cumplir mi deber.

—Vamos... que la salud no será incompatible con el deber.

—Ya me hallo casi restablecido; y cuando ustedes sepan que pertenezco á la guerrilla de Manso, que me confió una misión urgente...

—Dobla mi satisfacción, Sr. Satorres, el servir de

algo á los que tanto sirven á la patria. ¿Acaso amagan hacia acá los franceses?

—Todavía no, pero es probable.

—Dispense usted la pregunta, que mi curiosidad no llega á meterse en los planes de Manso.

—No hay que dispensar lo que es natural en un patriota. Yo no sería digno de lo que han hecho ustedes por mí, si les ocultara que, además de la obligación del servicio, me ha traído otro empeño al Montseny. Es una misión particular, un asunto de familia.

—Resérvelo usted, Sr. Satorres, si le conviene. Es usted mi huésped, y debo servirle sin condiciones, sin pretender que me revele adónde va, como tampoco le he preguntado de dónde viene. Por esto no le digo mi nombre. Bástele saber que soy español.

—Pero de esa modestia excesiva resulta una injusticia.

—¿Cuál?

—Privar á mi gratitud de recordar el nombre...

—Ya lo sabrá usted.

—¿No ha preguntado nadie por mí?

—Nadie.

—Pues me preocupa el paradero de un soldado que me acompañaba.

—Ya nos llamó la atención el verle á usted solo.

—Era un sirviente de mi casa. Le escogí por guía creyendo que conocería bien estas montañas por haber pasado en ellas algún tiempo durante su niñez; mas infiero de lo ocurrido que, ó se extravió ó, sorprendido por la tormenta, buscó un refugio; ó quizás le pasó una desgracia, puesto que le aguardé tres horas en vano.

—Haré que le busquen. Diga usted hacia dónde.

—Inspeccionando una ladera del Norte, llegué á los restos de una ermita.

—La de San Gil.

—Me puse á sacar un croquis de toda aquella

parte, y le mandé que, entretanto, explorase á la izquierda, en cuya dirección se divisaba algún caserío, con objeto de preguntar por un hombre á quien no conozco y deseo ver vivamente. Hace muchos años que vive en la montaña, pero antes residía en la ciudad. Tal vez usted le conozca.

—Sé de uno que vive en Montseny desde que perdió la mayor parte de sus bienes, valiosas propiedades. Dicen que se las quitaron... Pero antes de hablar de esto, Sr. Satorres, permita usted que envíe á mi criado en busca del compañero de usted, ó al menos á ver si algo averigua sobre su paradero.

Poco después salió Ramón con aquel encargo, y Franco de Satorres preguntó:

—¿Cómo se llama el infortunado á quien usted se refiere?

—Magín Soler.

—¡El mismo que yo busco! ¡Cuánto le agradeceré á usted que me guíe á su casa!

Al escuchar esto, el payés sintió una impresión de consuelo. Evidentemente era sincero como noble aquel afán del oficial.

—Se lo prometo, con una condición,—respondió.

—Aceptada.

—Que no será hasta no hallarse usted restablecido. Fuera temeridad el salir ahora.

—¡Si ya me encuentro con fuerzas!

—¡Ah, confiada mocedad! No son suficientes aun, y tendríamos un retroceso, ¡voto á Napoleón! Conque ¿acepta usted ó no?

—He dado mi palabra.

—Y ¿me obedecerá usted en mi casa igual que en campaña obedece á Manso?

—Igual.

—¡Pues vuelta á la cama, pero en el acto!

Y el militar, que ya se vestía, obedeció dócilmente.

—Entretanto que usted se repone,—continuó Soler,—es probable que venga su compañero. Por lo menos, Ramón nos traerá noticias.

Franco de Satorres renovó la expresión de su gratitud y le preguntó por Eulalia.

—Buena.

Esta lacónica respuesta, sin contentar al joven, que difícilmente contenía su interés y su anhelo, no satisfizo al propio que la daba. Modificado su pensamiento, por lo que acababa de oir, y no dudando ya que el natural del hijo era muy distinto que el de su odiado padre, le pareció cruel castigarle sin culpa; que buen castigo hubiera sido la mortificación de privarle hasta de saludar á su salvadora.

Magín Soler, sin embargo, no pensaba en autorizar de ningún modo las relaciones de su hija con él, puesto que, además de la desigualdad de posición, subsistía el más grave obstáculo para dichas relaciones; pero pensó también que no tendrían tiempo ni para principiarlas, y que el oficial se marcharía pronto de su casa, probablemente para no volver más.

Resultado de esta reflexión fué el decirle:

—La he llevado á casa de unas primas que están de días; pero mañana volverá á casa.

—¡Dichoso el que elija por marido!—prorrumpió Franco.

Parecióle al payés propicia la ocasión para soltarle una indirecta, y contestó con risita equívoca:

—Pues ni se casa ni tiene trazas de casarse, como no sea conmigo.

Pero al advertir que su afirmación, en vez de enfriar al muchacho, le animaba más, se puso á hablar de Manso.

—Sirvo á sus órdenes, no sólo con gran satisfacción, sino con verdadero orgullo,—dijo el oficial.—Hace año y medio era mozo de un molino, y dentro de poco será general. Cada grado suyo representa dos ó tres sorpresas habilísimamente causadas á los

franceses. Ha nacido para brillar en esta difícil carrera de las armas, y todo lo debe exclusivamente á su aptitud extraordinaria (1).

Aquel elogio entusiasta de un hijo del pueblo en boca de un representante de la aristocracia acabó con el resto de prevención que á Magín Soler le quedaba respecto á su huésped.

Indudablemente hubiera sido crueldad privar de que saludase á su Layeta á un servidor de la patria tan simpático.

VII

Desinterés y codicia

Ramón, que conocía el Montseny y sus estribaciones como si fuese la casa y las tierras de su amo, encontró al soldado que buscaba, después de una jornada muy fatigosa.

El asistente de Franco se había perdido, tomando una dirección por otra; pero halló también un techo hospitalario.

La tempestad que sobrevino y el ignorar el paradero del oficial fueron causa de que se prolongase su separación.

Cuando Ramón dió con él, iba el soldado en su caballo, en compañía del pobre colono que le hospedara, haciendo las propias investigaciones.

—Quimet,—le dijo Ramón al colono,—vente con nosotros.

—Iré, si me necesitáis para algo.

—No te necesitamos, pero debes venir.

—¿A qué?

---

(1) El célebre guerrillero llegó, en efecto, á general. Además, se le dió el título de Conde del Llobregat.

—¡Hombre, á demostrarte que se agradece tu proceder.

—No hice más que lo debido, Ramón; y como es preciso trabajar, adiós.

—Ven acá, testarudo,—dijo Ramón cogiéndole por un brazo,—que en casa no perderás el jornal. En casos como éste, el Sr. Magín se porta lo mismo que cuando era rico.

—Y mi jefe, que es heredero del barón de Satorres,—añadió el soldado,—también le demostrará su agradecimiento.

—No, no: me basta saber que vosotros hubierais hecho por mí lo mismo que yo. ¿Queréis que me rebaje aceptando dinero, ó lo que lo valga, por una cosa tan obligada como tender una mano al caído, ó dar albergue á un extraviado?

—Bueno, Quimet, pero el jornal es corto, y tus hijos aun no pueden ayudarte á ganarlo. Si no quieres venir, anda con Dios, que otro día iré yo á verte.

—Si me hubiese quejado de lo poco que gano, Ramón, podrías hablarme de esa manera; pero no me quejo. Hasta ahora, á Dios gracias, no ha faltado pan en mi hogar; y si la invasión de los gabachos lo ha encarecido, después de este tiempo vendrá otro. En caso de que algún día te conviniese algo en mi vecindad, ó tuvieses el capricho de andar tanto para verme, tuya es mi casa; pero no te olvides de que, por pobre que sea, no recibo dinero en pago de una caridad.

Y, dicho esto, el honrado Quimet tendió la mano á sus compañeros, que se la estrecharon cariñosamente, y regresó á su hogar con la cabeza levantada.

Su traje no lo hubiera envidiado un mendigo, pero su aire de dignidad lo hubiese envidiado algún poderoso.

La venida del asistente á la masía dió ocasión á que se revelara un nuevo rasgo del carácter de Franco de Satorres, captándole más las simpatías de Magín Soler.

Después de cerciorarse de que el soldado llegaba bueno, le dijo:

—En cuanto hayas descansado, que hagan el favor de guiarte al punto donde cayó mi pobre *Fiel* por salvarme. Entiérrale, para que no sea pasto de las fieras ó de las aves de rapiña.

A los ojos del payés, aquel sentimiento por la muerte de un animal que tanto le había servido, era la mejor ejecutoria de nobleza del oficial; y á esa demostración correspondió acompañando él mismo al asistente y ayudándole á dar sepultura al cuerpo de *Fiel*.

De allí se dirigió en busca de su hija Layeta, murmurando:

—¡Lástima que ese mozo sea hijo del barón de Satorres!

Y maquinalmente, sin darse cuenta de ello, asociaba las imágenes de Eulalia y de Franco, reconociendo que no fuera fácil hallar otra pareja más armónica.

En casa de su hermana estaba D. Pepito.

Ya conoce el lector á ese personaje, aunque hasta ahora no se le haya nombrado.

Era el opulento señorito de Barcelona, á quien Eulalia retrató en pocas palabras, concluyendo por calificarle de «aparador de brillantes.»

D. Pepito, con los cascos á la jineta, se empeñó en acompañar á Eulalia y á su padre.

Y Magín Soler echó de ver entonces con extrañeza el cambio operado en su propia manera de pensar en el breve espacio de dos días.

Antes le hubiera halagado mucho aquella distinción del opulento barcelonés: entonces casi le disgustaba. Disimuló su contrariedad á causa de la gran influencia que la familia de aquel joven ejercía en la de su hermana, y fueron en vano todos los reparos que le opuso cortésmente á su empeño.

También había sido inútil que Eulalia se mostrase

un tanto burlona á los insistentes obsequios de D. Pepito, con asombro de sus primas, que le envidiaban la predilección.

Antes de que Magín Soler emprendiera el regreso, su hermana, que tenía mucha más codicia que él y que con su cara sonrosada y su toquilla blanca parecía hermana de sus hijas, llevándole aparte le habló así:

—A mí me debes la gran suerte que se te entra por casa. D. Pepito acabará por pedirte á Eulalia: tan seguro como lo estás oyendo. Yo pensaba que se fijaría en una de mis noyas, que no tienen peor palmito que ella, ni son tan ariscas; pero los hombres siempre dais chasco. Si Eulalia hubiese estado zalamera con él, no le habría hecho caso; pero al hallarla burlona y tranquila se le ha picado el amor propio, y con ese anzuelo le cogeréis.

—Te equivocas, Carmen.

—¿Que no será tu yerno?

—Que me parece que ella no le querrá.

—¡No le querrá! Vamos, Magín: ni en broma me digas semejante cosa... ó creeré que esa chica tiene la cabeza distinta de todas las demás mujeres.

—De todas no, pero de muchas sí. Mi hija piensa con el corazón.

—Di que tiene un orgullo que no sé de dónde lo saca... muy parecido al que tú echaste, precisamente desde que eres pobre, desde que te dejaste despojar.

—Me dejé despojar por no perderlo todo. Como no habría podido pleitear por pobre, la curia me hubiera devorado el resto.

—O hubieses ganado.

—Me faltó codicia para exponerme á ese albur.

—Sin codicia no se llega á nada, Magín. Ten por cierto que, si á tu hija la llaman la *pubilla Nones*, como desperdiciara esta ocasión, la llamarían... ¡la tonta de capirote!

—Sea lo que Dios y ella quieran,—dijo resignadamente el payés, dejando á su hermana haciéndose

cruces por un desinterés que no sólo no comprendía, sino que la irritaba.

Durante la media hora de camino entre ambas masías agotó D. Pepito el vocabulario del elogio. Fingía entusiasmarse con las bellezas de la montaña desde que bebía los vientos por una montañesa.

Habituado á triunfar en la ciudad con el señuelo de sus brillantes, le hacían perder los estribos la frialdad y la indiferencia de aquella muchacha, observando que la sencillez de su traje aun realzaba sus extraordinarios atractivos.

Magín Soler, no habiendo podido rechazar la compañía del opulento señorito, tuvo que ofrecerle la casa.

VIII

La despedida

Eulalia, no obstante la contrariedad y el disgusto que le causara la compañía de D. Pepito, estaba contenta.

No habrá lector que no adivine el motivo. Su padre la había llevado á casa de sus primas por separarla de Franco y dar lugar á que él se marchara, y la volvía á su casa precisamente cuando podía verle, puesto que ya estaba levantado.

La llegada de D. Pepito no causó el menor desasosiego al gallardo oficial.

En cambio, aquél, aunque ya enterado de la estancia del huésped, al verle sintió el aguijón de los celos por la primera vez en su vida, porque al propio tiempo advirtió la alegría de Eulalia y la emoción con que se saludaban.

Después de esto, Franco de Satorres dirigióle á él una mirada de curiosidad.

D. Pepito pensó:

—Estos militares, engreídos con sus victorias y con su uniforme, se vuelven impertinentes. Por fortuna, bien poco durará aquí la estancia de éste, y después... el olvido ó un balazo.

Por consecuencia de la reflexión anterior decidió despedirse en seguida, pero con el propósito de volver en cuanto el otro se hubiera marchado.

Para entonces no dudaba D. Pepito de que su elegancia y sus brillantes causarían todo el efecto debido. De manera que la entrada en el corazón de Eulalia parecíale ya cosa tan fácil como lo había sido la entrada en su casa.

Libres de la presencia de D. Pepito, hija y padre felicitaron á su huésped por su restablecimiento, y él renovó la expresión de su gratitud con la elocuencia que brota de un pecho noble.

—Ahora,—dijo Franco,—necesito caballo. ¿Podré encontrarlo por aquí?

—Venga usted á ver el mío, y será de usted, si le gusta.

—Si fuese absolutamente preciso, lo aceptaría; pero no se abusa de la amistad cuando no es indispensable.

—Usted necesita el caballo más que yo, Sr. Satorres.

—Y usted no sabe que precisamente llevo dinero para comprar uno de montaña como mi pobre *Fiel* para un compañero. ¡Cuán ajeno me hallaba de tener que sustituirle! Compraré dos. Al efecto, daremos la voz por ahí. Entretanto, ruego á usted que me lleve adonde me ofreció.

No responde á esa súplica el payés; pero anima su rostro su característica sonrisa de chico malicioso.

—Supongo que no será tan lejos que no podamos ir á pie,—continuó el oficial.

—¡No, no!

Eulalia, aun no enterada del caso, los mira sorprendida.

Franco le dice:

—Quiero ver á un hombre á quien admiro y compadezco por el valor y la resignación con que soporta su desgracia, una desgracia muy injusta.

—¡Sí!—murmura su interlocutor.

—¿Quién es ese hombre, padre?

—El que tú conoces más, hija mía...

—¡Ah!

A esta exclamación de ella, que demuestra que le ha comprendido, los ojos de Franco revelan que igualmente acaba de adivinar lo que le han reservado hasta entonces la delicadeza y la hidalguía del honrado payés, y lo que ya no cabe ocultar por más tiempo. Por consecuencia, le pregunta con plácida sonrisa:

—Conque ¿usted también es amiga de Magín Soler?

—Desde que él me arrullaba en sus brazos,—responde Eulalia con ternura filial,—y, sobre todo, desde que perdimos á mi bendita madre.

Puede imaginar el lector la escena que siguió entre el padre y la hija, y la parte que tomó en su expansión un huésped tan simpático á los dos.

—Sr. Soler: no me toca acusar á mi padre, sino deplorar lo que hizo, sin duda por error. Mas como soy su heredero, podré remediar algún día las consecuencias de ese error, devolviéndole á usted unos bienes á que yo no me creo con derecho.

—Sr. Satorres: ¡que Dios le guíe á usted á todas partes como le ha traído á esta casa!

—La satisfacción de la conciencia vale más que las riquezas.

Eulalia, al oir tal declaración al hombre á quien ya consideraba su futuro esposo, sintió que se le arrasaban los ojos.

Eran lágrimas que anunciaban felicidad.

Al enjugárselas, murmuró al oído de su padre:

—Ya ve usted que no me engañaba el corazón al presentir que vendría con bien.

Tres días después, Franco de Satorres, cumplidamente realizada en la extensa zona del Montseny la secreta é importante misión que Manso le confiara, y llevando su asistente dos caballos muy parecidos á su *Fiel*, se despedía de Eulalia y de Magín Soler, muy cerca del sitio donde habían salvado su vida.

Al estrechar la callosa mano del payés, le dijo:

—¿Quiere usted darme el derecho de que le llame padre?

—¡Aquí lo tienes!—respondió abrazándole.—¡Como hijo te quiero, y te autorizo á que te despidas de ella de igual manera!

Los amantes no se hicieron repetir la autorización.

Entonces que la guerra podía hacer que fuese el último aquel adiós, era puramente del alma el abrazo de sus hermosos cuerpos, á la luz del sol de apacible mañana de otoño y ante los panoramas del Montseny.

—¡Escríbeme!

—Te escribiré, y quizás deba á los franceses el verte más pronto.

—La Madre de Dios te librará de las balas.

Y, al decir esto, Eulalia se quitó una medalla de la Virgen de Montserrat, pendiente de una cadena de plata, y se la puso á él, añadiendo:

—La llevaba mi madre; y como era una santa, ¡ya ves qué reliquia para preservarte!

Franco de Satorres besó la sagrada imagen con veneración, y poco después desapareció su vigorosa figura.

IX

No casarse con nadie

El *hereu* de Roca no se había enterado de la estancia del oficial en la masía de Soler porque, cediendo al consejo de su amigo el herrero asturiano, llevaba una temporada de alejamiento de su ídolo, á ver si, al fin, se calmaban sus ansias amorosas.

Pero en cambio se enteró de las pretensiones de D. Pepito.

El «aparador de brillantes», en cuanto supo la marcha del militar, que tan cargante le parecía, se presentó en la casa de Magín Soler con el aire de seguridad de quien no duda lograr su objeto.

Perfumado y lujosamente vestido, no podía ocultar ni atenuar siquiera la presunción mayúscula que le salía al rostro. En la creencia de que había agradado mucho, apenas se acordaba del tonillo burlón de Eulalia, atribuyéndolo á su carácter dado á bromas.

Y como esta vez ella le recibió con semblante grave y una afabilidad que nacía de su corazón dichoso, pensó él:

—¿No decía yo? ¡No hay para mí pubillas Nones! El pobrete de su padre va á volverse loco á la idea de tenerme por yerno. Me divertiré con su sorpresa.

É inmediatamente D. Pepito, sin explorar siquiera la voluntad de Eulalia, que ya tenía por ganada, se fué en derechura al presunto suegro en cuanto estuvieron solos, hablándole con la sonrisa de protección del fatuo capitalista.

—Amigo mío: los tiempos son muy malos.

—Para unos mucho más que para otros, D. Pepito.

—¡Atroces para todos! Vea usted: mi padre y yo, banqueros tan conocidos, respetados siempre por los

extranjeros lo mismo que por los españoles, nos vemos obligados á pasear del Montseny á los Pirineos en vísperas del invierno, sin otro delito que el cumplir la obligación que nos impone nuestro comercio: servir á todo el mundo. Á los mismos franceses les hemos servido.

—¿Cómo, cómo? ¿No lo dice usted en broma? ¿Han servido ustedes á los gabachos?

—No hay para qué asombrarse, Sr. Magín: no somos afrancesados; pero hemos negociado y pagado muchas letras de los franceses, como hacemos con las de la China: negocio muy bueno para nuestros corresponsales en Francia; mas para nosotros... no pasa de mediano. Con Inglaterra es otra cosa. A pesar de la tacha de exigentes que tienen los ingleses y de que no acostumbran soltar uno sin asegurar dos, se muestran desprendidos cuando les conviene, y hoy nos dan prima para llevarse el oro español.

—Porque ese oro tiene dos garantías que valen más que todas las firmas.

—¿Cuáles?

—¡El valor y la sangre de España!

—No se haga usted ilusiones, Sr. Magín. La verdad es que, á esa clase de garantías, los ingleses prefieren las de nuestras minas. Mi padre y yo lo sabemos de buena tinta. Nuestra frecuente correspondencia con ellos despertó recelo en las autoridades francesas y... aquí me tiene usted. Ahora, no sabiendo qué hacerme ¿qué dirá usted que me ocurre?

—No es fácil adivinarlo, D. Pepito; pero yo, en lugar de usted, me iría á pasear á un país menos frío que este, á Andalucía, por ejemplo.

Y, á la risita que acompañó á esas palabras, enseñaba el payés todos sus dientes, que hubieran envidiado muchos jóvenes.

—No, no: con la guerra no son apetecibles esos viajes.

—Vaya usted al extranjero.

—Sería una fuga, Sr. Magín. Hoy ningún patriota debe salir de España...

—Ya...

—Nada, nada. Lo que me ocurre en la montaña es pensar lo que no pensé nunca en Barcelona: que no hay negocio más importante para el hombre que una buena mujer.

—Opino lo mismo. Siempre echo de menos á la madre de mi Layeta.

—Sin embargo, usted sabe que dinero llama dinero...

—Ciertamente: la mujer puede ser buena y la dote también; pero en Montseny no la hay para usted...

—¿Que no?

—Quiero decir que no hay dote proporcionada al caudal de usted.

—No me importa la desproporción.

—¡Bravo, D. Pepito! Es muy de agradecer el desinterés de un banquero.

—Amigo mío, cuando la novia es un tesoro...

—¿Ya tiene usted novia?

—Y celebro que sea pobre, porque así no será fácil que el suegro riña conmigo.

—¡Je, je!.. ¿quiere usted burlarse de un payés venido á menos?

—Nada de burla, Sr. Magín... Ante los méritos de Eulalia prescindiré de la desigualdad de fortuna.—Puedo elegir entre las más ricas pubillas, pero ella las ha vencido á todas...

—¡Gracias, gracias!

—No esperaría usted esta sorpresa, ¿eh?

—Me parece imposible.

—Pues sepa usted que, al abrir mi corazón, abro también mis arcas, y seré el protector de toda la familia. No quiero que se retarde la boda...

—No vaya usted tan aprisa, D. Pepito...

—¡Bah, bah! Cuanto antes. Así le probaré á usted en seguida que no me burlo.

—No dudo de usted; pero es el caso que...

—Vamos... querrá usted que lo primerito asegure la dote.

—No, señor, no tendrá usted que asegurar nada, porque hay un pequeño inconveniente...

—¿Cuál?

—Que por ahora la noya no está para eso.

—Comprendo: no le gustará que la tengan por interesada... Pero ya lo arreglaremos usted y yo, mi querido suegro.

—¡Ah, mi querido yerno! No lo podremos arreglar, porque ella por ahora no quiere casarse con nadie.

Al cabo de un rato, mientras el payés quedaba riendo, el señorito se alejaba de la masía bufando.

Iba, sin embargo, todavía más empeñado en su propósito y, por consecuencia, resuelto á volver.

Y volvió varias veces, ya solo, ya acompañando á las parientas de Eulalia, hasta que en el camino tropezó un día con el hereu de Roca.

Pero esto merece capítulo aparte.

X

En el tocador de D. Pepito

El gigante, al someterse á la prueba de la ausencia, había visto la imposibilidad, no ya de olvidarla, ni siquiera de renunciar á sus pretensiones.

Estaba enamorado de veras, aunque de un modo propio exclusivamente de su naturaleza. Sentía la pasión con violencia muy ruda, pero sin llegar á lo brutal: sabía emanciparse del dominio absoluto de los sentidos. Hasta en la soberbia de su fuerza se advertía sentimiento.

Cuando recibió dos balazos al pie de la masía de Eulalia, salvando su vida y quizás su honra, no quiso entrar á curarse en aquella casa, resistiendo á las instancias del padre y de la hija, por parecerle el beneficio muy poca cosa, en comparación á lo que deseaba.

Decía de él Magín Soler que tenía lunas, porque, al parecer, revelaba dos naturalezas: la que no podía contener lo indómito de sus impetuosidades, y la que regulaba la sensatez: el carácter del antiguo señor de horca y cuchillo y el del propietario rural que debe al sudor de su frente el bienestar, al propio tiempo que la ajena consideración.

Con no menor sorpresa que cólera, advirtió las visitas de D. Pepito. Si se hubiese dirigido á Magín Soler se habría enterado de la inutilidad de aquellas visitas, y que, á fin de abreviarlas, le había soltado al visitante una indirecta del Padre Cobos.

Pero el amor había tapado los oídos y las entendederas de D. Pepito, y le había bajado los humos. No pudiendo menudear sus visitas, tomaba por pretexto el consultar á Magín Soler sobre propiedades, plantíos y cuanto tuviese relación con su propósito de afincarse en la montaña, para ir siquiera una vez por semana.

Aunque era tan rico, ponía en práctica el adagio «pobre porfiado saca mendrugo».

El mendrugo, para él, era la esperanza. Como el payés no juzgaba conveniente revelarle la promesa que mediaba entre su hija y Franco Satorres, parecíale á D. Pepito que, al cabo, su elegancia, sus brillantes y su dinero harían razonable á aquella Eva tan rebelde.

El hereu de Roca interrumpió bruscamente sus ilusiones.

D. Pepito ocupaba la mejor finca en la falda de la montaña. Una mañana, cuando se estaba acicalando delante del espejo con igual detenimiento que si se hallase en su tocador de Barcelona, llegó un criado á anunciarle la visita de un conocido propietario de aquel país.

—Yo no le conozco,—respondió D. Pepito.—Probablemente vendrá por asunto de intereses. Que se entienda con mi padre.

El criado salió, y al poco rato volvía diciendo:

—Señorito: que no es cuestión de intereses; que necesita ver á usted precisamente. Además, su señor padre no se encuentra ahora en casa.

—Pero ¡pedazo de alcornoque!—clamó D. Pepito, —Si ahora no recibo, no puedo recibir.

Y gesticulaba como un mico, mirándose al espejo, porque se le había deshecho un bucle, precisamente el que acababa de colocar con más coquetería.

—Entonces ¿qué le digo, señorito?

—¡Que no puede ser! ¡Que ahora no estoy visible!

—¡Buen día y buen hora!—dijo una voz como un trueno, á la misma puerta por donde iba á salir el criado.

Este se escurrió.

D. Pepito fué á hablar, pero se quedó en la intención, con dos palmos de boca abierta, mirando al que entraba, y entraba sin ceremonia, con el sombrero encasquetado, y blandiendo un formidable garrote de puntas de hierro.

La tonante voz correspondía á una cara también de trueno y á una estatura colosal.

El figurín, sintiendo escalofríos, buscó á su criado con la vista, sin que osara moverse; pero inútilmente.

Conocía y respetaba mucho el sirviente al hereu de Roca, y al alejarse no creería dejar á su señorito en las astas del toro, ó poco menos.

Hubo unos momentos de silencio, silencio penosísimo para D. Pepito, cuyo estupor causaba las delicias del gigante, á juzgar por su sonrisa.

Hasta en esa señal de satisfacción era grande y tremendo aquel hombre, á los ojos del figurín, que tenía puesto un peinador como una dama, mostrando en una mano las tenacillas con que acababa de rizarse el

cabello, y acariciando temblorosamente con la otra el bucle deshecho.

Así el gigante le examinaba con igual placidez con que un oso se entretendría con las gracias de un mico.

Mas como no había venido para eso, recobró muy pronto su aspecto habitual cuando D. Pepito le preguntó:

—¿Puedo saberá... quien tengo el gusto de... recibir?

—No; usted no tiene gusto ninguno en recibirme... ¡Sea usted franco, Sr. Pepito, y diga la verdad, aunque reviente, primero que mentir! Si usted hubiese tenido gusto, no hubiera dicho al criado que no quería recibirme.

Este metrallazo á quema ropa disparado con franqueza montaraz, lo mismo á su persona que á los usos y conveniencias sociales, dejó atónito á D. Pepito. Ni sabía qué hacer, ni atinaba con una respuesta, porque el miedo le embargaba hasta la voz, como las facultades y los sentidos.

El de Roca había cerrado la puerta y se había sentado frente á él con la mayor calma, interceptando la salida por si le ocurría escaparse de su poder. Se caló el sombrero hasta los ojos, y estos ojos... á D. Pepito le parecían los de un dragón.

—Dispense usted,—se atrevió, al fin, á decir,—que por la torpeza de mi criado, y por no saber á quién tengo el gusto...

—¡Vuelta con el gusto!—interrumpió aquel fierabrás, agitando unas manazas velludas como las del oso.—Le digo á usted, Sr. Pepito, que me revientan las mentiras de los cumplimientos y me empalagan las ceremonias... Y no eche usted la culpa al pobre criado, que cumplió con su obligación, como usted no cumple. Y ahora vamos á lo que vengo.

D. Pepito se limpió el sudor frío que bañaba su frente, y cambió de postura en la silla media docena de veces en los momentos de pausa que siguieron á aquel preámbulo.

—Yo soy el hereu Roca, si usted no lo sabe todavía, ó con el miedo se le ha olvidado. No vengo á regalarle á usted el oído, como no se lo regalo á quien me estorba.

D. Pepito principió á encomendarse al santo de su nombre, balbuceando en seguida:

—Suplico á usted tenga la bondad de explicarme...

—¿De qué bondad quiere usted que necesite para explicar á usted que me estorba lo mismo que una mosca, cuando se me pone en la punta de la nariz?

D. Pepito hizo una cosa heroica en su situación: se sonrió; sonrisa de conejo, es verdad, pero harto expresiva en aquellas circunstancias.

—¡Qué bromas!—murmuró.—¡Qué bromas gasta usted, señor...! ¿Peñasco? Me parece haber oído que usted se llama una cosa así...

—No, señor: el hereu Roca: este es el nombre que le he dicho á usted.

—¡Ah! Sí, sí... tiene usted razón: Roca... Yo bien sabía que es cosa muy dura.

—Pues sepa usted también que el hereu Roca no ha gastado nunca una broma, ¡nunca!

—Entonces... suplico á usted que me diga por qué le estorbo, porque yo... no me meto con nadie.

—Estorba usted á una noya, y me estorba usted á mí, que quiero á esa noya.

D. Pepito abrió la boca desmesuradamente, como si quisiera tragarse la noticia que acababa de darle el hereu; pero en realidad la abría de asombro de que semejante fierabrás pudiera enamorarse, y enamorarse de Eulalia, porque la noya no podía ser otra.

—Por consecuencia,—continuó el coloso;—de hoy en adelante figúrese usted que no ha visto á la noya en toda su vida, y vaya usted preparando el viaje á Barcelona, ó adonde le dé la gana, siempre que se marche de esta tierra, que está asombrada de ver á un mequetrefe como usted y de entender que se cree capaz de enamorar á una hembra como aquélla.

—¡Eulalia!—murmuró involuntariamente D. Pepito, poniendo una cara tan compungida, tan lastimosamente cómica, que el temido rival depuso su ceño y soltó una carcajada, una carcajada de gigante.

Quedó el figurín turulato y descompuesto; de manera que hasta sus bucles aparecían en desorden, rebelándose contra la mano que febrilmente trataba de aliñarlos.

En esto sintió pasos fuera de la habitación, y, pensando que eran los de su padre, cobró algún aliento.

Pero eran los del criado, que se perdieron luego hacia el huerto.

—Dispense usted: yo creía que mis visitas á casa de D. Magín Soler no debían importarle á... á una persona extraña.

El gigante, que no entendía muy bien el castellano en que D. Pepito le hablaba, porque D. Pepito, para darse tono, prefería al lenguaje de su país el uso del idioma nacional, al oirse tratar de extraño, que en catalán significa extravagante, raro y hasta feo, soltó otra carcajada de aquellas que al otro le causaban más miedo que sus manazas vellosas.

—De veras me encuentra usted extraño... ¡ja, ja! después de mirarse usted al espejo. Cree usted que sus visitas no deben importarme, y creo yo que un hombre no puede ser tan feo como un mico. Pero esta verdad no le quitará á usted la ilusión al mirarse al espejo. Me ha puesto usted de buen humor, lo cual hace muchos años que no me sucedía. En pago de un rato tan agradable, voy á hacerle una advertencia y darle un consejo de amigo: si vuelve usted á acercarse siquiera á casa de Eulalia, tendrá usted un disgusto gordo, pero muy gordo. No olvide usted la advertencia. El consejo, Sr. Pepito, es el de volverse por donde usted ha venido. Vaya usted á consolarse con alguna señorita de esas que se contentan con un muñeco á falta de un hombre. Por mi parte, le doy á us-

ted palabra de no revelar á nadie el objeto de esta visita. Y he concluído.

Se levantó el coloso, y antes de marcharse tendió á su rival aquella mano, en cuya palma hubiera podido sentarse cómodamente el figurín.

Pero él fingió no advertirlo y, cada vez más aturdido, intentó una reconciliación imposible. Al ver su humildad y oir su voz medrosa, nadie hubiese dicho que era el engreído banquero que hablaba con aire de protección á cuantos consideraba inferiores.

—No me ha entendido usted bien, Sr. Peña, digo, Sr. Roca. No le he llamado á usted feo, y me insulta sin causa.

—No estoy para perder tiempo, Sr. Pepito... Conque... adiós, y ¡buen viaje! Si sigue usted mi consejo, aun podré apreciarle.

Y, quieras que no quieras se apoderó de la mano del elegante, y en prueba de aprecio le hizo crujir los huesos.

Al chillido del figurín correspondió riendo.

—Pero, señor... ¿es usted de alfeñique? ¡Ni aun sirve usted para estrechar la mano de un hombre!

Y, dejando caer sobre él una última mirada, más llena de lástima que de desdén, salió del tocador de D. Pepito blandiendo su clava, con el aire resuelto de un conquistador.

XI

Una lección inolvidable

Al pronto el señorito pensó desahogar su contenido coraje en el criado que abriera la puerta, y despedirle en el acto; pero le detuvo el temor al ridículo, pues

era probable que el sirviente hubiese advertido algo de su escena con el de Roca, y en venganza lo propalara por todas partes.

A un hombre tan pagado de sí mismo, esa idea tenía que hacerle mucha fuerza. Ni siquiera á su padre y socio le dió cuenta de la visita.

Juzgando preciso obedecer á la intimación del gigante, resolvió dejar el país. No le faltaría un pretexto para ello cuando le preguntasen el motivo.

Quiso, al efecto, despedirse de Magín Soler y del adorado tormento. El de la clava no había de pretender el cumplimiento de sus órdenes tan al pie de la letra que le impidiese aquel amargo consuelo.

Por si acaso, contra su costumbre de ir solo á la inolvidable masía, se hizo acompañar del criado, montañés de los más fornidos.

Sin novedad llegaron allá la tarde elegida para la visita.

Cuando Magín Soler supo que iba á despedirse disimuló con diplomacia payesa la satisfacción de no ver más por allí á un señorito cuyas visitas molestaban tanto á su hija, y aun le convidó á merendar con ellos.

Entonces D. Pepito despidió al criado, con encargo de que volviese á buscarle dentro de un par de horas.

Eulalia estuvo más amable, en gracia del favor que les hacía yéndose á otra parte con la música, y el figurín se reanimó.

Pasaron las dos horas: el criado no parecía.

No quiso aguardarle porque la tarde iba terminando. Salió muy aprisa, haciendo mil castillos en el aire, en la creencia de que Eulalia, al fin, empezaba á ablandarse, y resuelto á volver, más pronto ó más tarde.

Pero ¿y el de Roca? He aquí su plan para enternecerle y librarse de sus imposiciones:

—Como propietario que es, y de importancia, le halagará que yo le pague su visita para proponerle alguna compra sin regatear precio, lo que más le convenga á él. De paso le daré mil satisfacciones, asegu-

rándole que renuncio á la idea de casarme con Eulalia y que sólo veo á Magín Soler por tratar de negocios. Probablemente, así me dejará en paz, porque él no es su novio tampoco, y, aunque bruto como grandazo, no me parece de mala pasta.

Pintándoselas tan felices llegó junto á una charca de agua verdinegra, de un metro de profundidad, y lo menos la mitad de fango.

Pasaba siempre por allí por ser un atajo. Empezaba á oscurecer.

Poblada de ranas la charca, D. Pepito las encontró más alborotadas que nunca. No había otro ser viviente que se anunciase por allí.

Ya por la soledad, ya por ser más tarde de lo que acostumbraba, le sobrecogió un miedo que hizo temblar sus piernas y venir á tierra los castillos de su fantasía.

Coincidiendo con eso aumentó el desconcierto de las ranas; parecía que se burlaban de su miedo, y esta idea tomó en su meollo tal cuerpo de realidad que les lanzó una piedra.

En el momento de sumergirse la piedra en el agua fangosa, D. Pepito sintióse cogido por detrás y levantado en el aire, mientras la voz de trueno que le era bien conocida le decía:

—Detrás va usted.

Y el figurín, volteado como pelota, fué á caer en medio de la charca, dando chillidos que asustaron é hicieron callar á todas las ranas.

Al clamar ¡socorro! revolcándose en el fangoso líquido, resonó una de aquellas carcajadas que aun le causaban mayor espanto que las manazas del gigante.

—¡Ande usted, que no se ahogará!—siguió diciendo la tremenda voz.

—¡Que me hundo y no puedo salir! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Échese usted á nadar. Ya ve usted como he

cumplido mi palabra... ¡Vuelva usted á ver á la noya... ahora, que tan bonito se ha puesto! ¡Ja, ja, ja!

Y se alejó el coloso, repitiendo sus carcajadas, que retumbaban como truenos por aquellas concavidades.

Pero no desapareció sin haberse cerciorado (justo es consignarlo) de que su víctima, aunque con penoso trabajo, salía, al fin, de la charca.

El criado de D. Pepito se había presentado en la masía de Soler media hora después de la salida de su amo. Creyéndole muy amigo de la casa, el buen hombre aun suponía favorecerle con su tardanza.

Por mucho que apretó luego el paso, á ver si le alcanzaba, sólo alcanzó á encontrarle hecho una lástima.

D. Pepito no se atrevió á denunciar á su verdugo, y dijo que había caído en la charca por torpeza suya, lo cual, sin ser verdad, resultaba cierto, por haberle prevenido el de Roca las consecuencias de obrar torpemente.

El pobre figurín tuvo que resignarse á perder de vista la casa del soñado suegro, y á alejarse también, para siempre, del Montseny y de la inolvidable payesa.

XII

Los remangados

Han transcurrido tres meses.

Llegan á las faldas del Montseny las primeras brisas de la primavera; pero á la vez llega el hálito abrasador de la guerra hacia la ladera dominada por la masía de Soler.

Retumba el cañón, y alterna con su voz la fusilería.

Las descargas se suceden á intervalos irregulares y como escalonándose entre la planicie y la altura.

Aunque esto ocurre en una espléndida mañana, forma tan densas humaredas la pólvora, que, mezclándose con el verdor oscuro del boscaje, no permite á alguna distancia distinguir los accidentes de la lucha.

Gritos estentóreos de: «¡España y á ellos!», furibundos «¡En avant!» entre los secos redobles de las cajas; figuras que avanzan ó que retroceden con movimiento vertiginoso, deslizándose por un lado para volver por otro; galopes hacia lo menos áspero de la ladera: eso es lo que advierte en los primeros momentos el hereu de Roca, desde un ribazo adonde acaba de llegar.

Hay partes donde el humo lo oculta todo; de manera que, á pesar de la luz del sol, únicamente atraviesa tal oscuridad el relampagueo de los fogonazos.

El gigante está solo y no le acompaña su formidable clava; pero, en cambio, va armado de una escopeta de dos cañones, cuya culata es forrada de acero, y de un cuchillo de caza.

Su mirada busca un sitio á propósito para tomar parte en la lucha, y descubre una columna francesa que avanza en dirección á la masía, protegiendo la subida de dos cañones. Ya llegan casi á tiro de fusil del hogar de Eulalia.

—¡Voto al demonio! La posición es demasiado buena para que no procuren apoderarse de ella.

Al soltar ese voto ve que se detiene el comandante para excitar el ardor de los suyos con la espada en alto, y le apunta con su escopeta, diciendo:

—¡Por lo menos, tú no subirás!

Suena el tiro, y el jefe francés rueda con el cráneo roto.

Vacila unos instantes la columna, compuesta de un centenar de infantes y los artilleros que sirven las dos piezas; de sus filas sale otro oficial y, al adelantarse

á su frente, recibe en el pecho la segunda bala de aquella certera escopeta.

A la vacilación sigue algún desorden; lanzan gritos de rabia y de venganza y se refleja el espanto en algunos rostros de los veteranos de Austerlitz y de Jena.

Y hay motivo: aquello les parece prodigioso, no descubriendo ni al matador de sus jefes, ni un indicio siquiera de donde estuviese.

El de Roca ha disparado detrás de un alto matorral donde no es fácil percibir ni los fogonazos ni el humo.

Aun no se han repuesto los franceses de su estupor, pero gritan, sin embargo, «¡En avant!», cuando un precipitado galope les hace tornar la vista á su flanco izquierdo, y prorrumpen en exclamaciones de asombro.

—¿Cómo es posible que los caballos puedan correr con tal soltura por esas asperezas? ¿Qué seguras manos los guían?

¡Ah! Ya los han conocido; para ésos no hay obstáculos: son los terribles jinetes de Manso, los *remangados*, como los llama el pueblo, porque llevan desnudos sus brazos, bronceados por el sol; son los que no necesitan secundar, cuando hieren á un enemigo con los sables corvos de ancha hoja y filo irresistible, hechos en Toledo expresamente para tales brazos.

También van armados de carabinas.

Son catalanes, aragoneses y andaluces, y solamente unos treinta. Llegan veloces como el viento, con los sables levantados, y á su frente un joven oficial de ojos de fuego y cabellera blonda.

—¡Es él! dice el de Roca.

Le conoce porque, al fin, supo que Eulalia tenía novio.

Acaba de cargar su escopeta y se la echa á la cara: no apunta á ningún enemigo de su patria, sino al rival venturoso, á otro español.

Pero no oprime el gatillo. En aquel momento el pequeño escuadrón se precipita sobre la infantería

francesa, que, formada en cuadro, le recibe con una descarga casi á quema ropa.

Tres jinetes caen, pero los demás penetran como una cuña en el cuadro, y lo rompen y desbaratan acuchillando á diestro y siniestro.

El gigante se entusiasma contemplando aquello, y, sin apartar su mirada de Franco de Satorres, que hace prodigios, murmura:

—¡Es un héroe! Acaba de salvar de las garras de tres á uno de los suyos, á quien han matado el caballo. Pero el caído no se queda á pie: ya sigue batiéndose sobre uno de los que andaban sin dueño. ¡Qué hombres tan fuertes y tan ágiles! ¡Cómo rebanan brazos y cabezas! Parece que principian ahora la función, y, muertos ó heridos, ya están por tierra casi la mitad de los del cuadro, mientras que de ellos sólo han caído seis. Pero aquel sargento gabacho... ¡vaya un hombre también!... ha llamado á los artilleros é intentan juntos rehacer el cuadro. ¡Oh! Será para él la bala que destinaba á mi rival. ¡Viva España!

A este grito, lanzado con voz de trueno por el de Roca y contestado con entusiasmo por los guerrilleros, el sargento francés vuelve la cabeza, ofreciendo así á un buen tirador un blanco seguro, porque los demás combatientes también suspenden unos momentos la lucha, sorprendidos por tan formidable aviso.

Suena el tiro y cae el temible enemigo.

Entonces cunde entre los suyos el desaliento y el desorden, porque se figuran que aquel tiro anuncia un refuerzo de importancia para los nuestros.

—¡A los cañones! grita Franco de Satorres.

—¡A los cañones, sí! repite el gigante, asombrando á unos y á otros con su imprevista aparición.

En vano defienden las piezas los artilleros y el grupo más numeroso de los infantes. La culata acerada de la escopeta del hereu rompe los cráneos más

testarudos en la defensa, mientras los *remangados* deshacen aquel grupo.

Ya empieza la desbandada del enemigo. Franco acaba de arrancar su bandera, matando al abanderado de un pistoletazo, mientras el de Roca arroja uno de los cañones por un despeñadero, con atalaje y todo.

XIII

Peripecias heroicas

Algunos guerrilleros hacen la primera cura á sus heridos, y los más van al alcance de los fugitivos.

Desmoralizados éstos por la derrota contra fuerzas tan inferiores, los hay que se dejan coger tirando sus armas, y suplicantes al ver sobre ellos los temidos sables.

Principian á atarlos de dos en dos, cuando aparece un explorador que había enviado Satorres al principal teatro de la lucha, y que es un joven voluntario amigo suyo. Su caballo viene cubierto de espuma.

Franco se adelanta á su encuentro, y el mensajero le dice con rápida expresión:

—Tres cañones habíamos clavado ya, cuando el enemigo recibió refuerzo considerable. Entonces Manso simuló una retirada, pero sin prisa y con tan buen orden que, como los franceses estaban muy cansados y debieron saber lo que aquí pasaba, no le hostigaron. En cuanto él se cercioró de que no le seguían, torció á la izquierda y se metió por las gargantas que empiezan al pie del Cremat.

—Vendrá hacia acá dando un rodeo...

—Sí, señor, porque ha averiguado que tratan de establecerse en esa posición y fortificarla.

Y el explorador señala la elevada meseta en que está la masía de Soler, continuando:

—Por eso mandaron la columna que veo destrozada; pero al momento llegarán aquí nuevas fuerzas. Yo vi salir en esta dirección dos compañías de cazadores...

—Pues preparémonos á recibirlos. Manso todavía tardará una hora y media; y como le suponen por la otra parte, llegarán ellos con toda confianza.

—Nosotros los entretendremos, y él los cogerá por detrás cuando menos le esperen.

—Y no tendrán escape, por donde él ha de llegar: podrá empujarlos á los despeñaderos.

—¡Oh! A Manso no le han hecho general todavía, pero lo es.

—Desde que empezó.

En esto, la mirada escrutadora de Franco descubre allá abajo, entre la espesura, algunos puntos movibles que, heridos por la escasa luz solar que penetra en aquel sitio, parecen estrellitas que avanzan por el monte.

—Pronto los tendremos ahí,—dice.

—Mi teniente: acullá se ven otros que suben hacia el *Paso de los Lobos*,—clama un soldado que llega con un prisionero.

Bien le había informado su explorador. Eran dos compañías de *voltigeurs*.

En seguida dispuso lo conveniente, sin inquietarse ante el nuevo peligro, y reflejándose el deseo de combatir en todos los semblantes.

—¡Lástima que haya despeñado usted uno de los cañones!—le dijo al de Roca. Ahora nos serviría contra ellos, como va á servirnos este que ha quedado.

—Pues hubiera arrojado también ése porque no nos embarazase el llevarlo.

—Ya lo esconderemos cuando haya servido.

El cañón, que estaba cargado con metralla, fué conducido á brazos por los prisioneros hasta el lugar de su emplazamiento, sobre una hondonada que tendrían que cruzar los *voltigeurs*.

Los *remangados* desmontaron, preparando sus carabinas, y la mitad de ellos fueron á emboscarse para recibir al enemigo.

El hereu propuso á Franco que sirviesen el cañón los mismos franceses, pues entre los rendidos había tres artilleros.

—No,—respondió el noble amante de Eulalia.—Sería demasiado cruel obligarlos á disparar contra los suyos. Lo que siento que no podamos atender á los dos heridos graves que tenemos.

Aun no acabara de decir eso, cuando oyeron todos las voces de asombro de un compañero andaluz, ex picador de toros, el cual había subido á un peñasco de vigía.

—¿Qué es eso? le preguntó el más próximo.

—*¡Cazinál* ¡Que la *mezma* María *Zantízima* viene *á zocorrernoz, vestidita* de *payeza!* ¡Vaya una *jembra reguapa* y *zeñora!*

El lector puede figurarse qué vuelco le daría el corazón á Franco de Satorres, y la escena que sucedió.

Los amantes no se habían visto desde su patética despedida, y ahora los momentos eran más supremos que entonces.

Acompañaban á Eulalia su padre y su criado con un caballo.

—¡Presentía encontrarte aquí,—le dijo ella,—y temía llegar demasiado tarde! Pero vives y habéis triunfado. ¡Oh! ¡Así te soñaba yo, Franco mío!

La voz de la guerra le impide á él corresponder á tales acentos de ternura. Son tiros que suenan hacia el *Paso de los Lobos*.

—¡Vete, mi Eulalia! Pronto volveré á tu lado, si Dios quiere.

—¡Virgen Santa, protégele!

—¡Adiós! Desde que te he visto es más inquebrantable mi fe en la victoria.

—Pero... —murmura la joven, vacilando al peso de la emoción.

Nuevo y nutrido tiroteo la interrumpe.

Franco la estrecha en sus brazos, y los de Magín Soler se enlazan también con los de aquel hijo.

En seguida emprenden los recién venidos el regreso á su hogar, llevándose á los dos heridos graves. Al uno le conducen entre Magín Soler y el criado. El otro va sobre el caballo, y á su lado la garrida payesa ayudándole á sostenerse.

El de Roca ha presenciado la anterior escena devorando sus celos; pero en el corazón de aquel hombre tan rudo la imagen de la Patria acaba por sobreponerse á su amor. Ha reflexionado que Franco no tiene culpa de su desgracia, y que, aunque Eulalia no le hubiese conocido, tampoco le hubiera querido á él.

A esta idea se acrecienta doblemente su afán de exterminio contra el aborrecido extranjero, no sólo porque profana el suelo de la Patria y porque sus atropellos claman venganza, sino cual si los malditos gabachos hubiesen contribuído directamente á sus rabiosos celos.

Se pone con resolución al lado de su rival y le dice:

—Estoy completamente á las órdenes de usted; pero le ruego que me señale el sitio de más peligro.

Franco, apoderándose de la carabina de uno de los suyos muerto, responde:

—Por ahora todos disfrutaremos por igual de ese honor; y envidio que el arma de usted sea de mayor alcance que la mía.

Ocultaron el cañón con ramaje; metieron atados á los prisioneros, que eran unos veinte, en una gruta, cuya entrada tapó el hereu con una gran piedra, pero dejando suficiente respiradero, y en seguida se distribuyeron los puestos para la caza de franceses.

Franco se había quedado en aquel sitio únicamente

con seis de los *remangados*, además del gigante. Los otros, que serían diez y siete, habían ido á cortar el *Paso de los Lobos*, después de esconder sus caballos en lugar seguro.

Entre un sitio y otro mediarían unos seiscientos metros: distancia que, á pesar de las asperezas del terreno, podían franquear fácilmente los incansables guerrilleros cuando fuera preciso efectuar su unión, y por veredas que sólo ellos y la gente del país conocían.

De manera, que aquel combate, ya iniciado, era por de pronto entre veinticinco de los nuestros y más de doscientos que comprendían las dos compañías de *voltigeurs*, sin contar los dispersos de la anterior derrota, que se fueron juntando á ellos.

Franco no podía pensar en la ofensiva, á pesar de la gran ventaja del conocimiento del terreno. Su principal objeto era entretener al enemigo, castigándole cuanto podía hasta la llegada de Manso, pero sin comprometer demasiado su escasa fuerza.

Los que fueron á cortar el *Paso de los Lobos* situáronse á un lado y otro de un desfiladero que le domina, ocultos por espesas malezas, y no desperdiciaron tiro cuando los franceses se acercaban.

Los de la otra parte, antes de tenerlos á la distancia conveniente, pudieron admirar los prodigios de la escopeta del hereu. Donde ponía el ojo ponía la bala, é hizo morder el polvo al capitán de la compañía y á un teniente, primero que descargasen las carabinas sus compañeros.

Cuando más se excitaba la furia francesa ante un enemigo casi siempre invisible que les causaba numerosas bajas, intentando el flanqueo de la posición sostenida por los ocho, se acercaron lo suficiente para que en la descarga del cañón no hubiese desperdicio, y el mismo Franco lo disparó.

El efecto fué aún mayor por lo inesperado, y los furibundos veteranos retrocedieron largo trecho al ver en tierra á diez ó doce, heridos por la metralla.

Entonces cometió el gigante una imprudencia. Despreciando al enemigo y excesivamente confiado en la fortaleza de su cuerpo, salió de su escondite porque se le ponían fuera de tiro y corrió detrás de ellos.

Pero apenas había disparado su escopeta, haciendo buen blanco, cual de costumbre, volviéronse los franceses y hallaron también excelente blanco para sus tiros en aquel hombre colosal que así los desafiaba.

Sonó la descarga y se le vió tambalearse como un ebrio, retistiéndose tenazmente á caer, mientras unos cuantos franceses subían á su encuentro.

—¡A librarle!—clamó Franco de Satorres.

Y salió á descubierto, seguido de los seis que le acompañaban, con la bravura de leones.

Dispararon sus carabinas casi á boca de jarro sobre el pelotón de enemigos que se aproximaban, y cayeron una mitad de ellos. Pero á los restantes se unieron otros y se entabló una terrible lucha al arma blanca.

El de Roca, aunque gravemente herido, deshizo el cráneo de un culatazo al que con mayor atrevimiento se le acercó á proponerle la rendición, que era un sargento.

Satorres, en peligro tan grande, no perdió ni un punto su serenidad: lanzó un fuerte silbido, como aviso á los que luchaban en el *Paso de los Lobos*, se acercó á un árbol, en cuyo tronco apoyó su espalda el herido, y, á ambos lados sus compañeros, revistió la defensa caracteres heroicos.

La escopeta del hereu trazaba un molinete formidable, á cuyo alcance no osaba ponerse ninguno, desde que observaron que era mortal cada golpe de aquella maza de acero.

En brevísimo rato cayeron ocho de los franceses que los atacaban, teniendo ellos sólo dos heridos. Entonces algunos enemigos se apartaron á cargar sus fusiles, pero cuatro de los *remangados* saltaron sobre ellos, y los temidos sables rompieron como cañas aquellos fusiles.

Sucede á aquel rasgo un movimiento de vacilación entre los acometedores, y Franco lo aprovecha corriéndose un poco más en la dirección en que espera ser socorrido.

Al efectuar este movimiento desarma á un oficial con su sable, le acorrala contra un árbol, y, poniéndole la punta en la garganta, le dice en francés:

—Ríndase usted, ó es muerto.

El oficial francés, lleno de asombro por tal rasgo de valor y de audacia, no tiene otro remedio que rendirse á la vista de sus soldados; y al dar su palabra de honor le dice á Franco:

—Le seguiré á usted, si antes no le rinden los míos.

—Ahora verá usted que, si no me matan, no me rendirán,—replica el español.

XIV

Manso.—¡Viva España!

Y simultáneamente aparecieron, por un lado los que aguardaba Franco, y por otro *voltigeurs* y más *voltigeurs*.

La desigualdad era abrumadora.

En esto suena un redoble en las concavidades que hay á medio camino de la masía, y, reproducido el eco, parece anunciar varias fuerzas.

Al mismo tiempo se oyen tiros hacia allá, y los franceses, al observar que les causan dos bajas, no dudan de la llegada de refuerzos para sus adversarios. Temiendo ser copados, emprenden una rápida retirada.

—¡Viva España! ¡Viva nuestro teniente!—gritan con entusiasmo los guerrilleros.

Despiden al enemigo con una mortífera rociada de

las carabinas, acuden en busca de sus caballos y, saltando sobre las sillas, hubieran volado á perseguirle si Satorres no los hubiese contenido cariñosamente diciendo:

—Por esta vez, al enemigo que huye puente de plata, que muy en breve tendremos ahí á los que han combatido con nuestro jefe.

Un nuevo redoble le interrumpió.

—Pues ¿no es él, mi teniente?—pregunta uno, indicando la dirección del sonido.

—No puede ser: vamos á ver quién es ese auxiliar misterioso,—responde Satorres consultando su reloj.

Todos se lo preguntan unos á otros con miradas de asombro, y al momento satisface su curiosidad. Ramón, el criado de Magín Soler. Él es el tambor improvisado, y lleva además una escopeta á la espalda.

A pocos pasos le sigue su amo, armado también y acompañado de otro payés que, en vez de escopeta, lleva un trabuco de contrabandista.

El padre de Eulalia, recordando los prodigiosos resultados que tuvo en la jornada gloriosa del Bruch la ocurrencia del tamborcillo de Sampedor(1), que hizo creer á los franceses que se las habían con un ejército, cuando en realidad luchaban sólo con algunos somatenes, se valió del mismo recurso al observar el trance en que se hallaba aquel puñado de guerrilleros.

Durante los momentos de expansión y de plácemes que á ese encuentro suceden, se hace la primera cura á los heridos, y da Soler la grata noticia de que cuentan con municiones. El más grave era el hereu: tenía un balazo en el pecho, otro en un muslo, y otro en el brazo izquierdo con rotura del hueso; en fin, lo suficiente para matar á otro hombre. Pero él, estrechando la mano de Satorres, le dijo:

---

(1) En este pueblo, en la casa en que vivió el famoso muchacho, vi una lápida conmemorativa del suceso.

—Creo que de aquí á unos días ya no tendré nada, y podré pagar á usted el favor que desde hoy le debo.

—No he hecho más que cumplir con mi deber, valiente compañero,—le respondió Franco.

El de Roca tuvo que resignarse á que le condujeran en unas parihuelas.

Inmediatamente sacaron á los prisioneros que tenían encerrados, á los cuales se unió el oficial rendido en combate singular, y todos emprendieron la marcha á la masía. Magín Soler contó que Eulalia cuidaba á los heridos.

Satorres participó á su futuro suegro la creencia de que serían inmediatamente atacados por fuerzas muy superiores y la confianza en el auxilio de Manso.

—Entonces los prisioneros se los llevará él...

—Justamente. Por eso nos acompañan. Si los hubiésemos dejado ahí, al pasar los suyos los sentirían y ¡figúrese usted!...

—La verdad: en casa, aunque es grande y hay el cobertizo, no cabríamos tanta gente.

—Descuide usted: los franceses no pasarán la noche en casa.

—¡Ya asoman!—dijo un batidor desde la retaguardia.

Corrió Franco á una altura próxima y vió con su anteojo de campaña unos mil quinientos hombres, con cuatro cañones de montaña.

—Parece que no te alarmas, muchacho,—prorrumpió Magín Soler, observando que bajaba con rostro plácido.

—Es que empieza á realizarse el plan de Manso. Ellos le creen muy lejos de aquí: por eso han dividido sus fuerzas, y consideran sobradas las que vienen para establecerse en esa excelente posición. Si sospechasen la verdad vendrían los cinco mil hombres que tienen por esta parte, sin contar la artillería, y entonces probablemente los novecientos de Manso no podrían evitarnos un disgusto.

Cerca de la masía vino Eulalia al encuentro de la pequeña columna, y el gigante lanzó un gemido, pero no del dolor de sus heridas, de pena al considerar su desventura en contraste con la felicidad de aquel rival á quien ya no odiaba.

Eulalia se mostró pesarosa de la situación del hereu, porque no olvidaba el inapreciable servicio que le debían.

Nunca su voz argentina le había parecido á él tan armoniosa y dulce como al preguntarle entonces si algo deseaba.

—¡Me abraso de sed!—contestó el herido.

Eulalia le sirvió el agua con tan fraternal solicitud, que se humedecieron los ojos del coloso quizá por primera vez en su vida.

Llegaron, y con febril rapidez se pusieron todos á levantar defensas: natural la tenía la parte de atrás del edificio, porque se apoyaba en un cerro muy escarpado; y por el costado derecho improvisaron un muro con grandes piedras.

En la parte delantera no hacían nada. Magín Soler, sorprendido de esto, interrogó á Franco, el cual, señalando á la amplia galería, respondió:

—Ahí tiene esa parte su mejor defensa, y en el costado izquierdo sus ventanas.

—¿Bromeas, muchacho?

—No son de bromas los momentos. En esos sitios colocaré los veintiún prisioneros, ¡y á ver si se atreven los sitiadores á tirar á los suyos!

Y dicho y hecho. Los prisioneros ocuparon la galería, y las ventanas de aquel costado, precisamente á tiempo que empezaba el tiroteo con las avanzadas de los suyos.

Tales defensas, careciendo de fuerzas para impedirles el paso y acercarse á la posición codiciada, no podían servir sino para detenerlos breve rato, por heroicos que fuesen los defensores.

Sin embargo, á éstos hubo de favorecerles entonces,

en su propósito de ganar tiempo, la cautela con que subía el grueso de aquellas tropas. Acababan de sufrir graves pérdidas en varios combates; la montaña les era fatal, y esta experiencia les obligaba á medir sus pasos, aun creyendo ya conocer el escaso número de combatientes que allí se les opondrían.

Pero no les libró esa cautela de un golpe de mano antes de llegar á tiro.

Los mismos que iban irremediablemente á ser sitiados se adelantaron al encuentro de los sitiadores, sorprendiéndolos en un paso difícil, y les causaron de una descarga nueve bajas, cuando ya saboreaban la satisfacción de no haber tenido en aquella marcha tropiezo alguno.

Fué tan súbito aquello y los atrevidos se retiraron tan prestamente, que no tocó á ninguno la descarga con que les respondieron.

No tardó en tronar la artillería.

Como había previsto Satorres, los sitiadores no atacaron ni el frente ni el costado, en cuyas ventanas se destacaban las cabezas de media docena de sus granaderos, con las gorras de pelo características.

Pero en cambio los cuatro cañones de montaña fueron emplazados contra el costado derecho, en el cual no había ventanas para repetir dicho ardid, y cuya pared maestra, á pesar del refuerzo de su improvisado escudo de piedras, no podría resistir largo rato á la acción combinada de aquellas piezas, aun siendo de las de menos calibre.

En esta situación, á los sitiados no les era dable ofender, porque las balas de sus carabinas no alcanzaban á los artilleros, y fuera de su alcance se habían puesto también las demás fuerzas enemigas. Todas aparecían formadas en batalla detrás de los cañones.

—Se ve que no aguardan más que abrir brecha, y eso pronto sucederá. ¡Y Manso no viene!—dijo á

Franco su futuro suegro, lleno de inquietud, viendo derrumbarse un trozo del muro improvisado.

Satorres consultó su reloj.

—No puede tardar... quizás cuestión de minutos.

—Acaso aciertes; pero, hijo mío, si tarda un poquito más, llegará cuando hayan dado el asalto y, á pesar de nuestra resistencia, y aunque nos volvamos cada uno cuatro, nos hayan pasado á cuchillo á todos.

—¡Vendrá... todavía á tiempo!

—Yo, si no fuese por mi Layeta... Pero ¿qué haces, hijo mío?

—¡Á caballo, muchachos!—gritaba Franco, que acababa de observar un movimiento inusitado en la retaguardia del enemigo, un indicio claro de sorpresa.

Momentos después su reducido escuadrón sale á toda brida, tendidos los jinetes hacia adelante y electrizados al sentir las descargas de fusilería que les anunciaban el ansiado socorro.

Van derechos sobre la batería.

Disparan los cañones sobre ellos; pero, gracias á que los artilleros no han podido rectificar su puntería, sólo cae uno de aquellos prodigiosos jinetes.

Una rociada de balas da en tierra con dos; y hubieran caído más, sin la precaución de ir bien separados para ofrecer menos blanco.

¡Pero se juntan al acercarse á la batería! ¡Ya están sobre ella! ¡Desgraciados artilleros! ¡Ni uno solo se salva! ¡Ni á uno solo perdonan los temidos sables, en cuyos filos parece que brilla el espíritu del exterminio!

La infantería, que debiera defenderlos, harto tiene que hacer contra la avalancha que ha arrollado la retaguardia, que ha penetrado por el centro, que lo destroza, que separa una de las dos mitades en que han quedado divididas todas las fuerzas sitiadoras y, aprovechando el pánico por tan imprevista acometida, la empuja á los despeñaderos, la precipita y la anonada. Pocos logran salvarse en la fuga.

Delante de la avalancha van otros *remangados*.

Infantes y jinetes llevan un ímpetu sobrehumano; el amor á la patria los inflama, y no hay nada que resista á su esfuerzo.

Y revuelven contra los otros.

Allí está la flor de la infantería enemiga, que, un tanto repuesta, trata de iniciar en buen orden una retirada honrosa, dando la cara.

Franco de Satorres se avista con Manso, que es casi tan joven como él, con el fajín de brigadier, y que le abraza; en seguida se pone al frente de todos los *remangados*, unos setenta, y al entusiasta grito de: «¡Viva España!» se arroja contra un flanco de aquellas tropas.

Le reciben formado el cuadro y les cuesta mucho romperlo.

Allá sobre una colina, á cien pasos de la masía, se ve una figura de mujer que, arrodillada, pide al Cielo fervorosamente la victoria contra los invasores de la patria, y la salvación de los suyos.

Es Eulalia y está sola: ha querido presenciar la gloriosa lucha; ha contemplado el heroísmo de su amante y tiembla al verle en el nuevo y definitivo trance porque el enemigo resiste ahora con tenacidad y vende cara la vida. Son unos setecientos hombres y su fuego bien sostenido.

Sin embargo, el boquete que ha abierto Franco en el compacto cuadro ya no se cierra; por el espacio que conquistan los terribles sables van penetrando las bayonetas de sus compañeros. ¡Cuánta sangre!

Manso en persona dirige este ataque, y es su sable uno de los más certeros (1).

Pero una bala hiere gravemente á Franco, y dos de los suyos tienen que retirarle de entre aquella carnicería. Eulalia lo ve, y corre á su lado, al mismo teatro de la lucha.

---

(1) Dicho sable lo conserva el Ayuntamiento de Barcelona.

En vano tratan de alejarla, porque no siente como silban en torno de ella las mensajeras de la Muerte. No ve más que á su amado, y no quiere ni que se retarde nada el contener la sangre que brota de su herida, ni que lo hagan otras manos que las suyas.

Unicamente, por el temor de que allí le alcance á él una segunda bala, consiente en dilatarlo unos momentos, los precisos para apartarle de aquel sitio tan peligroso.

¡Y es de ver como ella le escuda con su cuerpo gentil, á la vez que le venda la herida detrás de un tronco!

Los dos conductores, aquellos terribles *remangados*, la contemplan como á un ángel, y atribuyen á su influencia el que allí no les toque ninguna bala, aunque todavía las sienten.

Pero los franceses ya no pueden resistir más: roto el cuadro por los *remangados*, el tremendo ataque á la bayoneta acaba de desconcertarlos. Les parece que los vivas á España multiplican el vigor y el ardimiento de sus enemigos, y, divididos y destrozados, su retirada se convierte en la más desastrosa fuga.

Unos se entregan; la bayoneta y el sable acaban con muchos, y los demás perecen en los despeñaderos.

Dos banderas, cuatro cañones, ciento ochenta prisioneros y abundantes pertrechos de guerra atestiguan la importancia de esta nueva victoria de Manso, de esta admirable sorpresa que sólo costó á los nuestros unas cincuenta bajas entre muertos y heridos, pereciendo, en cambio, la mayor parte de los mil quinientos invasores que fueron sorprendidos (1). Esto sin contar con las pérdidas que tuvieron en los combates precedentes.

---

(1) En el término de San Martín de Provensals, junto á San Adrián de Besós, existe aún el *molino de la Verneda*, en igual estado que á principios del siglo, cuando en él trabajaba Manso de mozo.

La herida de Franco no era incurable; la bala le había atravesado el hombro derecho; pero entre el excelente cirujano que Manso llevaba y los cuidados de la enamorada payesa, le pusieron pronto fuera de peligro.

Cuando el célebre guerrillero se enteró de aquellas relaciones, se ofreció á apadrinar la boda, anunciando que Franco de Satorres ya era capitán.

En la expansión de venturas que todo esto produjo en la masía, el bueno de Magín Soler aun parecía más satisfecho que los mismos novios. Le dijo á Manso:

—No me enorgullece que mi hija se case con el heredero de una casa aristocrática; pero sí me enorgullece el tener un héroe por hijo. Creo que no podría quererle más si le hubiese engendrado. Así doy gracias á Dios doblemente.

En cuanto al de Roca, restablecido también de sus heridas, se despidió de Eulalia tristemente; pero sus palabras ya no revelaban despecho alguno, sino resignación.

Tan escarmentados quedaron los franceses en aquellos combates de la montaña, que no volvieron á asomar por el Montseny.

Y el noble Franco de Satorres convirtió en hogar suyo la rústica masía que tan conmovedores recuerdos le evocaba.

Allí vivió luengos años completamente dichoso con su salvadora la garrida payesa del Montseny.

TRADICIONES FAMILIARES

TRADICIONES FAMILIARES

Para complemento del tomo presente he de añadir dos relaciones que sirvan á la vez para chicos y para grandes: LA MADRECITA y LA MEJOR CARRERA.

Los sucesos á que se refieren no son antiguos, pero son muy verdaderos. Los califico de tradiciones familiares por su carácter. Leídos en las veladas de familia, pueden alternar con los de gran importancia histórica.

Ni los hijos ni los padres olvidarán fácilmente los ejemplos que ofrecen esas sencillas relaciones.

LA MADRECITA

(Á LA MEMORIA DE MI ESPOSA TERESA FORNELLS Y ESCUDÉ)

Cogidos de las manos, y corriendo, llegaron Carmencita y Rafael ante el abuelo, á pedirle la historieta que les había prometido.

—¿Por qué esa prisa hoy, amiguitos?

—Porque usted nos dijo que, en oyendo el título

de ella, ya comprenderíamos que no hay ninguna más interesante.

—En efecto: se titula *La madrecita*. ¿Qué os parece?

—Que debe ser una madre tan buena y tan cariñosa que, en lugar de llamarla mamá, sus hijos la llamen madrecita,—contestó Rafael.

La niña permanecía silenciosa y como embelesada con la idea.

—Y tú ¿qué dices, Carmencita?

—Que acaso tenga razón Rafael; pero á mí me ocurre que pudiera ser una niña la que anda en esa historieta; y como á todas nos gusta hacer de madres con nuestras muñecas...

Una carcajada del abuelo interrumpió á Carmencita. Su hermano se puso también á reir, y entonces dijo el anciano acariciando á la nieta:

—Si me río, no es por burla, sino porque me ha hecho gracia tu ocurrencia; y ahora advertiré á este señorito, que se ha puesto tan alegre á tu costa, que, aunque no hayas acertado enteramente, tu idea se halla más cerca de la verdad que la suya; porque efectivamente la *madrecita* es una niña; pero una niña que deja á las muñecas para cuidar de sus hermanitos; una madrecita tan valerosa que los salva de algún peligro grave...

—Cuente usted, cuente usted, abuelito,—exclamó ansiosamente la que le escuchaba.

Rafael redobló también su atención, y el abuelo, ya encendida su indispensable pipa, continuó en los términos siguientes.

*
* *

—La heroína de nuestra historieta pertenecía á la familia de un militar residente en San Gervasio, pueblo de las pintorescas inmediaciones de Barcelona. Las casas de esa población casi todas tienen jardines ó huertos; y como son saludables por ese motivo y

por hallarse inmediatas al campo y á la montaña, suelen ocuparlas, ó todo el año ó temporalmente, muchos que tienen sus quehaceres en la gran ciudad, que es el emporio de la industria nacional.

—Pero todavía no nos ha dicho usted cómo se llama la madrecita.

—Vaya, hija mía: se conoce que estás enamorada ya de ella. Se llama Conchita, y, así como esas perlas tan preciosas que veis en las joyerías salen de unas conchas del mar, en aquella Concha, en aquel cuerpecito suyo había una perla más hermosa que esas del mar. Esta incomparable joya es el alma de la madrecita. ¡Figuraos si sería buena! Sus hermanos eran tres; el más pequeño, de dos años; el mayor, de cinco, y el otro de cuatro.

—¿Y ella?

Acababa de cumplir los siete años al dar principio nuestra historieta; un principio muy triste, hijos míos, porque no hay desgracia más irreparable, no hay nada más doloroso para una familia que la muerte de su madre. La perdieron cuando les hacía tantísima falta, por su niñez, y cuando esa falta era doblemente sensible, á causa de la ausencia de su padre.

—¿No estaba con ellos?

—Había atravesado el mar, hijos míos, y precisamente por mejorar en su carrera, mirando al bien de su familia.

—¡Pobres niños! Pues, si estaba en América, ¡qué lejos tenían al papá!

—Había ido mucho más lejos: á las islas Filipinas. En España era capitán, y, yendo á aquellas remotas provincias que teníamos en la Oceanía, le daban el ascenso á comandante. Las comunicaciones son poco frecuentes á esa enorme distancia, y los vapores correos tardan muchos días en salvarla. Como la enfermedad de la madre había durado muy poco, porque falleció de una pulmonía fulminante, no hubo tiempo de prevenir al desgraciado esposo para que

pudiera adelantar el viaje de vuelta; y los pobres niños viéronse aquí casi enteramente solos, días y hasta meses enteros...

—¡Solitos!—murmuró apenada la niña.

—He dicho casi solos porque en tan críticas circunstancias su única compañía era una criada zafia y desmañada, de esas que no saben tratar á criaturas. La mamá la había admitido por ser honrada muchacha, y con esta condición le dispensaba aquellos defectos. Pero Dios inspiró á Conchita la misma ternura maternal de la que acababa de expirar.

—¡Porque su mamá se lo pediría á Dios en el Cielo!—exclamó Carmencita con angelical expresión.

—Lo primero que hizo Conchita, así que se la llevaron al cementerio, fué contener su propio sentimiento, que era grandísimo, como podéis comprender; ahogó sus sollozos, enjugó su llanto, abrazó uno por uno amorosísimamente á sus hermanitos, sentó en su regazo al más pequeño, los reunió á todos, apiñándolos contra su seno, y, fluyendo de sus ojos sobre ellos la misma mirada que debía enviarles su madre desde el Cielo, les dijo con una voz que era también celeste:

—Recemos juntos por la mamá. Desde hoy os llamaré, como ella, ¡hijos míos!

—En seguida todos se arrodillaron; y como nada consuela tanto como la oración en una gran pena, al levantarse luego aquellos huérfanos brillaba en sus ojos la esperanza que Dios infunde en el corazón de los afligidos. Entonces, con más serenidad, la encantadora niña volvió á abrazar á sus hermanitos, prodigándoles el nombre dulcísimo de hijos, y ellos, á su vez, redoblaron el abrazo, respondiendo todos:

—¡Sí, sí: ahora tú serás nuestra madrecita!

*
* *

El abuelo miró á su nieta, extrañándole que entonces no dijese nada, y halló en su rostro la contestación más elocuente, porque aquella faz candorosa estaba inundada de lágrimas.

Rafael no lloró, pero acarició á su hermanita, estrechándola entre sus brazos.

El mismo abuelo no estaba exento de emoción, y, con objeto de disimularla para no aumentar su sentimiento, acarició también á su pipa, dándole muchos y fuertes chupetones.

—Ahora, —prosiguió, —vais á ver de qué manera se porta la madrecita en la importante y sagrada misión que se impuso.

—El pequeñito sería quien más le diese que hacer, —dijo Rafael.

—Al contrario, el grande fué quien le causó más disgustos, por díscolo y revoltoso. ¿Qué os parece lo primero que hizo Miguelito (que así se llamaba) en cuanto vió á Conchita, distraída en vestir y arreglar á sus hermanos? Se fué al escritorio, apoderóse de la carta que ella había escrito, participando á su padre la desgracia, y que aun permanecía allí por aguardar el día de correo para Filipinas, y la rompió al tratar de abrirla.

—No jugaría yo nunca con un niño que se porta tan mal, —exclamó Carmencita.

—Pues más os sorprenderá saber que, en vez de enfadarse, cuando vió hecha pedazos la carta, la madrecita le reprendió suavemente, advirtiéndole que iba á escribir otra carta y que en ella contaría al papá lo que él acababa de hacer.

«—¡No se lo digas... no le escribas eso, que prometo no volver á hacerlo!» exclamó Miguelillo, muy suplicante.

—¡Ay! Si usted se acordase de la carta de la madrecita, nos gustaría mucho, —dijo Rafael.

—Era tan sencilla y expresiva que no me fué difícil retener en la memoria lo más interesante. Decía así:

«Querido papá: pido á Dios por ti, con todos mis hermanitos, para que puedas sufrir la grandísima desgracia que nos ha sobrevenido. El señor teniente coronel González te la dirá por este mismo correo. Ven lo más pronto que te sea posible, pero no te inquietes ni pases pena por nosotros, porque estamos seguros de que mamá nos cuida desde el Cielo. Hemos rezado mucho por ella. Todos, gracias á Dios, nos hallamos buenos, y Miguelito se ha hecho más juicioso, prometiéndome que, en adelante, nunca dará motivo para que le reprendas.

«Ahora todos me llaman su madrecita, y me han dado un abrazo cariñosísimo, para que te lo envíe á ti, junto con el que ya quisiera darte aquí en casa entre nosotros, para consolarte y consolarnos, tu Conchita.»

—¡Caramba!... Me agrada tanto la carta que la copiaré para que la vean mis compañeras de colegio.

*
* *

Dejó el abuelo un ratito de expansión á los dos niños, para acariciar á su pipa; pero en seguida Rafael le preguntó:

—Y Miguelito ¿qué tal?

—Volvió á las andadas; y como entre sus defectos tenía el de ser muy goloso, la madrecita le preparó un chasco que no se le habrá olvidado nunca. No había cosa que le gustase á Miguelito tanto como el dulce de cabello de ángel, y, no bastándole la ración que le tocaba, sin el menor reparo se apoderaba de las de sus hermanos menores cuando Conchita no estaba delante para impedirlo. Pero un día... veréis, veréis... dejó ella como al descuido una cuchara llena del apetitoso manjar sobre un plato en el comedor, y se escondió con los hermanillos en una habitación inmediata, advirtiéndoles que la cuchara tenía más acíbar que dulce de cabello. Hasta el pequeñito,

llamado Fidel, contenía la respiración, acechando con los otros ansiosamente por una rendija el momento de chasquearle.

—Ya me parece que le veo yo también,—dijo Rafael riendo.

—Llega, pues, el golosazo; no sospecha ni remotamente, porque creía que todos ellos estaban en el jardín, y, relamiéndose de antemano, coge la cuchara, y de una vez se introduce todo su contenido en la boca.

Carmencita y Rafael soltaron el trapo á reir, y el abuelo añadió:

—No os podéis figurar la rechifla que le hicieron entrando todos de repente en el comedor cuando él se debatía entre los más ridículos gestos y visajes de repugnancia, á causa de lo amarguísimo que había encontrado el dulce. Hasta Fidelillo batía palmas.

Después que hubieron reído un buen rato á su costa, y cuando la madrecita observó que quedaba avergonzado, le dijo con su vocecita suave, pero al mismo tiempo con severidad:

—Mira, Miguelito: de aquí en adelante no seas tan goloso y no quites á tus hermanos nada de lo suyo, porque va á volvérsete amargo todo lo que no te corresponda.

Así, desde entonces, se curó, aunque no del todo, de su extremada afición á las golosinas.

*
* *

La madrecita lavaba y vestía diariamente á sus hermanillos, cosía su ropa, les hacía rezar al acostarse y al levantarse, los acompañaba á paseo, los vigilaba siempre y los trataba exactamente en todo como la mamá que acababan de perder, con la misma solicitud, con igual desvelo. Fidelito ninguna noche se dormía hasta que ella arrullaba su sueño canturreándole canciones cuya mayor parte ella misma las

sacaba. No había ninguna que le gustase al niño tanto como esta que os voy á decir y que recuerdo por lo tierna y sencilla:

Duérmete, Fidelito,
duérmete, hermoso,
que vendrá á verte un ángel
muy bondadoso.
Mamá le envía,
y ha de darte mil besos,
como ella hacía.

—No se me olvidará ese cantar,—dijo muy conmovida Carmencita.

—Ella ya confiaba en que el mayorcito se volvería más dócil y obediente, cuando un día le dió un susto terrible, y por poco... Pero oíd, oíd, hijos míos,—añadió el anciano, comunicándoles la emoción que experimentaba al recordarlo:

Era el tiempo de las fiestas de Navidad y estaban preparando un Nacimiento en el mismo cuarto que servía de dormitorio á Fidelito, al lado de su cama-cuna. Todo estaba arreglado, y únicamente les faltaban las figuras de los Reyes Magos. Como se manifestasen todos muy pesarosos, por no tenerlas, Conchita les ofreció ir á buscarlas, si le prometían no moverse de allí. Ya comprenderéis que harían la promesa de la mejor gana. Salió luego la madrecita y se quedaron, momentos después, enteramente solos, porque á la criada le ocurrió también irse á chismear por la vecindad, á pesar de que la previsora niña, antes de salir ella, la había encargado no dejar de ningún modo la casa.

—¡Ay! Ya me asusta el ver tan solos á los pequeños,—dijo Carmencita.

—Pues veréis lo que pasó. Miguelito, que no podía permanecer quieto, tuvo una ocurrencia tan inoportuna como casi todas las suyas, y fué ensayar

la iluminación del Nacimiento, encender las varias candelas que habían puesto ya en sus respectivos candelabros de plomo.

—Pero Conchita no le habría dejado las cerillas.

—Claro que no; pero el tunante hizo una mecha de papel, la untó de aceite y se fué á encenderla al hornillo de la cocina. Viene muy contento y se pone á encender las candelas tomando la precaución de cerrar la puerta, sin duda con objeto de que se oyesen mejor los villancicos que se pusieron á cantar. Una vela prendió fuego á una gasa, ésta se lo comunicó á la cortina inmediata, y los niños se vieron rodeados de llamas y sofocados por el humo. Pero Dios envió á la Madrecita antes que el fuego tomase incremento; vió salir el humo por la ventana, y con su valor y serenidad y el auxilio de una vecina apagó el fuego, salvando de tan grave peligro á sus hermanitos.

Pocos días después regresó su padre de Filipinas, y al enterarse del caso la abrazó con delirio recomendando á sus hermanos que la respetaran y quisieran como madre. Ya supondréis que Miguelito, desde aquel día, se enmendó de veras.

LA MEJOR CARRERA

—Hoy sí que tengo impaciencia, abuelito,—gritó Rafael, acudiendo muy presuroso junto al anciano y encendiéndole la pipa,—pues nos ha prometido usted para esta vez «La mejor carrera», y deseo muchísimo conocerla. Papá ofreció que me dejaría seguir la que más me guste; y como yo quisiera escoger la mejor, ¡figúrese usted mi gana de saberla escuchándole!

—¡Poco á poco! No te precipites, muchacho, que yo no puedo decirte de rondón la mejor carrera; y no te figures que lo sea la que más nos halaga, que esta creencia ocasiona no pocos chascos y desgracias. Como Dios te dió entendimiento, cuando hayas oído mi relación, que es una de las más interesantes que aprendí rodando por el mundo, ya comprenderás qué carrera debe considerarse como mejor.

En esto llegó Carmencita á sentarse, cual de costumbre, sobre las rodillas del anciano, y él en seguida empezó su relación así:

***

—Hace años conocí en Barcelona á un naviero riquísimo; hombre que, si tenía gran prestigio por la solidez de su fortuna, gozaba de muchas simpatías por la nobleza de su carácter. Se llamaba D. Antonio, y era tan amante de su familia, que el cuidado de sus hijos le absorbía mucho más tiempo que el atender á sus negocios. Cuatro le quedaban, de seis que había tenido; y de los cuatro eran chicos tres, el mayor de ellos casi un jovencito, y el menor de la edad tuya, Rafaelillo.

—Y la niña ¿cómo era? preguntó Carmencita.

—Casi tan picarilla como tú; pero esto se le podía dispensar, igual que á ti, porque era laboriosa y sabía hacerse querer. Se llamaba Paquita. Pues bien: es el caso que D. Antonio, un día de su santo, para concluir de celebrarlo, llevó á su esposa y á los cuatro hijos á pasar la tarde á una quinta que poseían en la falda de una de las pintorescas montañas que dominan el espléndido llano de Barcelona. Como era calurosa la tarde, subieron todos á merendar á la cumbre, disfrutando á la vez del fresco y del magnífico panorama que ofrecía ante sus ojos la ciudad con sus grandezas, sus soberbios edificios, sus fábricas coronadas por penachos de humo; los pueblos de las cer-

canías, que vienen á ser como inmensas barriadas de la famosa capital catalana; el puerto lleno de barcos; el campo lleno de alegres caseríos; por un lado el mar con su horizonte interminable; por otro las montañas, y, avanzando entre ellas, sobre la costa, como centinela que vigila por tantas magnificencias, la enorme cima del Montjuich, defendida por los cañones.

—¡Qué ganas me da usted de conocer á Barcelona, abuelito!—exclamó Rafael.

—Allá iremos, si Dios quiere. D. Antonio, después de llamar la atención á sus hijos, acerca de tan hermoso espectáculo, haciéndoles observar cuanto en él se debía al trabajo y á la inteligencia del hombre, les dijo:

—Es ya ocasión de que tratemos de vuestro porvenir, y no habrá otra más oportuna que ésta. Hijos míos, deseo daros á cada uno la carrera que más le guste; la profesión, el arte ó el modo de vivir que prefiera. Por muy costoso que sea, no me importa; por grandes que resulten las dificultades que ofrezca, no debéis arredraros; pues, teniendo vosotros inteligencia y vocación, cuento yo, por mi parte, con sobrados medios para que podáis emprender cada carrera ó cada modo de trabajar. Es tan absoluta la libertad que os dejo en la elección, que, si alguno de vosotros quisiera (aunque parece improbable) dedicarse á un oficio, á las labores manuales de un artesano, se lo consentiré de buena gana, porque no hay trabajo honrado que no ennoblezca al hombre, y tan útil es, por ejemplo, en la sociedad el del albañil que construye un edificio como el del arquitecto que le ha trazado y dirigido.

A estas palabras del rico naviero sucedió un breve rato de silencio. Los chicos se miraban unos á otros, sorprendidos del tono solemne que resaltaba en el lenguaje cariñoso de su padre.

*
* *

—Vamos, responded: Carlos, tú el primero,— añadió D. Antonio, dirigiéndose al mayor;—¿qué carrera ó qué modo de vivir te gustará más?

—Papá: quisiera ser un pintor de esos á quienes elogian tanto los periódicos y que hacen cuadros tan hermosos como los que hemos visto en la Exposición. Algunos de esos artistas adquieren mucha fama y consideración. ¿Te acuerdas de que, cuando me llevaste á Reus á la fiesta mayor, en una iglesia nos enseñaron una urna donde guardan como reliquia el corazón de Fortuny, porque era hijo de esa ciudad?

—Bien, hijo mío; pero debo advertirte que, si para todas las carreras ó profesiones se necesita vocación, esto es, aptitud ó disposición natural, en las bellas artes, sobre todo, ha de ser muy grande y muy señalada para distinguirse y para alcanzar reputación, aunque no se llegue á la altura de Fortuny. Fortuny era un genio, tal vez el más poderoso de la pintura española en esta época, y, ya de muchacho, dió pruebas tan brillantes, que sus profesores auguraron la inmensa celebridad que había de adquirir. Pero esas aptitudes maravillosas aparecen de tarde en tarde. Sin embargo, en España contamos con bastantes pintores de talento, y algunos pueden considerarse grandes maestros en su arte. Si te sientes con vocación, cuando hayas salido de la academia de dibujo, te recomendaré para que entres en el taller de uno de esos maestros.

Gran júbilo manifestó Carlos al oir la oferta de su padre, haciéndose la ilusión de que llegaría á pintar cuadros tan notables como los que había visto en la Exposición. Era un poco vanidosillo. En seguida don Antonio se dirigió al segundo de sus hijos, diciendo:

—A ti te toca, Adolfo. ¿Qué quieres ser tú?

—Militar, y de Estado Mayor.

—¡Zambomba!—clamó riendo el naviero.—¿Ahora salimos con ésas? Pues, hijo mío, yo me había encariñado con la idea de que te quedarías en casa, al

verte tan aplicado al estudio de la contabilidad. El tenedor de libros me ha dicho que ya sabes hacer un balance, y antes todos los días ibas á ayudarle con el mayor gusto y voluntariamente, puesto que yo no te instaba á ello. ¿Cómo has cambiado así de afición?

Tomó la mamá la palabra, notando que Adolfo tardaba en responder, y dijo:

—El día que fuimos á ver la gran revista que el capitán general pasó á las tropas, se embelesaba con los uniformes del Estado Mayor. No apartaba los ojos de los oficiales jóvenes que iban y venían á caballo, transmitiendo las órdenes del general, y me habló repetidas veces de lo bonitos que encuentra sus uniformes, ceñidos con las fajas de seda.

—¿No es buena carrera la militar, papá?—preguntó Adolfo.

—No es mala, y, sobre todo, resulta muy honrosa, porque el militar está encargado de defender la patria y el orden,—dijo D. Antonio;—pero tú, hijo mío, te has enamorado de ella por el uniforme; tu vocación habrá nacido del deseo de lucir esas galas, puesto que antes no te la habíamos conocido.

—Papá: bien sé que, si es bonito el uniforme, la carrera militar tiene peligros; pero como no me causan temor, te ruego que me dejes seguirla.

—Sea,—replicó D. Antonio, dominando su disgusto,—puesto que os he ofrecido incondicionalmente que seguiréis la que más os guste. Vamos, Laureanito,—continuó, dirigiéndose al tercero;—¿puedo confiar en que tú trabajes para nuestra casa?

—Como me gusta mucho embarcarme, debo ser marino. ¿Dónde serviré tan contento como en uno de los vapores de casa?

—Bien; pero yo aludía al trabajo del despacho, al mío; á la dirección de la casa, no á la de los barcos.

—¡Si es que se me van los ojos trás de ellos, siempre que se hacen á la mar! Cuando sea grande ¿me dejarás dar la vuelta al mundo?

BIBLIOTECA DE LEON

—No habrá inconveniente, si esa afición te dura; mas me parece que va á desvanecerse á la primera tempestad. Te encanta el mar porque no has pasado ninguna, y hasta ahora tus viajes han sido de recreo. A pesar de eso, ¿te empeñas en ser marino?

—Y deseo dirigir un barco.

—Pues te pondré á estudiar el pilotaje, y se cumplirá tu deseo,—dijo el naviero, apesadumbrado al ver el uso que hacían sus tres hijos de la absoluta libertad que les dió de elegir carrera.

Pero como D. Antonio era hombre que sabía dominarse mucho, procuró aparecer risueño, y aun bromeó con Paquita, diciéndole:

—Y ¿cuál va á ser la carrera tuya?

—Papá,—contestó seriamente la niña;—puesto que á ninguno de mis hermanos le gusta trabajar en casa, yo estudiaré la contabilidad, y lo demás que sea necesario, para ayudarte en el despacho.

Dos abrazos le valió á Paquita una contestación tan noble y oportuna: uno de D. Antonio y otro de la mamá.

* * *

Llegado aquí, recordó el abuelo que hacía rato que no fumaba, y se apresuró á dar á su pipa los correspondientes chupetones. Luego continuó así:

En cumplimiento de su palabra, el rico naviero puso á Carlos en el taller de uno de nuestros principales pintores; á Adolfo le hizo ingresar en la Academia preparatoria para Estado Mayor, y á Laureano en la Escuela Naval, á fin de que emprendiese los estudios de pilotaje, ya que aspiraba á la dirección de un barco mercante.

—¿Y Paquita?—preguntaron á la vez Rafael y su hermana.

—Se aplicó al estudio de la contabilidad en el colegio y al del francés, idioma tan necesario en las relaciones comerciales, por ser el más conocido y uno

de los más fáciles de aprender; y además estudió la teneduría con el anciano tenedor de libros de la casa, donde llevaba cuarenta años de práctica. No es entre nosotros frecuente que las señoritas se dediquen á la teneduría de libros, pero sí lo es en Francia, en Inglaterra y en otras naciones. En París, muchísimos establecimientos de comercio se hallan dirigidos por mujeres. Pero, volviendo á los chicos de nuestra historia, Laureanito fué el primero de quien tuvo su padre noticias desagradables. No se aplicaba en la Escuela lo mucho que es preciso para llegar á ser un buen piloto; seguía demostrando afición al mar, mas era por distraerse y divertirse: le gustaba sobremanera ir de pesca, uniéndose á todas las expediciones que podía. En una de ellas le sorprendió una tempestad tan terrible, que estuvo á punto de ahogarse con cuantos tripulaban la barca en que iba. D. Antonio daba por bien empleado el gran susto de toda su familia, creyendo que se acabaría, ó, al menos, se moderaría su excesiva afición al mar; pero, lejos de eso, todavía le aguardaba un disgusto más grande. Era un diablejo, casi un loco aquel Laureanito. No os podréis figurar lo que hizo...

—¿Se escaparía de la Escuela?—preguntó Rafael.

—¡Si hubiera sido eso solo!... Pero considerad que un día no sólo desapareció de la escuela, sino que por ninguna parte pareció. Transcurrieron días enteros y hasta semanas, sin que se tuviese el menor indicio de su paradero, ni muerto ni vivo.

—¡Dios mío! ¿Qué había sido de él?—clamó Carmencita, llena de sobresalto.

—Figuraos, hijos míos, la dolorosa ansiedad de sus padres. Por fin, al cabo de dos semanas, don Antonio recibió un telegrama de la Habana, del capitán de uno de sus barcos, en que le anunciaba que Laureano estaba bueno á su lado...

—Pero ¿cómo fué eso?—interrumpió Rafael, asombrado.

—Allá voy. Bien comprenderéis que el capitán no le habría llevado consigo sin conocimiento de don Antonio, su principal. Aquel diablejo había conseguido meterse una noche en un rincón de la bodega del buque, la víspera de la partida para uno de los periódicos viajes que solía hacer á la Isla de Cuba. Como esos barcos son muy grandes y él había sido bastante listo para burlar la vigilancia de los marineros, no se le descubrió hasta que iban á más de la mitad de camino, y esto porque el hambre le forzaba de vez en cuando á dejar su escondite para apoderarse de algún alimento. A D. Antonio le costó una enfermedad el disgusto, porque ya le tenían por muerto; pero todavía aquel hijo debía causarle una pena irremediable. Continuó sus estudios de piloto de un modo deficiente y los concluyó también mal, cuando ya estaba hecho un hombre. El rico é inteligente naviero negábase á encargarle la dirección de ningún buque; pero tanto insistió Laureano en suplicárselo, que, al cabo, accedió á ello, á condición de que alternase con otro en tan importante puesto. ¿Adiviná is la desgracia que ocurrió?

—Díganosla usted, abuelito,—respondió, temerosa, la niña.

—Durante un viaje muy largo cayó enfermo el compañero que le había dado su padre, y entonces tuvo Laureano que ponerse al timón, precisamente cuando el tiempo era borrascoso y exigía la mayor habilidad en el piloto. Hijos míos: el buque fué á estrellarse contra un escollo, y Laureano pereció allí, con casi toda la tripulación, víctima de su ignorancia, y por haberse empeñado en seguir la carrera de marino, sin otra razón que ser la que más le gustaba, careciendo de aptitud para ella.

***

Cuando aun estaban sobrecogidos Carmencita y Rafael por aquella catástrofe que les ofrecía enseñanza tan elocuente, el abuelo prosiguió:

—Vamos ahora con Carlos. Había tomado con afán el aprendizaje de pintor; trabajaba mucho, febrilmente, con empeño tenaz de distinguirse y llegar á hacer algún cuadro como los que había visto tan celebrados; pero su disposición y sus fuerzas no alcanzaban á conseguirlo; su talento pictórico no llegaba siquiera á la medianía, y en las bellas artes, hijos míos, el que no pase de mediano debe de renunciar á ellas, porque es que Dios no le ha llamado por ese camino, como decía un maestro que yo tuve. Así gastaba inútilmente los bríos de la juventud, las iniciativas de esa dichosa edad de la esperanza en que pronto entraréis, perdiendo un tiempo preciosísimo que hubiese podido aprovechar en otra carrera más en armonía con sus facultades intelectuales, puesto que Carlos no era tonto; no tenía otro defecto que su vanidad, y se dejaba engañar por ella.

—Pero ¿no se lo advertía su maestro?—objetó Rafael.

—Sí; mas no hay nada que ciegue tanto como la vanidad. Así le cegaba á Carlos, y persistía tenazmente en manejar el pincel, confiando en que llegaría á dominar sus dificultades. Además, en esto, su mismo padre se engañaba al ver su laboriosidad, y porque no estaban del todo mal algunos cuadritos con que le había adornado el despacho. Y era que se los celebraban varios amigos, por halagar su amor paternal, y pensaba que, después de aquellas obrillas, apenas pasaderas, podría su hijo hacer otras mucho mejores. Y como el tiempo es lo que enseña más verdades, cuando fueron pasando los años se desengañó D. Antonio, mientras su hijo empezaba á desesperarse. Sus cuadros no merecían distinción alguna, y nadie los compraba. Por desdicha, era ya demasiado tarde para la enmienda de Carlos. Su empeño se había

convertido en manía incurable. En vano quiso curársela su bondadoso padre, haciéndole concurrir á su despacho de naviero. La pluma y los libros le estorbaban entre las manos; no era capaz de ningún trabajo serio, y sólo le gustaba permanecer horas y horas en sus habitaciones, pintarrajando febrilmente.

—¿Y Adolfo?

—Adolfo llegó á lucir su uniforme de oficial de Estado Mayor, y hasta dió un alegrón á su padre cuando le vió concluída tan brillante carrera, aunque él hubiese preferido tenerle en su despacho; y es que no hay nada tan generoso como el amor de nuestros padres: para un padre la mayor alegría es la satisfacción de su hijo. Pero ¡ay, qué poco tiempo le duró esta satisfacción! Estalló en España la horrible guerra de hermanos contra hermanos, la guerra civil, y Adolfo fué muerto en uno de los primeros combates.

—¡Pobre familia!—murmuró Carmencita.

—Sí; sus padres no tardaron en seguir al sepulcro á los dos hijos tan cruelmente arrebatados por la muerte, y no quedó en aquella casa más que el maniático Carlos, cuyo estado venía á ser el de una locura mansa.

—¿Y Paquita?

—Algunos años vivió con su desgraciado hermano, trabajando en el despacho de su padre, siguiendo su correspondencia comercial y atendiendo á todo; pero se casó con un hombre que, siendo dignísimo, no entendía el comercio. Por esto hubo que poner en liquidación aquella importante casa naviera, y desapareció á consecuencia de las desgracias que ocasionó la desacertada elección de carrera de los hijos de D. Antonio.

*
* *

Y ahora, prosiguió el abuelo, dirigiéndose á Rafael, tú, que con tanto afán me preguntabas cuál

es la mejor carrera, ¿no encuentras la respuesta en la historia que acabo de contarte?

—Sí, señor. Me parece que es aquella que mejor conviene á la disposición de cada uno.

—Y á las circunstancias en que se vea,—añadió el experto anciano.

AL PÚBLICO

Y AL *DIARIO DE BARCELONA*

AL PÚBLICO

Y AL *DIARIO DE BARCELONA*

Explicaciones necesarias.—Juicio de un notable historiador extranjero sobre puntos capitales de la tradición nuestra

El número de ese diario correspondiente al 19 de marzo último contiene el suelto siguiente:

«Por el editor Sr. Tasso se ha publicado un nuevo tomo de la biblioteca «Tradiciones y leyendas españolas», recogidas y ordenadas por D. Luciano García del Real. Diez y ocho son las contenidas en el citado tomo, formando cada una de ellas una agradable relación ó historieta, basadas en hechos de la Historia de España.»

Se refiere al tomo IV, y en tan escasas líneas contiene dos inexactitudes: la primera es de tal entidad que me veo obligado á protestar y á dar al público alguna explicación, siquiera como advertencia, á los que hayan leído el sueltecillo.

Calificar de *recogido y ordenado* lo que contiene una obra literaria en que la mayor parte del texto pertenece exclusivamente al autor, y en que aun las citas históricas representan un trabajo muy considerable, primero el de investigar, luego el de escoger y

el de adaptación; suponer *recogidas* mis TRADICIONES Y LEYENDAS cuando, respecto á muchas, hallé datos tan escasos é incompletos que hube de verme en igual caso que el que tiene que construir contando apenas con los cimientos, es lo mismo que poner la labor y la inspiración del artista al nivel de la tarea de un coleccionador de reglamentos, la cual se reduce á numerar gacetas y boletines y enviarlos á la imprenta.

Una de dos: ó el *Diario de Barcelona* no leyó el libro, y es una ligereza su afirmación, ó lo leyó, en cuyo caso resulta ligereza y media, y algo más.

Fuera muy preferible que no hubiese dicho una palabra. Ni una tampoco le hubiera dicho yo, ni aquí ni particularmente, aunque ni siquiera hubiese acusado recibo de los tomos.

Y advierta el abuelito de la prensa que no me quejo de que, llevando ya publicados cinco de una obra de carácter nacional, como la presente, é impresos en Barcelona, no haya dedicado á juzgarlos ni una línea, cuando tan pródigo se muestra con otra clase de libros, por ejemplo el que reseña las andanzas de un voluntario del siniestro Savalls, y á cuyo elogio consagró un largo artículo.

En eso está en su derecho, aunque revela que uno de los periódicos que más combaten el compadrazgo es de los que más lo practican. ¡Vengan libros ó cualquier cosa de amigos y paniaguados, y habrá sendos artículos para ellos! A los demás... carpetazo.

Muy sensible es tener que decirle tales cosas al abuelito, pero con el debido respeto se le dicen, en la inteligencia de que sólo á sus canas y á sus méritos de antaño debe esta mención honorífica.

Pero ¿qué extraño es que no haga caso de tradiciones y leyendas españolas el periódico que, después de haber sostenido, al estallar la última guerra, que la nación procedería cual corresponde á su gloriosa historia, cuando sobrevinieron los desastres en que no tuvo culpa alguna, salió desmintiéndose á sí mismo

y negando á su patria condiciones para todo lo que no sea aguantar gobiernos funestos?

Toda la prensa de sentido le afeó semejante salida, y el más benévolo hubo de calificarla de «chocheces del centenario *Brusi*.»

El Sr. Mañé y Flaquer, su director, escribió, además, que los españoles no deben enorgullecerse por la guerra de la Independencia, porque no hicieron casi nada, y que sin el auxilio de los ingleses, á quienes se debió el fracaso de Napoleón, sin el desastre de Rusia y sin la campaña de Alemania de 1813, «sabe Dios lo que hubiera sucedido.»

Lo cual dió lugar á que otro periódico importante (me parece que el *Heraldo*) le dijese al Sr. Mañé: «Esto no es escribir la historia de España, sino la historia contra España.»

Nos hacen más justicia los historiadores franceses, incluso Thiers, el que califica de *bárbaro* el heroísmo de Zaragoza: todos se muestran admirados de aquella sublime resistencia de España.

Me valdré del juicio de uno esos extranjeros para responder al Sr. Mañé y Flaquer. ¿Qué mejor protesta contra su exabrupto?

M. Bignon, en su notable libro LES CABINETS ET LES PEUPLES, publicado poco después de la guerra de la Independencia, se expresa en estos términos:

«Si el gobierno británico, después de la lucha que sostuvo durante veinte años, quedó dueño del campo de batalla, ¿á quién lo debe? ¿Á su política, á sus tesoros, al continente entero? No: *á un aliado solo, á la nación española.*

»La Prusia, después de una empresa temeraria (1806) fué aniquilada. El palacio de Federico II seguiría siendo aún por mucho tiempo un cuartel general francés. ¿Quién será, pues, el que podrá favorecer á la Prusia? *Una potencia que no negocia sino con la espada en la mano, España, España sola, obligando á los franceses á llevar 150,000 hombres á la otra parte*

del Pirineo. El territorio prusiano queda desocupado; Federico Guillermo vuelve á su capital. *¿Quién le restituyó á ella? La nación española.*

»Cuando Napoleón, admirado de los pocos progresos de sus generales, trató de dar en persona un golpe decisivo á aquella nación, cien veces vencida y siempre invencible, el gabinete austriaco (1809) calculó que se le ofrecía una ocasión favorable á sus designios, porque la división de las fuerzas de Francia multiplicaba las probabilidades de buen éxito. Era ya una gran ventaja el sacar á Napoleón de España y prolongar aquella guerra devoradora.

»Napoleón deja furioso las riberas del Manzanares y corre á las del Danubio; pelea y vence, y entra en Viena por segunda vez. Todos los obstáculos se allanan; cosecha inmarcesibles laureles en los campos de Wagram; se detiene y negocia. Estando en su mano extender allá sus conquistas, únicamente desea firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan de repente esa inesperada moderación? *¿Quién salva á Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? El mismo auxiliar que salvó á Prusia, la nación española.*

»Otra guerra de abrumadoras proporciones conduce á Napoleón á Moscou; el vencedor de Smolensko y de la Moscowa vuelve fugitivo á París, como Jerjes á Persépolis. ¿Dónde están, pues, aquellas huestes aguerridas, que bastarían para que recobrara su pasada dominación sobre Alemania y Polonia? *¿Quién las distrae? ¿Quién las ocupa? ¿Cuál es el enemigo infatigable que batieron ayer y que hoy las desafía á nuevos combates? ¿Quién salva, en fin, á Rusia, como á Prusia y al Austria? La nación española.*

»*Es que la lucha que se empeñó en España no fué contra un gobierno, sino contra una nación: por eso allí sólo nuestras armas quedaron vencidas al cabo.*

»*Imperaría Napoleón, teniendo á sus pies á todas las potencias del continente, y sufriría Inglaterra por se-*

gunda vez la paz de Amiens si, limitándose á unas guerras de gobierno contra gobierno y de ejército contra ejército, no la hubiese declarado al carácter y al honor de una nación.»

Ahí tiene el Sr. Mañé y Flaquer como hay historiadores extranjeros que no entienden nuestra historia al revés, como algún español la entiende, si es que no la adultera á propósito.

Para evidenciar la afirmación de que respecto á muchas de mis TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS hube de verme en igual caso que el que tiene que construir contando apenas con los cimientos, citaré algún ejemplo.

Para EL PERDÓN DE ALHAMAR, EL NAZARITA, no conté con otro dato qne la vaga noticia de una gran ingratitud hacia aquel célebre monarca, fundador de la Alhambra; ingratitud por parte de quien más le debia.

Escribí la PRIMERA FUNCIÓN DE GUERRA DEL GRAN CAPITÁN sabiendo únicamente que á la edad de veinte años se hallaba en Santaella, villa de su pariente don Alonso de Aguilar, la noche en que fué sorprendida por el Conde de Cabra, también pariente suyo y en guerra con Aguilar; que, aunque desprevenidos los vecinos, con los pocos que pudo reunir organizó una resistencia tan valerosa y porfiada que, si bien fué imposible el triunfo por la enorme desigualdad de las fuerzas, llenó de asombro á todos, singularmente al conde, que le hizo prisionero y le tuvo preso algunos años.

EL CABALLO DE ALIATAR se debe á la existencia del *vado del moro*, en el sitio que se indica, y al recuerdo de que el famoso caudillo árabe fué hecho prisionero por el mismo á quien él acababa de coger; con la circunstancia de que luego le dejaron libre.

Aun en cuanto á sucesos de los que da la Historia

alguna noticia concreta, como los que sirven de fundamento á EL BANQUETE DE LA MARQUESA DE FALCES, «FUENTE-OVEJUNA LE MATÓ», LA ASOMADA, UN INVENCIBLE VENCIDO, DOÑA MARTA DE MONLEÓN, y no pocas más en igual caso, cabrían en una de estas páginas los datos que para cada cual me han servido.

Hay además tradiciones en que el mismo cimiento debe reformarse: así lo hice, entre otras, en HEROÍSMO FRATERNAL: es rigurosamente histórico el hecho de ofrecer su vida aquel mozo soltero por librar la de su hermano, casado y con hijos, el cual se resistía tenazmente á aceptar tal sacrificio. Ante esa emulación sublime, el alcaide quiso librarlos á ambos del hacha del verdugo; pero no le fué posible, y al fin rodó en el cadalso la cabeza del mozo. Y como esto es demasiado horrible, me bastó considerar que hubo el impulso del perdón para modificarlo en tal sentido, ideando las escenas correspondientes.

La Historia y las crónicas dicen que Berenguer Ramón asesinó á su hermano Ramón Berenguer, *Cap d'Estopes*, cegado por la ambición de regir solo el condado de Barcelona, cuya soberanía repartiera entre ambos su padre. En EL CONDE CAÍN se atenúa un poco lo execrable de tal crimen, presentando al fratricida enamorado de la bellísima Mahalta, su cuñada, y enamorado sin esperanza. Esta pasión, así exaltada, es un móvil menos repugnante que el que la Historia señala.

É igualmente procedí respecto á algunos otros asuntos en que, sin alterar lo esencial, caben reformas convenientes.

Otra inexactitud impropia del *Diario de Barcelona* es afirmar que cada una de las tradiciones y leyendas «forman una relación *ó historieta*, basadas en *hechos de la Historia de España*.»

Las historietas no suelen basarse en hechos de la Historia, y en el tomo IV van tres, al final, conve-

nientemente separadas bajo el título de TRADICIONES FAMILIARES, como incluyo dos en el presente, para grandes y para chicos, sólo como complemento del libro.

No hay motivo tampoco para calificar de *ordenadas* estas TRADICIONES, puesto que, por ejemplo, al lado de MARIANA PINEDA, que es de nuestro siglo, pongo á ROJÍN ROJAL, héroe de hace seis siglos. Así evité un grave inconveniente, que LA VANGUARDIA ya hizo notar en su benévolo juicio del tomo primero, diciendo: «...ha sabido su autor salvar otro escollo muy temible en esa clase de producciones: la monotonía.»

El lector me dispensará que exponga ese testimonio por su oportunidad para tratar con el «abuelito».

Él, sin embargo, no se desprende fácilmente de lo tradicional. Tuvo por espacio de treinta años un redactor (hasta su muerte) que escribió una guía de Montserrat salpicada de citas por el estilo de ésta: «El viajero, al llegar á ese punto, encontrará una charca *de aguas no muy limpias*.»

Y cuando el mismo redactor escribió la de Barcelona, en la reseña de la iglesia de Santa María, después de anotar que «muchas personas distinguidas recibieron el agua del bautismo en su pila», añadió lo siguiente: «En ella fué bautizado también el autor de esta *Guía*». ¡Previsión muy recomendable para evitar que se den de calabazadas, por averiguarlo, los historiadores del porvenir!

Y como creo que en la redacción del *Diario de Barcelona* sigue influyendo el espíritu de aquel inolvidable redactor, debo perdonarle con la mayor benevolencia las inexactitudes de su sueltecillo. Y aun le agradezco el haberme facilitado la ocasión de exponer al público las explicaciones que preceden, y sobre todo el juicio de un notable historiador extranjero acerca de puntos capitales de la tradición nuestra.

ÍNDICE

PÁGINAS

El Gran Duque de Alba. 5
La viuda de Padilla. 37
Leyenda de Fray Luis de Granada. 63
En busca de un político insigne. 75
Dos lirios.. 111
Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra. . . . 121
La diplomacia viril. 129
Francisco de Vinatea. 151
Una dama y un ingenio. 169
Algunos tipos tradicionales: *Los aficionados*. 175
La payesa del Montseny. 195
Tradiciones familiares:
La madrecita.. 261
La mejor carrera. 269
Al público y al *Diario de Barcelona*. 281

OBRAS DE LUCIANO GARCÍA DEL REAL

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

La noche toledana seguida de **Nuño el Fuerte.—Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín.—Un crimen del orgullo.—Un invencible vencido.—La leyenda de los siete panes.—El perdón de Alhamar, el Nazarita (fundador de la Alhambra).—El rey de la mano horadada.—Macías el Enamorado.—La batalla de los siete condes.—El señor de Giribaile no se muere de sed ni de hambre.—El gabán de don Enrique el Doliente.**—Forma un tomo de 240 páginas.

El fratricidio de Montiel seguida de **El bastardo de D. Álvaro de Luna.—La Virgen de la Azucena.—Rey valiente y desgraciado.—«Fuente-Ovejuna le mató».—La hermosa de la mancha roja.—Primera función de guerra del Gran Capitán.—Un rey de las leyendas.—La Padilla y don Fadrique.—Los farfanes y don Juan I.—El banquete de la marquesa de Falces.—La peña de los enamorados y el buitre de Archidona.—La leyenda de Cervantes y de Velázquez.—Guzmán el Bueno.—Don Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales.—La fuente de Guanga.—Marisaltos.**—Forma un tomo de 296 páginas.

El caballo de Aliatar seguida de **Una mano de azotes.—Complemento de la tradición anterior.—La cabaña de la condenada.—Juan Garín.—Doña Marta de Monleón.—La leyenda de los Corporales de Daroca.—La fuerza de don Jaime el Conquistador.—El conde Caín.—El desaire.—La flor de granado.—La peña del castigo.—Un recuerdo de la batalla de Aljubarrota.—Mari-cuchilla.—Un duelo muy célebre.—La hija de Alfonso el Magno.—Rojín Rojal.—Mariana Pineda.—La huella de sangre.**—Forma un tomo de 264 páginas.

Un guerrillero **Y UN MILAGRO DE LA VIRGEN DEL PILAR** seguida de **Leyendas tragicómicas de la torre de Hércules.—Heroísmo fraternal.—La Arquita-cuna (tradición del nacimiento de D. Pelayo).—Los primeros triunfos de Roger de Lauria.—El presagio.—La llave de Granada.—El desafío de Barleta.—Tradiciones estudiantiles.—Amores fatales.—La asomada.—Leyenda de la torre del Oro.—El honor castellano.—Juan de Padilla.—Manazas, otro tío Sam.—Tradiciones familiares:** *El que mucho abarca poco aprieta; Los amigos; El extranjerillo.*—Forma un tomo de 273 págs.

El gran duque de Alba seguida de **La viuda de Padilla.—La leyenda de fray Luis de Granada.—En busca de un político insigne.—Dos lirios.—Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra.—La diplomacia viril.—Francisco de Vinatea.—Una dama y un ingenio.—Algunos tipos tradicionales:** *Los aficionados.*—**La payesa de Montseny.—Tradiciones familiares:** *La madrecita; La mejor carrera.*—**Al público y al «Diario de Barcelona».**—Forma un tomo de 292 páginas.

Á UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

Catálogo

de las obras publicadas

por la casa

Luis Tasso

Arco del Teatro, 21 y 23

Barcelona

NUEVA BIBLIOTECA

Tamaño 11 × 18 centímetros

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

Gustavo **AIMARD**

Los cazadores de abejas Un tomo de 280 páginas.

Corazón de piedra Un tomo de 268 páginas.

Las noches mejicanas Dos tomos: de 244 páginas el 1.°, y 250 el 2.°

Dante **ALIGHIERI**

La Divina Comedia Traducción del CONDE DE CHESTE. —Tres tomos: el 1.° titulado EL INFIERNO, tiene 379 páginas; el 2.° EL PURGATORIO, 287 páginas, y el 3.° EL PARAISO, 291 páginas.

Alejandro **DUMAS** (padre)

Un lance de amor.-Erminia Un tomo de 184 páginas.

La bola de nieve.-La nevasca Un tomo de 192 páginas.

La Paloma.-Adán el pintor calabrés
Un tomo de 240 páginas.

La boca del Infierno Un tomo de 320 páginas.

Dios dispone Un tomo de 272 páginas.

Olimpia Un tomo de 264 páginas.

Fernanda Un tomo de 312 páginas.

Las Lobas de Machecul Dos tomos: de 292 páginas el 1.°, y 304 el 2.°

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

Amaury Un tomo de 304 páginas.

El capitán Pablo Un tomo de 282 páginas.

Catalina Blum Un tomo de 316 páginas.

El hijo del presidiario Un tomo de 332 páginas.

Paulina y Pascual Bruno Un tomo de 269 páginas.

La mujer del collar de terciopelo Un tomo de 293 págs.

Cecilia de Marsilly Un tomo de 342 páginas.

Los tres Mosqueteros Tres tomos: de 317 páginas el 1.°, 314 el 2.° y 315 el 3.°

Veinte años después Tres tomos: de 404 páginas el 1.°, 404 el 2.° y 398 el 3.°

El Vizconde de Bragelona Seis tomos: de 342 páginas el 1.°, 310 el 2.°, 316 el 3.°, 328 el 4.°, 320 el 5.° y 312 el 6.°

Una noche en Florencia Un tomo de 232 páginas.

Acté Un tomo de 277 páginas.

Los hermanos corsos.-Otón el arquero
Un tomo de 271 paginas.

Sultaneta Un tomo de 277 páginas.

Los casamientos del Tío Olifo Un tomo de 247 páginas.

El Maestro de armas Un tomo de 354 páginas.

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

El Conde de Montecristo Seis tomos: de 315 páginas el 1.°, 343 el 2.°, 333 el 3.°, 327 el 4.°, 309 el 5.° y 301 el 6.°

Los dramas del mar Un tomo de 318 páginas.

Elena.-Una hija del Regente Un tomo de 338 páginas.

El camino de Varennes Un tomo de 253 páginas.

La princesa Flora Un tomo de 232 páginas.

Napoleón Un tomo de 267 páginas.

El horóscopo Un tomo de 238 páginas.

El Tulipán negro Un tomo de 253 páginas.

La mano del muerto Un tomo de 421 páginas.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

del mismo autor

Recuerdos de Antony. . Un tomo.
Silvandira. . . . . . Un tomo.
El narrador de cuentos. Un tomo.
Angel Pitou. . . . . . Dos tomos.
El collar de la Reina.. . Tres tomos.
Los Estuardos. . . . . . Un tomo.
Memorias de un médico Cinco tomos.

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

Alejandro **DUMAS** (hijo)

La Dama de las camelias Un tomo de 282 páginas, con 10 grabados.

La vida á los veinte años Un tomo de 176 páginas.

El doctor Servans Un tomo de 260 páginas.

Aventuras de cuatro mujeres y un loro
Dos tomos: de 240 páginas el 1.°, y 224 el 2.°

Cesarina Un tomo de 327 páginas.

La Dama de las perlas Un tomo de 358 páginas.

Luciano **GARCÍA DEL REAL**

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

La noche toledana seguida de **Nuño el Fuerte.—Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín.—Un crimen del orgullo.—Un invencible vencido.—La leyenda de los siete panes.—El perdón de Alhamar, el Nazarita (fundador de la Alhambra).—El rey de la mano horadada.—Macías el Enamorado.—La batalla de los siete condes.—El señor de Giribaile no se muere de sed ni de hambre.—El gabán de don Enrique el Doliente.**—Forma un tomo de 240 páginas.

El fratricidio de Montiel seguida de **El bastardo de D. Álvaro de Luna.—La Virgen de la Azucena.—Rey valiente y desgraciado.—«Fuente-Ovejuna le mató».—La hermosa de la mancha roja.—Primera función de guerra del Gran Capitán.—Un rey de las leyendas.—La Padilla y don Fadrique.—Los farfanes y don Juan I.—El banquete de la marquesa de Falces.—La peña de los enamorados y el buitre de Archidona.—La leyenda de Cervantes y de Velázquez.—Guzmán el Bueno.—Don Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales.—La fuente de Guanga.—Marisaitos.**—Forma un tomo de 296 páginas.

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

El caballo de Aliatar seguida de Una mano de azotes. —Complemento de la tradición anterior.—La cabaña de la condenada.—Juan Garín.—Doña Marta de Monleón.—La leyenda de los Corporales de Daroca.—La fuerza de don Jaime el Conquistador.—El conde Caín.—El desaire.—La flor de granado.—La peña del castigo.—Un recuerdo de la batalla de Aljubarrota.—Mari-cuchilla.—Un duelo muy célebre.—La hija de Alfonso el Magno.—Rojín Rojal.—Mariana Pineda.—La huella de sangre.—Forma un tomo de 264 páginas.

Un guerrillero Y UN MILAGRO DE LA VIRGEN DEL PILAR, seguida de Leyendas tragicómicas de la torre de Hércules.—Heroísmo fraternal.—La Arquita-cuna (tradición del nacimiento de D. Pelayo).—Los primeros triunfos de Roger de Lauria.—El presagio.—La llave de Granada.—El desafío de Barleta.—Tradiciones estudiantiles.—Amores fatales.—La asomada.—Leyenda de la torre del Oro.—El honor castellano.—Juan de Padilla.—Manazas, otro tío Sam.—Tradiciones familiares: *El que mucho abarca poco aprieta; Los amigos; El extranjerillo.*—Forma un tomo de 273 págs.

El gran duque de Alba seguida de La viuda de Padilla.—La leyenda de fray Luis de Granada.—En busca de un político insigne.—Dos lirios.—Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra.—La diplomacia viril.—Francisco de Vinatea.—Una dama y un ingenio.—Algunos tipos tradicionales: *Los aficionados.*—La payesa de Montseny.—Tradiciones familiares: *La madrecita; La mejor carrera.*—Al público y al «Diario de Barcelona».—Forma un tomo de 292 páginas.

Manuel GIL MAESTRE

Los Problemas del trabajo y el Socialismo

Un tomo de 211 páginas.

Jorge ISAACS

María Un tomo de 235 páginas.

J. MICHELET

El Amor 6.ª edición. Un tomo de 240 páginas.

La Mujer 6.ª edición. Un tomo de 256 páginas.

La Bruja 5.ª edición. Un tomo de 272 páginas.

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

De los Jesuitas 5.ª edición. Un tomo de 148 páginas.

El Cura, la Mujer y la Familia 4.ª edición.—Un tomo de 176 págs.

Biblia de la Humanidad 5.ª edición.—Un tomo de 274 páginas.

Leyendas democráticas Un tomo de 274 páginas.

El Pájaro Un tomo de 230 páginas.

Eloy **PERILLÁN BUXÓ**

Bengalas Un tomo de 248 páginas, que contiene las siguientes: **La Camisa de la Lola** (historia triste).—**Toros y Caballos** (bengalitas americanas).—**Patricio** (cuento ligero).—**El Conde de la Higuera** (cuento alegre).—**D. Pedro D'Alcántara** (sucedido literario).—**Las Carolinas.—¡Borredá!—El Sargento Morales** (Episodio de Hospital).

Bernardino de **SAINT-PIERRE**

Pablo y Virginia seguido de **LA CABAÑA INDIA.**—Un tomo de 256 páginas, con 10 grabados.

Torcuato **TASSO**

La Jerusalén libertada Traducción del **CONDE DE CHESTE.**—Dos tomos, de 324 páginas el 1.º, y 329 el 2.º

Miguel de **CERVANTES SAAVEDRA**

El ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*
Un tomo de 496 páginas, tamaño 12½ × 18 centímetros.

LESAGE

Gil Blas de Santillana Un tomo de 384 páginas, tamaño 12½ × 18 centímetros.

A UNA peseta el tomo en rústica
y 1'50 encuadernado en tela

José M. **MARROQUI**

Estudios sobre los verbos irregulares castellanos Un cuaderno de 46 páginas, tamaño 13 × 20 centímetros, 1 peseta.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL

LUJOSO ÁLBUM

de fotografías instantáneas é inéditas, reflejo de la vida de cuartel y de campaña de nuestros soldados

Tamaño 27 × 34 centímetros

Consta de 18 cuadernos, conteniendo cada reparto 16 magníficas autotipias con su correspondiente descripción.

El precio de cada cuaderno es

UNA peseta

Toda la obra, en un tomo lujosamente encuadernado,

25 pesetas

LA ARMADA ESPAÑOLA

Reproducción por el fotocromograbado

DE LOS

principales tipos de buques de nuestra Marina de Guerra

ACUARELAS DE

F. Hernández Monjo

Tamaño 27 × 34 centímetros

Forman esta colección cuatro cuadernos, cada uno contiene cuatro preciosas símil-acuarelas con un pliego de explicación para cada una.

Toda la colección con índice y portada, encuadernada en tela, con el título en aluminium, **CINCO pesetas.**

Hay ejemplares encuadernados, con las explicaciones en español y en francés, al mismo precio

LA PARTIDA DOBLE

ESTUDIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS

DE CONTABILIDAD COMERCIAL AL ALCANCE DE TODOS

Obra de texto indispensable para quienes deseen iniciarse por sí mismos en tan importante rama de toda buena administración, á la vez que utilísima como de consulta y guía para los que temporal ó profesionalmente se dediquen á llevar libros de comercio ó bien deban entender de ellos para colar por sus negocios propios y por los ajenos.

SEGUIDA DE UN

APÉNDICE DE DOCUMENTACIÓN MERCANTIL

ESCRITA POR

EMILIO OLIVER CASTAÑER

BASES DE LA SUSCRIPCIÓN

La Partida Doble se publica por cuadernos de 24 páginas cada uno, tamaño 22 × 28 centímetros, al precio de

UNA peseta cada cuaderno

no obstante los enormes gastos que supone la entretenida y costosa composición y la estampación de un libro de esta clase.

Toda la obra consta de cincuenta cuadernos.

Los dos tomos en rústica, **50 ptas.**; encuadernados en tela, lomo piel, lujosa y sólida encuadernación, **60 ptas.**

PRÁCTICAS

DE

CÁLCULO COMERCIAL

AL ALCANCE DE TODOS

ESTUDIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS DE CÁLCULOS MERCANTILES

con derivación de las fórmulas generales más simplificadas para resolver éstos con facilidad y prontitud en los escritorios y despachos de comercio

POR

EMILIO OLIVER CASTAÑER

Formará un tomo de 25 cuadernos de á 24 páginas, del tamaño y papel de la última y reciente obra del mismo autor, La Partida Doble.

Queda abierta la suscripción a

UNA peseta el cuaderno en toda España.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS

POR

D. VÍCTOR GEBHARDT

QUINTA EDICIÓN

PLAN DE LA OBRA

TOMO I.—PARTE PRIMERA.—*España primitiva, cartaginesa y romana.* Desde 1600 antes de J. C. hasta el 413 de nuestra era.

TOMO II.—PARTE SEGUNDA.—*España goda.* Desde el año 413 hasta el 711 de nuestra era.

TOMOS III Á VI.—PARTE TERCERA.—*España árabe y reinado de los Reyes Católicos.* Desde el año 711 hasta el 1516 de nuestra era.

TOMOS VII Y VIII.—PARTE CUARTA.—*Dinastía austriaca.* Desde el año 1516 hasta el 1700.

TOMOS IX Á XII.—PARTE QUINTA.—*España borbónica.* Desde el año 1700 hasta el 1868.

TOMO XIII.—APÉNDICES.

Se publica por cuadernos de 8 entregas de 8 páginas de abundante lectura y esmerada impresión y buen papel.

Cada cuaderno se compone de 64 páginas, al que acompaña una lámina de regalo.

El precio de cada cuaderno es el de 50 céntimos

Toda la obra se compone de 108 cuadernos, resultando, por lo tanto, la edición más lujosa y barata que se ha hecho hasta el presente.

En las ilustraciones de esta obra se incluye la colección de retratos de todos los reyes hasta Isabel II.

También en 10 láminas gran tamaño, iluminadas, van los trajes y armamento desde la formación del ejército permanente hasta fin de 1868.

Tamaño 15 × 22 centímetros

13 tomos en rústica, á 4 pesetas tomo
y en tela con lomo piel, á 5'50 pesetas

Puede adquirirse por tomos encuadernados en las localidades donde no haya librero, mandando el valor de cada tomo ó tomos que se deseen, directamente al editor

LUIS TASSO, Arco del Teatro, 21 y 23.- Barcelona

ALBUMS DE CARICATURAS

por J. XAUDARÓ

Cada álbum consta de 24 páginas, tamaño 25×34 centímetros, impresión en papel á propósito y con una elegante cubierta en colores.

Lances de Honor. . . .	**80**	cénts.
Los Sports.	**80**	»
Tratado de Urbanidad.	**80**	»
La Expresión..	**80**	»
Los Artistas.	**80**	»
Los Literatos....! . . .	**80**	»
Guía de Viajeros. . . .	**80**	»

ALBUM DE TOROS

por NAVARRETE

24 páginas de caricaturas y cubierta en colores

80 céntimos

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Dos tomos: de 808 páginas el 1.°, y 912 el 2.°, ilustrados con 370 grabados hechos por el gran GUSTAVO DORÉ, y lujosamente encuadernados. Tamaño 15 × 22 centímetros, **18 pesetas.**

PRECIOSA EDICIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Un tomo de 780 páginas, ilustrado con 360 composiciones del gran GUSTAVO DORÉ, ricamente encuadernado con lomo de piel. Tamaño 15 × 22 centímetros, **6 pesetas.**

MATILDE Y MALEK-ADEL

por MADAMA COTTIN

Dos tomos divididos en 44 cuadernos de 32 páginas á 0'25 de peseta el cuaderno. El tomo 1.° contiene 968 páginas y 456 el 2.°—**Magníficas ilustraciones.**—Tamaño 16 × 22 centímetros.—En rústica, **11 pesetas;** encuadernados en un solo volumen, **14 pesetas.**

ARMAS Y ARMADURAS

por D. ANTONIO GARCÍA LLANSÓ

con un prólogo de D. FRANCISCO BARADO

Forma un elegante tomo de 308 páginas, ilustrado con 161 grabados. Tamaño 19 × 28 centímetros.—Encuadernado, **10 pesetas.**

GERMANIA

VEINTE SIGLOS DE HISTORIA ALEMANA

por J. SCHER

Dos tomos: el 1.º de 232 páginas, con 82 grabados; el 2.º de 212 págs., con 84 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—Los dos tomos en rústica, **4 ptas.**; los mismos, encuadernados en un solo volumen, **5 ptas.**

CUENTOS DE PERRAULT Y DE MADAMA DE BEAUMONT

ilustrados por GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 240 páginas, con 37 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—En rústica, **3 pesetas**, y **4 pesetas** encuadernado.

AVENTURAS DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

Ilustrado por GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 252 páginas, con 150 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—En rústica, **3 pesetas**, y **4 pesetas** encuadernado.

LAS UNIDADES CIENTÍFICAS

por FEDERICO CAJAL

Un tomo de 216 páginas, ilustrado con 12 grabados. Tamaño 14 × 22 centímetros.—**3 pesetas.**

Índice de las materias que contiene: *Las unidades.—El metro.—El kilogramo.—El segundo.—El kilográmetro.—El grado: amplitud, longitud, exponente.—La caloría.—La atmósfera.—La cárcel.—El centímetro gramo segundo.—El volt.—El coulomb.—El ohm.—El ampere-volt.—El farad.—El polo.—La kríta.—El litro.—La vibración.*

CABLES DE LUZ ELÉCTRICA

y

DISTRIBUCIÓN DE ELECTRICIDAD

por **STUART A. RUSSELL**, *socio de número del Instituto de Ingenieros civiles*

TRADUCIDO DE LA PRIMERA EDICIÓN INGLESA

Un tomo de 400 págs., ilustrado con 107 grabados. Tamaño 14 × 20 1/2 centímetros.—**7 pesetas.**

ESCLATS DEL COR

APLECH DE POESÍAS

por D. VENANCIO BARLES Y LLOPIS

con un prólogo de D. VÍCTOR BALAGUER

Un tomo de 216 páginas, sin grabados. Tamaño 14 × 19 centímetros. —**2 pesetas.**

EDICIONES ADORNADAS CON GRABADOS

Tamaño 19 × 28 centímetros

A UNA peseta el tomo en toda España

ERCKMANN-CHATRIÁN

El ilustre Dr. Matheus Un tomo de 66 páginas, con 20 grabados.

Hugo el lobo seguido de **La herencia del tío Cristiano.—Combate de osos.—El chivo de Israel.—Una noche en los bosques.—La reina de las abejas.**—Forman un tomo de 67 páginas, con 22 grabados.

Ayer y hoy **(DANIEL ROCH, el herrero).**—Un tomo de 64 páginas, con 19 grabados.

El judío polaco seguido de **El sueño de Aloyo.—Micer Tempus.—El ojo invisible ó la posada de los tres ahorcados.—El cometa.—El burgomaestre embotellado.—La concha del tío Bernardo.—La trenza negra.—El tallón.—El inventor.**—Forman un tomo de 72 páginas, con 20 grabados.

Historia de un pasante seguido de **Los novios de Catalina y Achispado.**—Un tomo de 60 páginas, con 16 grabados.

Los años de colegio de Maese Nablot seguido de **El pastel de conejo.—Una velada en la aldea.—Los buenos tiempos de antaño.—Los papeles de la señora Juanita.—Carta de un elector á su diputado.—Mirtila.—El centinela solitario.**—Un tomo de 52 páginas, con 13 grabados.

Los dos hermanos **(LOS RANZAU).**—Un tomo de 60 páginas, con 23 grabados.

Una campaña en Kabilia seguido de **La educación de un feudal y Los oradores de mi pueblo.**—Un tomo de 52 páginas, con 15 grabados.

El verdugo de su hijo **(LA CASA DEL BOSQUE).**—Un tomo de 51 págs., con 16 grabados.

Cuentos de las orillas del Rhin Comprenden: **El tesoro del antiguo caballero.—Mi ilustre amigo Selsam.—La pesca milagrosa.—La ladrona de niños.—El blanco y el negro.—El cabalista Hans Weiland.—El requiem del cuervo.—El canto de la cuba.—El ciudadano Schneider.**—Un tomo de 68 páginas, con 20 grabados.

Memorias de un clarinete seguido de **La taberna del Jamón de Maguncia.**—Un tomo de 76 páginas, con 21 grabados.

A UNA peseta el tomo en toda España

A UNA peseta el tomo en toda España

El triunfo de una mujer (EL AMIGO FRITZ).—Un tomo de 76 págs., con 24 grab.

Historia de un plebiscito Contada por uno de los 7.500,000 sí.—Un tomo de 92 páginas, con 22 grabados.

Gaspar Fix Un tomo de 70 páginas, con 25 grabados.

Gustavo **AIMARD**

Los dos rivales Episodio de la revolución mejicana de 1860.—Un tomo de 68 páginas, con 16 grabados.

Los gambucinos Cuadro histórico de la independencia mejicana.—Un tomo de 76 páginas, con 14 grabados.

Ediciones tamaño 10 × 16 centímetros

E. **BARCK**

El Nihilismo y la política rusa Un tomo de 192 páginas.

Nicolás **DÍAZ DE BENJUMEA**

Un solterón ó un gran problema social
Un tomo de 304 páginas.

Tomás **MICHELENA**

La libertad para la mujer Un tomo de 256 páginas.

Débora Un tomo de 272 páginas.

Manuel **IBO ALFARO**

La hermana de la caridad Un tomo de 208 páginas.
De esta obra hay ejemplares encuadernados á 1'50 pesetas.

Guillermo **GODIO**

Un suicidio seguido de Idilio indio.—Mi primera vileza.—La novela de un niño.—Entre cabezas de león.—Exorcismo.—Las dos Justicias.—Un tomo de 248 páginas.

A UNA peseta el tomo en toda España

2.000-
15-206

EN PRENSA

COLECCIÓN DE TODAS LAS OBRAS

— DE —

H. de Balzac

á UNA PESETA el tomo en rústica

y UNA Y MEDIA encuadernado en tela

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS

LA NOCHE TOLEDANA

Nuño el fuerte.—Beatriz de Moncada y Guillermo de San Martín.—Un crimen del orgullo.—Un invencible vencido.—La leyenda de los siete panes.—El perdón de Alhamar, el Nazarita (fundador de la Alhambra).—El rey de la mano horadada.—Macías el enamorado.—La batalla de los siete condes.—El señor de Giribaile no se muere de sed ni de hambre.—El gabán de don Enrique el Doliente.

Un tomo de 240 páginas.

EL FRATRICIDIO DE MONTIEL

El bastardo de D. Álvaro de Luna.—La Virgen de la Azucena.—Rey valiente y desgraciado.—«Fuente-Ovejuna le mató».—La hermosa de la mancha roja.—Primera función de guerra del Gran Capitán.—Un rey de las leyendas.—La Padilla y don Fadrique.—Los farfanes y don Juan I.—El banquete de la marquesa de Falces.—La peña de los enamorados y el buitre de Archidona.—La leyenda de Cervantes y de Velázquez.—Guzmán el Bueno.—Don Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales.—La fuente de Guanga.—Marisaltos.

Un tomo de 296 páginas.

EL CABALLO DE ALIATAR

Una mano de azotes.—Complemento de la tradición anterior.—La cabaña de la condenada.—Juan Garín.—Doña Marta de Monleón.—La leyenda de los Corporales de Daroca.—La fuerza de don Jaime el Conquistador.—El conde Caín.—El desaire.—La flor de granado.—La peña del castigo.—Un recuerdo de la batalla de Aljubarrota.—Mari-cuchilla.—Un duelo muy célebre.—La hija de Alfonso el Magno.—Rojín Rojal.—Mariana Pineda.—La huella de sangre.

Un tomo de 264 páginas.

UN GUERRILLERO

Y UN MILAGRO DE LA VIRGEN DEL PILAR

Leyendas tragicómicas de la Torre de Hércules.—Heroísmo fraternal.—La Arquita-cuna (tradición del nacimiento de D. Pelayo).—Los primeros triunfos de Roger de Lauria.—El presagio.—La llave de Granada.—El desafío de Barleta.—Tradiciones estudiantiles.—Amores fatales.—La Asomada.—Leyenda de la Torre del Oro.—El honor castellano.—Juan de Padilla.—Manazas, otro tío Sam.—Tradiciones familiares: *El que mucho abarca poco aprieta; Los amigos; El extranjerillo.*

Un tomo de 273 páginas.

EL GRAN DUQUE DE ALBA

La viuda de Padilla.—La leyenda de fray Luis de Granada.—En busca de un político insigne.—Dos lirios.—Genio y puños ó nuestra tradición en Inglaterra.—La diplomacia viril.—Francisco de Vinatea.—Una dama y un ingenio.—Algunos tipos tradicionales: *Los aficionados.*—La payesa de Montseny.—Tradiciones familiares: *La madrecita; La mejor carrera.*—Al público y al «Diario de Barcelona».

Un tomo de 292 páginas.

Á UNA peseta el tomo en rústica

y **UNA** peseta cincuenta céntimos encuadernado en tela

G- 8183

EL GRAN DUQUE DE ALBA

García del Real